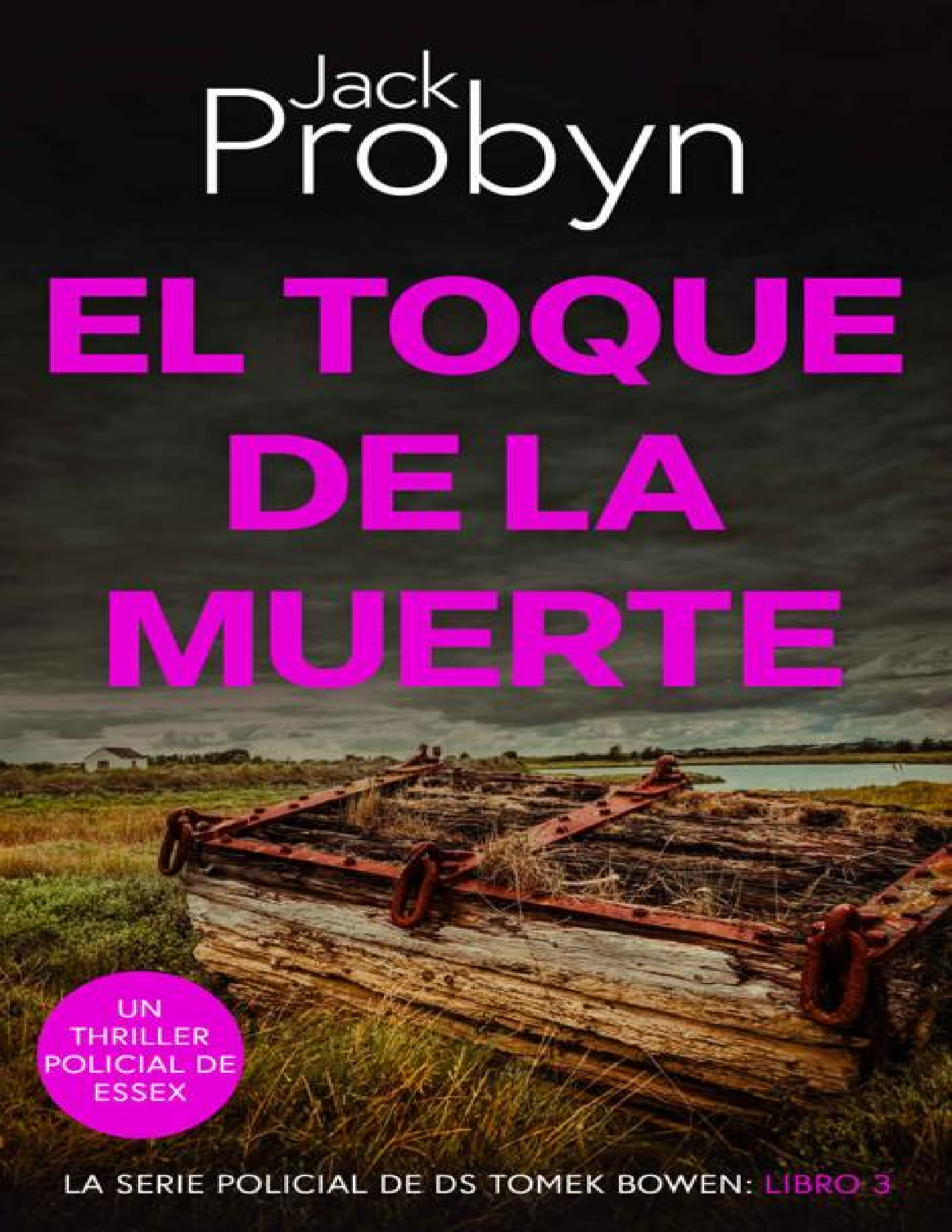
Jack Probyn

EL TOQUE DE LA MUERTE



UN THRILLER POLICIAL DE ESSEX

LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 3

EL TOQUE DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 3

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-125-0

ISBN: 978-1-80520-126-7

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

SOBRE EL LIBRO

Cuando la niebla se disipa una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo.

La víctima, Lily Monteith, fue asesinada de una manera peculiar y única, tan única que solo podía haberle sucedido a ella. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta adaptarse a su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortífera secuencia de acontecimientos y sacar la verdad a la luz.

Pero tan pronto como comienza la investigación, Tomek descubre que la muerte de Lily podría estar relacionada con una ola de asesinatos que ha permanecido latente durante muchos años, por la cual nadie ha sido llevado ante la justicia.

Y, si ese es el caso, teme que otra serie de asesinatos, esta vez planeada durante años, esté por venir.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Otras Obras de Jack Probyn
Sobre El Autor

CAPÍTULO
UNO

Había algo en el aire esta noche. Una crudeza, un hormigueo electrizante que recorría el Parque John Burrows. Como si, cuando el reloj pasó la medianoche, todo se hubiera reiniciado. Las farolas que rodeaban el parque habían parpadeado y ahora parecían tener una nueva vida. Incluso el viento parecía traer consigo una energía renovada. Más firme, poderoso, dirigiéndose en una dirección particular en lugar de un movimiento aleatorio, despejando las nubes y revelando la miríada de constelaciones de luces titilantes en el cielo.

Sí, había algo en el aire esta noche.

Y en particular, el olor.

El olor de adolescentes cachondos empapados en litros de perfume y colonia, el olor a alcohol impregnando su aliento. El olor a desesperación, indecisión, deseo.

Y pronto, el olor a muerte.

Los observaba desde lejos, desde el otro lado del parque, oculto bajo un dosel de árboles de ramas bajas, sentado en un banco. Sus gritos y alaridos eran audibles desde allí, los sonidos se deslizaban por el ondulante campo, transportados por el decidido viento. Cada una de sus palabras le hacía estremecer.

Pero una en particular.

La de ella.

La más ruidosa, la más vivaz.

Llevaba casi nada encima. Una diminuta falda negra con un top blanco corto. Una elección valiente pero ingenua con este clima. La temperatura había caído por debajo de cero y una fina capa de escarcha comenzaba a asentarse sobre la hierba y el banco del parque. Luchó por evitar que su aliento se condensara frente a él, para no ser descubierto. Pero pensándolo bien, era un esfuerzo inútil; estaban demasiado ocupados divirtiéndose, demasiado ocupados emborrachándose como suelen hacer los chicos de su edad, como para prestarle la más mínima atención.

Aun así, no estaba de más ser cuidadoso.

Consultó su reloj. Casi la 1 de la madrugada. Con suerte, pronto se marcharían, habiendo sucumbido a los elementos y viéndose obligados a buscar refugio, cobijo en algún lugar más cálido.

El momento era crucial. El momento era quizás la parte más importante de esta noche. Demasiado pronto y corría el riesgo de ser visto. Demasiado tarde y corría el riesgo de perderla, de perder por completo su única oportunidad de hacerlo bien. Como Ricitos de Oro, tenía que cronometrar todo a la perfección.

Mientras esperaba, cerró los ojos y dejó que la electricidad en el aire irradiara a través de su cuerpo y estimulara sus sentidos.

Hacía tiempo. Mucho tiempo. Demasiado, de hecho. Una parte de él casi había olvidado cómo era. El hambre, la sensación, la euforia.

Pero había sido un mal necesario, la espera. Todo tenía que prepararse meticulosamente. Había que sentar las bases. Los pasos debían trazarse. Cada rincón de su historia debía estar previsto.

Esta noche iba a matar. Y necesitaba asegurarse de que podía salirse con la suya.

El tiempo pasaba como siempre: lentamente, especialmente cuando se espera que algo suceda. Lo de la olla vigilada nunca hierve, y todo eso. Era poco después de la 1:30 de la madrugada cuando el grupo decidió que había tenido suficiente del frío. Mientras los veía dirigirse hacia el borde del parque, se levantó pesadamente del banco y los siguió, oculto por la oscuridad. Sus vítores y risas continuaban rebotando en las casas que rodeaban el parque. Poco

después, el grupo se dirigió por un estrecho sendero que conducía a la calle principal.

Sabía que no disponía de mucho tiempo para esta siguiente parte, así que se apresuró a recorrer los cien metros hasta el callejón un poco más adelante y corrió hacia su coche. Saltando dentro, encendió el motor, atenuó los faros y luego encendió la calefacción. A toda potencia. Durante su ausencia, el frío de la noche había asfixiado el coche y lo había recubierto de una fina capa de escarcha.

Similar a lo que había planeado para ella esta noche.

Agarró el volante, masajeándolo con sus dedos enguantados. Látex, de color negro para combinar con la columna de dirección y su abrigo. No queriendo perder más tiempo, salió de detrás del coche aparcado y comenzó a dirigirse hacia el grupo. Para cuando pasó junto a ellos con el coche, que estaban parados en la entrada del otro callejón, seguían hablando, apiñados, protegiéndose del frío.

Todavía no. Demasiado pronto.

Tendría que esperar y volver, permanecer en segundo plano un poco más, en algún lugar donde pudiera observar sin ser visto. De la misma manera que lo había hecho durante los últimos días. La había estado observando durante un tiempo, monitoreando sus movimientos, viéndola salir con sus amigos de la misma forma que lo había hecho esta noche. Pero cada vez había habido un problema, una distracción. Nunca había estado sola, siempre con alguien, siempre pegada a su amiga o a ese chico que parecía estar infatuado con ella. Esta noche no estaba siendo diferente. Con la excepción de que podía sentirlo en el aire. Algo diferente.

Bajó la ventanilla de su coche y escuchó. Las voces estaban distantes y solo pudo captar el final de la conversación.

—¿Estarás bien llegando a casa? —preguntó uno de los chicos a Lily.

—Estaré bien. Iré caminando. Solo vivo a la vuelta de la esquina —dijo ella con un aire de desafío que él admiraba.

Esperó unos minutos a que el grupo desapareciera en la otra dirección y ella viniera hacia él. Una vez que ella lo pasó por el otro lado de la calle, arrancó el motor, masajeando la gruesa goma del

volante. Luego giró en la calle y la alcanzó dos esquinas más adelante.

Chica sensata, pensó, manteniéndose en las calles principales, quedándose en la luz, haciéndose lo más visible posible. Redujo la velocidad del coche y se detuvo junto a ella, con las ruedas girando, el coche avanzando lentamente. Bajó la ventanilla e inclinó el cuerpo tanto como pudo, manteniendo un ojo en la carretera y el otro en su corta falda.

—¿Lily? ¿Eres tú? Lily, ¿estás bien?

Su reacción fue inmediata, y exactamente como él había esperado. Al principio, ella había saltado al oír su nombre pero no lo había mirado, no se atrevió a mirarlo. Luego había mantenido la cabeza baja, los ojos enfocados en la acera frente a ella, su mano protegiendo su bolso y acercándolo más a su cuerpo. Pero a medida que comenzó a darse cuenta de que la voz era de un amigo y no de un enemigo, se relajó, bajó la mano y se giró.

—No deberías estar caminando por aquí a estas horas de la noche —le dijo—. Hay extraños y raros por ahí.

Sí, sí que los había. Excepto que no siempre estaban en la acera; algunos preferían un coche como modo de transporte.

—¿Me está llamando rara, entonces? —dijo ella, con un toque de picardía en su voz.

—No empieces a ponerme palabras en la boca. —Detuvo el coche con suavidad, observó sus alrededores y luego continuó—: Vamos, te llevaré. No deberías estar aquí sola. Es una jungla ahí fuera.

—Y hay bichos raros por todas partes.

Ya lo creo.

Lily se deslizó por el bordillo y saltó al coche, primero el trasero. Mientras se acomodaba, su falda se subió por el muslo, y él se obligó a no mirar.

Habría tiempo de sobra para eso más tarde si lo necesitaba.

—¿Qué hace por aquí a estas horas de la noche? —preguntó Lily después de que él arrancara.

Se volvió hacia ella, con las cejas fruncidas. —Podría preguntarte lo mismo. E incluso podría preguntar por qué hueles a alcohol.

Su cara se sonrojó del color de su pintalabios, una expresión que la hacía parecer cinco años más joven.

—Buen punto —concedió ella.

—Si debes saberlo —respondió él—, estaba visitando a mi madre. Está en el hospital. Solo puedo verla a esta hora de la noche, de lo contrario, no podré verla en absoluto.

—Lo siento mucho —dijo ella—. ¿Está bien?

—No realmente, pero está bien. Es lo que hay. Lo he aceptado.

Condujeron el resto del viaje en silencio. Así fue hasta que llegaron al callejón sin salida donde vivía Lily. En lugar de girar hacia su calle, él continuó recto, maniobrando entre los coches aparcados.

—Acabamos de pasar mi calle —dijo ella, girando la cabeza para mirar atrás.

Él permaneció en silencio, con los ojos fijos en la calle. Su mano se movió hábilmente hacia el panel de control en el lateral de su puerta y bloqueó el coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lily. El miedo y la ansiedad eran evidentes en su voz. Justo como a él le gustaba—. ¿Adónde me lleva?

—Un desvío.

—¿Adónde?

—A un pequeño lugar que conozco.

—¿Qué lugar?

Estaba haciendo demasiadas preguntas. Él no quería preguntas. No le gustaban.

Era hora de que se callara ahora. Frenó de golpe, agarró el broche del cinturón de seguridad para mantenerlo en su lugar y evitar que ella lo desabrochara, y luego la golpeó en la garganta. Mientras ella se atragantaba y luchaba por respirar, él alcanzó su bolsa en el asiento trasero y sacó un fino guante de látex. Negro, similar a los que llevaba en las manos. Luego, manteniendo una mano sobre su boca, sujetando su cabeza contra el reposacabezas, comenzó a estirar el guante sobre su rostro, hasta la parte posterior de su cabeza.

Ella se agitaba violentamente, sus uñas balanceándose en su dirección, pero cada vez fallaban. Y entonces comenzó a darse

cuenta de lo que le estaba ocurriendo.

Lo que le *iba* a ocurrir.

Lo último que hizo antes de que él la dejara inconsciente fue gritar hasta que sus pulmones casi estallaron.

CAPÍTULO
DOS

—¿Puedo llevar esto?

—No.

—Pero va a...

—No.

Ella se volvió hacia él como último recurso. Los ojos de cachorro.

—Sigue siendo no.

—¡Pero creo que quedará bonito!

—Creo que un Ferrari también quedaría bonito, pero no me ves comprando uno.

—Solo porque no puedes permitírtelo.

Tomek ignoró la pulla y suspiró profundamente. Luego extendió la mano hacia el objeto que sostenía ella y vaciló. Un gesto de emoción y anticipación floreció en su rostro.

—¡Dios mío, *en serio*? —dijo, incapaz de contenerse.

Sin decir nada, Tomek tomó la decoración navideña de su mano y la volvió a colocar en el estante junto con los otros árboles de Navidad que habían sido diseñados para parecerse a hojas de marihuana. Al lado había un surtido de decoraciones navideñas juveniles e inmaduras que Tomek admiraba y les veía la gracia, pero nunca lo admitiría: una figura de Papá Noel inclinado mostrando su trasero; de Jesús fumando un porro, ofreciendo el signo de la Paz a los transeúntes; y un Santa Claus negro jugando baloncesto.

La Navidad para él era una pérdida de tiempo tanto como las demás festividades. San Valentín, Halloween, Pascua. Aunque

provenía de una familia polaca profundamente religiosa, no era el único que se había alejado de las expectativas sociales y culturales que sus padres, especialmente su madre, habían depositado en él. Su hermano mayor Dawid, desde que se convirtió en padre y creó su propia familia, se había alejado del aspecto religioso y se había acercado más al capitalista. Mientras que Tomek no era ninguna de las dos cosas. No era porque no creyera en ello o porque no le gustara la idea de recibir regalos cada año. Era porque, históricamente, nunca había podido disfrutar de la temporada navideña por lo que era. Sabía que era un momento para la familia, para la risa, para la unión. Pero cuando había vivido solo durante tanto tiempo, y había sido excluido de las invitaciones familiares a la cena de sus padres cada año, era un poco difícil entusiasmarse.

No había nada peor que alguien en el extremo opuesto del espectro. Alguien que estaba loco por la Navidad. Alguien que comenzaba a escuchar a George Michael y Mariah Carey meses antes de que fuera socialmente aceptable. Alguien que obsesionaba sobre las inexistentes decoraciones navideñas en su piso.

—No tienes que ser tan... —Kasia pensó en la palabra más amable posible—. No tienes que ser una *bolsa de caca* al respecto.

—No lo soy —Miró el carrito frente a ellos y las varias bolsas de compras en sus manos—. ¿No crees que ya tenemos suficiente?

Ya había gastado un par de cientos de libras en una caja nueva de espumillón; una enorme caja de cuarenta bolas de diferentes colores; una corona que parecía que estaría mejor en un nido de pájaro en lo alto de los árboles; más de diez metros de luces parpadeantes que sin duda sería él quien tendría que arriesgar su vida para colgarlas sobre las ventanas en la parte superior de la casa; y un árbol de Navidad nuevo que instantáneamente se arrepintió de comprar. Tontamente, había mentido y le había dicho a Kasia que compraba uno fresco cada año para salvar al mundo del desperdicio plástico, pero entonces ella le recordó que matar árboles vivos era dañino para el medio ambiente y que uno de plástico era reutilizable y más sostenible. Él había argumentado que no comprar ninguno en primer lugar, e incluso no comprar *nada* de todo esto, era el mayor paso que podrían haber dado hacia la sostenibilidad,

pero había perdido esa batalla, y así el árbol de plástico había encontrado su camino a sus brazos, junto con los kilos extra añadidos a su huella de carbono.

—Nunca se puede tener suficiente, papá —respondió ella—. Mamá y yo solíamos hacerlo a lo grande. Teníamos todo con temática navideña: casas de jengibre, marcos de fotos, latas de chocolate. Cubríamos la casa con espumillón y pegábamos recortes de muñecos de nieve y renos en las ventanas. Incluso teníamos un Santa gigante en el jardín delantero, con nieve falsa por todo el césped.

Sí, y tu madre probablemente tenía dinero de drogas para pagarlo todo.

Mientras que él no. Tenía su miserable salario de sargento que disminuía rápidamente, con la reciente mudanza, alimentar a su hija, pagar por ropa escolar y todos los otros gastos que venían con tener una hija de la que no sabías nada.

—Creo que tenemos suficiente por ahora... —le dijo mientras alejaba el carrito de la pared de decoraciones y se dirigía a la caja.

—Eres un verdadero Scrooge.

—Eso es injusto —respondió, preguntándose si ella conocía toda la historia del cuento de Dickens—. Al menos he *gastado* dinero. Estas son las más decoraciones que he tenido en unos veinte años.

—Debes haber sido un hombrecito muy triste —dijo ella. Si sabía el daño que esas palabras podrían haberle causado a alguien que no fuera él, no lo demostró. No había una sonrisa irónica, ni rastro de sarcasmo. Afortunadamente para ella, él tenía la piel dura y había recibido mucho peor en su tiempo, de niños mucho más pequeños.

Se detuvieron al final de la cola que ya había crecido hasta alcanzar una longitud ridícula en el poco tiempo desde que había mirado por última vez.

—Estoy más que dispuesto a devolverlo todo si quieres.

Ella colocó una mano preocupada en su brazo. —No. Por favor, no. No podemos tener Navidad sin un árbol de Navidad o las decoraciones.

—Entonces sugiero...

Había perdido la atención de Kasia. Algo la había distraído. Una planta con temática festiva, posiblemente. O un atizador cubierto de espumillón. Él no lo sabía. Todo le parecía la misma mierda. Pero fuera lo que fuese, la había cautivado. Sin decir nada, se apresuró hacia una mesa, alcanzó algo y luego lo trajo triunfalmente, como un gato que acaba de traer una rata para su dueño. Tomek miró hacia abajo y vio un plato de cerámica que había sido estampado con una llamativa ilustración de Santa bajando por una chimenea.

—¿Qué coño es eso? —dijo, con su voz elevándose unas cuantas octavas.

—¿No se ven tan lindos?

—No. Son el tipo de cosas que acabas comprando y regalando a la caridad porque finalmente has entrado en razón y te has dado cuenta de lo estúpida que fue la decisión de comprarlas en primer lugar.

La mirada perpleja en su rostro le indicó que no tenía idea de lo que estaba hablando.

—Está bien —dijo él—. Ese es un ejemplo específico, pero siguen siendo horribles. Y *no* los vamos a llevar.

—¡Pero *necesitamos* platos navideños!

—No. *Necesitamos* aire. *Necesitamos* comida. *Necesitamos* agua. No *necesitamos* estos. Además, solo los vamos a usar una vez al año.

—Exactamente. Ocasiones especiales. Al menos se usarán. Y si se usan, entonces no terminarán en alguna tienda de caridad como dijiste.

Tomek abrió la boca para responder pero no pudo. Ella lo había atrapado. Había usado sus propias palabras en su contra. No podía culparla por eso. Ni, como resultó, podía la mujer que estaba delante de ellos en la cola.

—Creo que tiene razón —dijo la mujer, insertándose en su conversación privada—. Se ven realmente bonitos. Y combinan con el resto de las cosas que han comprado.

—Genial. Gracias por tu aportación no solicitada.

Tomek rápidamente se dio cuenta de que no podía gritarle a esta entrometida delante de Kasia, así que en su lugar tendría que

limitarse a sonrisas agresivamente pasivas y una mirada aún más agresivamente pasiva en su rostro.

—De nada —dijo ella con una sonrisa, y mientras volvía a lo que estaba haciendo en la cola, le guiñó un ojo a Kasia.

—Vi eso... —susurró Tomek a su hija.

—Entonces... ¿Podemos? ¿Podemos llevarlos?

Tomek suspiró profundamente. Había perdido la batalla, una batalla de muchas. Pero no perdería la guerra. En realidad, no. ¿A quién engañaba? Por supuesto que lo haría. Ella lo tenía envuelto alrededor de su dedo meñique y no lo estaba soltando.

No en un futuro próximo, al menos.

Poco después de que pagaron por sus cosas, salieron de John Lewis y comenzaron a regresar hacia el coche al otro lado de la calle principal de Chelmsford. Afuera, el cielo se había vuelto de un tono más oscuro de pizarra, y había comenzado a caer una ligera lluvia. Solo había estado en la zona de compras unas pocas veces en el pasado, y todo era bastante nuevo para él. Pero Kasia sabía exactamente a dónde ir y qué hacer, a pesar de que nunca había estado allí antes. Era como si tuviera un sentido innato de dirección que la señalaba hacia sus tiendas favoritas, como un sabueso capaz de olfatear el olor de H&M y Primark desde medio kilómetro de distancia.

Mientras caminaban sin prisa hacia el coche, enfrentándose al frío, Tomek observaba sus alrededores. Observando a la mujer de mediana edad sola con bolsas de varias cadenas, apresurándose a la siguiente, se preguntó qué había dentro, en qué había gastado su dinero. Qué regalos sus familiares no agradecerían. Si eran las cosas correctas o no.

Eso le recordó algo a Tomek.

—¿Qué quieres para Navidad? —preguntó, llegando a la repentina conclusión de que tal vez lo había dejado un poco tarde. ¿Unas pocas semanas para el día...? Estaría bien, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Para Navidad. Regalos. Ya sabes... los recibes en esta época del año... ¿Qué quieres?

Ella le ofreció un ceño fruncido confundido, como si acabara de comer un caramelo ácido y estaba tratando de disimular. —¿Quieres que te dé una lista o algo así?

—Idealmente, sí...

—Pero... Eso no es... Así no es como se hace la Navidad.

—Sí, lo es. Me dices lo que quieres. Lo compro. Lo recibes. Estás feliz. Estoy feliz. Todos ganan.

—Pero ¿dónde está la diversión en eso? ¿Dónde está la sorpresa?

—Esto no es un Amigo Invisible, Kasia. Si hubiera querido conseguirte un regalo de mierda que vas a tirar después de cinco minutos, te habría comprado más platos. Prefiero comprarte algo que quieras, en lugar de adivinar. No soy muy bueno adivinando. Necesito que me *digan*. Necesitas darme una lista.

Ella consideró por un momento, rascándose debajo del ojo.

—¿Qué tal unos AirPods? —preguntó mientras cruzaban un pequeño puente sobre el río Chelmer que atravesaba la ciudad.

—No. Definitivamente no. ¿Sabes lo caros que son? Y solo vas a perderlos en la escuela. Piensa de nuevo.

—Entonces no puedo conseguir nada de lo que quiero, ¿verdad?

—Nunca dije eso. Dije dame una lista, y conseguiré lo que pueda de ella...

—Pero tampoco dijiste esa parte.

Ella lo había atrapado de nuevo. Usó sus propias palabras en su contra. Se estaba volviendo demasiado inteligente para su propio bien. Y tendría que pensar mucho en lo que decía a su alrededor en el futuro.

Llegaron al coche. Tomek dejó caer las bolsas y el árbol de Navidad al suelo y desbloqueó el coche.

—Bueno, te lo digo ahora, dame la lista de cosas que quieres y conseguiré lo que pueda, y lo haré de manera que no sepas cuáles te voy a dar... *Ahí está* tu sorpresa.

Tan pronto como llegaron a casa, antes de que siquiera consideraran algo como qué iban a cenar, Kasia insistió en que pasaran el resto de la tarde poniendo el piso patas arriba y transformándolo en una versión más barata, más pequeña (pero de ninguna manera menos hortera) de la Gruta de Santa. Les llevó un

total de dos horas. Y en ese tiempo habían logrado armar el árbol y equiparlo con todo el espumillón, bolas, luces y otras decoraciones innecesarias que había comprado. También habían colocado una corona, completa con bolas brillantes y hojas de plástico que se caían cada vez que Tomek respiraba, en la puerta principal del piso. Tomek había insistido en no colocarla en la puerta exterior porque había dicho que era un faro para criminales y ladrones, señalando que había regalos caros y mucho dinero en algún lugar del piso. Ninguna de las dos cosas era cierta para él en este momento, pero no quería particularmente que nadie pensara que podían entrar en su casa cuando quisieran.

La tarea más grande y difícil que les había tocado mientras redecoraban el piso, fue hacer espacio para el árbol de Navidad en sí. El behemot de seis pies de altura, que Tomek pensaba que era más grande de lo que cualquier árbol de Navidad necesitaba ser, y ciertamente era más grande de lo que *ellos* necesitaban que fuera, requería al menos cuatro metros cuadrados de espacio en una habitación que apenas era lo suficientemente grande para ambos (aunque acababan de mudarse de una propiedad aún más pequeña), lo que significaba que todos los muebles debían moverse. Cuando Tomek había comprado originalmente el piso unas semanas antes, no había tenido en cuenta una planta artificial en sus limitadas capacidades de diseño interior. Ahora, después de que todo había sido movido, la habitación parecía considerablemente más pequeña, y el feng shui del lugar estaba completamente desequilibrado. No es que creyera en ese tipo de cosas, solo usaba las palabras para hacerla sentir culpable por tener que moverlo todo.

—Ahora me va a doler el cuello cuando esté viendo la tele —le dijo—. Y mi cuello no está hecho para ese tipo de ángulo.

—No creo que el de nadie lo esté...

—Y va a hacer que mi dolor de espalda sea aún peor.

—No lo tenías hace dos minutos.

Tomek la ignoró y en su lugar masajeó la zona de su espalda baja que había sentido tensarse cuando había levantado el árbol a su lugar.

—¿Por qué estás siendo tan Scrooge? —se quejó ella.

—No lo estoy. Lo siento. Solo estaba bromeando. Mi espalda estará bien. —Masajeó un poco más fuerte para aliviar el dolor—. ¿Estás contenta con esto?

—Sí.

—Entonces yo también lo estoy.

Para celebrar, Tomek pidió una pizza de su restaurante local de comida para llevar. Una de pepperoni para él, llena de sabor y deliciosas grasas saturadas. Y una aburrida de cuatro quesos para ella, sin el gluten, sin la finura y sin nada de la diversión. Su lugar habitual de pizza para llevar, el único que usaban, estaba familiarizado con las alergias a los frutos secos de Kasia, y así le hacían la pizza sin alegría especialmente para ella. Con una prima, por supuesto. Alejada de todos los otros ingredientes que pudieran contener frutos secos, tanto como fuera posible.

Mientras se sentaban en la sala de estar que ahora carecía de cualquier tipo de feng shui, Tomek encendió la televisión y sintonizó un documental de naturaleza. David Attenborough les estaba enseñando sobre los animales de la Sabana Africana. Leones, hienas y todo tipo de bestias merodeaban por el desierto, cazando, acechando y matando.

Hasta que la pantalla mostró una imagen de una manada de dóciles búfalos, ocupándose de sus asuntos, pastando en la hierba y el barro junto a un oasis.

—¿Crees que podrías pelear contra una vaca? —preguntó Kasia, sorprendiéndolo. Se volvió para mirarla. Había terminado su trozo de pizza y lo miraba atentamente, con una expresión seria en su rostro.

—Creo que vas a tener que preguntármelo de nuevo. No creo que te haya escuchado bien... —respondió, mientras dejaba lentamente su trozo a medio comer de vuelta en el plato.

—Una vaca. ¿Crees que podrías pelear contra una?

Resulta que la había escuchado perfectamente bien la primera vez.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Bueno, cuando estuvimos en la granja el otro día en nuestra excursión escolar, Billy Turpin se enfrentó a una de las vacas y levantó los puños hacia ella. La señorita Wells tuvo que apartarlo.

Tantas preguntas. Tantas cosas que quería decir, comentarios que quería hacer.

Había olvidado por completo que ella había ido a la granja para una de sus excursiones escolares de geografía. Aunque sí recordaba haber visto la carta para ello y pensar que eran un poco mayores para estar viendo vacas y cabras y gallinas en la escuela secundaria. Que era algo más adecuado para aquellos en la escuela primaria. Evidentemente no. Y evidentemente, Billy Turpin no parecía fuera de lugar allí.

—Billy Turpin suena como un poco idiota —respondió.

Ella pareció visiblemente ofendida. —Él cree que podría pelear contra una y noquearla.

Tomek negó con la cabeza, tratando de entender la conversación. —Pelear contra una vaca y noquearla son dos cosas separadas. Cualquiera puede *pelear* contra una vaca, pero eso no significa necesariamente que ganen. Y ciertamente no significa que la noqueen.

—Pero *¿tú* podrías hacerlo?

—Nunca lo he pensado. Puedo decir honestamente que el pensamiento nunca ha cruzado mi mente.

Y estaba preocupado porque, ahora que lo había hecho, no podría pensar en otra cosa que no fuera una vaca recibiendo su puño.

—¿Qué dijo la señorita Wells? —preguntó Tomek.

Kasia se encogió de hombros, como si de repente hubiera perdido interés en la conversación. —Llamó estúpido a Billy.

—Bueno, en eso tiene razón. Billy suena como un poco imbécil. Mantente alejada de Billy.

Kasia quedó en silencio, su mirada cayendo a la alfombra justo antes del mueble de la televisión. Cruzó las piernas en el sofá y colocó ambas manos en el espacio entre sus piernas.

—Bueno, en realidad... —comenzó, incapaz de encontrar su mirada. La duda impregnaba sus palabras—. Iba a preguntarte...

Uh-oh. Tomek podía sentir hacia dónde iba esto. La palabra C. Chicos. En particular, *un* chico. Un chico singular que ella

consideraba un corte por encima del resto. Un chico que pensaba que podía pelear contra una jodida vaca.

—¿Podría Billy venir una tarde después de la escuela? —dijo tímidamente. Una vez que las palabras salieron, su cuerpo se tensó aún más y permaneció congelada en el sofá—. Solo para ver algo de televisión o algo así...

O algo así. Tomek sabía exactamente qué era ese *algo así*. Estaba sucediendo justo frente a él en la pantalla del televisor. Dos bestias salvajes apareándose, el león macho montando y preparándose para inseminar a la leona.

Solo para ver la televisión o algo así...

Su imaginación se desbocó mientras la paranoia y la sobreprotección se instalaban.

—Tendré que pensarlo... —dijo—. Pero no me entusiasma la idea de que ustedes dos estén en casa solos. No necesito hablarte sobre las abejas y las flores, ¿verdad?

—¡Puaj, papá! ¡No, qué asco! ¡Tengo trece años! Billy es solo un amigo. Es un chico... *amigo* —explicó, poniendo énfasis extra en la palabra *amigo* para eliminar cualquier duda adicional que pudiera haber tenido—. Además, ya sabemos todo eso de la escuela. Nos han estado enseñando eso durante años. Por favor, no me digas cómo se hacen los bebés.

—Si ustedes dos son solo amigos, entonces no deberías preocuparte de que te cuente cómo funciona ese tipo de cosas.

A eso, ella no tuvo respuesta. Y eso lo hizo preocuparse aún más.

—No quiero que Billy venga —le dijo—. Tus tardes ya están bastante ocupadas con tus clases de polaco y tus deberes. No quiero que te distraiga más de lo que probablemente ya lo hace en tus clases... o en la granja.

CAPÍTULO
TRES

Como había sospechado, la pregunta no había abandonado su cabeza. La estúpida, idiota y francamente exasperante pregunta. ¿Podría pelear contra una vaca? Por supuesto que no. Sabía que no podía. Era ridículo pensarlo. El animal le superaba diez a uno en peso. Y en fuerza en una proporción aún mayor. Pero él era más ágil... más hábil. Tenía la ventaja de dos piernas en lugar de cuatro.

Aun así, era una jodida ridiculez perder el sueño por algo así.

Y sin embargo, el pensamiento no le abandonaba. Tanto que cuando llegó a la sede de la policía de investigación criminal de Southend a la mañana siguiente, sentía que merecía una discusión más amplia. Una conversación con adultos, aquellos que poseían más lógica e inteligencia que un chico pubescente de trece años.

Llevaba sentado en su escritorio más de una hora, trabajando en los restos del trabajo del día anterior, cuando finalmente reunió el valor.

—Sean... —comenzó Tomek, experimentando de repente la misma inseguridad y miedo que Kasia había mostrado la noche anterior cuando le había hecho la pregunta.

—Sí, colega —respondió el sargento detective Campbell.

—Tengo una pregunta para ti...

Sean dejó lo que estaba haciendo y se giró para mirar a Tomek. En los últimos días, habían reorganizado la disposición de los asientos en la oficina, y ahora solo estaban separados por un escritorio. Era agradable estar tan cerca de su amigo más cercano;

creaba un ambiente de trabajo más propicio y productivo. El único inconveniente era la charla constante e insustancial. Como estar en el aula de la escuela, sentado al fondo, interrumpiendo al resto de la clase.

—Suena importante —dijo Sean.

—No lo es —respondió Tomek—. Honestamente. Es una puta estupidez, eso es lo que es.

Sean gruñó y se inclinó hacia adelante. —Realmente sabes cómo venderlo, colega. Me tienes al borde de mi asiento.

Tomek deseó no haberlo hecho; la agente detective Rachel Hamilton y la agente detective Nadia Chakrabarti, detrás de Sean, también se habían girado para mirarlo, metiéndose en su discusión.

Respiró profundamente antes de hacer la pregunta.

—¿Crees que podrías pelear contra una vaca?

Hubo un breve momento, una fracción de segundo de absoluto silencio, la calma antes de la tormenta, justo antes de que la sala estallara en una cacofonía de risas.

—Esa es posiblemente la mejor pregunta que creo que me han hecho jamás —dijo Sean después de haber conseguido controlar su risa.

—Y espero que tu respuesta sea tan buena como la pregunta —añadió Nadia, opinando.

Sean entrelazó los dedos, estiró los brazos y se hizo crujir los nudillos en un solo movimiento fluido. —Creo que podría... —dijo—. *Fácilmente*.

—¿Fácilmente?

—Sí —dijo encogiéndose de hombros—. Entiendo que son grandes y todo eso, pero no son muy rápidas. Y si tuviera algo de tiempo para entrenar, creo que podría hacerlo con un par de puñetazos.

Las chicas se rieron.

—Por supuesto que sí —dijo la detective Hamilton—. Los hombres y sus puñeteros egos.

Sean agitó el dedo en el aire. —El ego no tiene nada que ver con esto. Todo se reduce a preparación, entrenamiento y un buen gancho de derecha. —La cara de Sean cambió como si un

pensamiento le hubiera venido instantáneamente—. Pregunta: ¿la vaca también entrena?

—¿Qué? —Tomek no esperaba una contrapregunta, una pregunta que los llevaría aún más profundo por la madriguera de golpear vacas.

—¿La vaca también se entrena para la pelea?

—No tengo ni puta idea. ¿Cómo voy a saberlo?

—Tú eres quien hizo la pregunta, colega.

Tomek se rascó el lado de la cabeza. —Eh. Supongo que sí. Sí. Quiero decir, eso sería lo justo.

—En ese caso, no. Ni de coña. La vaca gana cualquier día de la semana. —Luego Sean se volvió hacia Nadia y Rachel, que estaban sentadas en el lado opuesto de su banco de escritorios, y dijo—: Os lo dije, el ego no tiene nada que ver con esto. Se trata de lógica y de si confías en ti mismo.

—Y en este caso, claramente no confías en ti mismo —dijo Nadia, mientras rebotaba en la suspensión de su silla de escritorio con una mano en su barriga de embarazada.

—No si la vaca tiene el mismo entrenamiento que yo. No soy estúpido.

—Claramente —dijo ella con sarcasmo. Luego se volvió hacia Tomek—. ¿Qué otras preguntas estúpidas tienes dando vueltas en tu cabeza?

Fue entonces cuando Tomek se sintió obligado a contarles la historia detrás de la pregunta. No podía dejar que pensaran que pasaba la mayor parte de su tiempo libre fantaseando sobre peleas con el ganado. Sin embargo, ninguno de ellos pareció creerle y siguieron convencidos de que la pregunta era suya.

—Ya no puedes seguir usando a Kasia como excusa para todo, Tomek —le dijo Nadia.

—¡No lo estoy haciendo! —protestó—. Incluso me preguntó si podía invitar a un chico después de la escuela. El mismo chico que hizo la estúpida pregunta sobre la vaca.

—Vaya —dijo Nadia—. ¿Ya está invitando a chicos a casa? Pensé que todavía te quedaban uno o dos años antes de que eso empezara a pasar.

—¿Antes de que empezara a pasar *qué*?

El rostro de Nadia se sonrojó. Luego hizo dos óvalos con sus pulgares e índices y comenzó a juntarlos, haciendo sonidos de besos mientras lo hacía.

—Cállate —dijo él, negando profusamente con la cabeza—. No va a pasar. Nada va a pasar. Porque no se le permite invitarlo a casa. No se le permite invitar a nadie a casa. Ahí está, decidido.

—¿No confías en ella? —preguntó Rachel, con voz suave y tranquila como si personificara la voz de la razón.

—No es con ella con quien tengo un problema —respondió él—. Es con Billy-el-héroe-luchador-de-vacas-Turpin con quien tengo el problema. Cualquiera que piense que puede pelear contra una vaca no debería estar cerca de mi hija... Incluyéndote a ti, Sean.

El hombre levantó las manos al aire consternado. —¿Por qué tienes que meterme en la conversación de esa manera?

Antes de que Tomek pudiera explicarse, notó al agente detective Martin Brown al borde de la conversación, con una nota en la mano. Martin se había unido al equipo solo unas semanas antes. Transferido desde Colchester, la sede de la policía de Essex, con la inspectora más reciente del equipo, Victoria Orange. Desde su llegada, Tomek había pasado poco tiempo conociendo al hombre. Rara vez se unía a ellos en sus noches en el pub después del turno, ni participaba en muchas de sus discusiones de oficina.

—Señor —comenzó después de esperar pacientemente la atención de Tomek.

—Buenos días, Martin.

—Aquí hay una pregunta para ti, Martin... —empezó Sean.

Tomek le lanzó a su amigo una mirada que le ordenaba dejar de hablar, lo que Sean hizo rápidamente.

Luego dirigió su atención al hombre con el pelo largo atado en una coleta y una barba que Tomek envidiaba más que nada.

—Sí, Martin. ¿En qué puedo ayudarte?

—Acabo de recibir una llamada del control, sargento. Han encontrado un cadáver en el parque John Burrows en Hadleigh.

CAPÍTULO
CUATRO

Dieciséis de diciembre. Poco más de una semana para Navidad. Lo que debería haber sido un período feliz, festivo y agradable, se había convertido ahora en una pesadilla para una familia.

El parque John Burrows estaba situado a unos cientos de metros de la A127, la carretera que conectaba Southend con Rayleigh y más allá. En un lado del campo había un conjunto de pistas de tenis y baloncesto, y en el otro una hilera de campos de fútbol, cuyas líneas blancas se habían desvanecido con los años. En verano, el parque y, en particular, las pistas de tenis se llenaban de niños de las escuelas locales que venían a relajarse, charlar y practicar algún deporte. Ahora, sin embargo, en el frío intenso del invierno, el parque se había vaciado, y los grupos de amigos habían sido reemplazados por montones de hojas caídas sobre la hierba.

El cuerpo había sido encontrado en el lado noroeste del parque, en el lado opuesto a las pistas. Desplomado entre los arbustos, con las extremidades descansando en varios ángulos. Un tono fantasmal de blanco bajo las nubes grises del cielo. La lluvia había azotado el rostro durante tanto tiempo que quedaba muy poco maquillaje en la cara de la chica. Llevaba una falda corta negra y una pequeña camiseta corta blanca que no habría sido lo suficientemente abrigada ni siquiera para el verano. Tenía el pelo recogido en una coleta, las uñas pintadas del color de la hierba, y junto a ella había un pequeño bolso de mano que parecía apenas lo suficientemente grande para un teléfono móvil. Una fina manta de escarcha que

brillaba bajo la luz de media mañana la rodeaba como si la estuviera protegiendo.

Al principio, a Tomek le pareció que ella se había caído, colapsado y luchado por ponerse de pie hasta que finalmente sucumbió a lo que fuera que la había matado. No había nada que sugiriera un acto criminal, nada que sugiriera que había sido atacada. Excepto por las mejillas sonrojadas y el cuello ligeramente hinchado. Pero incluso eso podría ser el inicio de la hinchazón en el proceso de descomposición.

Pasó un tiempo antes de que Tomek comenzara realmente a apreciar la escena por lo que era: una chica, de edad y constitución similar a su hija, yaciendo muerta en un campo. Desde que Kasia había entrado en su vida hace menos de tres meses, se había encontrado empezando a reaccionar y comportarse de manera diferente ante ciertas cosas, viendo ciertas situaciones bajo una luz distinta. Las escenas del crimen eran un ejemplo perfecto de eso. Especialmente cuando la víctima era una adolescente.

Para distraerse de sus pensamientos, se volvió hacia Rachel.

—Di algo, por favor —le dijo.

—¿Sobre qué?

—Cualquier cosa... Siempre que no sea sobre vacas. Ya he tenido suficiente de esa conversación por hoy.

Afortunadamente, antes de que se sumergieran en un silencio incómodo mientras Rachel pensaba en algo interesante que decir, Lorna Dean, la patóloga forense, se acercó arrastrando los pies. Detrás de ella, un equipo de oficiales de la escena del crimen estaba en proceso de montar la tienda que sería erigida sobre el cuerpo. Más allá, en las afueras del parque, había un grupo de oficiales de policía uniformados, estableciendo el cordón exterior con la ayuda de cinta policial blanca y azul.

—Una mañana encantadora para esto —dijo Lorna con entusiasmo.

Tomek siempre la había encontrado excesivamente jovial sobre su trabajo, como si obtuviera algún tipo de placer diseccionando cadáveres todo el día, todos los días. Él no podría haber hecho ese trabajo, y admitía que requería un tipo particular de persona

desensibilizada en primer lugar, pero ella era algo diferente. Estaba insensible a todo sentido de decoro y respeto.

—Al menos me libró de tener que hacer mi carrera matutina —continuó.

Ahora ahí había un pensamiento. Tomek no podía recordar la última vez que había salido a correr por la mañana. Solía ir cada mañana, lloviera o hiciera sol, sin falta. Diez kilómetros a lo largo del paseo marítimo y hacia el final del muelle de Southend. Pero ahora que sus prioridades y responsabilidades habían cambiado, eso había caído al fondo de la lista. Y, ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que no lo extrañaba demasiado. El trabajo y cuidar de Kasia estaban haciendo lo posible por mantenerlo saludable y distraerlo de atiborrarse con los aperitivos y golosinas que normalmente se habría encontrado comiendo por la noche. Sin embargo, había otra parte de él que lo extrañaba. Lo extrañaba mucho, de hecho. Las endorfinas después de correr, el viento refrescante golpeándole la cara, despertándolo. La forma en que le permitía aclarar su mente y procesar los eventos del día anterior. Le permitía ver las cosas bajo una luz diferente.

Como cada vez que veía a una adolescente muerta y le recordaba a su hija.

Algo, no sabía qué —intuición, quizás, pero era algo premonitorio y profundamente preocupante— le dijo que vería más situaciones como esta. Constantes recordatorios de Kasia. No era cada mañana que se encontraba a una adolescente casi medio desnuda en un parque. Pero algo le decía que este no sería el último.

—¿Qué estamos diciendo entonces, Lorna? —preguntó Tomek para ayudar a silenciar los pensamientos.

—Bueno, está muerta. Sé eso.

—Genial. Buen comienzo. ¿Algo más?

—Por lo que he podido ver hasta ahora, no. No parece que haya evidencia de agresión sexual; todavía está completamente vestida y su ropa interior sigue puesta, aunque, a juzgar por el cuello hinchado y la urticaria en su rostro, diría que ha tenido algún tipo de reacción alérgica a algo.

—¿Una reacción alérgica?

—Sí. ¿Nunca has tenido una?

Tomek negó con la cabeza. —Nunca. Creo que fui bendecido en ese aspecto. Aunque no me gustan las picaduras de mosquito.

Ambas mujeres lo miraron, con rostros inexpresivos.

—A nadie le gustan particularmente las picaduras de mosquito, Tomek —dijo Rachel severamente.

—Quiero decir que no me llevo bien con ellas. Parece que se hinchan hasta el tamaño de uno de esos dulces en forma de platillo volador que solías conseguir cuando eras niño...

—¿Con el polvo efervescente dentro?

—Sí.

—Recuerdo esos. El exterior sabía a papel y el interior estaba lleno de polvo efervescente. No sé quién pensó que eran una buena idea.

—No sé por qué los comíamos. Sabían a huevo podrido.

Ambas lo miraron inexpresivamente de nuevo, aunque no podía entender por qué.

—¿Acabas de usar la palabra "huevo podrido" para describir algo malo? —preguntó Rachel.

Ahí estaba.

—Sí. Si algo no es muy agradable, es *huevo podrido*.

Rachel negó con la cabeza con desdén. —¿Kasia sabe que usas esa palabra?

—¿Qué diferencia hace eso?

—Creo que tiene derecho a saberlo. Si descubriera que mi padre estaba usando esa palabra para describir cosas completamente no relacionadas con ello, probablemente querría repudiarlo.

Tomek sonrió sarcásticamente. —Buena esa. Pero ¿no crees que deberíamos volver al asunto que nos ocupa?

—Tú eres el que nos distrajo con tu estúpida elección de palabras.

Tomek la ignoró y se acercó un poco más al cuerpo con su traje de la escena del crimen. La fuerte lluvia que había comenzado a caer rebotaba en el material. Antes de mirar hacia abajo al cuerpo, miró hacia el cielo y se preguntó cuáles habrían sido las condiciones

durante su muerte, si había estado despejado o lluvioso. Si habría marcado alguna diferencia en la forma en que había muerto.

Mientras se acercaba, se agachó e inspeccionó su rostro. No más de catorce, quince años. Tal vez dieciséis como máximo. Joven pero madura. Bonita, pero sin alardear de ello. Discretamente reservada. Toda una vida por delante.

Fue entonces cuando hizo algo que no había hecho en un tiempo.

Comenzó a hablarle.

—¿Qué te pasó, eh? —susurró para sí mismo, manteniendo su voz baja para que Rachel y Lorna no lo escucharan—. ¿Cómo sucedió esto? ¿Alguien te hizo esto?

Por supuesto, no hubo respuesta. Nunca había respuesta. Y siempre esperaba que no la hubiera porque, de lo contrario, sufriría un ataque al corazón, pero le ayudaba a lidiar con la escena, a procesarla. Y, además, le gustaba pensar que les ayudaba a pasar a cualquier vida o existencia a la que fueran a ir. Un puente reconfortante que los conectaba de un lado a otro.

También permitía que su mente comenzara a pensar en las circunstancias que rodeaban el destino de la persona. Como si estuviera allí, viéndolo suceder desde lejos. Viéndolo suceder en tiempo real.

Y esta vez no fue diferente. Imaginó un grupo de ellos. Quizás seis, siete. Un grupo lo suficientemente grande como para que hubiera mucha charla y gritos. Tal vez algo de alcohol de por medio. Una combinación de chicos y chicas. Todos de edades similares. Quizás de la misma escuela. Bebiendo y socializando fuera de horario cuando no se suponía que debían hacerlo, cuando sus padres los querían en casa.

Y quizás ella había regresado a casa con el resto de ellos. Se había encontrado con alguien que conocía. O con alguien que no conocía. Y se había encontrado en este estado.

O tal vez se había quedado mientras el resto de sus amigos se habían ido a casa. Se quedó con un chico con el que no se suponía que debía estar. Era tabú que estuvieran juntos. Alguien de quien no

había querido que el resto del grupo supiera. Ella se había quedado, y él también. Una cosa había llevado a la otra, y entonces...

El rostro de la chica fue inmediatamente reemplazado por el de Kasia, y ya no fue capaz de mirarla, ya no fue capaz de pensar en lo que había sucedido, *cómo* había sucedido.

Se alejó y se volvió hacia sus colegas.

—¿Sabemos su nombre? —les preguntó.

Lorna negó con la cabeza, luego llamó a un SOCO para que se acercara. Poco después, apareció una figura alta, vestida de pies a cabeza de blanco, ligeramente jadeante y sin aliento.

—¿Podemos echar un vistazo dentro de su bolso? —preguntó Tomek—. Me gustaría ver si hay alguna identificación con ella.

Al hombre le tomó más tiempo inclinarse que moverse al otro lado del cuerpo. Mientras se bajaba hacia la hierba, Tomek podía escuchar el ruido de sus rodillas crujiendo por encima del sonido del viento que silbaba más allá del material que protegía sus oídos. Un momento después, el hombre sacó el bolso de debajo del brazo de la víctima y lo abrió con la delicada precisión de un cirujano. Luego metió la mano y sacó un teléfono móvil. La pantalla se iluminó inmediatamente y apareció una imagen de la chica, sentada con una amiga en la playa en algún lugar, sonriendo exuberantemente a la cámara frontal. La foto era reciente, del verano a menos que Tomek se hubiera perdido un período soleado a principios del invierno. Sosteniendo el teléfono delicadamente en su mano, deslizó hacia arriba, pero requería una contraseña. Debería haberlo sabido. Había cometido el error de pensar que podía entrar en el teléfono de Kasia cada vez que ella se lo había pasado varias veces. Cada vez ella le arrebataba el dispositivo y entraba el código ella misma. Uno de estos días descubriría cuál era.

No lo notó al principio, pero cuando apartó la mirada de la pantalla, vio la mano del SOCO flotando frente a su cara. Sosteniendo un pase de autobús escolar. Con el nombre de la víctima y la fecha de nacimiento al lado.

Lily Monteith.

Quince años de edad.

CAPÍTULO
CINCO

Tomek jamás esperaba que quien le abriera la puerta fuera la DC Anna Kaczmarek. Aunque, pensándolo bien, ella era la oficial de enlace familiar del equipo, y su trabajo consistía en contactar con las familias de los fallecidos y servir de puente entre la información y la desinformación. Era un papel importante. Uno que a veces resultaba fundamental para la captura de un criminal. Con bastante frecuencia, los casos que trataban estaban relacionados de alguna manera con la familia, y ella era experta en mezclarse con el entorno, hasta tal punto que apenas notabas su presencia. Escuchando, anotando comportamientos de los familiares, reacciones, discusiones y desacuerdos. A veces, la familia del fallecido la trataba como a una más y admitía algo incriminatorio en su presencia, o inconscientemente revelaba algo vital para el caso. Era la serpiente entre la hierba, informando de todo a Tomek y al equipo.

Sí, era buena en su trabajo. Pero no esperaba que fuera tan buena como para presentarse en la casa de Lily Monteith antes de que él hubiera tenido la oportunidad de hablar con ella.

—*Cześć* —le dijo mientras ella abría la puerta.

—*Dzień dobry*, Tomek —respondió Anna.

Él entró en la casa.

—¿Cómo demonios has llegado aquí antes que yo? ¿Tú y Rachel os estáis enviando mensajes directos o algo así?

—Pensó que sería buena idea mantenerme informada.

Eso era un sí, entonces.

—Estoy impresionado —dijo—. ¿Desde cuándo trabajáis tan estrechamente juntas?

Ella no respondió, solo le ofreció un encogimiento de hombros avergonzado.

—Lo próximo será que vengáis a por mi puesto...

Esta vez Anna soltó una risita, lo que le inquietó. La perspectiva de ser expulsado de su posición por sus subordinados mientras luchaba por el ascenso le resultaba inquietante. No le gustaba la idea de encontrarse en medio de un sándwich de promoción. Menos aún cuando se trataba de colegas a los que admiraba profundamente y consideraba entre sus amigos más cercanos. Anna, en particular. La conocía desde hacía más tiempo que a nadie (después de Sean y Nick), y como ambos eran de Polonia compartían un vínculo especial.

—Están en la sala —le informó Anna con un gesto de cabeza.

Tomek echó un rápido vistazo al pasillo y localizó la habitación a la que se refería.

—¿Cómo están?

—Como siempre.

—¿Triple-D?

Anna asintió.

Ah, el Triple-D. Un término acuñado por Tomek cuando estaba sentado en la oficina tratando de pensar en palabras para describir las emociones que sentía una familia en particular. Conocía las palabras, por supuesto que las conocía, pero en ese momento, con todos los ojos de sus colegas observándole, le había costado recordarlas. Al principio, la frase había caído horriblemente, y no veía futuro para ella, pero ahora que Anna la había recordado, consideró la posibilidad de resucitarla, como un grupo musical acabado que revive su carrera porque están todos sin un céntimo y necesitan urgentemente una inyección de dinero.

El Triple-D.

Desolados.

Devastados.

Destrozados.

Tomek imaginaba que solían ser las mismas emociones que sentían las bandas mencionadas antes de decidir anunciar su gira de reunión.

Quizás con un toque de disgusto añadido.

Se dirigió a la sala, teniendo cuidado de abrir la puerta con cautela, y asomó la cabeza. Sentados en el sofá del centro de la sala, abrazados el uno al otro, estaban el señor y la señora Monteith.

El señor Monteith era un hombre corpulento, con hombros gruesos y anchos que parecían evocar la vida de un ex jugador de rugby. Y la barriga cervecera que abultaba la parte delantera de su camisa lo confirmaba.

La señora Monteith, por otro lado, era lo opuesto en todos los sentidos. Delgada, pequeña, menuda. Triple-P. Sin embargo, había una ferocidad tras sus ojos, y la forma en que se sentaba erguida sugería a Tomek que era cualquier cosa menos la persona débil que su estatura parecía indicar.

—Señor y señora Monteith, soy el sargento detective Tomek Bowen. Trabajo con Anna en el Equipo de Investigaciones Mayores. Lamento mucho su pérdida. Mi equipo y yo haremos todo lo posible para averiguar qué le ocurrió a su hija.

La señora Monteith extendió una mano hacia Tomek. Él la tomó. Sus palmas estaban húmedas, ya fuera por lágrimas o sudor, y su agarre era fuerte, tan fuerte como imaginaba que sería el de su marido.

—Gracias, detective —dijo ella—. Gracias por venir. Esto nunca debió haberle pasado a nuestra niña.

Tomek le dio un suave apretón de manos antes de acomodarse en el borde del sofá de enfrente. En ese momento, Anna llegó con un vaso de agua para Tomek y se sentó a su lado.

—¿Mi colega les ha explicado el proceso? —preguntó Tomek.

Ambos padres asintieron solemnemente, aferrándose el uno al otro aún más fuerte que antes.

—¿Tienen alguna pregunta relacionada con lo que mi colega les ha explicado?

Esta vez negaron con la cabeza, y la señora Monteith comenzó a desmoronarse sobre el pecho de su marido.

El primer signo del Triple-D.

—Muy bien —Tomek colocó ambas palmas en sus rodillas e inhaló profundamente—. Mi función es, desafortunadamente, hacer algunas de las preguntas incómodas. Si hay alguna que no se sienten preparados para responder, o hay algo que no creen poder explicarme, para eso está Anna. Pueden contarle cualquier cosa.

Anna le sonrió, como diciendo "Gracias por esa introducción, Tomek", y luego se volvió hacia los padres afligidos. Sin que se lo pidieran, sacó del bolso un paquete de pañuelos Kleenex y se los entregó a la señora Monteith. La mujer le dio las gracias y luego se secó delicadamente debajo de los ojos, mirando hacia arriba mientras lo hacía, revelando la parte blanca de sus ojos que ya no era blanca en absoluto y había sido tomada por un ejército de serpientes rojas.

—¿Podrían decirme qué estaba haciendo su hija anoche? —preguntó Tomek después de que la señora Monteith terminara de secarse las lágrimas.

—Ella... estaba con amigos —dijo el señor Monteith, con una voz tan profunda como Tomek esperaba—. Una especie de fiesta en casa pero no exactamente una fiesta. Una reunión, la llamó ella. En casa de un amigo, un chico llamado Marcus. Solo un par de amigos del colegio, charlando, hablando. Ya sabe cómo es.

—¿A qué hora debía volver a casa?

—No tenía que hacerlo. Nos dijo que se quedaría después en casa de Gabby.

—¿Gabby?

—Su mejor amiga desde preescolar. Van a todas partes juntas, hacen todo juntas.

Tomek sabía cómo era eso. Era lo mismo para Kasia y su amiga Sylvia. Kasia siempre hablaba de ella, siempre quedaba con ella antes y después del colegio. Era agradable, bueno que tuviera una amiga tan cercana tan pronto después de llegar a la zona.

—¿Conocen los nombres de las otras personas con las que estaba?

Los padres de Lily Monteith reflexionaron un momento, luego negaron con la cabeza.

—Solo unos pocos. Marcus, Brett y Thomas. Pero me dijeron que habría algunos más allí. Amigos de amigos. Ya se habían reunido antes.

Tomek asintió pensativamente.

Las imágenes en su cabeza comenzaban a cambiar. Quizás Lily y el grupo no habían estado en el parque después de todo. Tal vez todos habían ido a casa de Marcus y luego algo le había sucedido a ella camino a casa de Gabby. Pero, ¿por qué había estado sola si se iba a quedar en casa de su amiga?

—¿Han tenido noticias de Gabby? —preguntó Tomek.

—Solo de su madre —respondió el señor Monteith—. Para contarle la noticia. Gabby está bien. Y no sabe nada sobre lo que le pasó a Lily.

Tomek tendría que comprobar eso. Todavía no explicaba por qué Lily y Gabby se habían separado si ambas supuestamente iban a regresar a casa de los padres de Gabby para pasar la noche. Tal vez habían tenido una discusión. Quizás había sido por uno de los chicos.

—¿Lily tenía novio? —preguntó Tomek. Estaba a punto de adentrarse en un terreno incómodo y embarazoso (para todos en la sala, pero sobre todo para el señor y la señora Monteith), por lo que necesitaba ser cuidadoso con su elección de palabras. Algo en lo que no era muy bueno.

—No que sepamos —respondió la madre de Lily.

—¿Algún chico con el que pudiera estar hablando? ¿Mensajeándose en línea?

Se miraron antes de negar con la cabeza.

—¿Alguien con quien haya quedado?

Otra negación con la cabeza.

—¿Ha tenido algún novio en el pasado? ¿Alguien que pudiera haberse puesto celoso por ella?

—Hubo alguien cuando tenía trece años, pero nunca fue serio; nunca lo suficientemente serio como para considerarse novio y novia. —El señor Monteith se removió incómodamente en el sofá, como si el tema de conversación le pusiera nervioso. La idea de un chico con su hija.

Tomek había sentido lo mismo después de su conversación con Kasia la noche anterior.

Billy el maldito Luchador de Vacas.

—Supongo que la relación terminó hace mucho tiempo... —dijo.

—Solo estuvieron juntos un par de meses. Luego él descubrió que ella tenía alergia al látex y decidió dejarlo.

—Alergia al látex... A los trece años... —susurró Tomek para sí mismo. Y entonces entendió por qué el novio la había dejado.

Látex. Preservativos.

Sexo.

Trece años.

Eso no hizo nada para aliviar las preocupaciones en su cabeza sobre Billy el Luchador de Vacas.

Ansioso por seguir adelante con la conversación, Tomek pidió a los padres de Lily un perfil de su carácter, su personalidad. Qué tipo de niña era, cómo era en el colegio y en casa. Y, como era de esperar, la elogiaron. Como haría cualquier padre. Como él mismo habría hecho. Lily era una chica trabajadora y cariñosa que repartía bien su tiempo entre ellos, el colegio y sus amigos. Sus asignaturas favoritas eran geografía, matemáticas y español. Y los fines de semana iba a su club de natación local donde era una entusiasta nadadora. Nunca llegaba tarde al colegio, tenía montones de amigos, era bien educada y de buenos modales. A sus ojos, era perfecta y sin defectos. No habría hecho daño ni a una mosca ni habría molestado un nido de abejas por diversión.

Estas eran todas cosas que Tomek esperaba oír. Pero fue lo que el señor y la señora Monteith omitieron mencionar lo que captó su atención.

El hecho de que nunca había bebido alcohol. Que nunca se había quedado a dormir en otro lugar que no fuera la casa de Gabby. Que nunca se había escapado de casa ni se había quedado fuera más tarde de lo debido. Que nunca había probado cigarrillos ni drogas.

Quizás eran cosas de las que no eran conscientes, o tal vez lo sabían y simplemente no querían que Tomek pensara mal de su hija. De cualquier manera, dudaba que la verdadera Lily Monteith fuera la santa que sus padres pretendían que fuera.

Porque sabía por experiencia que él tampoco había sido un ángel a esa edad. Que él mismo había experimentado cosas similares. Lo que hacía más difícil castigar a Kasia y restringirle experimentar por sí misma.

Llamada para Tomek.

¿Sí?

Llamó la sartén. Algo sobre el cazo...

Mientras los dejaba con su duelo, un proceso que sería supervisado por Anna y otro de los jóvenes agentes de policía con los que trabajaba estrechamente, Tomek les agradeció su tiempo y se dirigió a la puerta principal. Mientras ponía una mano en el pomo, se volvió para mirar al señor Monteith, que lo había acompañado a la salida.

—¿Por casualidad conocería la dirección de Gabby? —preguntó—. Creo que podría tener algunas respuestas para nosotros... para *ustedes*.

CAPÍTULO
SEIS

Gabby Longhouse era tan insoportable como él esperaba, aunque por su bien lo atribuyó a la herencia, un rasgo de personalidad desafortunado que había heredado de ambos padres.

Aunque habían manifestado estar afectados por la muerte de Lily y habían pasado varios minutos asegurándole que, de hecho, estaban de luto, era una emoción que no se había reflejado en sus rostros, ni se había filtrado en sus voces.

Pensó que era más probable que el cockapoo que había visto al conducir hacia la casa de los Longhouse estuviera más afectado por la muerte de Lily Monteith.

Incluso las primeras palabras de Gabby hacia él —¿No estoy bajo arresto, verdad?— le preocuparon. Si esa era su actitud desde el principio, ¿cuál sería su actitud cuando le hiciera las preguntas?

—No a menos que hayas hecho algo malo —respondió. Normalmente habría modificado su forma de hablar para alguien de su edad, usando un tono más suave y amable. Pero no para Gabby Longhouse. No para ninguno de los Longhouse.

—Quería hacerte algunas preguntas sobre dónde estuviste anoche y qué estabas haciendo.

Se trasladaron a la sala de estar, Tomek y la familia Longhouse. Justo cuando estaba a punto de sentarse en el sofá, Gabby se volvió hacia sus padres y les pidió que abandonaran la habitación. Después de protestar un poco, finalmente cedieron y cerraron la puerta tras

ellos, no sin antes recordarle que si los necesitaba en cualquier momento, estarían al otro lado de la puerta.

Tomek no creía que pasara mucho tiempo antes de que estuvieran pegando la oreja a la puerta con la ayuda de algunos vasos.

—Cuéntame lo que pasó anoche.

Tan pronto como se acomodó, Tomek fue directo al grano. A ella le llevó un tiempo encontrar una posición cómoda. Se la veía nerviosa, reservada, como si hubiera algo que quisiera contarle pero tuviera demasiado miedo para hacerlo. Después de todo, acababa de perder a su mejor amiga. Tal vez debería darle un respiro.

—Éramos diez. Yo, Lily, Marcus, Theo, Brett, Thomas, Liam, Henry, Callum y James.

Tomek anotó los nombres inmediatamente, dejando una línea entre cada uno para cualquier detalle adicional que pudiera resultarle útil.

—Se suponía que iríamos a casa de Marcus originalmente, pero luego sus padres tuvieron que cancelar sus planes. Así que todos fuimos al parque en su lugar.

—¿Cuál?

—John Burrows.

Tomek no dijo nada. Esperó a que ella continuara.

—Nos... llevamos un poco de bebida de casa de Marcus al parque, y pasamos la mayor parte de la noche bebiendo y relajándonos en el campo.

—¿Solo los diez?

—Sí.

—¿Y cuáles eran los planes después?

—Se *suponía* que iría a casa de Lily una vez que termináramos.

Tomek se detuvo, dudó, la miró a los ojos. La mentira era tan obvia en su rostro como en su voz.

—No me mientas —dijo—. Los padres de Lily nos dijeron que ella iba a ir a tu casa después de la fiesta. ¿Así que dónde se suponía que ibais a terminar realmente?

Gabby bajó la mirada y comenzó a juguetear con sus manos. —Yo... Nosotros... Íbamos a quedarnos en casa de Marcus después de

la fiesta originalmente. Pero como sus padres estaban allí tuvimos que descartar ese plan. Entonces Henry nos invitó a su casa.

—¿Quién?

—Henry.

—Eso ya lo sé. Pero ¿a quién invitó?

—A mí, a Lily y a Theo.

—¿Por qué solo a vosotros cuatro?

—Porque... porque somos muy buenos amigos.

—¿Y está pasando algo entre alguno de vosotros?

Lentamente, como si respondiera a su pregunta, en un solo movimiento, Gabby se volvió hacia la puerta de la cocina, comprobó que estaba cerrada y que sus padres no se habían materializado milagrosamente al otro lado sin abrirla, y luego volvió a mirarlo.

Él bajó la voz. —Puedes contármelo. No se lo diré a ellos si no es necesario.

Eso pareció calmar un poco sus nervios. —Bueno... Theo y yo estamos saliendo. Y Lily y Henry están... bueno... tienen una especie de situationship, si sabes a lo que me refiero.

No lo sabía. Y de repente se sintió muy viejo. Desconectado de la generación más joven, la generación en la que su hija estaba creciendo actualmente.

Teniendo cuidado de no maldecir frente a ella —o *contra* ella—, en cambio dijo: —Lo siento, pero vas a tener que explicarme eso.

—¿Qué? ¿Un situationship?

—Sí. No tengo ni idea de lo que es eso.

—Bueno, ya sabes... Es un situationship.

Tomek se mordió el labio inferior con frustración. No soportaba cuando la gente usaba la misma palabra que intentaba definir en la definición. Eso no era precisamente así como funcionaba.

—¿Qué significa situationship? —preguntó de nuevo.

—Ya sabes. Cuando no están juntos-juntos del todo. Simplemente están... viéndose.

—¿Viéndose desde el otro lado de la calle, en clase, dónde? ¿Qué quieres decir? Puedes ser honesta conmigo. Puedes decir las cosas como son. Soy un adulto. He oído de todo, y cosas peores, antes.

No pasó mucho tiempo antes de que Gabby se sintiera cómoda para decir la palabra, aunque se inclinó ligeramente hacia adelante y se la susurró, para que sus padres, que probablemente estaban espiando, no la oyeran y entraran de golpe.

—Están teniendo relaciones pero no son pareja. Ya sabe... son como amigos con beneficios.

Ahora esa era una frase que conocía, una expresión que reconocía. Amigos con beneficios. Él mismo había tenido algunos, pero no a esa edad. No tan joven como a los quince. Había ido a un colegio solo para chicos y no había conocido al sexo opuesto hasta que estuvo en la universidad.

Pero *quince años*...

Y entonces ese número cambió a trece. Kasia. Billy el Luchador de Vacas.

¿Era eso lo que eran? ¿En un situationship? ¿Por eso ella quería que él fuera a su casa?

Bueno, ciertamente no permitiría eso ahora, no cuando sabía lo que estaban haciendo los jóvenes hoy en día. De ninguna manera. No, señor. Nada de sexo en su casa durante al menos los próximos seis años. Incluyéndolo a él mismo.

—¿Cuánto tiempo llevaba esto entre ellos? —preguntó Tomek, decidido a volver a encarrilar la conversación y sus pensamientos.

—Un par de semanas —respondió ella, continuando jugando con sus uñas—. Aunque se gustaban mucho. Creo que habrían empezado a salir en un par de meses si las cosas no hubieran sucedido como sucedieron.

—¿Qué cosas?

La respuesta le golpeó tan pronto como lo dijo. Si Lily Monteith no hubiera muerto la noche anterior. Si no la hubieran encontrado en medio de un campo, entonces ella y Henry habrían mejorado su relación de situationship a novio y novia.

Tomek anotó hablar con Henry después de esta entrevista.

Después de terminar de escribir el nombre del joven en su libreta, continuó la conversación sobre los eventos de la noche anterior. Gabby explicó que habían estado bebiendo. Que habían salido del parque justo antes de las dos de la madrugada, que

habían sido invitados a la casa de Henry. Gabby había dicho que sí, mientras que Lily la había sorprendido diciendo que no.

—No esperaba que dijera eso —continuó Gabby—. Pensé que estaría totalmente de acuerdo, pero de repente había decidido echarse atrás.

Tomek asintió, pensativo. —¿Sabes por qué podría ser eso? ¿Había dado alguna indicación durante la noche de que algo iba mal, de que quería irse a casa o quizás estaba quedando con alguien más?

Gabby lo consideró por un momento. Jugando con sus manos, mirando hacia abajo, a su regazo. En ese momento parecía varios años más joven que su edad real. Más cerca de su verdadera edad que de la persona que intentaba mostrar al mundo exterior. Aunque nunca la había conocido antes, sentía que esta era la verdadera Gabby Longhouse. La Gabby Longhouse tranquila, reservada y considerada que no tenía unos padres prepotentes e insoportables respirando sobre su nuca.

—Yo... no sé si debería contarle esto —comenzó, con voz vacilante.

—Si es importante, probablemente deberías hacerlo.

—Había... Estábamos... Theo había conseguido algo de marihuana, así que íbamos a fumarla en casa de Henry. Yo lo he hecho antes con Theo muchas veces, pero supongo que Lily no se lo esperaba, así que se apartó de la situación y dijo que caminaría a casa; solo vivía a la vuelta de la esquina, así que pensé que estaría bien.

Se apartó de la situación y caminó directamente hacia su muerte.

—¿Alguien la acompañó? ¿Alguien vio hacia dónde fue?

Gabby bajó la mirada hacia su regazo. Era incapaz de mirarlo.

—No —respondió lentamente—. Ella fue en una dirección. Los demás fuimos en la otra.

Ellos fueron en una dirección, mientras Lily Monteith se dirigía hacia su muerte.

CAPÍTULO
SIETE

—No pensaba que habrías tenido tiempo para incluir este caso en tu agenda —dijo Tomek.

Observó cómo Lorna se movía a toda velocidad de un lado a otro de la habitación, llevando un bisturí en una mano y un bolígrafo en la otra.

—La muerte no espera a nadie —dijo ella, y luego se dio cuenta de que no tenía sentido y se corrigió—. El cadáver que tenía programado para primera hora de la tarde no me llevó tanto tiempo como pensaba, así que he podido hacer un hueco para nuestra adolescente.

—Muy generoso de tu parte.

No era frecuente que llamaran a Tomek a la morgue para supervisar una autopsia —normalmente delegaba esa tarea a uno de los agentes del equipo—, pero por teléfono, Lorna había sonado preocupada. Había algo que necesitaba que viera y no podía explicárselo por teléfono.

La bata atada alrededor de su cuello comenzaba a rozarle e irritarle la piel suave y sensible, y estaba deseando quitársela. Hacía mucho tiempo que no llevaba una, y más tiempo aún desde que había querido ponérsela. Pero era necesario. No podía quejarse. Era mejor que la alternativa: ser el que estaba sobre la mesa, con el pecho dividido en dos y la piel doblada sobre la caja torácica.

—¿Cómo han ido las cosas hasta ahora? —le preguntó Lorna mientras terminaba sus preparativos.

—Ocupado, pero sin ninguna productividad —respondió Tomek.

Después de su entrevista con Gabby Longhouse, Tomek había hecho una visita improvisada a la casa de Henry Swallow en Benfleet. El adolescente estaba en casa en ese momento, con sus padres y su hermana menor. Allí, le había explicado a Tomek su versión de los hechos, que coincidía con lo que Gabby le había contado. Incluido lo de la marihuana y los amigos con beneficios. En consecuencia, Tomek les había dado sus datos, les dijo que se pusieran en contacto con él si recordaban cualquier cosa que consideraran importante y luego los dejó con su sábado por la tarde; un sábado por la tarde que siempre recordarían como uno de los peores.

—Espero que lo que estoy a punto de contarte cambie la dinámica entonces —respondió Lorna.

Tomek estaba todo oídos. Cruzó los brazos sobre el pecho y se acercó con cuidado a la mesa donde Lily Monteith yacía tendida boca arriba, brillando bajo la luz fluorescente.

Sin decir nada, Lorna se apartó de él y alcanzó una pequeña bandeja metálica al otro lado de la mesa. Descansando sobre ella, resplandeciendo bajo la luz brillante, había dos objetos. Ambos parecían piel de cerdo arrugada y seca. Excepto que eran de diferentes colores: uno negro, uno blanco. Lorna los recogió en cada mano como si fueran ropa sucia, y Tomek inmediatamente reconoció lo que eran.

—Al principio, no encontré nada malo en ella —comenzó Lorna—. Sí, había estado bebiendo, los restos todavía estaban en su estómago, junto con la pizza que cenó la noche anterior. No había signos de heridas punzantes, nada que sugiriera que la hubieran estrangulado... nada. Hasta que llegué a su esófago.

Lorna volvió a colocar los objetos en la bandeja y se la pasó a Tomek. Él miró hacia abajo, con los ojos abiertos.

—Hasta que encontré estos... —dijo ella.

—¿Son lo que creo que son?

—Me sorprendería que adivinases correctamente.

Tomek la miró sin impresionarse.

Sonriendo, en un intento de desarmarlo, ella señaló el objeto de la izquierda. —El condón fue lo primero que le metieron por la garganta, muy abajo, completamente abajo. Luego el guante de látex.

—¿Y por qué no sabría yo qué son esas cosas?

Lorna se volvió tímida, avergonzada. Con miedo de decir lo que realmente quería decir. —Nada. Lo siento. No pretendía ofenderte.

—Aún no me has ofendido porque no has dicho nada.

—Bueno, es solo que... ya sabes. El condón... por lo de Kasia. A menos que el que usaste hace trece años se rompiera. Y los guantes porque... bueno, nunca te consideré un ávido limpiador.

Tomek le devolvió la bandeja de golpe. Ella la tomó y la dejó sobre la mesa.

—De acuerdo, ahora sí me has ofendido —dijo él.

—¿En serio?

—¿Puedes culparme?

—Supongo que no.

—Bien. Pues me debes una por eso. No sé para qué, ni cuándo la voy a cobrar, pero me debes una. ¿Trato?

El rostro de Lorna pareció iluminarse un poco ante la perspectiva de que su relación no estaba completamente arruinada gracias a sus comentarios estúpidos y ofensivos.

—Trato hecho —dijo.

—Bien. Ahora cuéntame más sobre este condón y guante.

—Bueno —comenzó—, uno de ellos sirve para evitar la transmisión de enfermedades sexuales y embarazos no deseados.

Esta vez, Tomek fingió estar enfadado, pero fue incapaz de evitar que una sonrisa asomara en su rostro.

—En fin —volvió a empezar Lorna—. Como decía. El condón fue introducido primero en su garganta. Bastante profundo. Y sospecho que nuestro asesino habría tenido que usar algún tipo de aparato para meterlo ahí.

—¿Como qué? ¿Un palo?

Lorna negó con la cabeza. —Un palo habría sido afilado y, si lo hubiera hecho mientras ella estaba consciente, habría visto rasguños

o abrasiones en el interior de su garganta, pero no había nada. Al contrario, era suave.

Por favor, no digas como el culito de un bebé.

—Como el culito de un bebé.

Tomek hizo una mueca ante la frase y deseó no haberla oído. No solo era cursi, sino que tampoco era el mejor momento o lugar para usarla. Aunque, después de pensarlo, no pudo imaginarse ninguna ocasión en la que fuera apropiada.

—¿Así que el asesino usó algo suave para meter el condón en su garganta? —preguntó Tomek.

Lorna asintió. —Posiblemente su puño.

—¿Pero eso no le habría roto la mandíbula?

—No si tenía una mano pequeña.

Tomek se quedó pensativo un momento. Intentó conjurar una imagen de la escena tal como había sucedido, cuando el agresor la había agarrado desde un lado de la calle, la había arrastrado de vuelta al parque y luego había procedido a meterle el látex por la garganta. Alguien lo suficientemente grande para controlar y dominar a Lily Monteith, pero lo suficientemente pequeño como para meter la mano por su garganta.

O peor.

Algo más blando.

Se estremeció ante la idea.

—¿Y el guante? —preguntó Tomek—. ¿Se usó para meter el condón allí en primer lugar?

Lorna se encogió de hombros y acercó el guante a la luz. —Es difícil de decir. No lo sabremos hasta que lleguen los resultados del laboratorio.

Tomek asintió y dio un paso atrás, observando el cuerpo de la joven frente a él. Era esbelto y flexible para su edad. Su piel era suave y estaba cubierta de una fina línea de pecas a lo largo de su muslo izquierdo que llegaba hasta su cintura.

Mientras examinaba las pecas, preguntó: —¿El condón tuvo algo más que ver con su muerte?

—¿En qué sentido? —preguntó Lorna.

—Me refiero a agresión sexual.

—No. Como dije antes, no hay señales de eso en absoluto. Y, lo que es más interesante, todavía era virgen.

¿Todavía virgen? Tomek consideró lo que eso significaba. Que alguien, en algún momento, estaba mintiendo sobre la situación. Alguien había exagerado la realidad de lo que hacían. Ya fuera Henry, mintiendo para parecer más grande y más adulto frente a sus amigos; o la propia Lily diciéndole a Gabby que habían tenido relaciones sexuales por presión social o para parecer mayor, más madura de lo que era.

—¿Así que fue atacada, posiblemente inmovilizada en el suelo y luego le metieron eso por la garganta?

Lorna asintió con tristeza. —Esa es mi opinión profesional —respondió—. Aunque creo que vale la pena señalar que no murió por los objetos extraños en su garganta.

—¿Fue la anafilaxia? —dijo Tomek, como si no estuviera seguro.

Siempre le había gustado esa palabra. Cómo sonaba. A-na-fi-la-xi-a. Divertida de decir, divertida de oír. Excepto en estas circunstancias. En realidad, no en muchas, mirándolo bien.

—Sí. Era gravemente alérgica. Fatalmente, incluso. —Lorna se movió hacia el extremo de la mesa y se detuvo junto a la cabeza de Lily. Colocó una mano delicada en los lados de las mejillas de la chica y luego abrió primero su mandíbula.

—Encontré lo que creo que podrían ser muestras de látex en su piel y en su cabello, aunque no lo sabremos con certeza hasta que lleguen los resultados, lo que me sugiere que algo fue colocado sobre su cabeza. Algo hecho de látex. A partir de ahí tuvo una reacción alérgica. Al principio, habría tenido dificultades para respirar, su garganta se habría cerrado, y luego su corazón habría comenzado a ralentizarse mientras entraba en shock anafiláctico. Habría necesitado atención médica urgente, y si no recibía ninguna, entonces no habría tardado mucho para que sus órganos y corazón colapsaran.

—Y no habría ayudado tener objetos extraños en su garganta.

—Naturalmente.

Tomek se alejó de ella y su mirada se posó de nuevo en las pecas. Seis de ellas en fila. Como estrellas en una constelación.

Intentó una vez más imaginar qué le había pasado. *Cómo* había sucedido. Y cada escenario que se reproducía en su cabeza era tan espantoso como el anterior.

Entonces le quedó claro que quien había matado a Lily Monteith la había elegido por una razón. Sabían sobre sus alergias. Sabían que era susceptible a la anafilaxia.

Y eso significaba que era alguien que la conocía íntimamente.

CAPÍTULO
OCHO

Menos de una hora después, Tomek se encontró en la oficina de Victoria Orange. Hoy la nueva inspectora llevaba sus zapatos de plataforma que sonaban como tambores retumbando con cada paso, y una blusa elegante metida dentro de sus pantalones chinos. Se había recogido el pelo y aplicado una fina capa de maquillaje. Sin importar la ocasión, Tomek siempre pensaba que ella tenía buena presencia y daba ejemplo en ese aspecto. La apariencia no era algo a lo que él diera mucha importancia —ponerse un par de pantalones, una camisa blanca si se sentía estudioso, o una a cuadros si estaba relajado, y listo—, pero la llegada de ella al equipo le había hecho ver la importancia de verse profesional. Especialmente si quería dirigir investigaciones como inspector algún día. Si querías respeto, todo se reducía a dos cosas: la impresión que causabas y tu capacidad para hacer el trabajo. No había políticos, abogados ni médicos vestidos con jerséis con logotipos de *Star Wars* y vaqueros que no se habían lavado en semanas. Y había una razón para ello.

—He hablado con Nick, y me ha explicado sus aspiraciones de ascender a Inspector —dijo ella—. Como resultado de esa conversación, hemos decidido dejarle tomar el control de esta operación.

—¿En serio?

—En serio de verdad.

Tomek sonrió radiante. Era la primera vez en mucho tiempo que le daban la oportunidad de demostrar su valía. Especialmente desde su regreso tras la suspensión. Incluso antes de eso había luchado por aplicarse, por demostrar su valía, por encontrar motivación. Durante mucho tiempo sintió que su carrera estaba estancada, flotando sin esperanza en el estanque.

Ahora, con Lily Monteith y los sucesos sospechosos que rodeaban su muerte, quizás eso empezaría a cambiar.

—Gracias, señora —dijo Tomek, incapaz de quitarse la sonrisa de la cara—. Realmente aprecio la oportunidad.

Aunque la sonrisa duró poco.

—Querré supervisar la operación —dijo ella, borrándosela casi al instante—. Me informará semanalmente, quizás más si la situación lo requiere, y a partir de ahí estableceremos objetivos y prioridades.

—¿Entonces será como que usted me dice qué hacer, luego yo lo hago, y después todos fingimos que soy yo quien está al mando?

La espalda de Victoria se tensó ligeramente y bajó la mirada hacia sus notas. —No, Tomek —dijo, firme pero justa—. Creo que puede haberme malinterpretado. Usted tendrá la supervisión operativa de este caso, y yo ofreceré mi orientación cuando sea necesario. No quiero pisar los pies de nadie, pero si tengo que hacerlo, tendré la última palabra.

Tomek cruzó los brazos sobre el pecho y controló su respiración. Admitía que tenía sentido; simplemente no le gustaba. Desde la llegada de Victoria al CID de Southend, no había podido quitarse esa percepción sobre ella, que iba por él, el que había sido denigrado por su predecesor, Tony Hunt. O Hunt el Cabrón, como Tomek lo llamaba. Los dos no siempre se habían llevado bien, chocando y provocando discusiones en medio de las reuniones, y no quería tener el mismo tipo de relación con ella. No si podía evitarlo.

—Entiendo —le dijo con calma—. Gracias por aclararlo. Estoy deseando ver qué podemos hacer juntos.

—Yo también. Y supongo que un buen lugar para empezar sería con lo que sabe hasta ahora.

Y así Tomek le contó. Sobre los supuestos acontecimientos previos a la muerte de Lily Monteith. Sobre el parque, la bebida, la

marihuana, Henry y las mentiras sobre su relación, el viaje a casa que había sido interrumpido abruptamente. Por último, le explicó la forma en que la adolescente había sido asesinada.

—¿Látex?

—Era alérgica. Ana-fi-la-xis —dijo, pronunciando cada sílaba con todas las partes de su boca—. El condón estuvo primero en su boca, luego el guante. Aunque Lorna sospecha que pudo haberse usado otro guante para asfixiarla en la cara y el pelo. Sin embargo, no lo sabremos hasta que tengamos los resultados del laboratorio.

Victoria asintió pensativa y se reclinó ligeramente en su silla. Una expresión abstraída se dibujó en su rostro mientras se balanceaba hacia adelante y hacia atrás.

—¿Qué está pensando? —le preguntó ella.

—¿En general, o...?

—Sobre el caso, tonto —respondió—. Lo que significa que sé que no está pensando en pelear con vacas.

Tomek se puso rojo. —¿Ha oído hablar de eso?

—Todo el mundo lo ha hecho, Tomek. Creo que va a aparecer en nuestro boletín. O tal vez lo pregunte en mi club de lectura.

—¿Usted forma parte de un club de lectura?

—Curiosamente, *sí* tengo una vida fuera de estas cuatro paredes.

Intrigado, Tomek colocó una pierna sobre la otra y comenzó a masajearse la barbilla.

—¿Qué está leyendo en este momento? ¿*Cincuenta sombras*?

Victoria puso los ojos en blanco. —No. Por el amor de Dios. No todas somos mujeres cuarentonas privadas de sexo. Aunque hay *muchas* de esas en el grupo. ¡Debería oír hablar a algunas, Dios mío! Pero...

—¿Cuándo se reúnen? Podría pasarme e introducirme a algunas de estas...

—Cállese —le dijo—. No sea tan cerdo. Además, ¿cuándo fue la última vez que cogió un libro?

—Justo esta mañana, de hecho —dijo, sintiéndose orgulloso de sí mismo—. Uno de Kasia. *El sueño de una noche de verano*. Shakespeare.

—Sí, sé quién lo escribió, gracias. Pero eso no cuenta. No lo leyó, ¿verdad?

Él agitó el dedo en el aire. —Esa no era la pregunta. Si me hubiera preguntado cuándo fue la última vez que *leí* un libro, entonces tendríamos que retroceder unos meses, quizás incluso un año.

—Debería hacerlo más a menudo. Es bueno para el alma.

—También lo es beber té verde y pasar más tiempo en el bosque o en el campo, pero no me ve haciendo eso. De todas formas, ¿no le parece absolutamente extraño el concepto de leer?

Por la expresión de su cara, ella estaba decidiendo no responder a la pregunta.

—Quiero decir, piénselo. Solo está mirando pedazos de árbol muertos, con pequeñas marcas negras, alucinando. ¿No le parece...? —Tomek hizo un gesto de explosión que salía de los lados de su cabeza.

En respuesta, Victoria simplemente lo miró fijamente, asombrada por su idiotez.

—Ahora tengo muchas ganas de llevarlo. Primero la pelea con vacas, ahora esto. Lo harían pedazos.

—¿Como las mujeres hacen con los strippers en las despedidas de soltera? ¿O en los conciertos de Magic Mike? Salvajes, algunas de ellas.

La sonrisa irónica en su rostro fue demasiado para ella, y volvió a llevar la conversación hacia el tema de Lily Monteith.

—Dígame qué está pensando —terminó.

—Aparte de un grupo de mujeres cuarentonas privadas sexualmente, pienso que es extraño, muy extraño. Nunca he tenido nada parecido en mi mesa antes. Muerte por ana-fi-la-xis. Especialmente cuando parece ser dirigida.

—¿Usted cree que quien la mató la conocía?

Tomek se encogió de hombros. —Imposible que no. De lo contrario, ¿cómo habrían sabido de su alergia?

—Podrían haberlo encontrado en sus registros hospitalarios.

Y si ese fuera el caso, entonces podría significar que habría más por venir.

—Posiblemente —respondió Tomek—. Pero necesito examinar los diferentes ángulos. Si alguien le guardaba rencor, algún ex novio que quisiera vengarse, aunque dudo que el chico de quince años tuviera algo que ver. Tal vez fue alguien a quien molestó en el patio de recreo. Alguien lo suficientemente grande para dominarla pero lo suficientemente pequeño para meter su mano por su garganta. Y no creo que Henry o cualquiera de los otros chicos del grupo sean responsables porque todos se fueron a casa. El equipo ha hablado con ellos y todos tienen coartadas sólidas para el momento en que murió. Mi instinto me dice que alguien sabía que ella estaba fuera y esperó su oportunidad, y anoche tuvieron suerte.

Mientras escuchaba, Victoria asentía pensativamente. —¿Ha considerado la posibilidad de que tal vez iba a reunirse con alguien más anoche, alguien mayor que ella, alguien con quien podría haber estado hablando en línea?

Tomek no lo había considerado hasta ese momento. Y si ella quería jugarlo así, una competencia de argumentos válidos y líneas de investigación, entonces estaba listo para desplegar su as bajo la manga.

—Si no le importa —comenzó—, quería dedicar algo de tiempo a investigar casos anteriores.

—¿Casos de qué? ¿Adolescentes muertas?

—Casos de muerte por ana-fi-la-xis.

Cualquier excusa para usar esa palabra.

Continuó. —Me parece tan extraño, tan único, que una parte de mí se pregunta si es *demasiado* único, demasiado extraño. Algo que podría haber pasado desapercibido en algún momento.

Victoria meditó. Pasó su dedo por sus labios.

—No quiero que pase demasiado tiempo en eso. Es solo...

Antes de que pudiera terminar su frase, un golpe en la puerta los sobresaltó a ambos. Victoria llamó a la persona al otro lado para que entrara, y un momento después el agente Martin Brown entró en la habitación.

—Siento interrumpir —dijo el hombre, con la respiración pesada —. Pero, Tomek, tengo esa lista para ti.

—Justo a tiempo —dijo Tomek mientras se giraba en su asiento para mirar a Martin—. No planeamos esto. De verdad. —Extendió una mano y tomó el documento del agente antes de volverse para enfrentar a Victoria.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, abriendo los ojos, levantando las cejas.

—Una lista de todas las muertes en el distrito de Southend y Castle Point, de chicas de diez a veinticuatro años, en los últimos seis meses, donde la causa de la muerte ha sido atribuida a ana-fi-la-xis o la víctima ha sufrido de ana-fi-la-xis.

—¿Así que siguió adelante y lo hizo de todos modos?

—Eso parece.

—¿Entonces por qué pedir mi aprobación?

Tomek se encogió de hombros. —Me la jugué. Se pierde el cien por cien de las oportunidades que no se toman.

Y esta era una oportunidad que iba a asegurarse por completo de no perderse.

CAPÍTULO
NUEVE

Aquella noche, Tomek caminó la corta distancia desde su coche hasta la puerta principal con un notable entusiasmo en su andar. Y no tenía absolutamente nada que ver con el espíritu navideño. Si acaso, era a pesar de él. No había manera de escapar del constante recordatorio de lo que estaba a solo unas semanas de distancia: la radio reproducía los mismos clásicos reciclados en bucle; luces y adornos navideños colgaban de las farolas a lo largo de la carretera de Southend; en su calle, varias casas y pisos habían colocado luces festivas multicolores en las ventanas, haciéndolas parecer como si estuvieran participando en una discoteca de los ochenta. Y si eso no fuera suficientemente malo, había un vecino, uno de los muchos a los que aún no se había molestado en saludar con un breve gesto, que había equipado su jardín delantero con un muñeco de nieve inflable gigante que te echaba humo en la cara cada vez que pasabas frente a él. Además de ser un enorme desperdicio de dinero comprar el maldito artilugio en primer lugar, Tomek estaba seriamente tentado a pasar frente a él varias veces para asegurarse de que los propietarios a) se quedaran sin humo y tuvieran el gasto adicional de comprar cartuchos de repuesto, y b) sufrieran el coste eléctrico de mantener funcionando semejante pieza de mobiliario exorbitante y exagerada a todas horas del día.

Pero estaba de buen humor esta noche. Su comportamiento de *¡bah, paparruchas!* tendría que esperar otro día.

Cuando entró por la puerta principal, dos voces resonaron desde la sala de estar en lo alto de la pequeña escalera. Voces hablando polaco.

—*Latem lubię... podróżować z rodzicami... do Anglii*.

—Muy bien —llegó la respuesta de Phillip Balham, el tutor de polaco de Kasia. Dado que era un cuarto polaca, ella había considerado importante aprender el idioma de su herencia (con algunas sugerencias útiles e insistentes de Tomek), y él había encontrado felizmente al mejor tutor de polaco de la zona para que le diera clases al menos dos veces por semana, con la opción de un tercer día si ninguno de los dos estaba ocupado. Hasta ahora iban por su tercera lección, pero era evidente que ya estaba avanzando en la dirección correcta. El polaco era un idioma notoriamente difícil de aprender, e incluso él era el primero en admitir que si no hubiera nacido allí, y si no hubiera crecido hablándolo, escribiéndolo y escuchándolo desde su nacimiento, no se habría acercado ni remotamente a él. Como resultado, estaba inmensamente orgulloso de ella por haberse lanzado. Ahora solo dependía de ambos asegurarse de que lo mantuviera.

—Ya eres toda una profesional —observó Tomek al entrar en la sala de estar. Los encontró a ambos sentados a la mesa del comedor, inclinados sobre una serie de libros y recursos.

—Pronto seré mejor que tú —dijo Kasia mientras se bajaba de la silla y corría a darle un abrazo.

—De eso no tengo ninguna duda —respondió él, masajeándole la espalda. Luego se acercó a Phillip y le estrechó la mano.

—¿Cómo le va?

—Ha mejorado mucho desde la semana pasada —le dijo a Tomek —. Incluso podría sospechar que ha estado practicando por su cuenta.

—Eso espero, maldita sea —dijo Tomek—. Con lo que cuesta.

—Yo, eh... —comenzó Phillip, pero Tomek le puso una mano en el hombro.

—Estoy bromeando, colega. Tienes que ganarte el sueldo, pagar tu alquiler de alguna manera. Le hago practicar casi todos los días. Los fines de semana tiene descanso. Aunque si está avanzando tan

rápido, podría hacer que aprendiera algo más mientras tanto. ¿Cuántos idiomas dijiste que podías hablar?

Una expresión de orgullo se dibujó en el rostro de Phillip y se quedó ahí. Tomek apenas podía culparlo cuando escuchó el número.

—Siete —dijo con toda la indicación de alguien que sabía que era inteligente y no tenía miedo de admitirlo—. Soy lo que podrías llamar un políglota.

—¿Un polí-qué?

—Políglota.

—Me temo que repetir la palabra no va a hacer que la entienda mejor. ¿Qué es un políglota?

—Un políglota es alguien que puede hablar varios idiomas. Típicamente más de tres.

—Pero tú puedes hablar siete, así que eso debe hacerte un super-políglota...

—Un hiperpolíglota —corrigió Kasia.

Tomek se volvió hacia ella y vio su teléfono móvil en la mano, la búsqueda de Google que acababa de realizar en un abrir y cerrar de ojos ya en la pantalla.

—Un hiperpolíglota —dijo ella, leyendo de su dispositivo—, es alguien que puede hablar al menos seis idiomas, según la Asociación de Hiperpolíglotas.

—Vaya. Hay una *asociación* —comentó Tomek—. Entonces debes estar muy solicitado, ¿no?

—Uno pensaría que sí, pero lamentablemente no. También tengo que trabajar por las noches en el casino de Southend como crupier —hizo una pausa—. Además, para muchos de esos tipos de trabajos de traducción, tienes que estar acreditado y tener titulaciones.

—¿Hablar diferentes idiomas para tu solicitud no es suficiente?

—Ojalá. Y, no me malinterpretes, es genial que tengan una asociación, pero todo es un poco incestuoso.

—¿Como Mensa? ¿O los Masones?

—Casi. Pero no tan emocionante o secreto —Phillip se quitó las gafas y las limpió con su camisa—. Además, muchos de los idiomas que hablo son bastante similares. Así que no creo que cuente.

—¿Ah, sí?

—Bueno, el inglés es el obvio. Pero si puedes hablar inglés, entonces puedes aprender alemán ya que no son muy diferentes. Y si puedes hablar alemán, entonces puedes hablar polaco y muchos de los otros idiomas de Europa del Este, ya que sus dialectos suenan igual. Y si puedes hablar español, entonces portugués e italiano son prácticamente idénticos. El único que se sale de la norma es el francés, que curiosamente fue el último que aprendí.

—¿Te desanimó eso de aprender más?

Phillip se rió y se puso la mano en el pecho mientras lo hacía. —Entiendo por qué podrías pensar eso —respondió—. Simplemente decidí hacer una pausa por un tiempo. Pero tuve un niño al que daba clases que me preguntó por qué estaba aprendiendo francés porque pensaba que los franceses no existían.

—Ten cuidado con quién dices eso —dijo Kasia, metiéndose en la conversación—. Si te escuchan al otro lado del agua, podrían comenzar a amotinarse.

Tomek la miró por un momento en silencio atónito, sorprendido de que hubiera salido con semejante broma a su edad. Estaba impresionado. Luego volvió su atención a Phillip y comenzó a contar los idiomas con los dedos. —Entonces tenemos inglés, español, portugués, italiano, francés, alemán, polaco.

—Con fluidez, sí. Del resto puedo entender frases y palabras, pero no podría conversar mucho con un nativo. Aunque recientemente regresé de un viaje a Recife donde hablaban un dialecto del portugués que nunca había encontrado antes, ¡así que fue interesante!

Parecía interesante, pero cuando Tomek miró su reloj, se dio cuenta de que no tenía tiempo para estar en la sala de estar discutiendo sobre idiomas extranjeros. Tenía un asesinato que resolver, y no lo iba a hacer en compañía de Phillip o Kasia. Así que se disculpó, agradeció a Phillip por venir (lo que Phillip le recordó debidamente que solo era porque le pagaban por hacerlo), y luego entró en su dormitorio.

Se habían mudado a su nuevo lugar apenas un par de semanas antes, y las evidencias de la mudanza aún se veían por todas partes. Cajas de cartón apiladas en la esquina, llenas de ropa vieja que

necesitaba llevar a la tienda benéfica local. Muebles que habían sido sacados de sus protectores de cartón pero aún estaban por colocarse en su lugar definitivo. Y por último, estaban las prendas que se habían usado y colocado en varios escondites por todo el lugar. La habitación era un desastre, pero no le importaba. Estaba acostumbrado.

Las únicas secciones despejadas de la habitación, sin embargo, eran el alféizar de la ventana y su escritorio. Una pequeña sección de claridad, orden, y la única parte de la habitación que no parecía como si un chico de catorce años que acababa de descubrir las comidas para microondas y los videojuegos hubiera estado viviendo en ella.

Sobre el alféizar de la ventana descansaban algunas de sus posesiones más preciadas. Aquellas que, en caso de incendio, rescataría antes que cualquier otra cosa, antes que su portátil, antes que su teléfono, antes que nada (la única excepción era el abrigo que su hermano había usado la noche que murió; eso nunca lo dejaría atrás). Adoraba sus bonsáis y plantas casi tanto como a Kasia, aunque era una competencia reñida, y Kasia solo recientemente los había superado en la línea de meta. Los había tenido durante décadas, los había cuidado casi todos los días, y los había recortado, podado y nutrido durante más tiempo del que le gustaba admitir. También les había puesto nombres, pero tampoco le gustaba admitirlo y solo estaba dispuesto a compartir esa información, ese secreto tan bien guardado, con personas en las que realmente confiaba. Cuando trabajaba con ellos, perfeccionando su forma y doblando sus ramas en su lugar, siempre se encontraba en un estado de zen, un lugar de calma, de reflexión. Solo él y sus árboles, él y sus plantas. El mundo exterior —el mundo exterior que estaba viendo ahora mismo; la calle de abajo, con los coches y las farolas— era todo un borrón para él.

Solo él y sus árboles. Él y sus pensamientos.

—Buenas noches, caballeros —dijo mientras se sentaba en su escritorio.

Big Ken, el Ficus Benjamina.

Dudley, la Dracaena.

Gandhi, el Lirio de la Paz.

Los Muchachos.

—Y Señorita —añadió, asintiendo hacia Freya, la planta Monstera.

Debido al tamaño de la que anteriormente había vivido en la sala de estar de su antiguo piso, Tomek se había visto obligado a comprar una más pequeña para que cupiera en su dormitorio, y lamentaba esa decisión todos los días. Había muy poco espacio para que se extendiera por la superficie y a menudo se encontraba en la cama, sentado con las piernas cruzadas mirando sus notas, mordiendo su bolígrafo, igual que sorprendía a Kasia haciendo.

No eran frecuentes, pero le gustaba pensar que había señales de que ella definitivamente era su hija (aparte de la obvia prueba de ADN), y esa era una de ellas.

Esta noche, había traído a casa su portátil y una pequeña carpeta. Lo básico del caso. Los hechos que sabían que eran verdaderos. El resto estaba en una aplicación de notas en su escritorio. Pero la evidencia más importante que había traído a casa era la información que le había dado el agente Martin Brown.

El hombre le había sorprendido. Se había unido al equipo al mismo tiempo que Victoria, pero a diferencia de ella, se había integrado en el equipo mucho más rápido. Tomek suponía que era fácil hacerlo cuando eras de los rangos más bajos: llegabas, hacías lo que te encargaban, te ganabas el respeto, y luego te ibas a casa. Martin no tenía el mismo tipo de presiones operativas y logísticas que tenía el inspector detective. De hecho, ninguno de ellos las tenía. Excepto Tomek. Solo habían pasado unas horas, pero ahora comenzaba a sentir una presencia omnisciente sobre sus hombros. Observándolo. Juzgando cada uno de sus pensamientos, cada una de sus decisiones. Como la voz dentro de su cabeza criticando todo lo que hacía.

Relegando ese pensamiento al fondo de su mente, Tomek dirigió su atención al documento que confirmaba que no había habido muertes relacionadas con anafilaxia en los distritos de Southend o Castle Point en los últimos seis meses. Sin embargo, cuando Tomek había pedido ampliar la búsqueda para las muertes en los últimos

dos años, Martin, al más puro estilo *Blue Peter*, había sacado otro documento de su pila y se lo había entregado a Tomek.

—Aquí tiene uno que preparé con antelación, sargento —le había dicho Martin, parado con aire presumido en la puerta.

—Buen trabajo, Martin. Sigue así. Haremos de ti un joven Tomek Bowen en poco tiempo.

—Es lo último que el mundo necesita —había interrumpido Victoria.

A lo que Tomek había instruido a Martin que la ignorara, diciendo que no había nada malo en ser Tomek Bowen, y luego lo había despedido.

Mientras miraba el documento frente a él ahora, recordaba los sentimientos que había sentido al pronunciar esas palabras: Hace dos años, una joven estudiante de diecisiete años murió dentro de la sala de conciertos del Cliffs Pavilion. Ella y su amiga habían ido juntas al concierto. Se encontró en su sistema una combinación de éxtasis, ibuprofeno y paracetamol. La causa de muerte fue declarada como sobredosis de drogas, pero se dijo que la anafilaxia había tenido un impacto significativo. Era extremadamente alérgica al ibuprofeno.

Orgullo, optimismo y un renovado sentido de determinación; que su corazonada había sido correcta, que su intuición lo había llevado a algo posiblemente mucho más grande que la muerte de Lily Monteith, fluyeron a través de él.

El único problema ahora, sin embargo, era que su descubrimiento indicaba algo más. Algo más grande. Un potencial asesino en serie, que atacaba a las víctimas a través de sus alergias. Primero el concierto, ahora Lily Monteith. Con dos años de separación.

Y si había algo que sabía sobre los asesinos en serie, era que el tiempo entre sus asesinatos, el tiempo que necesitaban para saciar sus deseos, se acortaba con cada muerte.

Si ese era el caso, entonces le preocupaba que pudiera haber más cuerpos por venir.

Más pronto que tarde.

CAPÍTULO
DIEZ

Tomek apenas había dormido. Había pasado la mayor parte de la noche revisando las declaraciones de los testigos y los informes sobre la muerte de Mandy Butler. Y a medida que avanzaba la noche, estaba cada vez más convencido de que había algo en todo esto, algún método en su locura. O mejor dicho, en la locura del asesino.

Mandy Butler tenía diecisiete años cuando murió, al borde de la edad adulta. Había ido a un concierto de Example con su amiga y nunca regresó a casa. Había tomado una mezcla de drogas y su cuerpo había colapsado como resultado. Para un oficial desprevenido que investigara el caso, habría parecido un caso normal de sobredosis de drogas, un caso desafortunado y devastador de sobredosis, según todos los indicios. Pero ahora que Tomek había descubierto el vínculo entre ellas —ana-fi-la-xis— una sospecha más profunda crecía dentro de él. Sí, el vínculo era tenue. Por lo que había podido averiguar, las chicas no se conocían, no habían ido a la misma escuela, y sin embargo habían muerto como resultado de su alergia. Las muertes anafilácticas eran extremadamente raras en el Reino Unido, con solo unas pocas muertes atribuidas a la reacción alérgica fatal cada año. Pero que dos chicas de edad similar hubieran muerto en circunstancias similares en un corto período de tiempo, en la misma zona, eso era más que una coincidencia.

Y fue un pensamiento que hizo sonar todas las alarmas.

Tanto así que, antes de aventurarse a la oficina esa mañana, Tomek había llamado con anticipación para hablar con los padres de Mandy Butler. Pero como pronto descubrió, solo quedaba uno.

—El padre de Mandy falleció seis meses después de Mandy —explicó Jennifer Butler mientras lo conducía a su oficina. Trabajaba para una firma local de arquitectos en Leigh, lo que significaba que el trayecto había sido breve.

—Lamento oír eso —respondió Tomek mientras se sentaba.

—Ha sido difícil, pero finalmente estoy recomponiéndome.

Tomek solo podía imaginarlo. Perder a una hija y a un esposo, como perder un pulmón y un corazón, con solo seis meses de diferencia. Terrible.

—Me gusta mantenerme ocupada aquí —dijo ella—. Ayuda a distraer mi mente. Y es mejor que ir a una casa vacía cada noche.

Tomek sonrió pensativamente y asintió. La oficina era sencilla, con todos los accesorios y muebles habituales de una oficina de arquitectos: un escritorio, computadora y fotos de diseños recientes colgando de la pared. Todo allí era minimalista, de bordes rectos y gritaba diseño.

—¿Ha hecho algo que yo podría haber visto? —preguntó Tomek mientras señalaba una de las imágenes en la pared.

Ella se volvió para mirarla. —Probablemente no. Hacemos muchos diseños internos para espacios de oficinas, así como el diseño estructural ocasional de edificios. A menos que haya estado en el parque empresarial de Colchester, no puedo imaginar que haya visto alguno de nuestros trabajos.

Tomek admitió que no había estado allí. Pero si se encontraba por la zona, pasaría a echar un vistazo. Una vez que completaron las cortesías y terminaron las presentaciones, Tomek estaba ansioso por conocer tanto como pudiera sobre la muerte de Mandy. Solo podía aprender hasta cierto punto de un informe policial.

—Tómese todo el tiempo que necesite.

—¿Puedo preguntar por qué quiere saberlo?

Tomek admiró la pregunta y la respetó enormemente por ello. No tenía sentido que reviviera la peor experiencia de su vida sin motivo.

—Aún no estará al tanto de esto, pero ayer por la mañana encontraron a una joven asesinada en un campo, en circunstancias similares a las de su hija.

—¿Similares en qué sentido?

—Sospecho que fue asesinada por su alergia.

—Hmm.

Y entonces la perdió. Ella desvió su atención de él y miró fijamente el teclado frente a ella como si quisiera que las teclas escribieran la historia dentro de su cabeza.

—Iba a un concierto con su amiga. Tenía diecisiete años. Era su primer concierto. Example. Lo había amado desde que era una niña. Pensé en ir con ella, que su padre y yo simplemente nos quedáramos en la parte trasera de la sala, pero eso no era guay, no era lo correcto. Ella quería estar sola, sin que ninguno de nosotros limitara su estilo. Libertad, lo llamó. Así que decidimos soltar las cadenas y dejarla ir.

Un nudo se formó en su garganta y lo tragó. Pasaron unos momentos antes de que continuara de nuevo.

—Recibimos la llamada poco antes de que terminara el concierto. Mi esposo debía recogerlas, así que ya estaba allí. Yo llegué por separado y para cuando arribé, habían despejado la sala de conciertos y detenido la música. Ella se había desplomado en medio de la multitud, pero ya era demasiado tarde para que los paramédicos hicieran algo. El informe del forense decía que había muerto por una sobredosis de drogas. Pero yo no lo creí. No podía. No quería. Había ibuprofeno en las drogas que encontraron en su sistema. ¿Por qué? Quizás no quería pensar que mi hija sería tan imprudente como para tomar drogas después de que ambos le habíamos explicado los peligros y consecuencias tantas veces.

Mientras hablaba, la mirada de Jennifer se clavaba cada vez más profundamente en el teclado.

—Durante mucho tiempo, quise pensar que le habían puesto algo en la bebida deliberadamente. Pero después de la declaración de Elsie diciendo que alguien se les había acercado y ofrecido las drogas, supe que no era posible. Mi hija había comprado drogas. Las había visto, pagado por ellas y consumido. Durante aún más tiempo,

luché con el deseo de saber por qué o cómo, queriendo saber qué la había poseído, pero nunca iba a obtener respuestas. Todo cambió cuando supe de Nisha.

Bingo. La verdadera razón por la que había venido a verla. Una pequeña pepita de información como esta.

Como parte de su investigación anoche, Tomek había descubierto varios artículos de noticias en el periódico local con entrevistas de Jennifer Butler, donde criticaba a la policía por su manejo del caso, por lo rápido que habían sido en descartarlo como una sobredosis. Ella había declarado que la policía no se había preocupado por la muerte de Mandy, al igual que no se habían preocupado por todas las otras veces que había sucedido. Cuando leyó eso, Tomek había tenido dificultades para averiguar a qué se refería. Y ahora esperaba que estuviera a punto de decírselo.

—¿Quién es Nisha?

—Alguien que conocí en línea.

Tomek sacó su bolígrafo y libreta e hizo una anotación. —¿Podría ser más específica?

Manteniendo aún su mirada fija en el teclado de la computadora, Jennifer continuó: —Se puso en contacto conmigo por Facebook un par de días después de que todo hubiera sucedido. No tuve tiempo de responderle hasta después del funeral. Todo fue tan rápido, tan ajetreado... —Hizo una pausa mientras se sacudía de sus pensamientos—. Se había comunicado conmigo diciendo que su hija había pasado por algo similar. Como Mandy, había ido a un concierto y le habían ofrecido algo, y como Mandy, lo había tomado. Y, al igual que Mandy, había tenido una fuerte reacción y se había desmayado. Excepto que esta vez los paramédicos llegaron a tiempo para administrar la inyección que le salvaría la vida. —Jennifer levantó la cabeza y miró a Tomek a los ojos por primera vez. Su mirada implacable lo inquietó ligeramente—. Lo curioso es que no era la primera vez que sucedía.

Tomek permaneció en silencio mientras esperaba a que ella terminara.

—Nisha había hablado con varias otras madres, todas reuniéndose en Facebook, para discutir lo que les había sucedido a

sus hijas. Cinco de nosotras en total. Todas con hijas de edad similar. De quince a diecisiete años. Algunas iban a la misma escuela, mientras que otras nunca habían oído hablar de las demás. Pero había algo que las unía a todas. A todas les habían dado drogas mezcladas con ibuprofeno y paracetamol, y cada una de ellas casi había muerto en un concierto en el Cliffs Pavilion. Era todo demasiado similar para que lo ignoráramos.

—¿Acudió a la policía con esa información?

Tomek intentó recordar si alguna vez había visto o escuchado algo sobre Mandy Butler y las otras cinco chicas que habían sido drogadas en el Cliffs Pavilion hace dos años, pero no le vino nada a la mente.

—Lo llevamos al nivel más alto que pudimos encontrar, pero él no quiso escucharlo.

—¿Quién?

—Lo llevamos al inspector jefe.

Nick.

Desagradable de nombre, desagradable por naturaleza.

—Y cuando no hizo ningún seguimiento, lo llevamos al *Southend Echo*.

Esta vez Tomek intentó recordar si se había encontrado con el artículo de noticias al que ella se refería, si había aparecido en sus investigaciones anoche, pero nada. Debió haberlo pasado por alto.

—Todavía tengo una copia en casa —dijo Jennifer, centrando ahora toda su atención en Tomek.

—¿Qué tal una versión en línea?

—Por supuesto.

Le tomó menos de un minuto encontrar el artículo al que se refería. Tomek se movió hacia el otro lado del escritorio para tener una mejor vista. Solo unos centímetros los separaban. En la parte superior de la pantalla estaba el banner rojo del logo de *Essex Live*. Debajo estaba el título del artículo con una imagen del Cliffs Pavilion a un lado.

Debajo estaba el nombre del periodista que había informado sobre el caso.

Desde que Jennifer lo había mencionado por primera vez, un nombre había aparecido inmediatamente en su mente. Y ahora acababa de confirmarse.

CAPÍTULO
ONCE

No había un momento perfecto para sentarse en el Café de Morgana en la calle principal de Hadleigh. Su buffet de desayuno inglés completo con todo lo que puedas comer funcionaba desde las siete hasta las once, y después de eso, continuaban con su versión reducida que consistía en todo lo demás que incluye un desayuno inglés completo, menos las partes que nadie quería: tomates, morcilla y champiñones. Era un festín decadente para todas las edades, y efectivamente personas de todas las edades cruzaban sus puertas. En la hora que Tomek había estado esperando allí, bebiendo dolorosamente despacio de su taza de té, intentando que durara lo más posible antes de enfrentarse a la decisión de pedir comida con la siguiente ronda, había contado no menos de setenta personas entrando en el restaurante, ansiosas y felices de soltar los diez libras que costaba el buffet. Hombres y mujeres de todas las edades y todos los tamaños. Algunos eran clientes habituales que conocían a la dueña Morgana por su nombre (aunque no hacía falta ser un genio para saber quién era), mientras que otros habían mencionado que se habían enterado del lugar por amigos. El segundo grupo era el tipo de personas que dejaban reseñas en Google sobre todos los lugares que visitaban: algunas buenas, algunas malas, algunas bastante desagradables, y realmente pensaban que la gente las leía y les prestaba atención.

El olor a grasa, sebo y aceite era espeso y rancio en el aire, y había impregnado los muebles; cada vez que se movía, captaba una

nueva bocanada del penetrante aroma. Pero no le importaba. Así era un café típicamente británico. El olor, los sonidos de la grasa chisporroteando y los gritos en la cocina abierta al fondo, los ingredientes baratos, los muebles de imitación de diamantes aún más baratos y los espejos colgados de la pared, todo devorado por clientes que no se preocupaban en absoluto por los efectos de la comida en su salud. Extrañamente, sentía que estaba en casa. En un lugar seguro. Todos aquí eran amigos, aliados, unidos en su amor por la buena comida. No importaba qué origen tuvieran, de dónde venían o a qué se dedicaban; aquí, todas las etiquetas y prejuicios se olvidaban.

A su lado había una familia de tres generaciones. El mayor no tenía más de cincuenta años, y el más joven no menos de diez. Mientras Tomek intentaba calcular las matemáticas en su cabeza, se distrajo cuando Morgana se presentó por cuarta vez.

—¿Te traigo otro té, cariño?

—Por favor —dijo, mirando su reloj.

Ella llegaba tarde. Más de una hora. Pero él aún no estaba listo para rendirse.

—¿Y qué hay de la comida?

Tomek lo consideró por un momento. Su estómago gruñía. Había esperado tanto tiempo. Y no era demasiado quisquilloso como para preocuparse por parecer un idiota frente a ella mientras se atiborraba de huevos con tocino.

—Sí, por favor.

Ella sacó la libreta de su delantal y activó su bolígrafo. —¿Qué puedo traerte?

Tomek miró alrededor del resto del café. A las caras felices, a los cuchillos y tenedores trabajando horas extras para cortar las salchichas y desgarrar el tocino, al estado de sus servilletas mientras se limpiaban la grasa de la boca.

—Tomaré lo mismo que todos los demás, por favor —dijo—. El especial infarto.

Morgana captó el lado gracioso y se rió. —Tal vez deberíamos llamarlo así.

—Si lo haces, quiero al menos un diez por ciento de comisión sobre todas las ventas.

Ella le sonrió, mostrando una dentadura casi tan brillante como el reflejo en el espejo de imitación de diamantes. —Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo —dijo.

Al principio, Tomek no había captado el coqueteo casual, pero cuando ella guardó la libreta en su bolsillo y se quedó un momento más, comenzó a notarlo.

—¿De dónde eres? —preguntó él—. Percibo un acento.

—Tienes buen oído —respondió ella—. Estonia, pero he vivido aquí casi toda mi vida.

—Igual que yo.

Intrigada, ella volvió a hacer clic con su bolígrafo y lo colocó en el bolsillo de su delantal junto a la libreta. —¿Y tú?

—Nací en Polonia, me mudé aquí cuando tenía cinco años.

—Muy bien —respondió—. No lo habría sabido si no me lo hubieras dicho.

Eso le pasaba mucho. Y así debería ser, pensó; después de más de treinta y cinco años en el país, habría esperado que a estas alturas pudiera hablar el idioma correctamente. Aunque, dicho esto, había estado escuchando algunas de las conversaciones en las mesas a su alrededor y estaba seguro de que podía hablar mejor inglés que al menos la mitad de ellos.

—¿Vuelves alguna vez a Estonia? —le preguntó.

Pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entró la persona a quien había estado esperando. Se había teñido el pelo de un tono rubio más oscuro desde la última vez que la había visto. O tal vez la deprimente y acechante oscuridad del invierno lo había teñido de un tono más profundo. Iba vestida con unos pantalones estampados y un jersey de algodón negro, con el pelo recogido en un moño. Tras ella arrastraba un pequeño maletín con ruedas, desbordante de documentos.

—Lo siento, llego tarde —dijo, agitada.

—Justo a tiempo —respondió Tomek—. ¿Quieres comer?

Ella quería. Lo mismo que él y todos los demás. Mientras tomaba el pedido de Abigail, la sonrisa en la cara de Morgana disminuyó, y

cuando se alejó de ellos, tanto su sonrisa como su interés en él se habían prácticamente esfumado.

—Espero que no hayas estado esperando mucho tiempo —dijo Abigail, con la voz más tranquila ahora que se había sentado.

—Sabes que sí. Fuiste tú quien me dijo que nos encontráramos aquí hace una hora.

—Lo siento. Una mañana frenética.

Tomek estaba seguro de que lo había sido, pero no estaba interesado en escucharlo. Menos de cinco minutos después, dos platos completos con dos huevos, dos salchichas, dos tiras de tocino, dos tostadas, dos tomates, dos champiñones, dos morcillas y una pizca de judías horneadas, aterrizaron frente a ellos.

—Si quieren más de algo, solo tienen que pedirlo —dijo Morgana mientras colocaba los platos.

Tomek le dio las gracias y captó el tenue contorno de una sonrisa en sus labios.

—Deja de coquetear —le advirtió Abigail.

—No estaba coqueteando.

—Sí lo estabas. Coqueteas con cualquier cosa que respire.

—No coqueteo contigo.

—Porque ya estuviste ahí, ya lo hiciste.

Tomek puso los ojos en blanco. Se preguntó cuánto tiempo tardaría ella en mencionar el beso borracho que había ocurrido entre ellos una noche. Había sido un error, especialmente por su parte, pero no para ella. Ella todavía se aferraba al tormento emocional de cómo él la había tratado después.

—Te pedí que vinieras para hablar de negocios, me temo —respondió.

—Lo sé. No tengo fotos tuyas en las paredes de mi casa, Tomek. No tengo corazoncitos junto a tu nombre en mi teléfono. No tengo...

—Demuéstralo.

Ella no lo haría. En cambio, ignoró la petición y se dedicó a su buffet de desayuno sin límites. Tomek se unió a ella, y pronto se convirtió en uno de esos clientes sucios que había estado observando toda la mañana. Grasa en los dedos, un hilo de kétchup derramándose por el frente de su camisa, la servilleta sucia y

manchada que poco hacía para limpiar el desastre. Pero valía la pena. La comida, la espera y el incipiente ataque al corazón, todo valía la pena. Una de las comidas más sabrosas que había tomado en mucho tiempo.

—Necesito ayuda —dijo Tomek después de que se llevaran sus platos y otra ronda de tocino con huevos estaba en camino para él.

—Suena importante.

—Lo es —respondió.

—¿Y qué obtengo a cambio?

—Eso aún está por determinar.

Abigail entrelazó sus dedos y frunció los labios. —No eres muy hábil en el arte de la negociación, ¿verdad?

Tomek suspiró. —¿Qué te gustaría a cambio?

—Ser la reportera principal en lo que sea que necesites ayuda.

No era completamente irrazonable, especialmente si ella ya tenía experiencia en el caso.

—De acuerdo. Pero solo obtendrás una ventaja sobre lo que le diremos a todos los demás —respondió Tomek.

—Ya veremos.

Las relaciones de Tomek con la prensa eran muy similares a sus relaciones con las mujeres. Ninguna había salido muy bien. Y siempre habían terminado en angustia. Siempre esperaba demasiado y casi nunca daba nada a cambio. Pero quizás eso estaba a punto de cambiar.

A su alrededor, los clientes seguían entrando y saliendo, y cuando la hora pasó del mediodía, el café se puso realmente concurrido, y una pequeña cola había comenzado a formarse afuera. El segundo plato de comida de Tomek llegó poco después, seguido por otra ronda de té para ambos.

—Hace un par de años —comenzó Tomek, limpiándose el kétchup de la boca—, cuando tú eras solo una reportera novata, alimentándote de cualquier migaja que te daba tu jefe, imagino, trabajaste en un artículo sobre jóvenes escolares de la zona que habían sido drogadas en una serie de conciertos en los Acantilados.

El caso no le sonaba de nada.

—Cada una tuvo reacciones alérgicas a los químicos dentro de las drogas —continuó, tratando de refrescar su memoria—. Y una de ellas murió.

Seguía sin recordar nada.

—Su nombre era Mandy Butler.

Para ayudar a su memoria, ella sacó su pequeño maletín y extrajo su portátil. Después de iniciar sesión, encontró rápidamente el artículo que había escrito.

—Ahora recuerdo —dijo—. Diecisiete años. Murió en un concierto de Example.

—Ese mismo.

—Pero nunca se hizo nada al respecto.

—Exacto.

Tomek extendió la mano hacia el ordenador y se lo quitó. En la pantalla, ella había cargado la carpeta en su escritorio que contenía informes de testigos, el artículo en sí, una carpeta titulada "Fotos" y otra listada como "Master". Pero Tomek no estaba interesado en ninguno de esos. En cambio, quería ver su protector de pantalla. Minimizó las ventanas hasta encontrar lo que buscaba. Era una foto de la ceremonia de premios a la que habían asistido juntos. Un selfie de ella y sus colegas. Con Tomek en el fondo, hablando con otra persona.

Una sonrisa apareció en su rostro antes de que se diera cuenta, y Abigail le arrebató el portátil antes de que pudiera reaccionar.

—No digas ni una palabra —dijo—. Es una foto vieja. Tenía intención de cambiarla.

—Ajá.

—Cállate. Ahora, ¿quieres mi ayuda o no?

—Por favor —dijo Tomek, sacando sus ojos de cachorro. Se masajeó los brazos y los apoyó contra la mesa, luego bajó la voz y le hizo un gesto para que se acercara un poco más—. Ayer encontraron el cuerpo de una joven. Había muerto por una reacción alérgica al látex. Descubrieron un condón y un guante alojados en su garganta.

—Eso es horrible —respondió Abigail, aunque la emoción no llegó a reflejarse en su expresión. Como él, se había insensibilizado ante

los extremos del trabajo—. ¿Pero qué tiene que ver con Mandy Butler?

—Creo que están relacionados. De la misma manera que tú debiste pensar que todas esas chicas drogadas en conciertos estaban relacionadas. Creo que hay una conexión entre las dos muertes.

Abigail apretó el nudo en su pelo. —¿Qué necesitas de mí?

Su comportamiento había cambiado. Ya no era la Abigail divertida y coqueta. En cambio, ahora estaba sentado frente a la Abigail seria y decidida.

—Necesito hablar con las personas de tu informe. Necesito saber qué saben, qué vieron, con quién hablaron y si alguna vez han tenido alguna conexión con Mandy Butler y Lily Monteith.

—Lily Monteith —repitió Abigail lentamente—. ¿Ese es su nombre?

Tomek asintió. Asignar un nombre a un cuerpo inmediatamente lo hacía más real.

—Me preocupa que pueda volver a suceder algo —continuó—. Y si tengo razón, necesito pruebas para llevarlas a la Agencia Nacional contra el Crimen.

Los ojos de Abigail cayeron sobre la taza de té en la mesa, y comenzó a girarla gradualmente, moviéndola un centímetro a la vez con sus dedos. —Veré qué puedo hacer —dijo—. No te daré los nombres. Todavía no. Déjame contactarlos, hablar con ellos, ver si están dispuestos a ser entrevistados. Algunas de ellas eran muy jóvenes cuando pasaron por lo que pasaron, así que podría ser lo último que quieran discutir. Pero dame algo de tiempo. Veré qué puedo hacer.

CAPÍTULO
DOCE

Abigail no había podido establecer un plazo para contactarlo. Podría ser en cualquier momento desde el final del día hasta el final de la semana. Pero había prometido que se pondría en contacto con las víctimas de forma individual. Lo haría su prioridad.

Mientras tanto, de camino a la comisaría, Tomek se había encontrado en la calle principal buscando una camisa de repuesto en M&S. La mancha de kétchup del Café de Morgana había sido más grande de lo que pensaba inicialmente, vergonzosamente grande, y necesitaba desesperadamente una forma de evitar sonrojarse cuando regresara a la oficina. Mientras paseaba por la calle principal hacia la comisaría, ya vistiendo su nuevo atuendo, observó la letanía de tiendas y establecimientos comerciales. HMV, Waterstones, JD Sports, Sports Direct, River Island. Ninguna de las tiendas que hubiera visto frecuentar a Kasia o que la hubiera oído mencionar. Ninguna en la que pudiera entrar y encontrar algo para ella para Navidad. La única excepción era Boots, y aun cuando había estado en las tiendas con ella, siempre se encontraba tan confundido y mareado por la abrumadora cantidad de maquillaje y productos de limpieza que no había prestado atención. No, si iba a comprarle algo, tendría que ser de la lista, la lista que todavía no le había enviado. Y si no la enviaba pronto, no había garantía de que recibiera lo que quería. Esta sería su primera Navidad juntos, la primera de muchas, hasta que ella cumpliera dieciocho y desapareciera a la universidad, o se quedara con él hasta los treinta cuando se diera cuenta de que

el mercado inmobiliario era un completo chiste, y quería hacerla memorable.

Cuando Tomek pasó por la estación de tren, vio a un hombre vestido con una chaqueta de alta visibilidad, parado a un lado de la calle principal, con un cubo en las manos. Penny Picker Pete. Una leyenda local de la calle principal de Southend, Pete pasaba sus días y noches merodeando fuera de las discotecas y tiendas, recogiendo monedas sueltas de aquellos lo suficientemente despistados como para dejarlas caer. Era una celebridad local, y por la noche, cuando los clubes abrían, los fiesteros se tomaban fotos con él. Tomek estaba seguro de que también se había tomado una foto con el hombre en algún momento de su vida. Aunque había estado sobrio y usando un chaleco policial en ese momento.

Al regresar a la oficina, Tomek pasó el resto de la tarde en reuniones. Eran las 6 p.m. cuando terminó su jornada y tenía poco que mostrar. Sin avances importantes, sin noticias de Abigail y sin señales de que el asesino se presentara. En general, un día terrible. Y empeoró por el hecho de que había logrado derramar té sobre su camisa nueva de M&S durante la cena.

—¡Maldita cosa! —gritó, junto con algunas palabras más selectas, mientras el líquido se deslizaba por su pecho.

—¡Ese lenguaje! —dijo Kasia—. Sabes, no deberías beber cafeína después del mediodía de todos modos.

—¿En serio? ¿Quién lo dice?

—La ciencia.

Tomek puso los ojos en blanco y limpió el frente de su camisa con un paño húmedo en vano. —Bueno, si la ciencia fuera tan buena, habría encontrado una manera de deshacerse por completo de esta mancha y que yo mantuviera mis prendas blancas blancas.

—¿Has oído hablar del detergente para lavar platos y del Vanish, verdad?

Tomek la miró con el ceño fruncido y luego se quitó la camisa. La arrojó al cesto de ropa sucia y se cambió a una camiseta. Mientras se pasaba la parte superior por la cabeza, Kasia llamó su nombre lentamente, en voz baja.

—Papá... —Su voz estaba llena de dudas.

—No me vas a preguntar sobre Billy Turpin otra vez, ¿verdad? Porque lo he estado pensando y preferiría que no lo trajeras aquí, ni que fueras a su casa, para el caso.

Cuando abrió los ojos, la vio sentada con las piernas y los brazos cruzados, una mirada de desaprobación en su rostro. —¿Por qué automáticamente piensas que eso es lo que voy a decir? ¿Por qué no me dejas terminar antes de que empieces a hablar?

—Porque soy el padre. Es lo que hacemos. Lo aprenderás por ti misma algún día.

—¿Puedo terminar?

Dudó más de lo normal solo para enfatizar su punto. —Sí...

—Bien. —Se apartó un mechón de pelo del flequillo y lo metió en su diadema—. Me preguntaba si podría salir una vez con Lucy y sus amigas.

Lucy...

Lucy...

Pasó el nombre por el directorio en su cabeza pero no encontró nada.

—¿Quién es Lucy?

—Cleaves.

Lucy Cleaves. Todavía nada.

—La hija de Nick.

—¿La hija de Nick? —repitió Tomek, con su mente retrasándose unos segundos—. ¿Como, Nick el Desagradable? ¿Como, el Detective Inspector Jefe Nick Cleaves? ¿Como, mi jefe? ¿Quieres salir con su hija?

—Sí.

Bueno, Tomek difícilmente podía discutir con eso. Si Lucy Cleaves era algo como su padre, entonces sabía que Kasia estaría en buenas manos. Manos más seguras que un chico que quería golpear a una tonelada de carne, de todos modos.

—¿Qué planeas hacer con ella?

Kasia se encogió de hombros. Y si pensaba que el gesto era poco comprometido, su respuesta lo fue aún más. —Solo pasar el rato...

—Solo pasar el rato como una pandilla de pandilleros.

—Nadie dice *pandilleros* ya, papá. Ni siquiera sé lo que significa.

—Entonces es mejor que tú y Sylvia no vayan a "pasar el rato" con Lucy y sus amigos, de lo contrario, pronto aprenderás el significado.

—Solo era yo —respondió Kasia a la defensiva—. No iba a invitar a Sylvia.

Tomek levantó una ceja. Podía sentir que se acercaba una importante lección de vida. —¿Por qué no? ¿Estás abandonando a Sylvia por Lucy y sus amigos solo porque son uno o dos años mayores?

—Bueno...

Tomek negó con la cabeza, meneando el dedo mientras lo hacía. —No. Eso no está bien, jovencita. Eso no cuela. No puedes simplemente abandonar a la única amiga que ha estado ahí para ti desde que entraste a esa escuela. Créeme, la necesitas más de lo que piensas, y te arrepentirás de la decisión de dejarla atrás. O la integras también, o no vas.

No le importaba si esta era una lección que posiblemente necesitaba aprender por sí misma, no podía permitirse el lujo de arriesgarse a que perdiera a Sylvia como amiga. La joven había sido la única en iniciar contacto con Kasia en la escuela, y eso le decía que tenía un buen corazón, un corazón amable. Lucy Cleaves podría haber sido la persona más amable de la escuela, pero nunca sería tan amable como Sylvia. Lo mismo podría decirse de todas las otras chicas de la escuela y del grupo de amistad de Lucy. De lo contrario, habrían sido ellas las que hablaran con ella en el patio el primer día.

—¿Es eso lo que hiciste con Saskia? —respondió ella.

Saskia, la amiga más antigua y cercana de Tomek.

Saskia, de quien había estado enamorado durante mucho tiempo.

Saskia, con quien solo recientemente había vuelto a conectar después de trece años a la deriva.

—Sí —dijo—. Le hice lo mismo, y lo lamenté durante años.

—¿Es por eso que no hablaste con ella durante tanto tiempo mientras estaba en Escocia?

—Ya está. Suficiente. Ve a tu habitación.

—¡Qué! Estás siendo totalmente injusto.

—No, no lo estoy siendo. Sería injusto si te dijera que estás castigada. ¿Te gustaría que dijera que estás castigada? Di una palabra más y puedo hacer que eso suceda.

Nunca la había castigado antes. Nunca había tenido las agallas para hacerlo. Pero ahora ella estaba a punto de ponerlo a prueba. Y esperaba que no llamara a su farol. No quería ser uno de esos padres, igual que *sus* padres, donde le prohibiera hacer todo. Pero a veces lo hacía tan imposible.

Para calmarse, encontró el número de móvil de Saskia en su teléfono y le preguntó si estaba disponible para tomar algo.

—¿Otra copa nocturna en un bar? —dijo ella fríamente—. La gente podría empezar a preguntarse, Tomek.

No le importaba lo que la gente pensara.

Todo lo que le importaba en este momento era una distracción. Algo que lo alejara de Lily Monteith y Mandy Butler. Alguien que lo alejara de Kasia y las similitudes entre ella y las víctimas de asesinato. Alguien que lo alejara del pensamiento de ella y Billy el Luchador de Vacas.

Se encontraron en lo que rápidamente se estaba convirtiendo en su escondite habitual. Un bar en el centro de Leigh Broadway llamado Moo-Moos, un nombre que no perdió su ironía.

—¿Lo de siempre? —preguntó el camarero mientras se dirigían a la barra.

—¿Ya estamos en esa etapa? —respondió Tomek, mirando entre el camarero y Saskia.

—Creo que sí —respondió ella—. Solo hemos estado aquí dos veces.

—Debemos ser los únicos que mantienen el negocio —susurró Tomek a ella mientras el camarero preparaba sus bebidas.

Una vez que las recibieron, encontraron un espacio en la esquina junto a la entrada. Tomek estaba sentado de espaldas a la ventana, mientras ella observaba todo lo que sucedía detrás de él.

—Espero no haber arruinado tu noche —le dijo mientras tomaba un sorbo de su mojito. Era uno de los más deliciosos que había probado. No sabía por qué había pedido uno, y en una noche de trabajo; se sentía aventurero.

—Lo habitual. Sentada sola con una copa de vino blanco y tareas infantiles ilegibles frente a mí.

—No te retendré demasiado tiempo —respondió—. Parece que necesitas volver a eso lo antes posible.

Ella se rió, y mientras lo hacía, el blanco de sus ojos se iluminó. Pasaron los siguientes cinco minutos poniéndose al día. Rellenando los huecos de las últimas semanas desde que se habían visto por última vez.

—¿Cuáles son tus planes para Navidad? —le preguntó después de que ella terminara de explicar que su director estaba a punto de irse por un nuevo puesto en una escuela con mejor rendimiento.

—Nada emocionante. Volver a casa para la semana. Visitar a mamá y papá.

—Genial.

—¿Y tú?

—Kasia y yo celebramos juntos. Solo nosotros. Ella tiene un itinerario completo planeado. Es muy estricto también. Regalos por la mañana. Luego el desayuno - huevos revueltos con tostadas, su elección. Luego quiere ver *Moana* de Disney. Luego la cena, que se disfrutará en la mesa del comedor sin la televisión de fondo. Luego tenemos que jugar algunos juegos. Luego terminaremos la noche viendo alguna comedia romántica en Netflix o algo así, momento en el que puede que termine quedándome dormido en el sofá.

—Suena como un día maravilloso, para ser honesta. Entonces, ¿por qué parece que no lo estás esperando con ansias?

—Porque no le he dicho que los polacos celebramos la Navidad el veinticuatro. No estoy seguro de lo que va a hacer con sus planes. Podría desequilibrar todo y arruinarlos.

Saskia tomó lentamente un sorbo de su copa de vino y lo miró con atención. —De cualquier manera, suena como mi idea de una buena Navidad.

—La mía también. Creo que dejaremos la visita a mis padres para el próximo año. Ella no necesita ser sometida a eso todavía. Es un caos del más alto orden.

Al menos, lo había sido la última vez que había ido.

Poco después, el tema de conversación pasó a la escuela. Y la conversación entre Billy el Boxeador de Ganado y Kasia.

—Qué cosa más estúpida para decir —dijo Saskia—. No hay absolutamente ninguna manera de que alguien pueda noquear a una vaca.

Tomek puso los ojos en blanco. Esa no había sido la respuesta que esperaba escuchar. Había esperado que ella le dijera que tenía razón al impedir que su hija viera a Billy el Boxeador de Ganado, que afirmaría su decisión de crianza.

—La verdadera pregunta es si podrías *vencer en carrera* a una vaca.

Tomek dejó caer su cabeza en sus manos. Esto se estaba descontrolando. Pero mientras estaba allí sentado, mirando el espacio entre la mesa y sus piernas, no podía evitar imaginarse en la pista de atletismo, enfrentado a un toro de una tonelada.

—Solo tengo que ser más rápido que la persona más lenta —dijo.

—Eso es un cliché. Y una mierda. No arruines la diversión. —Hizo una pausa para tomar otro sorbo—. En un mano a mano. ¿Quién ganaría? ¿Tú o la vaca?

—¿De qué estamos hablando, un poni Shetland o una vaca de muu?

—¿Qué es una vaca de muu?

—Una que hace *muu*.

Ella negó con la cabeza con desdén. —No importa. Cualquiera. Solo responde la pregunta. ¿Crees que podrías vencer a una vaca en una carrera?

Lo consideró un poco más. Imaginó el escenario: él mismo, en un buen día, completamente equipado con lo último en ropa deportiva aerodinámica de alta tecnología, corriendo por su vida en una carrera que era tan ficticia como ridícula.

—Sí —respondió sin vergüenza.

—Incorrecto —llegó la voz del camarero desde detrás de la barra.

No se habían dado cuenta pero en el calor de su discusión, habían estado alzando la voz y casi se estaban gritando mutuamente.

Por algo ficticio y ridículo.

—Su vaca promedio puede correr, en *promedio,* unos cuarenta kilómetros por hora —continuó el camarero—. Usain Bolt apenas llegó a cuarenta y tres kph cuando rompió el récord mundial. Ahora, a menos que todos seamos tan rápidos como el hombre más rápido del mundo, no creo que ninguno de nosotros tenga una oportunidad.

Agradecieron al hombre por su aportación y luego se alejó silenciosamente a sus tareas. Cuando Saskia se volvió hacia Tomek, llevaba una expresión presumida y sabionda en su rostro.

—Oh, vamos —respondió—. Como si tú supieras la respuesta a eso.

—Por supuesto que sí. Soy profesora. Es lo primero que te enseñan en la escuela de profesores. —Hizo una pausa—. Además, hemos tenido la misma discusión en mi clase un par de veces antes, aunque tendré que sacar el tema de *pelear* con una en mi próxima clase.

—¿Qué pasa con los niños y su fascinación con las vacas? En nuestra época solíamos simplemente voltearlas por diversión. Nunca pensamos que éramos más grandes que las vacas. ¿Cuándo cambió toda esa mentalidad?

Ella se encogió de hombros. —Son niños, Tomek. Dicen las cosas más estúpidas. El otro día alguien me dijo que las personas calvas son una conspiración. Uno de ellos escribió "las palomas mataron a Bin Laden" en la pizarra mientras yo estaba fuera del aula. ¡Y alguien me dijo que iba a comprarme un Cameo para mi cumpleaños, y ni siquiera sé qué es un Cameo!

—Desafortunadamente, yo sí. Kasia dijo que es algo sobre celebridades que cobran cantidades exorbitantes de dinero por un video rápido de ellos diciendo feliz cumpleaños, o alguna otra trivialidad.

—Lo que estoy diciendo es que a esa edad, son solo chicos de trece años estúpidos tratando de ser divertidos. Están llenos de hormonas y piensan que la mejor manera de impresionarse unos a otros es inyectándose una potente combinación de arrogancia y estupidez en igual medida todos los días. Tú has estado ahí, yo he

estado ahí, y estoy bastante segura de que tú eras exactamente igual.

—Entonces, lo que *realmente* estás diciendo es que debería ser más indulgente con este chico Billy Turpin?

—No. Estoy diciendo que dejes de ser tan rígido. No es un buen aspecto para ti. Y pronto parecerás que tienes cincuenta años cuando tengas cuarenta y uno.

A Tomek no le gustó cómo sonaba eso. Se enorgullecía del hecho de que parecía diez años más joven de lo que realmente era. Aumentaba su ego narcisista cuando las mujeres con las que se encontraba decían que era demasiado joven para tener una hija de trece años. Había trabajado duro para verse tan juvenil como lo hacía. Una rutina diaria considerada y delicada de hidratantes, cremas y productos químicos anti-envejecimiento, con un poco de tinte para su barba y cabello de vez en cuando.

—Supongo que tal vez tienes razón —dijo con calma—. Probablemente solía pensar que podía enfrentarme a unas cinco vacas a la vez.

—Duplícalo, y eso suena como el Tomek que solía sentarse a mi lado en ciencias.

Tomek se rio y terminó su bebida. Había necesitado esto. Alguien con quien conversar. Alguien con quien hablar sobre las cosas que no sabía. Aunque Saskia no tenía hijos, había estado rodeada de suficientes como para saber cómo eran, y era mucho más sabia que él en general, siempre lo había sido, por lo que sentía que podía preguntarle cualquier cosa y ella habría elaborado una respuesta inteligente, lógica y considerada.

Cuando surgió el tema de pedir otra bebida, Saskia le agradeció pero rechazó. Trabajo. Madrugadas. Nada con lo que Tomek pudiera discutir ya que él también tenía lo mismo por delante. Cuando se disponían a irse, agradecieron al camarero y le dijeron bromeando que lo verían de nuevo en unas semanas, en el año nuevo.

Mientras se dirigían a sus coches estacionados al lado de la carretera, Tomek oyó que alguien llamaba su nombre. Un chillido agudo.

Se dio la vuelta para ver a Abigail Winters acercándose desde lejos. Iba vestida con un ajustado vestido negro con tacones altos y un mini bolso bajo el brazo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella.

Él podría haberle preguntado lo mismo.

—Salí a tomar una copa con una vieja amiga —respondió.

—Igual. Estaba tomando unas copas con algunas de mis viejas amigas también. De mis primeros días de periodismo.

Podía notarlo. El olor a alcohol en su aliento, y su discurso arrastrado, sugerían que había tomado más de unas pocas.

—¿Vas a casa? —preguntó ella, con esperanza entremezclando su voz.

—Parece que sí —respondió.

—¿No te apetece quedarte para una más? Mis amigas se han ido pero creo que yo podría aguantar otra copa o dos.

Tomek dudó. Entonces se volvió súbitamente consciente de Saskia observando su interacción.

—Esta noche no —le dijo.

Entonces ella se acercó, sus tacones altos resonando en la acera. —Qué pena —dijo—. *Iba* a decirte en privado que he hablado con las chicas, pero supongo que tendré que hacerlo *ahora* en su lugar.

Tomek sonrió torpemente, encontrando la situación un poco incómoda. —Si no te importa —respondió—. ¿Qué dijeron?

—Lo siento, pero dijeron que no quieren ser contactadas por ti. No hablarán contigo.

—¿Preguntaste por qué?

Ella eructó y se cubrió la boca con la mano. —No quieren revivir el pasado. Es demasiado doloroso para todas ellas.

—¿Les dijiste que soy un oficial de policía?

—Sí.

—¿Y no marcó la diferencia?

—No.

Mierda.

—Bien —le dijo—. Nos ocuparemos de esto por la mañana. Buenas noches, Abigail.

Si se sintió ofendida por su brusquedad, no lo mostró. Cuando se fue, caminó con confianza en sus tacones altos, asegurándose de que Tomek la observara mientras se marchaba. Lo cual él hizo obedientemente. Mientras su cuerpo se balanceaba bajo su atuendo, fue transportado de vuelta a la noche de su beso.

Y luego volvió al presente cuando Saskia abrió la puerta de su coche. Cuando se volvió para mirarla, ella ya estaba deslizándose en su coche, lanzándole una de esas miradas fulminantes que daba cada vez que no estaba impresionada con él.

—¿Qué? —le gritó—. No es lo que parece.

—¿Qué parte, la de las chicas que no quieren hablar contigo o la que convenientemente te encontró en medio de la calle principal a las once de la noche de un lunes y te pidió que te quedaras para otra copa?

CAPÍTULO
TRECE

El bostezo escapó de su boca antes de que pudiera evitarlo.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó el DCI Cleaves.

Tomek negó con la cabeza.

—Bien. Como decía, ¿estás seguro de que has cubierto todos los frentes?

—Sí. El único problema es que las víctimas no quieren hablar con nosotros.

—¿Se puede aplicar más presión?

—Estoy averiguando —respondió Tomek—. Pero lo que más me interesa es por qué estamos esperando tanto para aplicar presión ahora.

El rostro de Nick se arrugó. —¿Perdona?

—La otra noche revisé las notas sobre la muerte de Mandy Butler y encontré un correo electrónico de Tony para ti, señor, solicitando más recursos para investigar los ataques a las chicas. Su correo no recibió respuesta. Y no se asignaron más recursos.

Nick negó con la cabeza y golpeó la palma contra el escritorio. —¿Qué coño es esto? ¿Es una especie de interrogatorio? ¿Trabajas para la IOPC ahora o qué? ¿Te han puesto a investigar mis errores?

—No, señor —dijo Tomek con toda la calma que pudo reunir.

—Cometí un error, ¿de acuerdo? Fue hace dos años. Más o menos cuando Robbie se fue al ejército. No estaba en un buen momento mental. No estábamos en un buen momento como familia. Es así de simple. Admitiré que fue un descuido. —Nick bajó la

cabeza, perdiendo toda la agresión y combatividad—. Pero... pero voy a compensar a esas chicas, créeme. Por eso quería que te ocuparas de esto. A veces eres como un perro tras un hueso, y ahora que tienes a Kasia en tu vida, creo que tendrás un renovado sentido de determinación para encontrar al responsable de esto. Es decir, *tú* fuiste quien encontró la conexión.

Tomek no sabía si eso pretendía halagar su ego u ofenderlo de alguna manera, pero decidió quedarse callado y dejar que Nick continuara.

—Yo... yo... —Se atragantó, luego sacudió la cabeza—. Tienes la reunión con la NCA en una hora. Necesitas prepararte para eso.

Tomek se deslizó desde debajo del escritorio y se detuvo a medio camino. —Probablemente no sea el mejor momento para mencionarlo —comenzó—, pero parece que nuestras hijas ahora están en comunicación. De dónde sacaron esa idea, no tengo ni idea, y Lucy ha invitado a Kasia y a su amiga a pasar el rato en algún momento.

La sorpresa se registró en el rostro de Nick. —¿Estás bien con eso? —preguntó—. Es un par de años mayor que Kasia.

—¿Confías en tu hija?

—¿Qué?

—Si tú confías en ella, entonces yo confío en ella.

—Por supuesto que confío en ella.

—Entonces está bien. Resuelto. Todo bien para mí. Tu hija y mi hija serán amigas.

—No pienses que eso significa que nosotros tengamos que hacer lo mismo.

Tomek se levantó de la silla. —Sabes que en el fondo me adoras —dijo guiñando un ojo—. ¿Te imaginas si mi hija fuera un hijo y *entonces* quisieran hacerse amigos? *Eso* sí que sería interesante.

—Preferiría lijar el culo de un tigre en una cabina telefónica antes que pensar en esa posibilidad —respondió Nick—. Ahora sal de aquí y haz tu trabajo.

Su relación con Nick era complicada. Padre-hijo en un buen día, padre-hijo en un mal día, solo que en extremos opuestos del espectro. Tomek había trabajado con el inspector jefe durante casi

quince años. Había visitado a la familia, pasado noches allí, disfrutado de las deliciosas comidas caseras de la esposa de Nick. Incluso lo habían invitado a asistir a algunas de sus asambleas escolares cuando eran más jóvenes. Nick tenía tres hijos en total. Dos niñas y un niño. Las chicas estaban en la escuela, separadas por cuatro años, mientras que Robbie, el mayor, había abandonado la escuela a los dieciséis para unirse al ejército. La decisión había roto a la familia y fue el resultado de un largo enfrentamiento entre padre e hijo biológicos. Como resultado, Nick a menudo llegaba a las reuniones matutinas enfurecido por algo, algo que no explicaba al equipo. Excepto a Tomek. Tomek era el único que podía ver y escuchar lo que sucedía a puerta cerrada.

Mientras Tomek cerraba la puerta tras él, se dio cuenta de que el hombre había estado sufriendo intensamente en ese momento. Que se había tomado la decisión de Robbie de abandonar la familia más duramente de lo que había dejado ver. Tanto que había sido negligente en su trabajo.

Pero eso no le había impedido defender a Tomek cuando lo había necesitado, cuando se había pasado de la raya, cometido un error o llevado las cosas demasiado lejos. Nick había sido el primero en saltar en su defensa. Y ahora era el turno de Tomek; al soltar el pomo, decidió que si alguien de la Agencia Nacional contra el Crimen quería saber por qué los incidentes relacionados con las sospechas de sobredosis de drogas no se habían investigado más allá de un simple informe y algunas declaraciones de testigos, entonces Tomek defendería, defendería, defendería.

Negar.

Negar.

Negar.

CAPÍTULO
CATORCE

La reunión con la Agencia Nacional contra el Crimen no había ido como Tomek esperaba. Las personas cuyo trabajo consistía en detectar e investigar los indicios de un asesino en serie no habían logrado comprender la conexión que Tomek les había explicado. Habían ignorado las pruebas de que un asesino estaba atacando a chicas adolescentes basándose en sus alergias.

—Hay demasiadas conjeturas —le había explicado Naomi Mackenzie, con la mitad superior de su cuerpo visible en la pantalla —. Incluso si hubiera una tercera víctima, sigo pensando que no cumpliría con los criterios.

Tomek se había sobresaltado ante esa frase.

Los criterios.

Los criterios que debían cumplirse para que el asesinato de una persona inocente pudiera investigarse de manera diferente. Los criterios que debían cumplirse para justificar los recursos y gastos adicionales.

Tomek estaba listo para darle algunos criterios propios, pero decidió no hacerlo, y se recordó a sí mismo que todos estaban del mismo lado. Aunque, a veces, no lo pareciera.

Para calmarse y para demostrar aún más su punto, Tomek salió de la oficina y se dirigió a hablar con Elsie Rawcliffe. Amiga de Mandy Butler. La que había estado con ella la noche que murió, la que había visto a Mandy pagar por las drogas que la mataron, visto a su amiga sufrir y morir justo delante de ella. Tomek había llamado

a su instituto y había pedido hablar con ella discretamente y sin llamar la atención. La jefa de bachillerato había estado más que dispuesta a colaborar y se había asegurado de que ella permanecería allí mientras Tomek hablaba con ella, pero no sin antes llamar a los padres para explicarles lo que estaba sucediendo. En ese momento, Tomek se vio obligado a esperar a que los padres de Elsie salieran del trabajo y llegaran a la escuela. Llegaron casi treinta minutos después, y durante ese tiempo, Tomek había mantenido la conversación breve, genérica: preguntando sobre sus exámenes de bachillerato, el instituto en general, la vida sin Mandy Butler. La chica estaba visiblemente nerviosa, comprensiblemente, y él podía verla reviviendo los eventos de esa noche en su cabeza, viendo morir a su amiga una y otra vez antes de que incluso hubieran comenzado la conversación.

—Tómate tu tiempo con todo —le dijo—. No estás detenida ni nada por el estilo, solo necesito hacerte algunas preguntas sobre lo que le pasó a Mandy la noche que murió.

—¿De qué se trata esto? —preguntó la madre de Elsie, una mujer que se había presentado como la Doctora Rawcliffe. Se sentó a pocos centímetros de su hija, lista y esperando para rodearla con su brazo cuando las cosas se pusieran demasiado difíciles. O bien, estaba lista para apartarla en el momento en que decidiera que la conversación se había vuelto demasiado complicada.

—El otro día encontraron a una joven de edad similar a la de Mandy cuando murió en el Parque John Burrows. Falleció por anafilaxia. Actualmente estamos investigando las dos muertes para ver si existe una conexión entre ellas —le explicó Tomek. Eso era más de lo que ella necesitaba saber. Más de lo que él había querido que supiera, pero tuvo la impresión de que la Doctora Rawcliffe no iba a permitirle continuar hasta que estuviera satisfecha con su respuesta.

—Muy bien —respondió la doctora, luego se volvió hacia su hija —. Si quieres detener esto en cualquier momento, puedes hacerlo. ¿Lo entiendes?

Elsie asintió con firmeza, manteniendo la mirada de Tomek.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó con frialdad, la estabilidad de su respiración era evidente mientras inhalaba y exhalaba de manera controlada.

—Primero, me gustaría saber si recuerdas el rostro del hombre al que Mandy le compró las drogas. ¿Era siquiera un hombre?

—Sí —respondió Elsie.

Tomek ya sabía que era un hombre, pero era mejor hacerse el tonto; así ella hablaría más, y cuanto más hablara, más podría quitar capas y recordar algún detalle menor.

—¿Recuerdas su rostro?

—Un... un poco.

—¿Podrías describirlo para mí?

—Él... quiero decir, estaba oscuro, había mucha gente. Y todo terminó muy rápido. No se quedó por allí precisamente. —Inspiró profundamente, contuvo el aire y luego dejó que su cuerpo se deshinchara lentamente—. Era de estatura media, diría yo. Más bajo que usted. Pelo negro y grueso. Tal vez barba.

Tomek asintió, evocando una imagen del hombre en su mente. —¿Estarías dispuesta a dar esa descripción, y quizás algunos detalles más, a un dibujante para que podamos crear un retrato robot? A veces encontramos que eso ayuda a refrescar un poco la memoria.

Elsie hizo una pausa y se volvió hacia su madre, quien a su vez asintió dando su aprobación. —De acuerdo —dijo en voz baja—. Creo que estaría bien.

—Excelente. Haré que uno de mi equipo lo organice para ti. Se pondrán en contacto contigo. En ese momento —continuó—, ¿reconociste al hombre o parecía un completo desconocido?

Elsie negó con la cabeza. —Mandy lo conocía. Cuando él se acercó, ella le dio un abrazo y luego le pagó por las drogas. Yo... yo... intenté detenerla, pero no me escuchaba. No sé por qué pensó que era una buena idea. Ya las había probado antes y yo... le dije que no quería tener nada que ver con ellas, pero no me hizo caso.

Tomek estudió el rostro de Elsie. Las líneas en su frente, la dilatación de sus pupilas, el temblor en su voz, y determinó que estaba diciendo la verdad. Que no había sido tentada a probar las drogas, que no estaba simplemente echándole toda la culpa a

Mandy Butler para escapar de la ira de su madre con formación médica.

—Después del encuentro —comenzó de nuevo Tomek—. ¿Le preguntaste a Mandy quién era el hombre?

—Lo intenté, pero no me lo quiso decir. Solo me dijo que era alguien que conocía de la escuela.

—¿*Esta* escuela?

Tomek se volvió hacia la jefa de bachillerato sentada en la parte trasera de la habitación, como si esperara que ella supiera la respuesta. La perspectiva de que el asesino hubiera sido alguien del mismo instituto en el que estaba sentado entusiasmó a Tomek.

—No este instituto, no —respondió Elsie, y una expresión de alivio se extendió por el rostro de la directora—. Mandy solía vivir en Manchester cuando era más joven. Se mudó aquí cuando acababa de comenzar el cuarto año, creo que fue.

—Sí. Eso es correcto —añadió la jefa de bachillerato, aunque por la vacilación en su voz era evidente que no tenía idea de lo que estaba hablando.

Tomek tomó nota. Manchester. Alguien de una escuela en Manchester a la que había asistido.

—¿Sabes el nombre de la escuela? —preguntó Tomek.

Elsie negó con la cabeza nuevamente. —No hablaba de eso. Solo se mudaron de regreso aquí porque su madre echaba de menos su hogar. Su padre era originario de allí.

—Y mencionaste que no había sido la primera vez que Mandy compraba drogas —comenzó Tomek—. ¿Sabes con qué frecuencia las había tomado?

—Creo que solo una o dos veces. Solo marihuana... creo. Ella y un par de personas de nuestra escuela iban al bosque de enfrente y la fumaban después de clases a veces, pero yo nunca me acercaba. Tenía demasiado miedo.

Así que había pasado de consumir marihuana a éxtasis. Un salto que la había matado. Y se había convertido en la imagen de los peligros de las drogas en el proceso.

Marihuana, la droga de entrada que conduce a la muerte.

Mientras estaba sentado allí, asimilando la información, varias cosas se le hicieron evidentes. Y se avergonzaba de admitir que no se trataba de Mandy Butler o Lily Monteith en absoluto. Más bien, se trataba de su propia hija.

Que los amigos de Mandy y Lily sabían más sobre sus amigos que los padres sobre sus propios hijos. Y que, si esa era una verdad universal, ya era hora de que comenzara a acercarse a Sylvia y a su madre, Louise. Porque lo último que quería era que la historia se repitiera. Y que Kasia dejara a su amiga por alguien más genial, rompiera las reglas, se involucrara con drogas y luego se convirtiera en otra imagen de advertencia.

No importaba si solo tenía trece años. Los riesgos seguían siendo tan prevalentes como para cualquier persona.

Al salir de la habitación, Tomek agradeció a Elsie por su tiempo y tomó los datos de la familia para que el dibujante se pusiera en contacto con respecto al retrato robot. Luego agradeció a la jefa de bachillerato, le recordó que se pondría en contacto con ella y se dirigió de regreso a su coche. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta tras él, sonó su teléfono móvil.

Abigail.

Con suerte con buenas noticias.

—¿Tres veces en dos días? Esto es más de lo que hablo con mi vecino, y nos vemos casi todos los días.

—¿Te gustaría que fueran cuatro esta noche?

—Solo si tienes algo para mí.

—¿Por qué siempre tiene que ser un toma y daca? ¿No pueden dos amigos salir a tomar algo sin que se espere nada de ninguno? No parecías tener problema con ello anoche cuando te encontré.

—Pensé que estabas demasiado borracha para recordarlo.

—Pórtate bien. Estaba achispada. Nada más. Ahora, ¿qué dices? ¿Una copa esta noche?

Tomek hizo una pausa para consultar su agenda imaginaria.

—Tendré que consultarlo primero con mi hija, pero no creo que haya problema.

CAPÍTULO
QUINCE

Kasia y sus últimas palabras antes de que él saliera para Moo-Moos resonaban en su mente mientras cruzaba la puerta.

—Parece que no necesitas ningún consejo sobre relaciones —le había dicho—. Dos mujeres en dos noches. Eres un hombre ocupado. Pero por favor, no más hermanos o hermanas.

Pensar en eso había hecho que el estómago de Tomek se tensara. No solo era la idea de tener un recién nacido en sus cuarenta, sino también el hecho de que, apenas uno o dos días antes, ella había evitado la charla sobre las abejas y las flores. Y ahora era ella quien lo sacaba a colación. ¿Qué había cambiado? ¿Qué la había animado a ser tan cruda al respecto?

No lo sabía, pero estaba tanto impactado como alentado por su elección de palabras. Cuando ella entró por primera vez en su hogar y fue lanzada a su vida, comprensiblemente había estado reservada y callada, tímida, temerosa. Pero ahora, ahora que se sentía establecida en su casa y en su vida escolar (y también ahora que el acoso había terminado), se estaba volviendo más abierta, el vínculo de su relación se fortalecía cada día más. No solo eran padre e hija, sino que también se estaban convirtiendo rápidamente en mejores amigos con el paso de los días. Estaban discutiendo cosas como esas —la adultez, las amistades, las relaciones— mucho antes de lo que él había esperado. Y no quería interponerse en eso. Si ella confiaba lo suficiente como para abrirse sobre esos temas con él,

entonces él no iba a hacer nada que pusiera en peligro esa confianza.

Quizás permitirle a Billy el Luchador de Vacas venir por la noche no era una idea tan terrible, después de todo.

Mientras se acercaba a la barra, el hombre detrás de ella comenzó a preparar su pedido.

—¿También una copa de vino para su compañía de esta noche?

Tomek rió nerviosamente. —No estoy del todo seguro, la verdad. Creo que le gusta el tinto.

—¿Alguien diferente, entonces?

Tomek sabía adónde iba esto. —Solo una amiga.

El camarero le dirigió una mirada cómplice, le entregó su bebida y le dijo que lo añadiría a la cuenta.

—Lo pagaré ahora, gracias —dijo—. Ella puede pedir lo suyo cuando llegue.

—Vaya —respondió el camarero—. *Realmente* es solo una amiga.

Por ahora, al menos.

Tomek no podía negar la historia, ni tampoco podía negar la química y la tensión sexual entre ellos. Pero ahora mismo no podía pensar en eso. No quería. Mandy y Lily estaban muertas porque un asesino malicioso y maligno las había asesinado, y necesitaba descubrir quién era antes de poder siquiera pensar en entrar en una relación romántica con alguien.

Tomek revisó su reloj repetidamente durante los siguientes diez minutos hasta que ella llegó. Cuando finalmente apareció, él ya había terminado su cerveza por frustración, y al final decidió pagar una segunda bebida para él y una copa de rosado para Abigail, ignorando la sonrisa burlona del camarero mientras pasaba su tarjeta por el lector.

—Esto es agradable —dijo ella cuando se sentaron en los mismos asientos que Tomek y Saskia habían ocupado la noche anterior—. Deberíamos hacer esto más a menudo.

—Tal vez —respondió él—. No creo que a Sean le haría mucha gracia.

—A Sean no le importará —replicó ella, rechazando inmediatamente su comentario—. Y tú lo sabes.

Su relación con el sargento había sido breve, como un relámpago que solo había durado un par de semanas, pero Sean no había tomado muy bien la ruptura. Había intentado en varias ocasiones que funcionara, pero algo se había interpuesto entre ellos. Algo que se había incrustado en su relación y había causado una gran división: Tomek. Todo gracias a una noche de borrachera, un beso de borrachera.

Pero Tomek no quería volver sobre el pasado.

—¿Para qué me has traído aquí, Abigail? —preguntó.

—¿Cómo fue tu reunión con la NCA hoy?

Tomek dudó. ¿Cómo sabía ella sobre eso? ¿Tenía pequeños dispositivos de grabación en su escritorio? ¿Le había colocado uno anoche? ¿O Sean seguía pasándole información? De cualquier manera, eso lo inquietaba. Y le dejaba una cosa muy clara: ella tenía todo el poder en la conversación, y no estaba dispuesta a apresurarse solo para complacerlo.

—No muy bien —le dijo—. No aceptaron investigarlo.

—Lamento oír eso —respondió ella, con un tono cargado de sinceridad, una de las pocas veces que él había notado esa inflexión en su voz.

—Necesito que esas chicas se presenten y ayuden de cualquier manera posible.

—Lo sé —dijo, pasando el dedo por el borde de su copa—. Pero no creo que vayan a cambiar de opinión sobre eso.

—¿No hay nada más que podamos hacer?

La frustración típicamente plagaba los casos que involucraban a víctimas jóvenes. Los recuerdos de lo que les había sucedido les impedían confiar en alguien, incluso en la policía, y por eso guardaban silencio, lo que permitía a sus agresores seguir cometiendo sus crímenes. Pero ahora había llegado a aceptar que era parte del trabajo y que dependía de él encontrar formas nuevas e innovadoras de sortear los obstáculos.

—Creo que tengo algo que podría interesarte.

Los ojos de Tomek se agrandaron y sus oídos se aguzaron.

—Te escucho.

—Investigué ayer y hoy, hablé con algunos contactos, me reuní con viejos amigos —tomó un sorbo de vino, tomándose su tiempo, quitándole el poder a él—. Y creo que encontré un caso similar, que involucra a una mujer en Manchester.

—¿*Manchester*?

Tomek podía sentir que sus palmas comenzaban a sudar.

—Sí. El lugar del norte. Nunca he estado, pero he oído que ha mejorado últimamente.

—¿Qué pasó en Manchester? ¿Quién era? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Tomek no podía contenerse. Sus palmas ahora estaban cubiertas por una fina capa de sudor, su trasero estaba al borde del asiento, y estaba tan inclinado sobre la mesa que parecía que iba a besarla.

—Hace cinco años —comenzó, hablando lentamente a propósito para provocarlo—, una mujer llamada Diana Greenock fue encontrada muerta en su apartamento de la planta baja en Manchester. Cuando su amiga la encontró, vio un gato sentado al pie de su cama. Diana Greenock era alérgica a los gatos. También era gravemente asmática. El gato había estado desaparecido durante unos días y, mientras Diana dormía una noche, la teoría es que el gato trepó por la ventana en medio de la noche y la mató.

—¿Fue asesinada por un gato? —preguntó Tomek, estupefacto.

—No. La autopsia dice que su alergia reaccionó a la presencia del gato, y eso desencadenó su asma, que fue lo que terminó matándola.

—Así que un gato se cuela en su habitación, simplemente se queda allí parado, y luego ella muere.

Abigail asintió. —No es exactamente como yo lo expresaría, pero bueno, *yo* soy la periodista.

Tomek bebió su cerveza lentamente. Si no hubiera sido por el descubrimiento anterior de que Mandy Butler una vez vivió en Manchester, no habría captado la conexión. Pero ahora no podía quitárselo de la cabeza. Que, si este era el mismo asesino, entonces Diana Greenock podría haber sido su primera víctima. Que le había enseñado a Mandy Butler de alguna manera en una escuela de Manchester. Que había seguido a ella y a su familia hacia el sur. Que había esperado años para matarla.

Los intervalos entre los asesinatos preocupaban a Tomek. Tres años entre las muertes de Diana Greenock y Mandy Butler, y ahora una brecha de dos años entre Mandy Butler y Lily Monteith. Cinco años en total. De lo poco que sabía sobre asesinos en serie, que era ahora el término correcto a usar, si realmente este era el caso, sabía que cualquier deseo que los impulsara pronto se volvería demasiado difícil de soportar y que los intervalos entre víctimas se acortarían cada vez más. Que podría tener otra víctima en su escritorio mucho antes de lo previsto.

—¿Qué edad tenía Diana Greenock? —preguntó Tomek, después de darse cuenta de que no había dicho nada durante un rato.

—Creo que tenía veintiocho o veintinueve años. No recuerdo exactamente.

Eso no parecía encajar con el patrón. A menos que, por supuesto, algo hubiera salido mal con la primera víctima. Que ella no hubiera muerto de la manera que él quería, y por eso había reducido la edad de sus víctimas a alguien sobre quien podía tener más control, más poder. Y con las dos últimas víctimas de quince años, había encontrado el punto perfecto.

—¿Sabes qué pasó con la investigación policial? —preguntó Tomek.

—Por lo que entiendo, la policía interrogó a los compañeros de piso en su bloque y lo dejó así. No había signos de allanamiento, y el gato había estado desaparecido durante un par de días antes, así que se asumió que simplemente se había colado.

—O que eso es lo que alguien había hecho parecer.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Fern Clements yacía en el suelo en medio de la habitación fría. Desnuda, salvo por su ropa interior. Gotas de sudor caían de su ombligo sobre la superficie lisa y sólida, desde su barbilla hasta su cuello, desde sus muñecas hasta sus dedos, a pesar del frío, a pesar de la helada que envolvía el edificio y los alrededores. Afuera, las temperaturas estaban bajo cero, y dentro no hacía mucho más calor, pero ella sudaba profusamente, su cuerpo trabajando al máximo para luchar por sobrevivir.

Él había estado de pie sobre ella, observándola durante los últimos veinte minutos, esperando a que despertara de su letargo. Cuando lo hizo, agitó sus brazos salvajemente, probando la resistencia de las ataduras en sus muñecas y tobillos. Cada una resistió a la perfección. Ahora, minutos después, ella seguía sacudiéndose y retorciéndose, pero sus movimientos se habían convertido en un forcejeo más trabajoso y fatigado, con sus niveles de energía agotados. El alcohol que había consumido en las últimas horas no ayudaba en absoluto.

Sus ojos estaban desorbitados por el miedo, pero aún mostraban la turbia nebulosidad del alcoholismo. Y para alguien de su edad, alguien cuyo cuerpo no había desarrollado la tolerancia necesaria para soportarlo, él suponía que permanecería así durante las próximas horas. En un estado de trance, sometida.

Perfecto.

Ella había hecho la mitad del trabajo por él.

Mientras avanzaba, emergiendo de la oscuridad de la habitación, sonrió detrás de la malla que cubría su rostro y se acercó a ella. En cuanto sintió su toque en la frente, las sacudidas se intensificaron. Todo su cuerpo esta vez, incluidos sus pechos.

Los admiró por un momento, y luego continuó.

Esto no tenía nada que ver con lo sexual. Nunca lo había sido y nunca lo sería. Solo le había quitado la ropa porque era necesario. Porque quería ver cómo reaccionaban *ellos*. Habría hecho lo mismo con Lily Monteith; colocarla en el suelo y tomarse su tiempo con el látex, cubriendo su cuerpo con la pasta que había comprado específicamente para ella. Pero el guante había funcionado mucho más rápido de lo que había previsto, por lo que se había visto obligado a acortar la velada juntos.

Esta noche sería diferente.

Esta noche tendría tiempo para saborearlo, para observar los acontecimientos desarrollarse frente a él.

Para perfeccionar el proceso.

—Shh —dijo mientras le acariciaba lentamente el cabello. La textura se sentía desconectada, distante bajo sus dedos.

Aunque el traje era para su propia protección, odiaba admitir que estaba arruinando toda la experiencia. Particularmente la malla de red frente a su rostro que le impedía examinar el cuerpo de ella con tanto detalle como le hubiera gustado.

El traje en sí era ejemplar. Procedente de un proveedor de confianza en Brasil. Elastizado en pies, manos y cintura. Fabricado con el algodón poli más grueso del mercado. E incluso tenía bolsillos en los muslos, por si los necesitaba.

Continuó acariciándole el cabello por un momento, esperando que eso la calmara. Pero no estaba teniendo el efecto deseado. En cambio, ella seguía tensando sus músculos y empeorando las abrasiones que se formaban alrededor de sus muñecas y tobillos. Quizás pensaba que algo sexual le iba a suceder. Quizás creía que el traje era parte de su fetiche. ¿Pero cómo podría decirle que la realidad iba a ser mucho peor sin arruinar la sorpresa?

—Shh —continuó. Todavía con poco efecto.

No podía prometerle que todo estaría bien, porque no lo estaría. Y no tenía la costumbre de mentir o dar falsas esperanzas. Le gustaba decir las cosas como eran.

Con la obvia excepción de mantener *esto* en secreto y no decir absolutamente nada a nadie.

Al darse cuenta de que no había nada más que pudiera decir o hacer (ya le estaba costando apartar la mirada del cuerpo delgado, esbelto y menor de edad de Fern), decidió que era hora de comenzar.

Le dio una última caricia a su cabello, luego se volvió y se dirigió hacia la salida. Regresó unos momentos después, con un objeto en la mano.

Al principio, Fern no pareció reconocerlo. Pero cuando la intensidad del sonido aumentó, estiró el cuello y sus ojos se agrandaron, sus pupilas se enfocaron y casi al instante fue como si estuviera sobria de nuevo, con el alcohol súbitamente drenado de su sistema.

Ella sabía exactamente lo que se avecinaba.

Él sabía exactamente lo que se avecinaba.

Lo que significaba que era hora de comenzar la siguiente etapa en el proceso para librar al mundo de aquellos más débiles que él, más débiles que la población general.

Una alergia a la vez.

CAPÍTULO
DIECISIETE

Tomek bostezó mientras daba la vuelta a los huevos fritos. Necesitaba cocinarlos completamente, según había dicho Kasia. Esa había sido una condición la primera vez que preparó el desayuno para ella. Nada de esas partes blandas y crudas en la superficie que parecían agua. Sus huevos debían estar cocinados casi hasta el borde de la extinción. Lo mismo aplicaba para su tostada y el tocino, negros por todos lados.

—¿Qué clases tienes hoy? —preguntó cuando ella entró en la cocina, con el uniforme escolar completamente desarreglado.

—Nada emocionante —dijo ella—. Matemáticas. Historia. Educación física. Inglés. Y doble de ciencias.

—¿*Doble* de ciencias? —preguntó Tomek. No podía imaginar nada peor.

—Sí —respondió ella—. Doble de clase. Doble de aburrimiento. Pero basta de hablar de mí. Quiero saber cómo te fue anoche.

Tomek dio la vuelta a los huevos otra vez, haciendo una mueca al ver la yema amarilla que ahora parecía una pelota de goma esponjosa.

—¿Que cómo "me fue"?

—Sí. ¿Ligaste?

Tomek se rio. Decidió seguir con la farsa.

—No es asunto tuyo.

—Entonces eso es un sí.

—No, no lo es. Es un "no tiene nada que ver contigo, así que no metas las narices" no es asunto tuyo.

—¿Se veía guapa?

Tomek no había pensado en ello. De hecho, no podía recordar qué llevaba puesto.

—Eh, sí. Se veía bien.

—¿Qué llevaba puesto?

Y entonces recordó. Unos jeans blancos, recién lavados y posiblemente planchados. Unos zapatos náuticos blancos que habían perdido un poco de color. Una chaqueta negra sobre una camisa tejida gris. Evidentemente ella se había esforzado y él había estado completamente ajeno a ello.

—Parece que se arregló bastante.

—Sí. Gracias, casamentera.

—¿Cuándo la vas a volver a ver?

—¿En un contexto profesional?

—Eso no es lo que pregunté —respondió Kasia, mirándolo severamente—. Y lo sabes.

—No se te escapa nada.

Tomek terminó con los huevos y puso el desayuno en la mesa. Kasia se sentó emocionada en la silla.

—¿La conozco?

—No.

—¿Puedo conocerla?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es una colega. Y no hay nada entre nosotros.

—¿Y qué hay de Saskia? —preguntó Kasia—. ¿Sabe Saskia sobre Abigail?

—¿Cómo dem... —comenzó, pero se contuvo. Levantó una ceja —. ¿Cómo sabes su nombre?

Kasia pareció encogerse en su asiento y se ocupó con su desayuno, comiéndolo rápidamente para no tener que responder a la pregunta.

—Tengo mis métodos —dijo con cautela.

—Pues déjalos. No hay nada entre Saskia ni Abigail. Ni quiero que lo haya.

—¿Por qué no? —El tono de su voz cambió de ansiosa y molesta a pensativa, mostrando una genuina preocupación.

—Bueno...

Cuidado aquí, Tomek.

—Porque tengo que cuidar de ti, ¿no? Y tengo trabajo. Ambas cosas ocupan...

—No dejes que *yo* me interponga en tu vida amorosa —le dijo mientras terminaba lo último de su desayuno—. No si eso va a impedir que seas feliz.

—No lo harás. Tú no. Yo...

—Quiero que seas feliz —dijo ella sinceramente.

—Y yo quiero que tú también seas feliz —respondió él del mismo modo.

—Genial. Entonces, ¿está bien si Billy viene después de clase algún día?

Y ahí estaba. El motivo ulterior. La razón por la que había querido entrometerse e interferir en su vida privada. La razón por la que había querido animarlo y hacerlo incapaz de retractarse de sus propias palabras.

Lo había engañado.

O eso pensaba ella.

—He estado pensando en eso —comenzó él—. Me gustaría conocer a Billy. Quizás los tres podríamos salir a cenar para que yo pudiera conocerlo un poco mejor.

—Yo... eh... —El color desapareció de su rostro—. Quiero decir... puedo preguntarle. Pero no creo que se sintiera cómodo con eso.

Por supuesto que no. El chico era un bromista en clase, pero un ratón fuera de ella.

—¿Entonces puede venir después de clase alguna tarde? —insistió ella cuando él no dijo nada.

Dudó antes de responder. La palabra que le llenaba de miedo vino a su mente.

Situationship.

Con sus cinco sílabas.

—¿Qué harán ustedes dos si él viene? —preguntó Tomek. Colocó sus manos en el respaldo de la silla del comedor mientras esperaba una respuesta.

Kasia había apartado el plato y estaba preparando su mochila escolar para el día. Una lonchera, su agenda diaria, cuadernos y una botella de agua fueron a parar al compartimento central.

—No es asunto tuyo —respondió finalmente.

Tomek sabía que estaba tratando de ser lista, tratando de jugar con sus propias reglas, pero lamentablemente para ella, acababa de decir lo peor posible, y no se había dado cuenta.

Si-tu-a-tion-ship.

—A veces eres demasiado lista para tu propio bien —dijo él—, pero ahora que has dicho eso, no hay manera de que pueda dejar que venga. Al menos no sin supervisión adulta.

El rostro de Kasia se arrugó en una bola de furia, como si acabara de confiscarle el teléfono, o algo igual de amenazante para la vida de una chica de trece años. Pero antes de que pudiera responder, sonó el teléfono de él, vibrando contra su pierna.

De manera extraña, y también triste, sabía de qué se trataría la llamada.

La intuición, las pequeñas alarmas, ya estaban sonando dentro de su cabeza.

Mientras escuchaba al DC Oscar Perez explicarle que se había encontrado el cuerpo de otra adolescente, supo que su próxima conversación con la Agencia Nacional contra el Crimen iría mucho mejor que la anterior.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

La escena del crimen era totalmente opuesta a la de Lily Monteith.

El cuerpo había sido abandonado, semidesnudo, sin dignidad y expuesto a los elementos y a las miradas poco envidiables de sus colegas y los profesionales que trabajaban alrededor de ella. Al no llevar ropa, excepto la ropa interior que se había puesto antes de morir, tampoco había bolso ni forma de identificación.

La manera en que había sido desechada también era diferente. Esta vez la habían arrojado sobre la hierba en medio del parque Belfairs, cerca de Leigh-on-Sea, con ira, con frustración. Tirada al suelo como una bolsa vacía de patatas fritas. Sus brazos estaban destrozados y desfigurados, colocados en ángulos incómodos y antinaturales; sus piernas habían quedado en la misma posición.

Pero eso no impedía que vieran sus heridas.

Oh, no.

Esas habían quedado a la vista para que el mundo entero las viera.

Los pequeños agujeros sobre su cuerpo. Las ronchas enormes en su piel, elevadas como pequeños volcanes. La cantidad de ellas en su cara y pecho. Las colmenas en los labios y mejillas. Los aguijones que aún sobresalían de los puntos del ataque.

—*Jezus Maria* —dijo Tomek mientras se acercaba al cuerpo—. ¿Cuántas hay?

—Una habría sido suficiente para matarla —respondió Lorna, de pie con las manos en los bolsillos de su traje forense—. Suponiendo

que esto esté relacionado con *su* asesino.

Como si fueran amigos que mantuvieran contacto regular entre sí.

Acompañando a Tomek, sin embargo, estaban sus amigos *de verdad*. El sargento detective Campbell y el agente detective Chey Carter, el miembro más joven del equipo.

Tomek intentó contar el número de puntos rojos en el cuerpo de la chica. —Hay al menos cincuenta picaduras. Y eso solo en un lado.

—Así que al menos cincuenta abejas —añadió Sean.

—Sí. Buen comienzo. —Sus ojos recorrieron la ropa interior de la chica, en el área de carne cerca de su muslo interno—. Parece que esa todavía sigue clavada en ella.

La diminuta bola negra y amarilla se inclinaba hacia un lado, balanceándose suavemente con el viento. Era un milagro que hubiera sobrevivido tanto tiempo. Tomek se agachó para verla más de cerca.

—¡Cuidado! —gritó Chey, poniendo una mano frente a la cara de Tomek—. ¡No la toques, si no, podría convertirse en una abeja-zombi!

Por un momento, Tomek no dijo nada. No porque no supiera qué decir (conocía exactamente las palabras que saldrían de su boca mucho antes de que Chey las oyera), sino porque estaba tan sorprendido por el comentario que su cerebro tardó unos segundos en determinar si el agente realmente lo había dicho.

Finalmente, Tomek se dio la vuelta para enfrentar al joven detective y lo miró con el ceño fruncido, con amenaza en su rostro. —Eres una puta vergüenza, tío. Deberías estar avergonzado. Ten un poco de respeto, joder.

La inexcusabilidad de su comentario se hizo evidente rápidamente en la cara de Chey, quien se disculpó profusamente. Tomek lo aceptó y luego lo dio la bienvenida a lo que él llamaba El Equipo de Castigo: una pequeña unidad que actualmente consistía solo en Chey, quien ahora haría todas las horas largas, las horas extras y las tareas aburridas y monótonas que nadie más quería hacer. Si alguien en el equipo necesitaba a alguien para buscar algo de las pruebas, Chey era el hombre. Si necesitaban a alguien para

asistir a una autopsia en su nombre, Chey sería el primer nombre en la mente de todos.

Tomek no quería liderar con puño de hierro, pero era necesario. Había un momento y un lugar para comentarios como ese, y mirar directamente al cuerpo que solo llevaba frío unas pocas horas ciertamente no era ni el momento ni el lugar.

—Te has pasado, tío —dijo Sean, sacudiendo la cabeza mientras Chey se encogía detrás de ambos en un intento de mantenerse fuera de la vista—. Te has pasado.

—Como si tú no hubieras dicho cosas peores —susurró Chey para sí mismo.

Tomek escuchó cada última palabra. También lo vio. La niebla en su aliento era el mayor delator. —Oh, ya hemos pasado por eso —respondió—. Pero hemos aprendido cuándo y dónde. Es lo mismo para ti. Rito de iniciación.

—De cualquier manera, sigo pensando que lo que dijo es asqueroso.

Los tres hombres se giraron para ver la última niebla saliendo de la boca de Lorna.

—Bueno, en nombre del joven señor Carter aquí presente —comenzó Tomek—, me disculpo.

—Solo es asqueroso porque no se me ocurrió primero.

Oh, genial, pensó Tomek. *Dos comediantes inapropiados en el equipo*.

Si sumaba ese número a él mismo y a Sean, ya estaban muy por encima de su límite preferido.

Volviendo sus pensamientos al asunto en cuestión, Tomek señaló la abeja que sobresalía del muslo de la chica. A Chey le ordenó: —Busca un SOCO. Haz que retire el insecto *con cuidado* y lo añada a la lista de pruebas. Después de eso, quiero que averigües qué tipo de abeja es y de dónde vino.

Chey abrió la boca para hablar, pero Tomek inmediatamente lo interrumpió.

—Ni se te ocurra decir que vino de una colmena, o te echaré a patadas del equipo.

Chey abandonó la conversación con una sonrisa irónica en su rostro.

—Los jóvenes de hoy en día —dijo Sean, poniendo los ojos en blanco con efecto sarcástico.

—Pequeños sinvergüenzas, ¿verdad? *Gówniaki* les llamamos en mi país. Se traduce más o menos como *mierdecillas*. Pero Chey es uno de los buenos, aunque todavía no sepa comportarse adecuadamente.

—Es como un perro sin entrenar. Meando y cagando por todas partes.

Tomek miró a su amigo, con sus casi dos metros de altura, y le dio una palmada juguetona en la espalda. —Ya tengo una cosa que mea y caga en casa. No es pequeña, eso sí, y está bien adiestrada, pero sigue meando y cagando. ¿No querrás tomar a ese bajo tu ala? —Tomek asintió en dirección a Chey. El joven se dirigía nerviosamente a una figura sin rostro con un traje blanco forense.

La cara de Sean se contrajo cuando una ráfaga de viento trajo consigo las palabras de Lorna.

—¿Qué coño os pasa? —preguntó—. Pensaba que *yo* era la rara. Pero vosotros sois otra cosa. Es un puto milagro que consigáis hacer algo de trabajo.

—Es un milagro que consigamos hacer *cualquier cosa* —respondió Sean. El viento había empezado a aumentar y agitaba los lados de su traje forense contra su cara.

Mientras lo decía, una hoja suelta le golpeó en la mejilla. Tomek estaba a punto de reírse cuando vio un montón de hojas, empapadas y del color del óxido, precipitándose hacia ellos. Su primer pensamiento fue proteger el cuerpo. Pero el equipo de SOCO estaba en medio de la recuperación de la tienda de campaña de su furgoneta y estaban luchando contra el viento también. Tomek se agachó junto a la chica y comenzó a quitar las hojas y otros desechos que habían caído sobre ella en el asalto.

Afortunadamente, solo había un puñado, y solo unas pocas habían aterrizado en alguna de las numerosas picaduras de abeja que marcaban su cuerpo.

—Necesitamos cubrirla lo antes posible —señaló sin dirigirse a nadie en particular.

—Están trabajando en ello —dijo Chey mientras regresaba.

Con él venía una Oficial de Escenas del Crimen con una bolsa de plástico en la mano. Se inclinó, sacó un tubo fino de plástico de dentro de la bolsa y lo presionó contra el muslo de la chica. Luego, con delicada precisión, extrajo la abeja de la herida con unas pinzas y la dejó caer en el tubo.

Tomek le dio las gracias. Ella lo ignoró y le comunicó a Chey que alguien del equipo se pondría en contacto con el oficial de pruebas respecto al número de la evidencia. Y con eso, se marchó.

—¿La conoces? —preguntó Tomek.

—¿A quién?

—A ella.

—¿A quién?

—¿Eres un puto búho? A la joven que acaba de venir y que piensa que tienes más rango que yo.

—Ah, *ella*. —Las mejillas de Chey se pusieron rojas. O era el frío que de repente afectaba el flujo sanguíneo a su cara, o acababa de ser pillado y lo sabía—. Nooooo... nunca la había visto en mi vida.

Tomek cruzó los brazos sobre el pecho. —Por supuesto que no.

—¿Es una de esas situacioncitas? —Sean le preguntó a Chey, mirando directamente a Tomek.

—Que te jodan —respondió—. Dejemos toda esta conversación y sigamos adelante. Lo primero que quiero saber es quién es esta chica. Luego quiero saber qué hacía aquí, dónde había estado, con quién estaba y qué le pasó. Después voy a enviar a Chey a la autopsia e identificación de la víctima. Y, Sean, si quieres acompañarlo, sigue haciendo comentarios tontos sobre la vida social de mi hija de trece años.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Cuando regresaron a la oficina, Rachel ya había terminado de preparar la sala de incidentes graves, y todos los miembros del equipo estaban comenzando a entrar. De pie juntos a la cabecera de la sala, como si fueran dos generales a punto de dar un mensaje final antes de enviar las tropas a la guerra, estaban la DCI Cleaves y el DI Orange, con los brazos a la espalda y la columna recta. Tomek se acercó a ellos.

—¿De qué va todo esto? —preguntó—. Parecen Thelma y Louise ahí parados.

Nick bajó la voz y habló sin rodeos. —He transferido el caso al ámbito de Victoria. Ella está a cargo ahora.

Las palabras se sintieron como una bofetada en la cara, un puñetazo en el estómago y una patada en los huevos. Todo a la vez. Victoria. Al mando. Nick había faltado a su palabra y había quitado a Tomek del caso. Ya no era suyo para gestionarlo, para supervisarlo, para demostrarse a sí mismo.

—Dada la complejidad del caso —continuó Nick—, quería que alguien con un poco más de experiencia se encargara a partir de ahora.

Tomek no podía concentrarse en nada más, ni en el parloteo a sus espaldas, ni en el sonido de los pies arrastrándose por la alfombra, ni en el ruido de la puerta al cerrarse. Todo en lo que podía concentrarse era en la elección de palabras de Nick.

Alguien con un poco más de experiencia.

Poco siendo la palabra operativa. Victoria había acelerado su camino hasta el nivel de inspector, lo que no siempre significaba que tuviera la experiencia correspondiente. Como Nick acababa de demostrar.

Alguien con un poco más de experiencia.

Tomek reprimió la rabia que comenzaba a arder dentro de él. No tenía nada que decir.

—No es nada personal, Tomek. Solo quiero controlar esto antes de que las cosas se salgan demasiado de control. He convocado una rueda de prensa para esta tarde. Quiero saber dónde estamos para entonces.

Eso explicaba por qué había visto a un puñado de figuras encapuchadas bajo paraguas fuera de la entrada principal de la comisaría. Como miembros del personal, normalmente utilizaban la entrada trasera ya que era más tranquila y llamaba menos la atención. Y era menos probable que fueran abordados por un periodista desesperado en busca de declaraciones.

—Genial —dijo Tomek, esperando que el sabor amargo en su voz fuera evidente.

—Como he dicho. Nada personal.

—¿Me necesitan para algo ahora mismo? Tengo una llamada que hacer.

Nick y Victoria se miraron entre sí. Nick suspiró mientras respondía. —En realidad, te necesitamos aquí.

—¿Por qué?

—Bueno, porque has sido tú quien ha llevado esta investigación hasta ahora. Eres quien sabe todo lo que hay que saber.

—Interesante.

Nick suspiró de nuevo. Esta vez más profundo, más largo. —No hagas esto más difícil de lo que es. Y no lo conviertas todo en algo personal.

—No lo hago.

—Sí lo haces. Desde mi punto de vista, ahora mismo te estás comportando como un niño petulante. ¿Con quién necesitas hablar?

—Con la Agencia Nacional contra el Crimen. Pensé que quizás les gustaría saber sobre nuestra Jane Doe.

—¿Puedes llamarlos después?

Se encogió de hombros. —Quizás.

—Bueno, ¿cuánto tiempo va a tomar?

Mucho menos si dejas de hablarme y me dejas ir ahora.

Otro encogimiento de hombros. —Lo que tenga que tomar.

—Bien. Haz la llamada. Pero vuelve.

Como si fuera a ir a algún otro lugar.

La llamada a la NCA había ido mejor de lo que esperaba. Le había explicado a su contacto, Naomi Mackenzie, que se había encontrado un cuarto cuerpo. Y cuando ella preguntó de dónde había salido el tercer cuerpo, Tomek le describió los acontecimientos en torno a la muerte de Diana Greenock en Manchester y el vínculo entre ella y Mandy Butler; el vínculo leve pero significativo que se volvía más sostenible a medida que pasaban los días. Después de escuchar eso, Naomi le aconsejó que ella y su equipo investigarían los detalles del caso. Todo lo que tenía que hacer era enviar la información y esperar su llamada.

No fue un no rotundo. Era una consideración. Una mejora bienvenida.

Lamentablemente, no podía decirse lo mismo de su humor. Seguía furioso cuando regresó a la sala de incidentes. Lo que más le molestaba no era el hecho de que lo hubieran reemplazado por alguien apenas superior con una cantidad marginalmente mayor de experiencia; era el hecho de que Nick no confiaba lo suficiente en él para hacer el trabajo por sí mismo. Tomek quería pensar que se había demostrado hasta ese momento, que había descubierto dos víctimas potenciales más, que había hecho la conexión inicial, con la ayuda de la minuciosidad y el análisis de Martin, entre Lily Monteith y Mandy Butler. Sin su intuición, no habría rueda de prensa, no habría un asesino en serie y no habría justicia para Diana Greenock y Mandy Butler.

Entonces, ¿por qué el cambio repentino de liderazgo?

Sabía que se volvería loco pensando en ello, así que decidió pensar en otra cosa. Canalizar su agresión en una dirección diferente. En cambio, eligió pensar en los próximos pasos, los próximos pasos que *él* tomaría para encontrar al asesino.

Pero antes de que pudiera pensarlo adecuadamente, fue llamado por Nick y Victoria a la cabecera de la sala para explicar todo lo que sabía. Mientras estaba allí, mirando los rostros ansiosos de sus colegas, relegó a Victoria y Nick al fondo de su mente, imaginó que no estaban allí, y tomó una instantánea de su equipo cuando parecían más frescos, porque sabía que en unas semanas, esos ojos salvajes y emocionados se volverían cansados y agotados, exhaustos por todas las noches tardías y las horas extra, tiempo que pasarían lejos de sus familias durante el período festivo. Esta sería la última vez que se verían así, y quería asegurarse de que durara el mayor tiempo posible.

—Hace cinco años —comenzó Tomek, dirigiendo su atención a la pizarra. La limpió con el puño de su manga y dividió la pizarra en cuatro secciones. En la parte superior de cada sección estaban los nombres de las cuatro víctimas en orden cronológico. Diana Greenock, Mandy Butler, Lily Monteith y ahora su última víctima no identificada, su Jane Doe—. Hace cinco años —comenzó de nuevo Tomek, garabateando mientras hablaba—, Diana Greenock, de veintiocho años, fue encontrada muerta dentro de su apartamento en la planta baja en Manchester. Era gravemente alérgica a los gatos y al pelo de gato y tenía asma para empeorar las cosas. Fue descubierta por una amiga que había ido a visitarla después de que no se presentara al trabajo. La amiga llamó rápidamente, pero cuando intentó reanimarla, ya se había ido. Los resultados de la autopsia indican que murió a causa de un ataque de asma *provocado* por el gato que se encontró en su habitación.

Tomek señaló el nombre de Mandy Butler y comenzó a escribir los detalles de su muerte debajo.

—Hace dos años, es decir, con una brecha de tres años entre las muertes de Diana y Mandy, Mandy Butler, de diecisiete años, fue asesinada en un concierto en el Cliffs Pavilion. Sospecha de sobredosis de drogas. Durante el concierto, un hombre que supuestamente conocía a Mandy se acercó a ella y a su amiga y les ofreció drogas. Mandy aceptó la oferta, posteriormente tomó las drogas y luego murió como resultado. Las drogas en cuestión eran éxtasis, pero resultaron estar mezcladas con grandes cantidades de

ibuprofeno y paracetamol, químicos a los que Mandy era alérgica. Murió en la pista de baile, rodeada de cientos de personas, y fue pisoteada. La autopsia determinó que la causa de la muerte fue el éxtasis, pero sus padres pensaron diferente. Y yo también.

Tomek arrastró sus dedos hacia el tercer nombre de la lista.

—Lily Monteith. Murió hace solo unos días. Encontrada en John Burrows Park temprano en la mañana, completamente vestida y sin ninguna indicación de lo que le había pasado. Resulta que, según la autopsia, le habían metido un condón y un guante de látex en la garganta. Látex, una sustancia a la que era fatalmente alérgica.

—Luego tenemos aquí a nuestra Jane Doe, nuestra última víctima. Encontrada medio desnuda en Belfairs Park, cubierta con casi un centenar de lo que parecen ser picaduras de abeja. No tenemos nombre para esta pobre chica, ya que no se dejó ninguna identificación en la escena.

Tomek terminó de garabatear en la pizarra y se volvió para dirigirse al equipo: *su* equipo.

—Lo que parece que tenemos son cuatro muertes aparentemente aleatorias y sin relación. Excepto por una cosa, una cosa que todas compartían en común. Una debilidad que ha sido explotada y abusada por un asesino malicioso y malvado. Sus alergias. —Tomek hizo una pausa un momento para dejar que la información calara y para recuperar el aliento. Miró hacia la pared de rostros estudiosos y atentos. Era evidente que todos estaban cautivados e intrigados, que todos parecían pensar que esta era su investigación—. Por lo que he podido averiguar, ninguna de las víctimas se conocía entre sí. Sin embargo, eso puede cambiar durante nuestras investigaciones colectivas. Sin embargo, hay algo que vincula a nuestras dos primeras víctimas. —Tomek agitó el rotulador entre Diana Greenock y Mandy Butler—. Manchester... Diana Greenock vivía y murió en Manchester, y en algún momento Mandy Butler también vivió allí, antes de mudarse a Essex con su familia hace poco más de tres años. Eso significa que había estado viviendo en la zona durante más de un año antes de que la mataran. Y, es mi sospecha que nuestro asesino parece haberla seguido hasta aquí. Hablé con su amiga ayer por la mañana, y ella confirmó que el

hombre que le vendió drogas conocía a Mandy de su época en Manchester.

—También es mi sospecha que estamos buscando a alguien que las conocía a todas. Alguien que se habría tomado el tiempo para conocer a las chicas antes de matarlas y para averiguar cuáles eran sus *debilidades* antes de encontrar una manera de explotarlas. Habría necesitado tiempo para preparar y planificar lo que les pasó. El primer asesinato ocurrió hace cinco años, y la brecha entre el asesinato de Diana Greenock y el de Mandy Butler es de tres años. La brecha entre el de Mandy Butler y el de Lily Monteith es de dos años. Y ahora la distancia entre el de Lily Monteith y nuestra Jane Doe es cuestión de días. Pueden ver a dónde voy con esto. El tiempo entre asesinatos se está acortando rápidamente, lo que me preocupa ya que puede haber más por venir. Y necesitamos asegurarnos de poder encontrarlo antes de encontrar nuestro próximo cuerpo.

Tomek hizo una pausa nuevamente para abrir el turno a cualquier pregunta. Llegaron rápidas y abundantes: "¿Qué edad tenían el resto de las chicas?", "¿Hubo alguna evidencia de agresión sexual?", "¿Por qué una de ellas estaba medio desnuda y las otras no?", pero antes de que pudiera responderlas, Victoria intervino y lo llevó a un lado.

—Gracias por eso, Tomek —dijo, sonriéndole con falsedad—. Yo puedo continuar desde aquí.

—¿Disculpa?

Las preguntas se detuvieron y el silencio cayó sobre la sala.

—Gracias por esa explicación, pero yo puedo continuar desde aquí. —Dirigió su atención a la audiencia antes de darle la oportunidad de responder—. Todas estas son preguntas para las que necesitamos encontrar respuestas. Como dijo Tomek, estamos buscando a alguien que potencialmente está cerca de las chicas, o alguien que tiene acceso a ellas. Alguien en sus vidas que todas comparten. Necesitamos encontrar a esa persona.

Sin darse cuenta, Tomek se movió hacia un lado de la sala, como si estuviera siendo movido por una fuerza imparable. Hasta que finalmente encontró un asiento libre en las afueras del grupo. Se

desplomó en la silla y escuchó las palabras que salían de la boca de Victoria. Tenía poca intención de hacer lo que ella le pedía. En su mente, esta era su investigación, su plan, y la estrategia dentro de su cabeza era la correcta.

A la cabeza de la sala, Victoria se volvió hacia la pizarra y dibujó una línea horizontal a través de los cuatro nombres, dividiendo la tabla en dos. Luego, en letras gigantes, escribió "Próximos Pasos" sin mostrar cuidado por cruzar las líneas verticales. Dentro de cada columna, comenzó a escribir los próximos pasos para cada víctima y empezó a asignar tareas y roles a cada miembro del equipo.

—La mejor manera de combatir esto es si dividimos y conquistamos —comenzó, garabateando mientras lo hacía—. Nadia y Sean, quiero que ambos averigüen quién vivía en el bloque de apartamentos con Diana Greenock. Trabajen estrechamente con Chey y Martin, quienes investigarán la muerte de Mandy Butler. Necesito que encuentren un vínculo entre las dos. Anna y Oscar investigarán los eventos que rodean la muerte de Lily Monteith, mientras que Tomek y Rachel descubrirán la identidad de nuestra Jane Doe.

Tomek sintió que la cabeza de Rachel se giraba hacia él en un gesto de unidad, pero la ignoró y continuó mirando a Victoria escribiendo en la pizarra, todavía enfurecido porque no era él quien estaba allí.

—En las próximas horas tenemos programada una rueda de prensa —dijo Nick, avanzando al frente de la sala. En los últimos minutos, su cuerpo se había tensado; sus hombros estaban echados hacia atrás, sus muñecas flexionadas y sus puños apretados—. Asistiré solo, sin embargo, si alguien encuentra información, agradecería que alguien más estuviera allí conmigo para susurrarme cualquier cosa al oído. Esa misma persona tendrá que ponerme al tanto de los hechos antes de que yo suba.

La cabeza de Nick se giró automáticamente hacia la DC Anna Kaczmarek, o Triple Palabra, como era conocida cariñosamente. Como oficial de enlace con los medios (además de su papel como oficial de enlace familiar), era su deber preparar la información que se suministraba a los periodistas. Una parte de Tomek había

esperado que Nick lo mirara a él, pero cuando no lo hizo, suspiró aliviado.

Sin embargo, el alivio duró poco.

—Tomek podría hacerlo.

La sugerencia había venido de Victoria. Tan pronto como lo escuchó, apretó la mandíbula y rechinó los dientes.

—Yo... —Nick vaciló.

—Estoy ocupado —respondió Tomek—. Esta ya no es mi investigación. Tengo mis propias tareas que hacer.

—No a menos que yo te lo diga —respondió Nick, más firme esta vez.

Tomek decidió no decir nada más. Podía ver el pequeño agujero que ya había cavado para sí mismo y decidió que no quería hundirse más. Ya había estado allí y hecho eso antes, y tener a Nick sobre él mientras orinaba en el agujero no era algo que quisiera revivir de nuevo.

—Creo que eso es todo por ahora —dijo Nick—. Pueden irse todos.

De inmediato, todos se levantaron de sus sillas y se dirigieron a la salida. Todos excepto Tomek. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de la última persona, Nick colocó sus manos en el respaldo de una silla y suspiró profundamente. Su marca registrada.

—¿Quieres cortar esta mierda infantil?

—¿Qué mierda infantil?

—*Esa*. Esa mierda inmadura donde finges estar enojado.

—Pero *estoy* enojado.

Nick suspiró de nuevo. Con cada uno se volvían progresivamente más fuertes y largos.

—¿Entiendes por qué tuve que cambiar el liderazgo, verdad?

—Para guardar las apariencias.

—¿Qué dices?

—Porque te sientes culpable por la forma en que manejaste la investigación de Mandy Butler y no quieres que se vea como si cometieras el mismo error al tener a un sargento como investigador principal.

Esta vez no hubo suspiro. Solo una inhalación larga y continua que mantuvo ahí por mucho tiempo. Por un momento Tomek se preguntó si todavía estaba respirando.

—Será mejor que cuides tu puto tono, Tomek. De lo contrario, te sacaré de este equipo y de esta maldita investigación.

Tomek sonrió con suficiencia y puso su mano en la puerta. —Ya has hecho una promesa que no pudiste cumplir, jefe. Así que creo que me arriesgaré.

CAPÍTULO
VEINTE

Lo bueno de su relación casi paterno-filial con Nasty Nick era que podían pelearse y discutir todo lo que quisieran, pero siempre hacían las paces poco después. Quedaba muy poco resentimiento entre ellos al final de cada desacuerdo, por lo general. Tomek había estado presionando los botones proverbiales de Nick desde que tenía memoria, y nada había surgido entre ellos que pareciera que eso fuera a cambiar. Excepto ahora. Mientras Tomek abandonaba la sala de incidencias, tuvo la sensación de que su relación podría tardar algún tiempo en sanar tras su enfrentamiento. Que los comentarios de Tomek habían sido inadecuados. Que habían sido un ataque personal contra Nick y su capacidad para liderar y cumplir con sus deberes como inspector jefe. Eso era correcto, por supuesto, pero Tomek era tan terco y cabrón como Nick, así que pasaría algún tiempo antes de que se disculpara por sus comentarios. Igualmente, esperaba una disculpa por haberle prometido el rol de oficial investigador principal y luego haberle quitado ese papel de debajo de los pies. Y si esa disculpa no llegaba, entonces no sabía hacia dónde iría su relación a partir de ahí.

—¿Estás bien, sargento? —preguntó Rachel.

—Nunca mejor —mintió.

—Bueno, ¿quieres arrancar el coche? Es solo que me estoy congelando y me vendría bien la calefacción.

Tomek no se había dado cuenta, pero llevaba al menos un minuto sentado en el coche sin haber hecho nada.

El coche tardó unos minutos en calentarse y en que dejaran de temblar. El trayecto hasta la casa de Fern Clements estaba a poco más de veinte minutos en Hockley.

Poco después de que Nick diera por finalizada la reunión, había llegado una llamada a la oficina desde la centralita notificándoles de una persona desaparecida que coincidía con la descripción de su Jane Doe. Ahora iban camino a la casa de los Clements para confirmar la identidad de la chica.

—¿Y si es ella? —preguntó Rachel mientras Tomek conducía por la carretera principal.

—Entonces es lamentable, pero nos ahorrará mucho trabajo —respondió—. Pero de cualquier manera, una familia está a punto de quedar destrozada.

—¿Tienes la imagen?

La tenía. Pero deseaba no tenerla. La imagen que habían tomado del rostro de la Jane Doe. El lado que tenía el menor número de ronchas. El lado que causaría la menor cantidad de angustia a su familia.

El lado que, como resultó, confirmaba sus sospechas.

Kelly Clements solo había podido mirar la imagen durante unos segundos antes de asentir con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. Luego desapareció en el baño, dejando a su marido Ralph solo para asimilar la información de que su hija estaba muerta. Los dos vivían en una bonita casa independiente de cuatro dormitorios, con techos altos y habitaciones espaciosas. La vista desde las puertas del patio en la parte trasera de la sala de estar daba a un jardín perfectamente cuidado que parecía brillar a pesar de la tristeza del clima invernal exterior. Una casa que acababa de volverse mucho más silenciosa, mucho más vacía.

Tomek esperó pacientemente a que Kelly regresara. Lo hizo un minuto después, armada con un puñado de pañuelos en los brazos, algunos desbordándose por debajo de sus axilas.

—Y... ¿y están seguros de que se ha ido? —preguntó Kelly al sentarse—. ¿Están seguros de que es ella?

Tomek admiraba el ardiente deseo de Kelly de aferrarse a imposibilidades. Que la chica de la foto no era su hija, no podía

serlo. Que la chica de la foto solo estaba jugando con ellos, que las picaduras de abeja no le habían quitado la vida. Cristo, él sabía que se habría comportado igual si hubiera estado en su lugar.

—Su hija fue encontrada esta mañana en el Parque Belfairs. Esta foto solo muestra su cabeza, sin embargo, el resto de su cuerpo está cubierto con las mismas lesiones —explicó Tomek.

—Sospechamos que son picaduras de abeja —continuó Rachel. Su voz era mucho más suave y gentil que la de él y provocó una reacción más calmada de los padres de Fern Clements—. ¿Acaso su hija era alérgica a ellas?

Con ojos desorbitados, Kelly y Ralph Clements asintieron lentamente.

—Pero —comenzó Ralph pero se ahogó con el nudo en su garganta—. ¿Por qué alguien le haría esto? ¿*Quién* le haría esto?

—Eso es lo que pretendemos averiguar —continuó Rachel. Tomek estaba más que feliz de que ella tomara el control en esta ocasión, y él intervendría solo cuando fuera necesario. *Si* era necesario—. Antes de pasar a las preguntas sobre los eventos relacionados con la muerte de su hija, creemos que es pertinente informarles que, en las próximas horas, nuestro jefe, el Inspector Jefe de Detectives Nick Cleaves, aparecerá en televisión con respecto a la muerte de su hija. Ahora bien, en este momento no será nombrada, ya que no esperábamos descubrir su identidad tan pronto, pero podemos cambiar eso si lo desean. La única razón por la que daremos información y pediremos testimonios es porque creemos que el asesinato de Fern está conectado con otros tres asesinatos. Ahora, no podemos entrar en demasiados detalles, pero podemos compartir todo lo que estará en la rueda de prensa. ¿Tienen alguna pregunta sobre lo que acabo de decir? Aprecio que es mucho para asimilar, y es mucha información para procesar, así que tómense su tiempo.

No tenían preguntas. Pero Tomek sí: enséñame, Rachel. En todos sus años, esa era quizás la forma más elocuente y reconfortante en que había presenciado un mensaje de muerte. Los suyos solían ser directos, objetivos, casi sin emociones. El de Rachel había sido lo opuesto. No era exactamente ciencia espacial, claro, pero Tomek pensó que podría aprender una cosa o dos de ella, algo que había

descuidado hacer en los cuatro meses que ella había formado parte del equipo desde su traslado desde la Policía Metropolitana.

—Tenemos un oficial de enlace familiar que será su principal punto de contacto —comenzó Rachel, y luego continuó explicando a la familia el papel de Anna, y cómo se convertiría en una especie de tercer miembro. (Aunque omitió mencionar que podría ser una especie de prima lejana, gracias a todas las familias que tenía que añadir a su lista.)

—También me gustaría añadir, antes de continuar, que lamento profundamente su pérdida, y que haremos todo lo posible para descubrir quién le hizo esto a su hija —finalizó.

Un buen toque. Y parecía funcionar también.

—Lo... lo agradecemos, gracias —dijo Ralph, más valiente esta vez—. Creo... siento... me siento confiado y más cómodo sabiendo que ustedes están en el caso, gracias.

Rachel les ofreció un apretón de manos a cada uno y luego centró su atención en los detalles de la vida de su hija.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Quince.

—¿Dónde estaba anoche?

—Bebiendo con algunas amigas —respondió Kelly Clements.

—Estaban teniendo una pequeña fiesta en casa. Solo unas cuantas chicas, nos dijeron.

—¿Puedo obtener el nombre de la chica anfitriona y los nombres de las otras asistentes?

Kelly se los dijo según los recordaba.

—¿Saben cuáles eran sus planes para después de la fiesta? ¿Se suponía que iba a quedarse en casa de una amiga, volver aquí o pasar la noche fuera?

Kelly y Ralph se miraron, como si le pidieran confirmación al otro —. Se suponía que iba a quedarse a pasar la noche. Todas iban a hacerlo. Pero, si la encontraron afuera, debe haber salido de la casa por alguna razón. Tal vez intentó caminar a casa o algo así. Quizás había discutido con algunas de las otras chicas. Nunca me gustó mucho esa chica Kirsty. Pero ¿por qué no nos llamaría si venía de regreso? ¿Por qué no le pidió ayuda a nadie?

Tomek podía ver lo que estaba sucediendo. Kelly estaba al comienzo de una espiral descendente de pensamientos hipotéticos e inútiles, pero antes de que pudiera detenerla, Rachel se le adelantó.

—Haremos todo lo posible por responder a esas preguntas —dijo, levantando una mano y luego bajándola para instruir subconscientemente a Kelly a que se calmara—. Incorporaremos todo eso en nuestras investigaciones, no se preocupen. A continuación, debo preguntar sobre las alergias de Fern. ¿Quién más lo sabía?

—Bueno, estaba su escuela. Todos los profesores debían estar al tanto, y el equipo de cuidados pastorales la atendió un par de veces. Luego están sus amigas, todas lo saben. Es... es gracioso. Siempre nos contaba cómo solían saltar sobre ella para protegerla cada vez que veían una abeja en el patio de recreo o en el campo cercano.

La sonrisa desapareció del rostro de Kelly mientras su cabeza caía en su regazo. Su marido le colocó una mano consoladora en la espalda, pero era demasiado tarde. Ya había vuelto a caer en la espiral, excepto que esta vez no estaba vocalizando nada de ello.

Tomek intervino—. ¿Había, hasta donde sepan, algún chico o chica en la vida de Fern con quien estuviera involucrada románticamente? ¿Estaba en una... una situación con alguno de ellos?

Kelly levantó la cara, con una mirada de confusión grabada en cada poro de su piel.

—¿Situación? —repitió.

—No importa. ¿Estaba involucrada con alguien, románticamente hablando?

Ambos padres se miraron nuevamente, probando para ver en quién podría haber confiado Fern. Luego se volvieron hacia él y negaron con la cabeza. Hasta donde sabían, Fern no tenía ni novio ni novia. Pero como ya había aprendido varias veces hasta ahora durante esta investigación, a veces eran los amigos quienes sabían más sobre las víctimas que sus padres.

Lo que le recordó. Todavía necesitaba contactar con Sylvia y su madre. Más tarde. En otro momento menos inconveniente.

Tomek les agradeció a ambos por su tiempo, les informó que estarían en contacto si necesitaban algo, pero que Anna sería su principal punto de contacto, y luego se marchó, disculpándose y ofreciendo sus condolencias mientras lo hacían. Mientras regresaban al coche, Tomek recibió una notificación de correo electrónico en su teléfono. Intrigado por la vista previa en la pantalla, abrió la aplicación y leyó el resto del mensaje.

—No dejes que vean esa sonrisa en tu cara —dijo Rachel mientras él rodeaba el otro lado del coche—. De lo contrario, pensarán que estás feliz de que su hija esté muerta.

—Qué cosa más rara de decir.

—Entonces, ¿*por qué* estás sonriendo?

—Porque acabo de recibir un correo electrónico de la NCA. Van a unirse a nosotros a partir de ahora con algo de orientación sobre nuestro amigo asesino en serie.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Tomek estaba sentado en la habitación con su persona menos favorita y su nueva persona favorita.

La persona menos favorita era la que pensaba que estaba a cargo de todo, incluyendo esta discusión. Mientras que su nueva persona favorita era quien realmente estaba al mando y quien tomaba el control de la conversación cada vez que su persona menos favorita intentaba apropiársela.

—Soy la experta —replicó Tracy Pickard—. ¿Quieren escuchar lo que tengo que decir o no?

Tomek la había apreciado desde el momento en que cruzó la puerta, y aún más después de ese comentario. Ya había calado a Victoria y era evidente que no era el tipo de mujer que se dejaba pisotear. Era segura, directa y tenía un trabajo que hacer. Y lo iba a hacer independientemente de lo que otros pensaran.

Tracy era una de las psicólogas forenses más confiables y experimentadas de la Agencia Nacional contra el Crimen. Había revisado exhaustivamente las notas del caso que Martin había enviado anteriormente, y había sido su opinión la que convenció a Naomi Mackenzie de dar luz verde al proyecto.

—No. Por supuesto. Por favor, continúe —dijo Victoria, titubeando.

—Genial, gracias. —Tracy se acomodó antes de hablar. Frente a ella, sobre la mesa, tenía su portátil con un bloc de notas al lado. Garabateaba mientras hablaba—. Por lo que he podido revisar,

parece que el asesino es casi con toda seguridad alguien conocido por todas las víctimas. Esto significa que se siente cómodo y confiado alrededor de mujeres, especialmente jóvenes. Pero también es importante recordar que ellas se sienten cómodas con él. Creo que estas personas van voluntariamente con él a estos lugares, sin que haya ningún tipo de coacción. Esto significa que es alguien en quien las víctimas confían, a quien las chicas conocen y respetan. Como resultado, el asesino les resulta amable y cordial. También diría que podría ser ligeramente afeminado, o al menos mostrar signos de ello. En su mayoría, a las chicas de esa edad se les enseña a desconfiar de los hombres mayores, independientemente de su profesión o papel en la sociedad. Ahora bien, es posible que estas chicas sean diferentes y les gusten los hombres mayores, lo que ciertamente encajaría con la teoría de que a él le gusta tener poder sobre ellas, pero hablaremos más de eso después.

—Creo que será ligeramente afeminado, accesible, confiable y quizás alguien que les recuerde un poco a su padre, o a cualquier otro modelo masculino que tengan en sus vidas, en términos de apariencia, forma de vestir y gestos. Sin embargo, con cuatro víctimas diferentes, me imagino que es difícil encontrar a un hombre que coincida con los cuatro padres, más aún cuando uno de ellos ha fallecido tristemente.

—Por otro lado, el individuo podría ser alguien en posición de poder y autoridad. Alguien considerablemente atractivo también. Alguien capaz de desmontar las barreras de sus víctimas y que no teme hablar con ellas dentro o fuera de la escuela. Alguien de quien tal vez hablarían con sus amigos si alguna vez tuvieran un encuentro casual con él. Posiblemente las halaga, pero no de manera vergonzosa. E incluso podría ser alguien de quien sus víctimas no hablan con sus padres o amigos. Si ese es el caso, entonces va a ser bastante manipulador y dominante; sin embargo, sus víctimas son jóvenes e impresionables, por lo que no haría falta mucho para que crean todo lo que les dice.

Tracy extendió la mano por encima del escritorio para alcanzar su botella de agua de plástico. En ella había marcas para diferentes

horas del día que indicaban cuándo necesitaba beber; acababa de llegar a su alarma de agua de las 2 p.m.

—A continuación, debemos considerar las motivaciones del asesino. *Por qué* está matando a estas víctimas a través de sus alergias, y por qué este grupo de edad. Y luego pasaremos al cómo. —Enroscó firmemente el tapón y colocó la botella junto a su portátil —. En primer lugar, yo argumentaría que el grupo de edad de las víctimas se debe principalmente a la accesibilidad y el poder. Puede controlar a una adolescente mucho más fácilmente que a una mujer adulta. Obviamente, hay algunos casos en los que eso podría no ser así, pero nuestro asesino es lo suficientemente inteligente como para saber qué batallas elegir y tomar una decisión. No creo que el sexo de las víctimas tenga nada que ver porque no hay evidencia de agresión sexual. No hay ningún motivador sexual detrás de sus acciones, detrás de sus asesinatos, y no espero que eso cambie en el futuro. Estas son casi sus sujetos de prueba. —Al decirlo, sus ojos se iluminaron, como si acabara de ocurrírsele la idea en ese momento—. Está jugando con ellas, probando diferentes alergias y sus reacciones a ellas. Primero el gato, luego los medicamentos, después el látex y ahora las picaduras de abeja. Perfecciona el método de matar por alergia y luego pasa al siguiente. Con Diana Greenock, si realmente fue su primera víctima, murió por su alergia a los gatos. Eso quedó resuelto, así que pasó a la siguiente. Ibuprofeno. Ahora, como saben, esto no fue muy exitoso porque lo intentó varias veces con otras víctimas.

—¿Lo hizo? —preguntó Victoria, que parecía tan sorprendida como sonaba.

Tracy se volvió hacia Tomek, luego regresó a Victoria. —Tomek me envió el artículo del periódico —explicó. Y eso fue todo sobre el asunto. Victoria tendría que ponerse al día por su cuenta. Entonces Tracy continuó, ansiosa por avanzar y sacar todos los pensamientos de su cabeza mientras aún estaban lúcidos—. Una vez que Mandy Butler fue asesinada con éxito gracias a su reacción al ibuprofeno en su sistema, pasó a Lily Monteith. Látex. Fue un éxito instantáneo y por eso pasó a Fern Clements, nuestra última víctima. Con cada

asesinato exitoso, con cada *experimento* exitoso, encuentra una nueva víctima.

—¿Qué opina sobre los intervalos entre los asesinatos? —preguntó Tomek. Hasta ahora había estado fascinado con lo que ella decía. No necesariamente estaba de acuerdo con todo, y a veces le costaba entender por qué era tan celebrada, pero estaba cautivado con sus palabras, de todos modos.

—Consideré eso, y creo que ahora que ha establecido un proceso, va a realizar los asesinatos mucho más rápido. Es posible que ya tenga una lista de víctimas potenciales a las que puede atacar, una lista que puede haber estado elaborando durante los últimos cinco años, y ahora está listo para usarla. Estas podrían ser chicas que conoce desde que eran más jóvenes, y ha estado esperando hasta que tuvieran una edad específica antes de intentarlo.

—¿Por qué? —preguntó Tomek—. ¿Por qué está esperando? ¿Por qué no intentarlo cuando son mucho más jóvenes?

Y entonces la respuesta se hizo obvia para él. Las tres últimas víctimas —Mandy Butler, Lily Monteith y Fern Clements— habían estado socializando de una forma u otra. Habían estado lejos de sus padres, solas, y los ataques habían ocurrido en aislamiento y en la oscuridad (con la excepción de Mandy Butler).

—Ha elegido esa edad porque están empezando a salir más. Menos ojos vigilándolas. Son más vulnerables.

—Exactamente —dijo Tracy con firmeza—. Es inteligente, calculador. Se enorgullece mucho de sus planes y presta mucha atención a los detalles.

—¿Qué hay de otras motivaciones? —preguntó Victoria—. Olvidemos a las chicas por un momento. ¿Por qué está haciendo esto en primer lugar?

Esa era la pregunta del millón. Y Tomek estaba intrigado por saber si Tracy tenía una respuesta.

Ella reflexionó durante un momento, aparentemente consciente de que este era su momento para demostrar su valía.

—No me gustaría afirmarlo con certeza ni jugármela mi carrera, sin embargo, me imagino que es porque ve las alergias como una

especie de debilidad. Es alguien que generalmente goza de buena salud y se ríe del hecho de que algo tan pequeño o insignificante como el pelo de gato y el látex pueda matar a una persona. Obtendrá placer de ese pensamiento. Puede que tenga una especie de complejo de Dios donde piensa que es mejor que todos los demás, y por lo tanto está librando al mundo de aquellos más débiles que él. Lo considera su deber.

Tomek asintió y estaba completamente de acuerdo en ese punto. Un ego peligroso y malvado estaba al mando. Uno que sería difícil de detener.

—¿Han considerado la posibilidad de que esto pueda ser obra de más de un asesino? Un dúo de individuos con mentalidades similares o un *folie à deux* —preguntó Victoria. Se refería, por supuesto, al caso anterior en el que habían trabajado juntos, la desaparición y asesinato de dos niñas en Canvey Island, que habían sido secuestradas y asesinadas por una pareja distanciada que buscaba venganza.

—Si eso es lo que usted sospecha, entonces no tiene sentido que yo esté aquí.

—Solo estoy cubriendo todos los ángulos —respondió Victoria con una sonrisa poco impresionada.

La conversación concluyó y ambos agradecieron a Tracy por su tiempo. Luego Tomek la acompañó fuera de la habitación y la llevó al pequeño espacio que le habían preparado junto a Anna en la oficina. Cuando ella había pedido un espacio propio, Tomek se había reído y le había recordado que ya no estaba en Londres. Poco después, regresó a regañadientes a la habitación donde Victoria estaba sentada esperando. Solo ellos dos. Solos. Listos para discutir. Donde él haría toda la conversación y ella se llevaría todo el crédito.

—¿Qué te pareció? —preguntó Tomek, adelantándose.

—Creo que es un buen punto de partida. Creo que nos ha dado mucho en qué pensar y ha aclarado muchas incertidumbres que tenía. Creo que será bueno tenerla en el equipo.

Eso sonaba a Tomek como lenguaje de entrevista. Diciéndole lo que quería oír.

Lamentablemente, él no sentía lo mismo.

—Respóndeme esto. ¿Estamos buscando a un hombre afeminado que les recuerda a su padre, o a una figura autoritaria confiada y atractiva?

Para eso, ella no tenía respuesta.

Como Tomek esperaba.

El perfil psicológico del asesino que había hecho Tracy había sido contradictorio a veces, como Tomek acababa de señalar, pero aún había buenos fragmentos de información que consideraba relevantes. Cosas que no se sentía cómodo compartiendo con Victoria. Para esas, se acercaría directamente a Nick.

—¿Algo que te gustaría añadir? —preguntó Victoria.

Tomek dudó. —Sí —comenzó mientras se disponía a salir—. ¿Crees que podrías *escapar corriendo* de una vaca?

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Kasia esperó durante todo el almuerzo para hablar con él. Hasta que sonó la campana y el patio se vació. Mientras todos estaban preocupados por recibir un castigo, ella lo agarró desde el otro lado del patio.

Pero no le importaba. Tenía algo que preguntarle. Algo importante.

—¿Quieres venir a casa esta noche?

La boca de Billy se abrió y cerró varias veces como un pez.

—¿Has... eh, has comprobado... está bien con tu padre?

Ella suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Por qué estás tan obsesionado con él?

Billy se inclinó más cerca y susurró por la comisura de la boca. —Porque es un puto policía.

—Sí. ¿Y qué? Dijo que está bien.

Billy parecía dudoso. Todavía no respondía a la pregunta.

—Ni siquiera va a estar en casa. Mira.

Buscó en el bolsillo interior de su blazer y le mostró su teléfono. En la pantalla estaba el mensaje de texto de su padre que había recibido solo unos minutos antes, notificándole que iba a llegar tarde y deseándole buena suerte con su clase de polaco de esta noche.

—¡Mira! Ni siquiera estará allí.

Billy leyó el mensaje varias veces.

—¿Cómo sé que no lo enviaste tú misma desde otro teléfono?

—¿Por qué haría eso? ¿No confías en mí? ¿No me quieres?

Él puso sus manos sobre los brazos de ella. —Claro que sí. Solo... no sé. ¿Y si nos encuentra?

—Ya te he dicho que está bien con eso. Y te he dicho que no quiero hacer *eso*.

La expresión en la cara de Billy simplemente se derrumbó. ¿Le acababa de dar otra razón para no venir?

—Iba a ir al parque después de la escuela —dijo él.

¿En la completa oscuridad?, pensó ella, pero optó por no decir nada.

—Está bien —respondió—. Mi tutor viene esta noche, así que puedes venir después de eso. ¿Digamos a las siete?

Billy dudó por un momento, perdido en sus pensamientos mientras sopesaba la decisión en su mente. Era una simple respuesta de sí o no, pero lo estaba haciendo mucho más difícil de lo necesario. Ella entendía su vacilación. Su padre *era* un policía. Podía ver cómo eso resultaría intimidante, pero ¿por qué no confiaba en ella, por qué no la escuchaba? Incluso si Tomek no hubiera dicho explícitamente que Billy podía venir, ¿cómo sabría si iba a llegar tarde? Por experiencia, sabía que "tarde" significaba en cualquier momento entre las nueve y las diez, y eso en un buen día. Algunas noches era tan tarde como las once o medianoche, y Tomek la encontraría todavía despierta en su habitación viendo Netflix en su portátil. En una noche escolar. Pero lo que él no sabía era que a veces se quedaba despierta hasta mucho más tarde simplemente navegando en su teléfono, viendo videos en TikTok e Instagram. Por eso siempre se sentía cansada, pero nunca se quejaría de ello porque sabía lo que él diría.

Acuéstate más temprano.

Deja de navegar en ese teléfono tuyo o tendré que confiscártelo.

Todas esas aburridas cosas de padre que ya había escuchado tantas veces.

Bueno, esta noche sería diferente. Esta noche, para cuando Tomek llegara a casa, Billy ya habría venido y se habría ido, y ella estaría profundamente dormida.

El único problema era la comida. Conseguir algo para cenar.

—¿Tienes dinero? —le preguntó.

—Sí, claro —respondió él con un orgulloso asentimiento.

—¿Puedes comprar una pizza o algo y luego la comemos cuando llegues a mi casa?

Antes de que Billy pudiera responder, el Sr. Healy, el jefe del Noveno Año, salió al patio. Su estómago sobresalía de su camisa y su corbata estaba torcida.

—¡A clase! —Su profunda voz escocesa resonó por todo el patio —. ¡Esta es su última advertencia! ¡De lo contrario, castigo para ambos!

Sin decir nada, Billy se fue por un lado, mientras Kasia se fue por el otro. Mientras se dirigía al pequeño edificio donde eran sus clases de historia, se detuvo en la entrada y vio a Billy correr a través del patio.

—¡A las siete! —gritó él, con la voz quebrándose a mitad de la frase—. ¡Y traeré la pizza!

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Tomek agradecía no haber sido obligado a asistir a la rueda de prensa junto a Nick. Por lo que había podido escuchar, que fue todo gracias a la función de video *Live* en la página web del *Southend Echo*, había sido un desastre.

Nick había comenzado con fluidez, elocuencia, todo muy bien. Explicando la situación, que dos chicas de edad similar de diferentes escuelas habían sido encontradas muertas en dos campos separados, y que sus muertes estaban siendo tratadas como sospechosas y conectadas entre sí. Pero luego, cuando comenzó a responder preguntas de la hambrienta jauría de lobos frente a él, empezó a desmoronarse, a balbucear.

Había sido implacable. La noticia, gracias sin duda a Abigail Winters, se había extendido de que la muerte de Mandy Butler estaba intrínsecamente vinculada y que había todo un grupo de chicas de edad similar que habían experimentado algo similar. Que se había hecho una solicitud para una investigación adicional y que no se había hecho nada al respecto. Naturalmente, la prensa había comenzado a cuestionar la credibilidad y profesionalidad de Nick a estas alturas. Pero todo se vino abajo tan pronto como se mencionó a Diana Greenock, también por parte de Abigail Winters. (Tomek tenía que reconocérselo, era una pequeña perra tenaz, y no temía a quién perseguía en el proceso).

Dos asesinatos ya eran bastante malos.

Tres asesinatos con un grupo de víctimas relacionadas era grave.

Pero cuatro asesinatos, todos relacionados, era demasiado.

Dos vidas podrían haberse salvado si Nick hubiera investigado más a fondo la muerte de Mandy Butler.

—¿Qué vas a hacer diferente? —preguntó una voz fuera de cámara, aunque él reconoció que era la de Abigail.

De nuevo.

Implacable. Un rasgo que pensaba que nunca dejaría de admirar de ella, siempre y cuando no lo estuviera acosando a *él* por información.

—Bueno —comenzó Nick, suspirando profundamente. Parecía desgastado y quebrado, listo para que terminara la conferencia—. Esta vez tenemos un equipo de algunos de nuestros... de nuestros mejores hombres y mujeres trabajando en el caso. También contaremos con el apoyo de la Agencia Nacional contra el Crimen para ayudarnos a determinar el perfil de nuestro asesino. —Luego se volvió hacia la cámara y se dirigió directamente al espectador, sus ojos penetrantes, mirada embriagadora—. Si alguien tiene información relacionada con las muertes de estas cuatro personas, por favor dé un paso adelante. Estamos solicitando toda la información que puedan proporcionarnos. Gracias.

—¿Por qué no se hizo esto antes?

—¿Cuánto sabe realmente?

—¿Por qué sigue usted al mando?

—¿Por qué cree que está capacitado para dirigir esta investigación?

La avalancha de preguntas que lo siguieron fuera de la sala fue brutal, y una parte de Tomek se sintió ligeramente culpable por el hombre. Pero solo ligeramente.

—Eso sonó intenso —dijo Rachel a su lado mientras él guardaba el teléfono en su bolsillo.

—Al menos terminó con una nota positiva. Quizás. O al menos se fue con *algo* de dignidad.

—Por lo que vale, creo que deberías haber continuado como SIO en este caso, pero sé que mi opinión no cuenta mucho.

—Gracias —dijo Tomek. Eso significaba mucho para él y lo apreciaba, pero como hombre típico no dijo nada de eso, más bien

lo dejó para internalizarlo—. Una parte de mí quiere verla estrellarse y quemarse. Mientras que la otra parte reconoce el hecho de que cuatro mujeres están ahora muertas, varias más marcadas de por vida, y el asesino sigue suelto.

—Ah, la clásica situación de Catch-22 de preocuparse por tu ego o dejar que un asesino mate a más víctimas. Difícil elección.

Dejó bien claro el sarcasmo en su voz mientras ponía los ojos en blanco y se volvía para mirar por la ventanilla del pasajero.

Sus palabras le dieron algo en qué pensar. Quizás estaba dejando que su ego se interpusiera. Hasta ahora le estaba dirigiendo la investigación, y si dejaba que se descontrolara, más chicas jóvenes podrían morir. Y entonces podría encontrarse recibiendo insultos desde el otro lado de un micrófono dentro de diez años.

Nada de eso le sonaba atractivo.

Lo siguiente en la agenda era una cita con el único apicultor registrado en el área de Southend.

Timothy Warren era propietario y vivía en su granja en el centro de Great Wakering, un pequeño pueblo ubicado entre los Pantanos de Essex al este y tierras de cultivo al oeste. Era un hombre bien entrado en sus treinta y tantos, a unos pocos años de la edad de Tomek, con cabello canoso y una espesa barba rojiza. Su rostro era como se esperaría de un granjero: cansado, curtido por el clima y luciendo un bronceado irritantemente bueno a pesar de estar seis meses fuera de temporada. Y su cuerpo estaba en mejor forma. Pero a Tomek le gustaba pensar que el suyo habría sido igual de bueno o mejor si hubiera estado cargando heno y equipos agrícolas todo el día, todos los días.

—Mantenemos a las ovejas en ese lado de la granja allá —explicó el granjero mientras señalaba un gran tramo de tierra verde y plana —. Las gallinas en ese corral de allá. Las vacas al otro lado de esa hilera de setos. Y un par de caballos en los establos más allá de la casa.

—Te va bastante bien entonces —comentó Tomek.

—No es lo que solía ser. El Brexit es un gran problema para nosotros. Nos están superando en precios y ventas en todas partes.

Pero ¿qué podemos hacer? Yo fui uno de los que votaron por ello, así que solo puedo culparme a mí mismo.

Sí, pensó Tomek. *Sí, así es*.

—Y aquí es donde guardamos las abejas.

Timothy los condujo a través de un pequeño hueco en una hilera de setos hacia otra extensión de tierra plana y verde. A más de cien metros de distancia había filas de pequeñas cajas blancas. Rodeando las cajas había un campo de flores que hacía tiempo habían muerto en el invierno. Un camino estrecho, hecho de tablones de madera intrincadamente colocados, se extendía hasta los apiarios. Un zumbido bajo y monótono que sonaba como un cepillo de dientes eléctrico vibraba en el aire. A la derecha de Tomek, a corta distancia, había una pequeña planta de fabricación.

Timothy les hizo un gesto hacia ella, y Tomek se sintió relajarse cuanto más lejos estaba del zumbido eléctrico.

La planta de fabricación era engañosamente grande por dentro y estaba separada en dos compartimentos. A la izquierda estaba la línea de producción, donde el panal y los productos se convertían en productos de miel. Y la sección de la derecha era el producto final. Filas de frascos de miel de diferentes sabores se ubicaban orgullosamente en estanterías a lo largo de la pared trasera. Calabaza especiada, cúrcuma, ralladura de limón, canela. Al lado, en estanterías separadas, había filas de mostaza con miel, velas de cera de abeja y bálsamo labial de propóleo, todos con la marca de la granja de abejas de Timothy impresa encima.

Colgando de las paredes había una serie de trajes de apicultor en varias etapas de producción. Uno era simplemente un sombrero con una red. Otro era un sombrero y la parte superior del traje que se detenía en la cintura. El último era el traje en su totalidad, completo con sombrero, red y traje de cuerpo completo. La capa más alta de protección disponible.

—Como pueden ver, aquí es donde guardo toda la deliciosa bondad —dijo Timothy.

Tomek no estaba seguro de que alguien hubiera dicho "deliciosa bondad" desde los años ochenta, pero optó por no mencionarlo. En su lugar, dejó que Rachel tomara la iniciativa.

—¿Cuántas abejas tienes? —preguntó ella.

—No trabajamos con números así. Es difícil llevar un registro de ese tipo de cifras. Podría decirte cuántas colonias tengo, si quieres.

—Sí. Obviamente.

—Ciento setenta y dos.

—¿Y cuántas abejas en cada colonia?

—Entre cien y doscientas.

—Entonces sí que podrías habernos dado una estimación.

—Si tuviera que ponerle un número.

Jesús, este tipo era agotador.

—¿Cuánto tiempo llevas criándolas?

—Casi diez años.

—¿Y eres el único?

—Por lo que respecta a la Asociación de Apicultores, sí. Hay otras personas que intentan criarlas, pero no tienen mucho éxito, y la mayoría de las personas que mantienen abejas son solo apicultores aficionados. Lo hacen por amor o por un poco de dinero extra.

—¿Pero tú estás en esto para hacer millones?

Timothy se encogió de hombros.

—Si quieres ser grosera al respecto. ¿Están aquí para investigar mis finanzas? Porque pago todos mis impuestos y dono una gran parte de mis ganancias a las organizaciones benéficas de las que formo parte.

—No —dijo Rachel secamente—. No es por eso que estamos aquí.

—¿Entonces te importaría decirme por qué estás preguntando sobre mis abejas?

Rachel dudó, tragó saliva.

—En un minuto. Hay solo algunas preguntas más que nos gustaría hacer, si nos permites.

—¿Les gustaría probar?

Antes de que cualquiera de los dos pudiera responder, Timothy se apresuró hacia el otro lado de la planta de producción. Cogió un frasco de miel y se lo entregó a Tomek, quien lo aceptó cortésmente.

—Una de las mejores mieles que jamás probarás.

¿Es eso lo que le dijiste a Fern Clements antes de matarla?

Tomek abrió el frasco y metió el dedo. Timothy tenía razón, era una deliciosa bondad. E hizo el ruido para demostrarlo.

—Sabía que te gustaría —continuó Timothy—. ¿Y para usted, señorita?

Antes de que pudiera responder, Timothy tomó el frasco de Tomek y lo sostuvo frente a Rachel, quien titubeante sumergió el dedo meñique hasta la uña y lo lamió limpio.

—Mmm. Delicioso. —Su expresión contradecía su afirmación.

—Es uno de nuestros productos más vendidos.

—¿Entre eso y la carne? —preguntó Tomek.

—Sí. Y no olvides la leche. ¿Les gustaría venir a ver algunas de las abejas?

Tomek y Rachel intercambiaron una mirada rápida. Ambos sabían que esto llegaría, pero ninguno estaba particularmente entusiasmado con la oportunidad.

—Solo si puedes decirnos más sobre esto —dijo Rachel, metiendo la mano en el bolsillo del pecho de su blazer. Un momento después sacó la prueba que Tomek había sacado del almacenamiento. Un pequeño vaso de vidrio, sellado en una bolsa de plástico, con un número de prueba y una hoja de registro adjunta. Dentro del vaso estaba la pequeña abeja que habían extraído del cuerpo de Fern Clements.

Rachel no necesitó sostener el vaso muy alto para que Timothy se interesara. En un instante estaba sobre ella, pidiendo permiso para sostenerlo él mismo.

—¡Conozco esto! —dijo emocionado—. Pero ¿dónde la conseguisteis? ¿Y para qué la tenéis?

Rachel evitó la pregunta con una sonrisa desarmante.

—Te agradeceríamos que pudieras identificarla para nosotros, Timothy.

Al mencionar su nombre, las mejillas de Timothy se sonrojaron.

—Por supuesto. Sí. Absolutamente. Es... Bueno, es de una Abeja Africanizada. Son una de las abejas más agresivas del mundo. Se encuentran más comúnmente en Brasil, y la mayoría de las

picaduras son severamente dolorosas, pero algunas pueden ser fatales, especialmente si eres alérgico.

Los oídos de Tomek se aguzaron.

—No puedes conseguirlas de este país —continuó Timothy—. Bueno, *puedes*. Puedes comprar cualquier cosa si sabes dónde buscar, pero tienes que ser muy cuidadoso con ellas. Se sabe que persiguen a sus víctimas hasta por un kilómetro y medio una vez que están agitadas. ¡Un kilómetro y medio! Imagina eso.

Tomek prefería no hacerlo.

—¿Dónde puedes conseguir insectos como estos? —preguntó.

—Sería difícil encontrar a alguien en el Reino Unido que los tenga. La mayoría de las veces la gente los trae del extranjero por error o terminan aquí en envíos.

—¿Cuántas necesitarías para matar a una persona? —preguntó Tomek.

La emoción infantil en el rostro de Timothy desapareció.

—¿*Matar*?

—Bueno, se llaman abejas asesinas, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Cuántas podrías necesitar para matar a una joven de quince años?

—¿Joven? ¿De quince?

—¿Cuántas picaduras antes de que muera la Abeja Africanizada? ¿Una? ¿O cientos?

—¿Cien-? —La boca de Timothy se abría y cerraba mientras luchaba por sacar las palabras.

Tomek dio un paso más cerca del hombre.

—¿El nombre Fern Clements significa algo para ti?

El jadeo de Timothy fue audible. Sus ojos saltaron entre los de Rachel y los de Tomek.

—¿Qué *es* esto? —preguntó, acusatorio—. ¿Para qué están aquí? ¿Por qué me están preguntando sobre esto? Nunca he escuchado el nombre Fern Clements en mi vida.

—¿Dónde estabas anoche durante las primeras horas de la mañana?

Timothy miró alrededor del cobertizo como si fuera a responder la pregunta.

—Estaba aquí. En casa. Había tenido un día duro en la granja y necesitaba dormir. —Chasqueó los dedos, recordando algo—. Sí. Me había acostado temprano. Estaba agotado. Acababa de terminar de ver *Holby City*.

Tomek hizo una pausa antes de decir algo más. Para hacer sudar al hombre, para dejarlo reflexionar. No tenía más preguntas, así que le dio a Rachel la señal y le permitió terminar la reunión.

—¿Cuántas de estas podrían matar a una persona? —repitió ella.

—Depende —dijo él, su respiración ralentizándose gradualmente —. Un par serían suficientes.

—¿Y mueren después de cada picadura?

—Al igual que las abejas normales, sí.

Entonces, lo que fuera que hubiera matado a Fern Clements habían sido cientos.

—¿Y quién podría tener grandes cantidades de estas abejas?

—Yo... yo... no puedo imaginar que ningún criador de abejas las tendría. Al menos nadie en la asociación. Se apoderan de las colonias si hay suficientes, y eso es malo para el negocio. Pero, tal vez a un aficionado no le importaría tanto eso. Quizás alguien en la Asociación de Apicultores podría tenerlas.

—¿Hay otra asociación?

—Para aficionados, sí.

—¿Dónde podríamos encontrarlos?

—En el mismo lugar donde me encontraron a mí —explicó Timothy—. En línea. Hay más de ciento cuarenta solo en Essex, y esos son solo los que están registrados. Podrían estar buscando a alguien que simplemente haya mantenido algunas en su jardín trasero sin ser miembro.

—¿Es posible que hayan cultivado una colonia por su cuenta?

Timothy se rascó una marca roja de irritación en el cuello.

—Supongo. Pero necesitarían un par para empezar. Incluyendo una reina.

Tomek absorbió todo lo que había escuchado.

Se dio cuenta de que podrían estar buscando una aguja en un pajar de ciento cuarenta otros apicultores registrados, o podrían estar buscando una aguja en medio de los océanos del mundo, alguien que no estaba registrado en absoluto y que se había topado con las abejas de alguna manera.

Pero al menos tenían un punto de partida.

—Gracias por todo lo que nos has dicho —comenzó Rachel, sintiendo que la conversación había terminado—. Has sido de gran ayuda. Aquí están mis datos por si necesitas algo o tienes algo más que te gustaría añadir. De igual manera, nos pondremos en contacto contigo si tenemos más preguntas.

Tomek se detuvo y se volvió en la puerta.

—Quizás podríamos ver las abejas en otra ocasión, Timothy. Disfruta el resto de tu tarde.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Había estado revisando el reloj constantemente, sus ojos desviándose hacia los pequeños dígitos en la parte inferior de la pantalla de Phillip, resistiendo el impulso de tocar su teléfono y mirar las letras más grandes y visibles solo para asegurarse de que fuera exacto: 19:01.

Se estaban alargando. Gracias, en gran parte, a que su atención divagaba hacia otros lugares, a pensamientos sobre Billy y el inminente intruso, su padre. Deberían haber terminado hace casi media hora. Eso le habría dado tiempo suficiente para preparar el apartamento para su visita, ordenar su dormitorio, rociar su ambientador de lavanda en los cojines, esponjar las almohadas y preparar las velas. Pero ahora no tendría tiempo para eso. Ni para nada.

—Repite después de mí —comenzó Phillip.

Kasia puso los ojos en blanco internamente y se movió incómoda en su silla.

—*W weekend idę do parku z przyjaciółmi*.

—El fin de semana voy al parque con mis amigos —dijo Kasia lentamente, intentando con todas sus fuerzas sonar lo más desinteresada y desconectada posible.

—Muy bien la comprensión. Pero quizás intenta decirlo en polaco, como te pedí.

Kasia lo hizo pero destrozó su pronunciación. A propósito.

—No. Te estás perdiendo el sonido *prz* al principio de *przyjaciółmi*.

—No, no es cierto. Lo dije perfectamente.

—Si ese fuera el caso, entonces no estaría aquí treinta minutos después de cuando debería haber terminado. —Revisó su reloj después de mirar la hora en la pantalla—. De hecho, necesito irme al trabajo.

Cuando estaba a punto de responder, su estómago gruñó. Fuertemente. Y por una fracción de segundo, entró en pánico y casi pensó que se había tirado un pedo. Sin embargo, después de escuchar el sonido, Phillip no se mostró incómodo. En cambio, lo tomó como su señal para irse.

—Es hora de cenar. Te dejaré cocinar lo que sea que vayas a tener. Yo también debería conseguir algo para mí.

—¿Qué vas a comer?

Se encogió de hombros. —Probablemente algo muy poco saludable y muy malo para mí. *Jedzenie na wynos*.

—¿Eh?

—Comida para llevar.

Ahora tenía sentido.

Poco después, Phillip recogió sus cosas y se dispuso a marcharse. Archivó los documentos e impresiones que había traído para ella dentro de su maletín compartimentado, luego insertó cuidadosamente su portátil en la sección acolchada. Mientras se ponía su abrigo, Kasia revisó rápidamente su teléfono.

Aún nada de Billy.

Nada que dijera que estaba en camino. Nada que dijera que llegaba tarde. Empezaba a pensar que no vendría en absoluto. Que le había mentido. Probablemente había contado a todos sus amigos que iba a ir a su casa y quería dejarla colgada para reírse. Porque pensaban que era divertido.

Phillip agitó su mano frente a la cara de ella. Pasó un rato antes de que lo notara.

—¿Nos vemos en dos días?

—Sí —respondió, tratando de no sonar demasiado desanimada.

Lo siguió hasta el pie de las escaleras.

—Sin deberes esta noche —dijo mientras ponía una mano en la puerta principal—. Pero no seré tan indulgente el fin de semana.

—Ja, ja. Vale.

Abrió la puerta. —*Do widzenia*.

—*Do wid-*

Lo vio antes de que pudiera terminar su frase. Su corazón le dio un vuelco y se quedó paralizada, mirándolo. De pie en la entrada estaba Billy Turpin, sosteniendo dos cajas medianas de pizza en la mano. Mirando a Phillip. Una expresión de desagradable sorpresa en su rostro.

—¿Amigo tuyo? —preguntó Phillip a Kasia.

—Eh. Más o menos. Sí. Pero, por favor no-

—¿Puedo tomar una porción?

Un momento de aprensión pasó entre Billy y Kasia, sin saber ninguno qué hacer. Kasia quería más que nada deshacerse de Phillip. Y si una porción de pizza era la forma de hacerlo, entonces-

Él se sirvió antes de que ella pudiera responder y la masticó ruidosamente mientras bajaba la tapa.

—Me habéis inspirado a buscar la mía para cenar —dijo, relamiéndose los labios—. Gracias a ambos. *Do widzenia*, Kasia.

—*Do widzenia*!

Sin decir nada más, Phillip se alejó de regreso al coche. Tan pronto como se bajó del escalón de la entrada, Kasia agarró a Billy por el brazo y lo metió dentro del edificio, cerrando la puerta principal detrás de él.

¡Se había ido! ¡Y no había dicho nada sobre Billy o su padre!

Antes de que la puerta se cerrara completamente, saltó sobre Billy y lo besó. Estaba tan emocionada que no sabía qué le había pasado. Sus labios estaban secos, y estaba segura de que también había rozado un poco sus dientes. Y en cuanto a primeros besos, no había cumplido con sus expectativas; sus admitidamente bajas expectativas.

—¿Qué... qué ha sido todo eso? —La sonrisa en el rostro de Billy le dijo que estaba tan contento con el beso como ella.

Se encogió de hombros. Pero antes de que pudiera responder, su lengua se hinchó en su boca. La mordió, pero en pocos segundos, ya

se había hinchado hasta el tamaño de una barra de chocolate. Y luego su garganta comenzó a hincharse y contraerse como una serpiente enroscándose alrededor de su esófago, dificultando su respiración.

—¡Kasia! ¡Kasia!

Billy puso sus manos sobre ella para darle estabilidad, pero no era lo que necesitaba en ese momento.

Lo que necesitaba ahora era su EpiPen. Su soporte vital.

En su defecto, a Phillip.

Susurró el nombre del hombre y, por suerte, Billy entendió lo que había querido decir. Un segundo después, estaba fuera de la puerta gritando tras su tutor de polaco. En el tiempo que él había estado ausente, ella se había desplomado en el suelo, jadeando y aferrándose a cualquier aire que pudiera obtener.

Justo antes de sentir que el abrazo envolvente de la inconsciencia extendía sus tentáculos sobre ella, escuchó el sonido de dos voces acercándose.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Cuando Tomek recibió la llamada, estaba sentado en su escritorio. Escribiendo su informe sobre Timothy Warren, el apicultor.

—¿Que está dónde? —había gritado al teléfono, y luego salió corriendo de la oficina sin decirle nada a nadie.

Afortunadamente, el trayecto desde la comisaría hasta el Hospital de Southend era corto. Tres kilómetros. Diez minutos. Normalmente. Y en su prisa, completó el viaje en siete. Saltándose un par de semáforos en rojo, adelantando en una calzada de un solo carril, colándose delante de la gente en los cruces, cortando el paso en las rotondas. El sonido de las bocinas de los coches que lo seguían continuaba resonando en sus oídos mientras corría por los pasillos del hospital en busca de la habitación de Kasia.

La encontró en la tercera planta.

Pero no antes de encontrarse a Phillip y a un niño escuálido de pie junto a él en el pasillo.

—¿Qué demonios está pasando? —le preguntó Tomek a Phillip.

El hiperpolíglota dio un paso adelante para enfrentarse a Tomek, protegiendo un poco al niño.

—Los paramédicos dijeron que estaba teniendo una reacción alérgica —dijo Phillip con calma y lentitud—. Afortunadamente, yo estaba allí para ayudarla.

Reacción alérgica.

¿Cómo?

Después de todos los sacrificios que había hecho para eliminar por completo los cacahuetes, y cualquier otro tipo de frutos secos, de su dieta, ella seguía siendo víctima de una reacción alérgica. En su propia casa.

—¿Cómo? —preguntó Tomek, encontrando el valor en su voz para expresar su pensamiento.

Phillip se volvió hacia el joven niño.

—Billy trajo pizza, y...

—¿Billy? —repitió Tomek, comenzando a vibrar de ira—. ¿Billy? ¿Es decir, Billy, el niño que cree que puede pelear contra una maldita vaca? ¿El mismo Billy que mi hija me ha estado pidiendo que invite una noche, y después de que yo repetidamente le dijera que no, decidió venir de todos modos? ¿Eres tú, Billy?

Antes, mientras se escondía detrás de Phillip, Billy permanecía con la espalda recta y la barbilla en alto. Arrogante, valiente. Pero ahora, tras el comienzo del torrente de Tomek, agachó la cabeza y se encogió sobre sí mismo, dándole la apariencia de alguien al menos cinco años menor.

—¡Respóndeme, Billy!

La voz de Tomek resonó por todo el pasillo. Phillip dio un paso adelante y colocó un brazo sobre el pecho de Tomek para contenerlo.

—¿Qué hacías en mi casa, Billy? ¿Por qué le diste cacahuetes a mi hija?

Billy no respondió. De hecho, no hizo nada. Congelado, clavado al suelo por el miedo de un hombre dos veces su tamaño y más de tres veces su edad gritándole en la cara. Tomek era muy consciente del hecho de que no podía golpear a un niño de trece años, aunque se lo mereciera (y sin importar cuánto quisiera hacerlo), pero eso no le impediría hacer que el pequeñajo se cagara de miedo.

El pequeño *gówniacki*.

Kasia podría haber muerto por su ineptitud; era lo mínimo que se merecía.

—¿Qué hacías con cacahuetes cerca de Kasia, Billy? —continuó Tomek—. ¿Qué te hizo pensar que era una buena idea, eh? ¿Te

dejaron caer de cabeza cuando eras pequeño? ¿Te golpearon un poco?

—¡Eh, eh, eh! —Esta vez Phillip se había enfrentado completamente a Tomek, y el cuerpo pequeño, delgado y flaco del hombre era lo único que podía ver—. *Przestań*, Tomek! *Ja pierdolę*! Cuidado con lo que dices. Es solo un niño de trece años, por el amor de Dios.

Tomek miró a los ojos del hombre durante un breve momento.

—Sé perfectamente qué edad tiene. Está tratando de meterse en la cama con mi hija. Y ahora casi ha intentado matarla. Si tú no hubieras estado allí, se habría quedado con trece años para siempre y él habría crecido para vivir el resto de su miserable y estúpida vida.

El pecho de Tomek subía y bajaba a un ritmo frenético. Su cuerpo seguía temblando con una intensa combinación de adrenalina, miedo y culpa. Una mezcla con la que estaba demasiado familiarizado.

—Entiendo todo eso —continuó Phillip, con la voz más suave que antes—. De verdad. Y solo puedo imaginar qué tipo de emociones estás sintiendo ahora mismo, pero desquitarte con un niño pequeño no va a cambiar nada. Lo hecho, hecho está. Fue un simple error. Vino con algo de pizza, y un momento después de que yo me fuera, vino a buscarme. Me dijo que había estado comiendo cacahuetes con sus amigos en el parque antes.

—¿Sabía él sobre sus alergias? Apuesto a que el muy...

—Bueno, si no lo sabía antes, definitivamente lo sabe ahora.

Phillip dio un paso atrás, alejándose de Tomek, y le dio algo de espacio para respirar. Ya fuera dentro de su cabeza o porque la presencia de Phillip había sido tan opresiva, Tomek no notó la diferencia. Inhaló una gran bocanada de aire y la tragó antes de girarse hacia un lado, hacia la puerta del hospital.

—¿Puedo verla? —preguntó.

—Creo que sí. Las enfermeras dijeron algo sobre tomar más resultados de pruebas en aproximadamente media hora, pero eso fue hace casi veinte minutos.

Iré ahora entonces, pensó Tomek, y se dirigió hacia las puertas.

Perdió el aliento al entrar en la habitación. Kasia estaba allí tumbada en la cama, arropada hasta el pecho, con los ojos cerrados, descansando pacíficamente, con el pecho subiendo y bajando suavemente.

Lentamente, cautelosamente, se acercó a la cama y le tomó la mano entre las suyas. Tan pronto como sintió su contacto, su cuerpo se calentó. Era la primera vez en su relación padre-hija de tres meses que habían tenido un contacto físico así. Por alguna razón, fue transportado trece años atrás a esta misma habitación. La habitación, el mobiliario, la vista desde la ventana, todo permaneció igual. El único cambio era que la joven que yacía frente a él no era tan grande y madura. En cambio, imaginó que era una bebé, una recién nacida, una novísima incorporación al mundo, y que él le agarraba sus diminutas manos mientras ella envolvía toda la suya alrededor de su dedo. La escena era completamente imaginaria, por supuesto, él no había sabido de su nacimiento o de su existencia hasta solo unos meses antes, pero le gustaba pensar que así habría sido presenciar su nacimiento, haber sostenido su mano desde una edad tan temprana. Sostener algo tan débil y dependiente de él. Sostener algo que confiaba en él para todo: comida, ropa, refugio, protección. Así era ahora. Los mismos sentimientos, y los mismos requisitos como padre. Solo que con una niña de trece años en lugar de una recién nacida.

Y había fallado. No había estado allí para protegerla, no había estado allí para rescatarla de sus alergias.

Mientras se acercaba más en la silla, comenzó a entender cómo se habían sentido los padres de Diana Greenock, cómo se habían sentido los de Mandy Butler, cómo se habían sentido los de Lily Monteith, cómo se habían sentido los de Fern Clements.

Ahora se añadía a esa lista. Solo se consideraba a sí mismo, *a ambos*, afortunados de que no hubiera terminado en desastre.

Eran las diez de la mañana siguiente cuando finalmente dieron de alta a Kasia del hospital. Las enfermeras y médicos habían querido mantenerla bajo vigilancia durante la noche, pero no había sido necesario. Había pasado toda la noche durmiendo, descansando y recuperándose de su experiencia. Y cuando finalmente llegaron a

casa, después de quedar atrapados en la congestión de la mañana, Kasia se sentía al noventa por ciento.

—Lo siento —dijo mientras Tomek tiraba las llaves de la casa en el recipiente sobre la mesa del comedor.

Olvida eso. Quizás estaba al cincuenta por ciento, todavía bajo los efectos de los analgésicos y la medicación que le habían dado; Tomek no la había escuchado disculparse por algo en mucho tiempo.

—Mientras estés bien —dijo—. Eso es lo principal.

Se deslizó hacia la cocina y encendió la tetera. Necesitaba desesperadamente algo de cafeína. Había permanecido junto a su cama toda la noche y el sueño había sido terrible, incómodo.

—Aunque tendremos que hablar sobre el hecho de que me mentiste e invitaste a Billy específicamente cuando yo había dicho que no.

—Lo sé. Yo... pensé que estaría bien.

Pensaste mal.

Tomek se preparó un café, y un té para Kasia, y ambos pasaron la siguiente hora más o menos en silencio, viendo la televisión.

—¿No tienes que ir a trabajar? —preguntó Kasia. Estaba tumbada de espaldas, desplazándose en su teléfono, cuando se le ocurrió la idea.

—No —respondió Tomek—. Nick me ha dado el día libre.

Para su sorpresa.

—Así que hoy somos solo tú y yo, pequeña. —Le dio varias palmaditas juguetonas en la rodilla—. Ya he avisado a la escuela y no hay problema. Así que solo tienes que concentrarte en descansar. Y solo por hoy, cualquier cosa que quieras, puedes pedírmela.

Tomek más tarde se arrepintió de esa decisión. Había sido una avalancha de peticiones caprichosas. Un diluvio de snacks —chocolate, patatas fritas, todas las cosas buenas— seguido por refrescos de Coca-Cola y rellenos de té y vasos de agua. Incluso le había dado control completo sobre el mando a distancia de la televisión y se vio obligado a soportar repeticiones del programa de telerrealidad, *Made in Chelsea*. Un programa que le había hecho querer arrancarse los ojos.

Aun así, al menos no había sido *The Only Way Is Essex*; entonces habría dado un paso más allá y habría asaltado el depósito de pruebas en el trabajo en busca de un arma de fuego.

Más tarde esa noche, mientras les preparaba la cena a ambos —su favorita, paella— reflexionó sobre lo que le había ocurrido. Y cuán agradecido estaba de que Phillip hubiera estado allí para ayudarla. Un adulto sensato que sabía qué hacer en ese tipo de situación. Y cómo se había olvidado por completo de agradecer al hombre antes de que se fuera a su turno.

Tomek estaba en medio de espolvorear pimentón sobre el plato cuando Kasia entró en la cocina. Dejó su lata de Coca-Cola en la basura y fue a la nevera por otra. De fondo, Moby sonaba en el pequeño altavoz que había comprado la semana pasada.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Tomek. Ahora que había tenido todo el día para procesarlo, esperaba que ella también lo hubiera hecho.

—No particularmente.

—Creo que deberíamos.

Kasia se quedó flotando en la nevera, sujetando la puerta abierta con una mano, una lata de Coca-Cola en la otra.

—Así que lo besaste, ¿eh? —comenzó Tomek.

—Papá... por favor...

—¿De qué otra manera entraste en contacto con los cacahuetes?

Kasia suspiró pesadamente hasta que casi fue un gruñido.

—Está bien. Vale. Sí, lo besé. ¿Contento ahora?

—¿Fue tu primer beso?

—Sí.

—¿El primero de todos?

—Sí. Ahora, ¿hemos terminado?

—Quizás.

—¿De qué más quieres hablar?

—¿Cuántas veces ha venido sin que yo lo supiera?

—Solo una vez. Esa fue la única vez.

—¿Lo prometes?

Kasia extendió su dedo meñique. Tomek dejó la cuchara de madera en la encimera y entrelazó el suyo con el de ella.

—Lo prometo por el meñique —dijo ella.

—Lo prometo por el meñique —respondió él.

Un vínculo sagrado entre los dos.

—¿Has hablado con Sylvia sobre salir con la hija de Nick?

Mientras la canción cambiaba a los Red Hot Chili Peppers, la cara de Kasia se contorsionó en confusión.

—¿Quieres decir que aún puedo ir? —Su voz estaba llena de esperanza.

—Sí. No voy a encerrarte en casa por el resto de tu vida.

Por mucho que me gustaría.

Y por mucho que probablemente te lo merezcas.

—Pero no voy a dejarte ver a Billy pronto. Y, para ser honesto, no creo que él tenga muchas ganas de verte tampoco. Creo que podría haberlo asustado en el hospital. —Luego, entre dientes, añadió—: Con suerte, metí el miedo de Dios en ese pequeño desgraciado.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Tomek había intentado desconectar mientras pasaba el día cuidando de Kasia. No porque quisiera estar totalmente presente para ella durante su recuperación, sino porque las similitudes entre las muertes de las víctimas y el incidente de Kasia eran demasiado profundas. Cuanto más pensaba en las lesiones que habían sufrido Mandy Butler, Lily Monteith y Fern Clements, más pensaba en Kasia siguiendo el mismo camino.

En su mayor parte, había tenido éxito. Había logrado desconectar y pensar principalmente en la mala televisión que estaban viendo, y Kasia ciertamente lo mantenía ocupado con sus constantes peticiones y exigencias.

Pero había un pensamiento del que no podía deshacerse. Un pensamiento que le preocupaba más que cualquier otro.

Billy.

Billy el Luchador de Vacas.

Billy, el imbécil Luchador de Vacas que casi había matado a su hija.

Se preguntó si había sido un ataque intencionado contra ella, si había sido su intento de matarla.

Sí, sonaba absurdo. Pero a veces las ideas absurdas, las ideas descabelladas, eran siempre las que se quedaban grabadas.

Después de discutirlo brevemente con ella, había descubierto que Billy, efectivamente, conocía sus alergias. Que era, de hecho, una de

las primeras cosas que ella le había contado cuando almorzaron juntos por primera vez en la cafetería de la escuela.

Lo que planteaba la pregunta obvia: si Billy conocía su alergia a los frutos secos, ¿por qué demonios había ido a su casa momentos después de comer una bolsa de cacahuetes con sus amigos? ¿Lo había hecho intencionadamente? ¿Había ido allí a sabiendas, intentando atacarla o poner su vida en peligro?

¿Era capaz de eso un chico de trece años?

Luego, mientras estaba acostado en la cama por la noche, los pensamientos habían comenzado a descontrolarse.

Por lo poco que sabía del chico, basándose en lo poco que Kasia le había contado y la poca investigación que había hecho sobre las redes sociales del chico, sabía que Billy era un ávido aficionado al fútbol y tampoco era un mal jugador. Como miembro de la academia juvenil sub-14 del Dagenham & Redbridge FC, su feed de Instagram era un caleidoscopio de vídeos de habilidades y desafíos del travesaño. Y, Tomek se vio obligado a admitir, el chico era capaz de hacer cosas con el balón que Tomek solo había soñado con hacer a esa edad. Era talentoso, sin duda, pero también era miembro de un gran grupo de chicos. Los mismos chicos con los que había salido la noche anterior, jugando en el parque. Tomek reconoció las caras en varias de las fotos de Instagram de Billy. Y se preguntó: ¿le habían dicho los chicos que comiera los cacahuetes? ¿Habían acordado todos que era algo divertido de hacer? Y luego se preguntó si tenían conexiones con Fern Clements o Mandy Butler. Si era posible que un grupo de adolescentes, un grupo de chicos y hombres del club de fútbol Dagenham & Redbridge, se dirigiera a mujeres jóvenes con alergias.

Absurdo, sí. Pero no más allá de los límites de lo posible.

Algo en lo que pensar, algo que quizás investigar por su cuenta.

Lamentablemente, sin embargo, tan pronto como entró en la oficina la mañana después de su tiempo cuidando a Kasia, se dio cuenta de que no había tiempo para nada. La oficina estaba llena, y todos los miembros del equipo estaban en sus escritorios, hablando en voz alta y tecleando furiosamente en sus teclados. Todos los

sistemas en marcha. Y ya sentía que estaba intentando ponerse al día.

—¡Ah, Tomek, estás aquí!

El grito vino de Victoria, que ya estaba fuera de su asiento y caminando hacia él mientras entraba. Para cuando se volvió para mirarla, ella estaba de pie en la puerta de su oficina, haciéndole un gesto para que entrara.

—Confío en que todo está bien con Kasia —comenzó, y luego le indicó que se sentara.

Tomek sacó la silla de debajo del escritorio e hizo lo que se le pedía.

—Está mucho mejor, gracias. La escuela la está cuidando.

—Excelente. Bueno, mientras estuviste fuera ayer, tuvimos una reunión de alto nivel. Yo, Nick y Sean estuvimos presentes, y discutimos nuestra estrategia a seguir.

—¿Disculpa?

Esa sensación de ser abofeteado en la cara, golpeado en el estómago y pateado en las pelotas al mismo tiempo volvió a él. De nuevo.

—Pensamos que era importante alinear nuestras hipótesis antes de avanzar más.

—¿Y fue una decisión consciente no involucrarme en esa discusión?

Victoria se movió incómodamente en su asiento. —No queríamos molestarte en tu día libre.

—No era un día libre. Estaba cuidando a mi hija después de que hubiera estado en el hospital. Son cosas completamente diferentes.

—Por supuesto. Lo siento.

—Todavía tengo un teléfono. Todavía tengo un portátil. Podría haberme unido a través de cualquiera de esas cosas.

Tomek clavó las uñas en la palma de su mano.

—Como dije, Nick no quería molestarte.

Así que fue decisión de Nick entonces. O eso, o ella le estaba pasando la culpa a él. Ninguna de las dos opciones le hizo sentir mejor sobre la situación.

—Ni siquiera preguntasteis —dijo, tratando de mantener la calma —. Me habría encantado ayudar.

—Entiendo. Bueno, tal vez la próxima vez, si alguna vez hay...

—Espero que mi hija nunca vuelva a estar a punto de morir, muchas gracias —la interrumpió—. Así que, con suerte, no necesitaremos tener esta conversación de nuevo.

Qué estupidez acaba de decir.

—Por supuesto.

—Bueno, continúa entonces. —Tomek hizo un gesto con las manos para que continuara—. ¿Qué decidisteis?

Más movimientos incómodos. Más de la temida sensación de que no le iban a gustar las palabras que estaban a punto de salir de su boca.

—Bueno, *colectivamente* —comenzó. Notó el énfasis en la palabra; otra oportunidad para pasar la responsabilidad como idea de otra persona—. Colectivamente, acordamos que vamos a ampliar nuestra red. Vamos a elaborar una lista de todos los profesores varones que han enseñado a alguna de nuestras víctimas. Si hay algún denominador común, lo encontraremos. También vamos a hablar con todos los poseedores de entradas que asistieron al concierto durante la muerte de Mandy Butler. Por último, Chey y Martin van a investigar los perfiles de redes sociales de las víctimas, para ver si han estado enviando mensajes a un caballero mayor, o si han recibido mensajes inapropiados, amenazantes o sospechosos de nuestro asesino, cualquier cosa que pueda darnos una idea de quién es esta persona.

O personas, pensó. Pero mantuvo la boca cerrada. La idea que había estado fermentando en su cabeza era solo un animal bebé, uno herido además. Uno que requería la cantidad adecuada de nutrición y cuidado antes de ser presentado al mundo. Por ahora, la mantendría dentro de los confines de su mente hasta que estuviera lista para ser anunciada.

—Eso no suena como si os estuvierais alejando de lo que ya hemos discutido —comenzó Tomek.

Y entonces le impactó.

Una lista de todos los profesores varones que han enseñado a alguna de nuestras víctimas.

Profesores*.*

Una lista que solo incluía a tres de las cuatro víctimas de asesinato.

—¿Qué hay de Diana Greenock? —preguntó Tomek, con un nivel de preocupación creciente en su voz.

—Estamos dando un paso atrás con Diana —respondió Victoria, con voz temblorosa a pesar del esfuerzo obvio por tratar de mantener la compostura.

—¿Por qué?

—Porque, después de varias discusiones y con la ayuda de Tracy, hemos decidido que el vínculo es tenue. Y que las circunstancias que rodean su muerte lo son aún más. Nunca hubo pruebas que sugirieran un allanamiento, y la plausibilidad de que alguien trepara a su habitación y plantara un gato allí también es difícil de digerir. Tanto Nick como Sean estaban de acuerdo con eso. —Tomek abrió la boca para hablar, pero ella continuó, decidida a terminar antes de verse obligada a responder a cualquiera de sus preguntas—. Además, no tenemos muchos recursos y es un largo camino para que tengamos algún tipo de impacto en ese lado de la investigación... —Dudó, como si hubiera algo más que quisiera decir. Tomek esperó para oírlo. Finalmente, continuó—: También debes saber que eliminaremos gradualmente el asesinato de Mandy Butler de nuestras investigaciones.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Dados los recursos y presupuestos limitados que acabo de mencionar, algo de lo que no fui informada hasta ayer, dedicaremos aproximadamente un diez por ciento al caso de Mandy Butler, mientras que el resto se dividirá equitativamente entre Lily Monteith y Fern Clements.

Tomek estaba incrédulo. En completa y absoluta incredulidad. No podía creer una palabra de lo que estaba escuchando. Su arduo trabajo, su dedicación, su intuición. Todo había sido despreciado por sus superiores. Aquellos con supuestamente más experiencia que él

(aunque le costaba ver cómo Sean se había encontrado en ese grupo).

—¿No crees que cada víctima requiere una cantidad adecuada de tiempo para que investiguemos? Y que ni siquiera dediquemos un diez por ciento *al menos* tanto a Diana Greenock como a Mandy Butler es asqueroso.

—Tomek, puedo ver...

—Mi enfoque, antes de este anuncio, estaba en Fern Clements. ¿Eso cambia?

—Bueno, por supuesto que no, pero...

—¿Y cómo...?

Antes de que pudiera terminar su pregunta, alguien llamó a la puerta. El silencio cayó instantáneamente en la habitación. Tomek mantuvo sus ojos fijos en Victoria, mientras ella consideraba rápidamente su respuesta.

—Sí, adelante —llamó.

Era Nick, que se veía sorprendentemente feliz para variar.

—Buenos días a ambos —dijo, cerrando la puerta detrás de él. Colocó una mano firme en el hombro de Tomek y le dio un apretón —. Lamento lo de Kasia. ¿Cómo está?

—Bien. Gracias.

Nick rodeó el escritorio y se paró entre ellos como el árbitro en un partido de tenis. Sin que Nick lo supiera, Tomek estaba a punto de meterlo en el juego.

—¿Qué está pasando?

—Podría preguntarle lo mismo, señor. ¿Qué carajo?

La cara del inspector jefe se tensó, junto con su agarre al borde del escritorio de Victoria.

—¿Quieres preguntarme eso de nuevo, Tomek?

—Está bien —respondió con un encogimiento de hombros—. ¿Qué carajo está pasando con esta nueva estrategia, *señor*? ¿Qué hay de Diana Greenock? ¿Mandy Butler? Después de lo que pasó la última vez, señor, habría pensado que estaría todo...

—Cuidado con lo que estás a punto de decir, colega —siseó Nick. No había nada amistoso en su tono—. Realmente no creo que quieras hablarme en ese tono.

—¿Va a responder a la pregunta o solo seguirá huyendo de ella?

—No tengo que quedarme aquí y escuchar esto. —Nick señaló hacia la salida con su pulgar—. Vuelve ahí fuera y haz tu trabajo. O puedo hacer que Recursos Humanos baje y te dé otro día libre si quieres más tiempo para calmarte. Porque te estás comportando como un completo imbécil y no lo voy a tolerar.

Tomek salió rápidamente de la sala de reuniones sin decir una palabra más. La amenaza de otra reunión con alguien de Recursos Humanos fue suficiente para sacarlo de allí tan rápido como humanamente posible. Sin embargo, todavía quería una respuesta. Y conocía a la persona que podía dársela.

Sean.

Pero justo cuando estaba a punto de dirigirse hacia él, su teléfono vibró.

Abigail Winters estaba llamando.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Trece minutos después, Tomek se encontraba en la cafetería de Morgana. Con el mismo aire denso, grasiento y pegajoso, el mismo aroma hermoso y tentador a huevos con tocino y los mismos parroquianos que parecían no haberse movido nunca o estar alquilando prácticamente los mismos asientos.

Abigail le había dicho que se reunieran en el mismo lugar que la vez anterior. Y, al igual que entonces, llegaba tarde.

Treinta minutos en vez de sesenta, eso sí, pero tarde al fin y al cabo.

Y con su estado de ánimo actual, la falta de puntualidad de ella no ayudaba mucho.

Cuando los treinta minutos se convirtieron en treinta y uno, Morgana extendió el brazo frente a él y colocó una taza de té delante. Él la miró y le agradeció cálidamente. Se veía más guapa que la última vez que la había visto, aunque no podía determinar por qué. Tal vez era su cabello que había sido rizado y cortado en forma de bob, o quizás era la fina capa de maquillaje que se había espesado un poco, especialmente bajo los ojos y en las pestañas, acentuando el azul detrás de ellas, o quizás era su atuendo, más elegante, discreto, casi presidencial.

Por un momento pensó en coquetear con ella otra vez, pero entonces recordó lo que había sucedido la última vez. Tan pronto como había empezado, Abigail había entrado, como si lo hubiera estado observando desde afuera y lo hubiera hecho a propósito.

Tomek reflexionó sobre la decisión un momento más: coquetear con Morgana e invocar inmediatamente a Abigail, o retrasar el coqueteo y seguir cruzando miradas mientras esperaba.

Lamentablemente, esta vez, la decisión fue tomada por él.

La siguiente persona en atravesar la puerta fue Abigail. Excepto que esta vez, no llevaba la maleta tras ella que la hacía parecer una maestra de primaria.

—Hola, tú —dijo ella—. Te ves bien hoy.

Tomek miró el blazer que había llevado durante casi tres semanas seguidas sin lavar y la camisa blanca que había tenido durante un año y que había empezado a desteñirse a un color titanio.

—Gracias —respondió torpemente—. Sabes, si mi hija nos ve aquí, empezará a hacerme preguntas, además de las que ya me está haciendo.

—¿Buenas preguntas, espero?

Tomek tomó un sorbo de agua a modo de respuesta. —¿Qué era tan importante que no podías decírmelo por teléfono?

Ante la perspectiva de revelarle su noticia, el rostro y el cabello de Abigail se iluminaron con un tono rubio más claro bajo las luces.

—Primero, quería advertirte sobre un artículo que estoy preparando.

—Bien. ¿El artículo me involucra a mí?

—No.

—Entonces tienes mi bendición.

—Es sobre tu inspector jefe.

Eso le dio a Tomek motivo para hacer una pausa momentánea.

—¿Nick? ¿Qué hay con él?

—Estoy investigando sus fallos en el caso de Mandy Butler.

Te va a encantar lo que acabo de descubrir entonces.

Pero quizás era mejor contárselo dentro de dos años y entonces podría hundir también la carrera de Victoria.

—No... no creo que eso vaya a ser un problema. Es decir, ¿cuán bajo es el golpe?

Abigail pasó su dedo arriba y abajo por una ranura en la mesa. —Aún no lo he precisado. No está fuera de escala, pero algunos

podrían argumentar que está bastante cerca.

—Pero lo suficiente como para ser publicado, ¿verdad?

Ella sonrió. —Exactamente.

En este momento, ni Nick ni Victoria eran sus personas favoritas en el planeta, así que no le importaba mucho lo que Abigail estuviera planeando publicar. Si lo hubieran mantenido como el SIO de la investigación, sus procesos mentales podrían no haber sido tan destructivos, pero tal como estaban, se preguntó si había alguien más a quien pudiera arrojar al fuego.

—La otra razón por la que te pedí que vinieras —comenzó Abigail, distrayéndolo de sus pensamientos—, es que tengo una visita para ti.

—No será otra hija de la que no sabía nada —dijo lentamente con un movimiento de cabeza—. Con una tengo suficiente. No creo que pueda manejar el estrés de otra...

—Cállate, tonto. No es *eso*...

Mientras se desvanecía su voz, Abigail se giró en su asiento y señaló a una pareja en la esquina opuesta del restaurante. Una madre y una hija, sentadas una al lado de la otra, mirándolos. Tomek no las había visto entrar y, a juzgar por los platos vacíos frente a ellas, habían estado sentadas allí mucho antes que él.

Abigail les hizo un gesto. Ellas se acercaron. Vacilantes, cautelosas. Como si él fuera un hombre con una enfermedad incurable. La hija, que tenía rasgos juveniles que le recordaban a Kasia, era más alta que su madre. Llevaba una sudadera fina que le caía de un hombro, y envolvía un brazo a través del frente de su cuerpo, asegurándolo en su lugar agarrando la parte interna de su codo del otro lado. A su lado estaba su madre quien, de no ser por las canas diluyendo el marrón de su cabello, habría confundido con una hermana.

Se sentaron frente a él en silencio. Tres contra uno.

—Tomek, te presento a Nisha y Avena Kumar. Avena fue una de las...

—Reconozco el nombre —dijo él, asintiendo emocionado—. Del artículo.

Extendió su mano a través de la mesa. Avena la tomó con la confianza de una chica de diecisiete años, débil y desesperada por terminar rápidamente.

—Gracias por venir —comenzó él—. No creo que se pueda exagerar la importancia de esto. Todo lo que estén dispuestas a contarme hoy será, por supuesto, tratado con la máxima confidencialidad, se los aseguro. Aunque... —Se volvió para mirar a su alrededor. A las conversaciones bulliciosas. Al constante tiovivo de clientes que entraban y salían por la puerta—. ¿No preferirían ir a un lugar un poco más privado?

Abigail negó con la cabeza. —Curiosamente, esta fue su elección. Y dije que el almuerzo corría por tu cuenta.

Tomek le lanzó una sonrisa burlona pero amistosa que decía: "Por supuesto que lo dijiste. Muchas gracias".

Y entonces, como si lo hubieran ensayado, Morgana llegó a la mesa con una cuenta en la mano. Tomek instintivamente la tomó, estaba acostumbrado a hacerlo con tanta frecuencia en citas y comidas con Kasia que ahora era parte de su memoria muscular, y sacó su tarjeta de débito.

—¿Supongo que la cuenta de esta mesa está aún por venir? —preguntó mientras ingresaba su PIN.

—Sí.

—¿Oyen eso, chicas? ¡Pidan lo que quieran! —Abigail extendió la mano por la mesa y arrancó un menú del soporte—. Después de todo, es Navidad. Alguien tiene que entrar en el espíritu navideño, incluso si *él* no lo hará.

Las Kumar no tenían idea a qué se refería, pero no pareció perturbarlas; examinaron el menú y eligieron una Coca Cola Light para Nisha y un batido de plátano para Avena. Morgana se apresuró a salir antes de que Tomek pudiera pedir otro té para sí mismo.

Los cuatro permanecieron en casi completo silencio mientras esperaban sus bebidas. Tomek había decidido que era mejor comenzar su discusión sin la amenaza de interrupción cada dos minutos para preguntar si querían más refrescos. Y tan pronto como las bebidas llegaron, y Tomek pagó la cuenta poco después, fueron capaces de comenzar.

—¿Qué le gustaría saber? —preguntó Avena. Hablaba con la suavidad y el carisma de una azafata.

—Todo lo que puedas contarme. Todo lo que puedas recordar de esa noche. Todo lo que hayas recordado desde entonces.

Avena miró a su madre en busca de apoyo, quien lo ofreció con una mano suave sobre su antebrazo. Tomek le suplicó gentilmente con los ojos que se mantuviera firme y fuerte. No quería que fuera un viaje desperdiciado para todos. Especialmente para su cuenta bancaria.

—Bueno, éramos un grupo de seis. Yo, Nala, Dein, Harrison, Priti y Prav. Íbamos a ver a Catfish and the Bottlemen en The Cliffs. Era un espectáculo con entradas agotadas y estábamos casi al frente. Tratamos de permanecer juntos tanto como fuera posible, pero la gente necesitaba ir al baño y acababan yendo a buscar más bebidas y esas cosas. Así que, eventualmente nos separamos. Me quedé con Harrison y Priti, mientras que los otros estaban por su cuenta en algún lugar, nunca supe dónde.

Tomó un sorbo de su batido y lo colocó en la mesa con extremo cuidado, como si hacerlo con más fuerza pudiera romperlo.

—Estábamos bailando, divirtiéndonos, gritando las letras de las canciones en las caras de los otros, cuando de repente este tipo apareció frente a nosotros. Era más o menos de tu altura, quizás un poco más bajo. Pelo negro y grueso. Llevaba gafas de sol. Al principio, pensé que estaba buscando a sus amigos. Pero cuando no se movió y simplemente continuó parado allí, pensé que estaba buscando pelea. No sé por qué, pero sentí que me miraba directamente a los ojos. Como si quisiera pelear *conmigo*.

Tristemente, la verdad no estaba muy lejos.

—Justo cuando iba a preguntarle si estaba bien, Harrison le dio un toque en el brazo y lo abrazó. Se conocían de algún lado.

—¿Sabes de dónde? —preguntó Tomek, presionando con fuerza el extremo de su bolígrafo hasta que la tinta comenzó a filtrarse a través de la página.

—Creo que dijo que era del fútbol. Algo sobre jugar juntos en Dagenham.

El interés de Tomek se despertó.

—¿Jugaban juntos? —preguntó.

Avena negó con la cabeza. —Este tipo era al menos unos años mayor, así que creo que debe haber jugado en algunas categorías superiores, o quizás en el primer equipo.

—¿Y este es el hombre del que compraron las pastillas de éxtasis? —preguntó Tomek.

Pasó un rato antes de que ella respondiera. Mientras lo hacía, con una ligera inclinación de la cabeza, manteniendo los ojos cerrados, la puerta se abrió y otro grupo de clientes entró. La hora del almuerzo estaba en pleno apogeo, y el lugar se estaba calentando. Tomek se quitó el blazer y lo colocó en el respaldo de su silla, sobre su abrigo.

—Harrison fue quien pagó por ellas. Lo hizo parecer como si lo hubiera hecho antes, por la forma en que entregó el dinero. Casi no lo vi. Y luego simplemente las repartió, como si fueran caramelos. Cuando levanté la mirada, el hombre ya se había ido.

—¿Pero recuerdas cómo se veía?

Ella asintió. Y entonces Tomek le informó que la programaría para una reunión con su artista para elaborar un retrato robot del hombre.

—¿Te obligaron Harrison o Priti a tomar las pastillas?

La mirada de Avena cayó hacia su bebida y comenzó a girarla distraídamente sobre la mesa.

—Harrison dijo que lo había hecho antes, que fue una de las mejores experiencias de su vida, pero no me *obligó*.

Porque sus palabras fueron suficientes. Ella había estado en compañía de alguien en quien confiaba, alguien que quizás había conocido y respetado durante mucho tiempo. Entonces, ¿por qué no sería seguro probarlas?

—Pero solo tomé la mitad —dijo como una ocurrencia tardía.

—¿Media pastilla de éxtasis?

—Sí. Era mi primera vez y tenía miedo.

—Así que por eso... —comenzó, pero se detuvo.

—¿Por qué qué? —preguntó Nisha, su madre.

—Eso... —Hizo una pausa—. Perdona mi franqueza, pero esa es la razón por la que estás viva. La chica que lamentablemente falleció

por una experiencia similar a la tuya está muerta porque tomó toda la pastilla.

—Y porque Priti tenía el EpiPen de Avena con ella, y sabía *qué hacer* con él.

El rostro de Tomek se quedó plano. —Bueno. Sí. Por supuesto. Eso también.

—¿Esa pobre chica no tenía su EpiPen con ella?

Tomek no estaba tan seguro. No se le había ocurrido preguntarle a Elsie Rawcliffe cuando había hablado con ella. Y, como padre de una hija anafiláctica, sabía que no era un remedio tan obvio y fácil de administrar. Si no sabías cómo usarlo en primer lugar, había poco más que pudieras hacer.

Tomek pudo reconstruir el resto de la historia él mismo. Reacción anafiláctica en medio de la pista de baile, seguida de inconsciencia, rodeada de cientos de personas, seguida de un viaje de emergencia al hospital.

No una noche para recordar para nadie.

Después de concluir la reunión y agradecerles varias veces por su confianza y valentía al compartir la historia con él, Tomek cedió la palabra a Abigail, quien explicó que toda la comunicación sería manejada por ella y que el nombre de Avena podría mantenerse fuera de todo esto si eso era lo que querían.

Los cuatro salieron al mismo tiempo. Afuera, Tomek y Abigail se despidieron y las vieron marcharse.

—¿Conseguiste lo que querías? —preguntó ella.

Tomek asintió.

Lo había conseguido.

Porque ahora la red de fútbol se había hecho más pequeña, el espacio entre los postes de la portería más estrecho. Solo esperaba poder marcar el gol de la victoria en algún momento pronto.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Durante su "día libre" —que le estaba empezando a molestar que todo el mundo llamara "día libre"— la DC Rachel Hamilton había completado una gran parte de la lista de tareas pendientes relacionadas con la investigación de la muerte de Fern Clements.

Algo que ella no tuvo ningún problema en recordarle.

—No fue un puto día libre, ¿vale? Mi hija estaba en el hospital.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—No lo sabía, colega. Lo siento. El mensaje fue que te tomabas un día libre. Sin explicación real.

—¿Quién te dio esa impresión?

—Un Tercio de Galleta Jaffa —respondió Rachel—. Nos dijo que estabas fuera. No te voy a mentir, estaba un poco cabreada, pero supongo que ahora no tengo ningún derecho a estarlo.

—No. No lo tienes.

Y ahora él tampoco tendría derecho a enfadarse con Sean por no compartir con él la información sobre la reunión estratégica del día anterior. Si Sean había estado bajo la misma idea equivocada que el resto de la oficina, entonces no tenía motivos para estar enfadado con su amigo.

—¿Qué lograste ayer? —preguntó Tomek intentando no sonar demasiado condescendiente. Se dio cuenta de que probablemente no había funcionado tan bien como esperaba.

—Más de lo que probablemente me estás dando crédito ahí arriba. —Le dio un golpecito en un lado de la cabeza.

—Eso no es cierto. Sabes que te valoro mucho.

—Ajá. Díselo a mi evaluación de desempeño.

Tomek se rio. A pesar de la diferencia de rango, Tomek respetaba a Rachel y la veía como una igual. Era experimentada, llevaba en el trabajo algunos años menos que él, y tenía todas las características de alguien que podría progresar más a través de los rangos si tan solo tuviera la confianza en que podía hacerlo. En el tiempo que él había estado "gestionando" a los agentes de policía (aunque odiaba el término), ella era quizás la que mostraba más impulso y compromiso, un afán por aprender, crecer y desarrollarse; básicamente todas esas cosas que pones en un currículum con la esperanza de que nadie te cuestione. Sin mencionar que era una persona amable y maravillosa. Solo había estado en su vida tanto tiempo como Kasia, pero se había integrado en el equipo después de unos días y, ahora que se había mudado más cerca de la comisaría, estaba más disponible para tomar algo y para las noches sociales al final de un largo día.

Para responder a su pregunta, ella cargó un documento Excel en su pantalla. En la primera pestaña había una serie de cuatro tablas, llenas de nombres y direcciones. Sobre cada tabla estaba el nombre de cada una de las cuatro víctimas, en negrita y centrado. Y, en la columna de la derecha de cada tabla había una serie de S y N.

Tomek miró la primera tabla. Fern Clements. Su sección de trabajo. La lista contenía los nombres de todos los que habían asistido a la reunión la noche en que murió. Todas las celdas de esa columna estaban marcadas con una S, excepto una.

—¿Hablaste con cuatro personas diferentes de la fiesta ayer?

—Cinco, técnicamente. —Señaló dos nombres en la hoja—. Estos dos son gemelos. Así que los cuento como uno. Y me alegro de que lo fueran, de lo contrario habría estado trabajando hasta la medianoche.

Tomek la conocía lo suficiente como para saber que estaba hablando literalmente, no figurativamente.

—Bueno —comenzó—. Gracias por tu duro trabajo y esfuerzo. Realmente lo aprecio. Como agradecimiento, me encargaré del último de la lista para que puedas descansar. ¿Qué te parece?

Ella lo miró con el ceño fruncido. Y no de la manera coqueta habitual a la que él estaba tan acostumbrado con otras mujeres. Esta era una mirada dura y penetrante que, admitió, lo asustó un poco.

—¿Y quién dijo que la caballerosidad había muerto? —dijo con sarcasmo.

—Eso no es caballerosidad. Caballerosidad sería preguntarte si llegaste a casa sana y salva anoche. ¿*Llegaste* a casa sana y salva?

—Bueno. Sí.

—Genial. Eso es caballerosidad. Mientras que ofrecerme a hablar con una adolescente para que no tengas que hacerlo tú es mi manera de ser un caballero.

Rachel lo miró inexpresivamente durante un largo momento.

—Creo que malinterpretas el concepto de ambas palabras.

—Y yo creo que malinterpretas el hecho de que estás malinterpretando lo que digo.

—¿Qué?

—Exacto. Tú dime.

—¿De qué coño estás hablando, Tomek?

—No lo sé. Lo siento. Honestamente, me perdí por un momento.

—Parece que tienes problemas.

Él tocó la pantalla.

—Entonces agrégame a la lista.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Claudia Lowther era la última en la lista de invitados que habían asistido a la fiesta en la casa la noche de la muerte de Fern Clements y, por lo que Tomek y Rachel entendían, era la amiga más cercana de Fern. Rachel, con toda razón, había tomado la decisión de hablar con el resto de los asistentes antes de hablar con Claudia. Quería escuchar todas las acusaciones descabelladas y falsedades antes de finalmente reducir su campo de visión y escuchar la única versión de los hechos, la única versión de la vida de Fern Clements que probablemente fuera la más precisa.

Todos estaban sentados en una pequeña sala en uno de los pasillos del bloque de ciencias. Era tranquila, apartada y había sido disfrazada como un armario de equipos químicos, por lo que no había posibilidades de ser interrumpidos, a menos que un profesor, buscando un lugar donde llorar, como sospechaba que podría haber sido el propósito original de la sala, entrara y los distrajera. Con ellos en la sala estaba la jefa de atención pastoral para el Décimo Año, Linda Vickers, una mujer baja con un corte de pelo a la altura de la barbilla, gafas que abarcaban la anchura de su rostro, y una sonrisa aún más grande que parecía llegarle hasta las orejas. Hablaba suavemente, era educada y gentil. Y esa sonrisa; desarmante, cálida y tranquilizadora. Era evidente por qué había estado en el puesto durante casi quince años, según había explicado.

—Tengo mis propios hijos, y creo que es importante que vean una sonrisa todos los días, aunque sea de su propia madre —había

dicho—. El mundo podría beneficiarse de un poco más de felicidad.

Eso había sido demasiado profundo para Tomek como proverbio post-almuerzo, pero eso era solo el cínico que había en él. Ella tenía razón, por supuesto. El mundo podría beneficiarse de mucha más felicidad. El único problema era que, en su mundo, en su vida lidiando con la muerte, el crimen y la destrucción de innumerables vidas a diario, ciertamente no era el lugar para encontrarla.

Una vez que Claudia se recuperó del shock inicial de haber sido llamada de clase por un oficial de policía, Tomek le explicó quién era y por qué estaba allí.

—Tengo entendido que le ofrecieron tomarse un tiempo libre de la escuela para asimilar lo que sucedió —comenzó Tomek—. ¿Cómo es que todos sus amigos lo han hecho pero usted no?

—No puedo —dijo ella con una sacudida de cabeza—. Necesito mantenerme ocupada. De lo contrario, me volveré loca pensando en ello.

—Eso es muy concienzudo de su parte —dijo él, más como una nota para sí mismo sobre su carácter que para beneficio de ella.

Y entonces comenzó la entrevista en serio. Al principio, empezó haciendo preguntas sencillas, abordando ligeramente el tema de Fern y su relación, acercándose al asunto de manera controlada y reflexiva. Le preguntó sobre la escuela, sus calificaciones, los GCSE, qué clases estaba tomando y cuáles eran sus favoritas (español y francés, igual que Fern). Todos los elementos diseñados para ponerla cómoda. Y ella había reaccionado de la misma manera: cuidadosa y reflexivamente, suave y cálidamente.

Hasta que él comenzó a apretar un poco más.

—¿Qué pasó la noche que Fern murió? —preguntó Tomek.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, ¿qué le pasó a ella?

—No sé quién la mató.

—No es eso lo que estoy preguntando.

—Pero está haciendo que suene como si lo fuera.

Sintiendo que las tensiones estaban aumentando, Linda se estiró entre ellos y colocó una mano sobre la de Claudia.

—El detective no está asumiendo nada. Solo quiere saber qué pasó. Eso es todo.

Inmediatamente, la chica se calmó.

Y Tomek sintió que él también se tranquilizaba.

—Hubo —comenzó ella, pero luego se contuvo. Le tomó unos momentos recuperar la compostura, y después de varios tragos profundos y respiraciones aún más profundas, continuó—. Hubo un desacuerdo. Se suponía que todas nos quedaríamos a pasar la noche en casa de Bianca, pero Fern estaba un poco achispada, y había pasado toda la noche enviando mensajes a su novio.

—¿Novio?

—Bueno, no era realmente su *novio*. Más bien un...

—¿Una relación informal?

—Sí. Una relación informal. Pero ella siempre solía llamarla una relación de mierda porque él solía joder su vid-

Claudia de repente se dio cuenta de lo que estaba diciendo y se detuvo, sus ojos suplicando el perdón de Linda.

—Por favor —dijo Tomek—, continúe.

—Bien. Pues. Todas habíamos estado bebiendo, solo unos sorbos de WKD y algunas copas de vino, nada importante. Pero Fern no lo estaba manejando muy bien, y empezó a hablar en voz alta y a interrumpir a todos. Así que todas la regañamos. Y a ella no le gustó y comenzó a ponerse un poco agresiva. Luego dijo que iba a encontrarse con Darren.

—¿Y Darren es con quien tiene la relación informal?

Claudia miró a Linda buscando aprobación. La jefa de atención pastoral asintió a Claudia, quien luego asintió a Tomek, como si el mensaje se transmitiera telepáticamente a través de la cadena.

—¿Sabe si alguna vez se encontró con Darren?

Esta vez Claudia negó con la cabeza, un mensaje que no necesitaba pasar por los tres.

—¿Darren va a esta escuela?

—No. Es mayor. Tiene unos diecisiete años.

—¿Pero no va a la escuela?

Más negaciones con la cabeza. —No. Ella mencionó algo sobre que él había conseguido una beca de fútbol para algún equipo en

Dagenham, creo que era. No sé por qué alguien querría jugar allí, son una mierda.

—El lenguaje —le recordó Linda—. Eso último fue un poco innecesario, ¿no crees?

—Lo siento, profesora.

Mientras ella se disculpaba, la mente de Tomek se distrajo. Pensó en Darren y la relación de mierda. Darren el futbolista. Darren, el joven de diecisiete años que jugaba para algún equipo en Dagenham. Darren, el joven que había ido a encontrarse con Fern Clements la noche que ella murió.

¿Podría estar todo conectado?

—¿No he dicho algo que no debería haber dicho, verdad?

La voz aguda de Claudia lo trajo de vuelta a la sala. Él negó con la cabeza. —No —respondió—. Has sido de gran ayuda. Gracias.

CAPÍTULO
TREINTA

Tomek confiaba plenamente en muy pocas personas de la oficina para compartir los pensamientos dentro de su cabeza. Especialmente algo tan descabellado y fuera de lo común como esto.

—Me tienes en ascuas ahora —le dijo Sean mientras Tomek dejaba la mesa y se dirigía a la barra del Fork and Spoon.

Detrás de la barra estaba Jim, quien había sido dueño del lugar desde que comenzaron a frecuentarlo.

—¿Lo de siempre?

—Por favor, colega.

Mientras Jim se alejaba hacia el otro lado de la barra, los ojos de Tomek se desviaron hacia la máquina expendedora en la esquina del pub, que brillaba casi tanto como un juego de reflectores en la cubierta de un crucero. Jim había implementado esta fuente adicional de ingresos como parte de su estrategia de diversificación. Le cobraba al dueño de la máquina una tarifa mensual fija por el espacio en la esquina, y luego se llevaba el diez por ciento de las ganancias mensuales. Todo sonaba demasiado bueno para ser verdad. Pero eso solo si la máquina se estaba utilizando y, por lo que Tomek sabía, no era así; cada vez que había entrado, seguía completamente abastecida y parecía que nadie se había acercado a ella.

—¿Cómo te va con eso? —preguntó Tomek cuando el hombre regresó con dos bebidas llenas hasta el borde.

—¡Una puta mierda! —comentó Jim—. Quiero deshacerme de ella. El pequeño sinvergüenza me ha vendido un sueño. Me ha estafado mil libras, el muy cabrón.

—¡¿Mil libras?! —la voz de Tomek alcanzó una octava que no había alcanzado en casi treinta años.

—Bueno, tuve que pagar un depósito, ¿no?

—¿Para qué?

—Para la máquina. Por si se rompe.

—Pero pensaba que él te pagaba por el espacio.

—Pues si lo está haciendo, no he visto nada.

Tomek sacó su billetera.

—Te ha tomado completamente el pelo.

Jim gruñó al ver la billetera de Tomek y extendió su mano, listo para el dinero que estaba a punto de caer cómodamente en ella.

—Serán quince libras, colega.

Tomek se sobresaltó y casi se atragantó con su saliva.

—Quince libras. ¿Por dos pintas? ¿Desde cuándo este lugar está ubicado en medio de Shoreditch?

Jim se encogió de hombros.

—Bueno, tengo que transmitir esos costos de alguna manera, ¿no? —explicó mientras señalaba con el pulgar en dirección a la máquina expendedora.

—¿Por qué siento que ahora soy yo a quien le están tomando el pelo?

—La mierda siempre cae hacia abajo, me temo, amigo.

—Sí. Y siempre somos los trabajadores de clase obrera los que tenemos que soportar la peor parte.

Jim no tuvo nada que decir a eso. Así que Tomek entregó el dinero, *a regañadientes*, y se dirigió de nuevo al reservado donde Sean estaba sentado.

—¿Puedes creerlo? —comenzó Tomek, enfurecido.

—¿Creer qué?

—Quince libras por dos pintas. Todo porque se ha dado cuenta de que su astuta decisión de negocio no era tan astuta después de todo.

Sean tomó la pinta del centro de la mesa y bebió un sorbo. Al bajar el vaso a la posavasos, dejó atrás un fino bigote espumoso.

—Me enfadé la última vez que vine.

—¿La última vez que viniste? —Tomek trató de ocultar el dolor en su voz, pero sin éxito.

—Sí. Vine hace un par de semanas con Chey.

Tomek asintió, incapaz de encontrar la mirada de su amigo, esta vez tratando de ocultar el dolor en su rostro.

—Te hubiéramos preguntado si querías venir, pero supusimos que estarías ocupado con Kasia. Y estoy bastante seguro de que era la misma noche que dijiste que ella comenzaba sus clases de polaco y que querías volver para ellas.

Un silencio se instaló entre ellos. Incómodo y tangible. Tomek lo llenó tomando un sorbo y gradualmente encontrando la mirada de su amigo. Sean lo llenó cambiando de tema tan pronto como pudo.

—¿Cómo le va con sus clases?

—Sí, bien.

—¿Has notado alguna mejora?

—Sí, supongo. No pedirá *dos cervezas* en polaco pronto, pero va progresando.

—¿Cómo dijiste que era su tutor?

—Bueno, es un tutor.

—No, estoy seguro de que había un nombre particular para ello.

—Ah, un políglota.

Sean chasqueó sus gruesos dedos.

—¡Eso es!

—Técnicamente, es un *hiper*políglota, pero como no está aquí, no creo que le importe si nos ahorramos las sílabas extra.

Sean se rio torpemente, y la conversación de repente se volvió extraña. El ambiente había decaído, y era como si se hubieran quedado sin cosas que decir, sin temas de qué hablar entre ellos. Algo que nunca habían tenido que soportar. No así.

Habían sido amigos durante casi quince años y habían pasado la mayor parte de ese tiempo hablando de todo y de nada, conociéndose mutuamente en casi todos los niveles, por lo que ahora era una situación extraña en la que encontrarse. Incómoda y

poco familiar. Las cosas no habían sido iguales desde que Kasia había entrado en su vida, él era el primero en admitirlo. Ella se había convertido en la prioridad y, sin ser culpa suya, lo había alejado de su antigua vida llena de bebidas, socialización, diversión, conocer mujeres semanalmente, y lo había empujado a una vida significativamente más aburrida. Quizás era lo mejor y él simplemente no se había dado cuenta todavía. Después de todo, tenía cuarenta años. Quizás era demasiado mayor para andar acostándose con diferentes mujeres y evitando el miedo al compromiso tanto tiempo como fuera físicamente posible. Quizás era hora de que sentara cabeza y encontrara a alguien con quien pudiera tener un futuro.

Lo que le recordó...

—He estado viendo a Abigail, recientemente... —comenzó, y luego se contuvo.

—¿La has estado *viendo*?

Tomek agitó las manos en el aire.

—No, no, no. No de esa manera. No en una especie de relación informal. En un sentido *profesional*. Me ha estado dando información sobre las chicas que fueron drogadas en los acantilados. Ella fue quien me ayudó con la conexión entre los asesinatos, incluido el de Diana Greenock en Manchester.

—Bien.

Esta vez fue el turno de Sean de no lograr ocultar el dolor en su expresión y voz. El dolor de su reciente relación con Abigail, que había terminado apenas unas semanas antes.

—Me reuní con ella esta tarde, de hecho —continuó Tomek—. Trajo a una chica llamada Avena Kumar, que fue una de las víctimas del asesino. Ella y un par de sus amigas estaban juntas en el concierto, viendo a Catfish and the Bottlemen. Pero lo que me contó me intrigó.

—¿Abigail o la chica?

—La chica.

—Vale.

Entonces Tomek le contó sobre su teoría. Que lo tenían todo mal. Que no estaban buscando a un asesino. Estaban buscando a un

grupo de ellos, todos unidos por un elemento común de sus vidas: el fútbol. Y en particular, un club de fútbol. Dagenham & Redbridge FC. Que todos estaban trabajando juntos, como amigos y cómplices, planeando matar a un grupo de chicas a través de sus alergias.

Las palabras se sentían extrañas para Tomek al escucharlas, pero tan pronto como terminó de decirlas, sintió que se le quitaba un peso de encima. Sean era el único hombre en quien podía confiar con este tipo de cosas, pero pronto comenzó a sentir que no debería.

—Entonces, ¿crees que un grupo de chicos de quince y diecisiete años, todos los cuales habrían tenido quince años en ese momento, eran lo suficientemente inteligentes como para hacerse amigos o entablar relaciones con chicas que tenían alergias, y luego proceder a encontrar formas de matarlas basándose en sus alergias? ¿Crees que un grupo de chicos de quince y diecisiete años tienen la destreza técnica para lograr algo así?

Tomek guardó silencio.

—Bueno, cuando lo pones así.

—Solo creo que es altamente improbable.

—Pero no *imposible* —dijo Tomek, sintiendo un ligero rayo de luz atravesar el lienzo negro que Sean había creado con su negatividad —. No creía que sería probable que la primera mujer que he amado en mucho tiempo me rompiera el corazón y resultara ser una asesina en serie. No creía que sería probable que un padre fingiera su muerte y matara a su hija porque pensaba que no era suya... Pero todo eso sucedió.

Y en el espacio de los últimos meses, además.

Sean se rascó el costado de la cabeza, masajeando las venas visibles en sus sienes.

—Entiendo lo que dices pero, vamos. —Había una súplica genuina en su voz—. Tres víctimas de asesinato...

—Dos de las cuales tienen novios o personas en sus vidas que juegan al fútbol.

Sin incluir a Billy el Luchador de Vacas, que no estaba relacionado con los asesinatos de ninguna manera.

—¿Y qué hay de Diana Greenock? —preguntó Sean.

—¿No creías que era un asunto relevante en esta investigación? —replicó Tomek de una manera que le hizo saber a Sean que estaba enfadado.

—Escucha, sobre eso —comenzó—. Quería llamarte. Te quería allí, pero Victoria dijo que lo dejáramos así.

—Hmm.

—Solo hemos aparcado el caso de Diana Greenock por ahora. No nos hemos olvidado de ella por completo.

—Igual da, con la cantidad de recursos que estás dedicando a su asesinato y al de Mandy Butler.

Sean puso los ojos en blanco y respiró profundamente. Su gigantesco pecho se infló casi al doble de su tamaño. Luego dejó salir todo el aire lentamente.

—Tu teoría no encaja con el perfil del psicólogo forense.

—¿Te refieres al mismo perfil que tuve que escuchar cómo inventaba sobre la marcha no hace mucho tiempo? Vamos. Lo has oído, ¿verdad? Es más enrevesado que las instrucciones de una gofrera, mucho más confuso de lo necesario. Tracy dio descripciones de dos hombres completamente diferentes para poder cubrir todas las posibilidades. ¿Crees que es un perfil sólido para guiarse?

—Es todo lo que tenemos.

—Entonces es como si un ciego guiara a otro ciego por ahí.

Tomek necesitaba otro sorbo. Pero cuando miró su bebida, se dio cuenta de que no quedaba nada.

—La *próxima* ronda la pagas tú —le dijo a Sean.

—¿Lo mismo otra vez?

—Por favor.

Y entonces Sean se deslizó fuera del asiento y se dirigió al bar. Mientras esperaba, Tomek revisó su teléfono. No había llamadas perdidas, solo un mensaje que decía que Kasia había llegado a salvo. Un momento después, Sean regresó con las bebidas en la mano.

—Esta vez ha costado veinte libras.

—¿Qué dices?

Mientras Sean volvía a su asiento, agitó dos paquetes de patatas fritas frente a Tomek. Walkers de sal y de queso y cebolla. De la máquina expendedora.

—Deberías haberle pedido a Jim que restara la cantidad del total —respondió Tomek.

—Quizás la próxima vez.

Otro momento incómodo pasó. Un segundo en tan rápida sucesión. A Tomek le preocupó.

—¿Por qué no dejamos de hablar de trabajo? —comenzó Sean—. Es aburrido y no es algo en lo que quiero pensar todo el día.

—Está bien. Me parece justo.

—¿Qué vas a hacer en Navidad?

—Solo seremos nosotros dos. Quería que nuestra primera Navidad fuera solo nosotros dos, solos, sin el caos de estar en casa de mi madre. Podemos dejar eso para el próximo año. ¿Y tú?

—Lo opuesto —respondió Sean—. Mi hermana y yo vamos a casa de mi madre.

Igual que todos los años. La misma historia desde que Tomek lo conocía. Sean era, en sus propias palabras, un niño de mamá. Cuando Sean era joven, su padre había muerto a temprana edad, un ataque al corazón mientras se enfrentaba al padre del acosador escolar de Sean, y por lo tanto, Sean se había visto obligado a asumir el papel desde temprano. Había ayudado a mantener a su madre y hermana menor vendiendo dulces y bebidas en la escuela y ganándose una reputación como el más probable a ser empresario más adelante en la vida. Y luego se había unido a la policía cuando todavía vivía en casa y continuó poniendo comida en la mesa mientras protegía a su familia de su difícil barrio con su reputación aún más impresionante e intimidante.

Y cada año estaba la típica invitación para que Tomek se uniera. En algunas ocasiones, los había acompañado, pasando la noche disfrutando del arroz jollof de la madre de Sean y el pudín malva de postre, antes de regresar a su piso vacío para una noche de televisión mediocre y quedarse dormido en el sofá. Muchas veces había ido a trabajar y pasado el día con personas con las que trabajaba a diario. Pero era diferente. Por un día del año, se sentía como si el estrés del trabajo se hubiera levantado junto con todas las cargas que venían con él.

—Primera Navidad juntos —murmuró Sean—. Debe ser emocionante.

—Ella está ilusionada. Yo, por otro lado, no le doy mucha importancia a todo esto, como sabes. Aunque me complace decir que ella está devolviendo parte de esa festividad a mi vida. Las cantidades de oropel y adornos navideños que tenemos por toda la casa harían eso con cualquiera.

—¿Dónde está ella esta noche?

—¿Quién?

—Kasia. Obviamente.

Los ojos de Tomek se ensancharon.

—Escucha esto. Ha salido a una cena navideña de chicas con la hija de Nick.

—¿El infame Nick Cleaves que no deja que su hija haga nada a menos que haya pasado por varias rondas de aprobación y se solicite con al menos seis meses de anticipación?

—El mismísimo. Así que tengo la noche libre.

Sean señaló la bebida.

—De ahí la copa.

—De ahí la copa.

Otro momento pasó entre ellos. Pero esta vez no fue incómodo. Bueno, *fue* incómodo, pero solo un poco. Un cuatro de diez en la escala de incomodidad, ya que ambos hombres se dieron cuenta de que así sería de ahora en adelante, poniéndose al día en un entorno social cuando a Tomek se le había concedido la noche libre de las obligaciones parentales. Un hecho que ambos tendrían que aceptar.

—Solo asegúrate de no convertirte en alguien como Nick como padre —dijo Sean.

—¿Qué quieres decir?

—Me imagino que tiene sus preguntas de entrevista preparadas para cuando ella regrese. Y probablemente tiene una pestaña en su iPad de su posición actual en el mundo.

—¿Eso no viene con el territorio del trabajo?

—Depende de hasta dónde lo lleves.

—Genial. ¿Algún otro consejo sabio?

—Sí. No compres nunca estas patatas otra vez; están rancias como la mierda. De hecho, no compres nada de esa máquina expendedora, probablemente todo esté caducado. —Tomek tiró el paquete de patatas de queso y cebolla medio comido sobre la mesa e hizo una mueca, mostrando los trocitos de comida en su boca. Ambos hombres se rieron.

—Ah, y por lo que vale, amigo —comenzó Sean, acomodándose en el respaldo de su silla—. Si *estabas* preocupado por tener mi bendición antes de que pasara algo entre tú y Abigail, y no te pongas así, sé cómo es ella y sé lo que quiere, entonces no necesitas esperar. Puedes hacer lo que quieras. Ella y yo ya nos hemos acabado hace tiempo.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

La sensación de la arena en sus pies, derritiéndose entre sus dedos. El sonido de las olas rompiendo en la distancia y el ruido de sus voces rápidamente ahogado por él. La sensación del frío amargo que lograba atravesar la tela de sus vaqueros y top de Zara. Y la otra sensación en su cuerpo que la adormecía un poco a todo ello.

Solo un sorbo. Un sorbo del vodka en la bolsa de Lucy. Eso era todo lo que había tomado. Las chicas no le permitieron tomar mucho más, porque dijeron que eran responsables y que era su trabajo cuidar de ella y de Sylvia y asegurarse de que no pasara nada. Y sin mencionar que no era bueno para ella. Pero el sorbo había sido suficiente para subírsele a la cabeza y afectar sus tiempos de reacción.

Así que cuando gritaron su nombre, no lo escuchó. Estaba demasiado ocupada mirando el agua, la negra superficie brillante del estuario del Támesis frente a ella.

—Kash, ¿vienes o te vas a quedar ahí parada como un pasmarote? —preguntó Lucy Cleaves, la hija de Nick, desde el otro lado de la playa.

A Kasia no le gustaban los limones, pero tampoco creía que hubiera nada malo en ser uno.

Apartando ese pensamiento extraño, y posiblemente inducido por el vodka, al fondo de su mente, se agachó para recoger sus zapatos y luego se apresuró hacia las demás. El resto del grupo, incluida

Sylvia, estaba situado a unos metros de la orilla. El olor a sal y algas marinas secas era fuerte en esta parte de la playa, tan denso que se adhería a la parte posterior de su garganta. La playa era una pequeña franja de arena en Old Leigh llamada Bell Wharf, completamente desierta ahora, pero típicamente abarrotada durante el verano, o tan pronto como el sol hacía su aparición, con hordas de bañistas apretujándose en cada espacio disponible. Al otro lado del estuario del Támesis estaban las luces apagadas y brillantes de Kent, a solo unos kilómetros de distancia. Arriba, brillando a través de una fina capa de nubes, estaba la luna, radiante y llena de esplendor, con un resplandor lo suficientemente brillante como para iluminar los rostros de sus nuevas amigas.

Kathy, Vicky, Fiona, Yasmin y Lucy. Y por supuesto Sylvia.

Todas eran mayores que ella (con la excepción de Sylvia, que solo era unos meses menor) y pensaba que eran las mejores. Eran divertidas, tenían más experiencia en la vida, en la escuela y con los chicos, eran más valientes, no temían decir lo que pensaban, eran inteligentes, eran hermosas. Todas ellas. De pies a cabeza. Cada una a su manera.

Y también eran más sofisticadas. Algunas de las chicas que conocía de su propio curso estaban fascinadas con los chicos, TikTok y las últimas tendencias, pero a ella no le interesaba todo eso. Aunque, sí, pasaba un tiempo anormalmente largo en TikTok y en todas las otras diversas plataformas de redes sociales, solo lo hacía porque le ayudaba a llenar el tiempo, a silenciar la ansiedad. Pero nunca hacía videos ella misma, nunca pensaba en filmarse haciendo algún movimiento de baile estúpido frente a una cámara con solo la mitad de su ropa puesta. Algunas de las chicas de la clase incluso hablaban de intentar hacerse famosas en TikTok. Kasia no podía creerlo. Sonaba estúpido.

Pero era la falta de charla sobre chicos lo que Kasia realmente disfrutaba y apreciaba. Ya había tenido suficiente con Billy y no quería hablar más con él. Especialmente después de lo que le había hecho. Él sabía sobre su alergia a los cacahuetes pero aún así había traído restos de ellos. Sabía que ella no podía estar cerca de ellos,

pero aun así había intentado contaminarla. Por eso, había perdido toda su confianza y respeto.

¡Y pensar que lo había besado!

Qué gran arrepentimiento era eso. Nunca más. No, esperaría hasta que fuera alguien en quien pudiera confiar de verdad, alguien que la respetara y no intentara matarla, ya fuera involuntaria o intencionalmente. Alguien de quien se enamorara.

O quizás nunca besaría a nadie nunca más.

Eso parecía la forma correcta de hacerlo por ahora.

—¿Os habéis enterado de lo que pasó en mates el otro día con el Sr. Higham? —preguntó Yasmin. El blanco de sus ojos brillaba bajo la luz de la luna, y las sombras de su rostro y pecho solo parecían acentuar su bonita figura.

Las chicas respondieron que no se habían enterado. Kasia y Sylvia se sentaron en silencio, esperando a que la historia continuara.

—Bueno, fue lo más gracioso, ¿vale? Dexter Walker entró tarde, ¿no?, y en cuanto el profe lo vio, le preguntó cuál era la respuesta a la pregunta de la pizarra. ¡Y Dexter la acertó así! —Chasqueó los dedos y el sonido puntuó el aire y resonó en la calle más allá—. Pero lo más gracioso fueron las reacciones de todos después. La cara del profe se descompuso, como si alguien le hubiera hecho un calvo. Y luego todos nos pasamos veinticinutos sin hacer nada. No pudo controlarnos después de eso. Es tan listo.

—No me gusta Dexter —respondió Vicky—. Es un poco capullo. ¿No creéis que es un poco arrogante? Se cree el más guapo del curso.

—He dicho que es listo —respondió Yasmin—. Eso no significa que piense que está bueno.

Kasia estaba agradecida de que ese tipo de conversación se interrumpiera bruscamente. Esperaba que no hubiera ninguna charla sobre chicos y novios y relaciones y situaciones esta noche porque sabía que si el tema surgía, estarían inclinadas a preguntar sobre su viaje al hospital y no quería lidiar con la vergüenza de explicarlo. Sylvia era la única que lo sabía, y en este momento quería mantenerlo así.

Excepto tal vez Yasmin.

Yasmin parecía el tipo de chica que podía mantener ese tipo de cosas en secreto, de la misma manera que lo había hecho Sylvia. Tenía una sensación sospechosa del resto de ellas. No era que fueran malas o que fueran a hacerle daño intencionalmente, simplemente no confiaba plenamente en ellas. Eso era todo.

Había visto suficientes películas de *Chicas malas* y dramas adolescentes para saber cómo eran este tipo de chicas.

Especialmente Lucy. Ella era la líder del grupo, la Regina George. Era la que había traído el vodka, robado del armario de la cocina de su madre y padre, y había reemplazado el líquido faltante con agua con la esperanza de que nunca lo descubrieran. Era la que lo estaba pasando al resto de ellas.

—No, estoy bien, gracias —respondió Yasmin con bastante firmeza, lo suficientemente contundente para que entendieran su punto, pero no tanto como para molestar a alguien—. Creo que ya se me ha subido a la cabeza.

—Qué floja —dijo Lucy mientras lo pasaba al resto de las chicas.

Kasia las observó a todas tomar la botella de cristal de la hija de Nick, llevársela a los labios, dudar mientras lo hacían, y luego hacer una mueca como si acabaran de chupar un limón.

—Jodidamente asqueroso —dijo Vicky mientras lo pasaba a la siguiente.

—Puaj.

—¿Por qué la gente bebe esto por diversión?

—No sé cómo mi padre bebe tanto de esto.

Era unánime. El vodka era malo, sabía a mierda, pero aun así seguían bebiéndolo. Hasta que no quedó nada, nada más que una pequeña gota que ninguna de ellas pudo sacar de la botella.

—Dámela —dijo Lucy, extendiéndose hacia Fiona al otro lado del círculo que habían formado en la arena.

—¿Por qué? No se la vas a devolver a tu padre, ¿verdad?

—Claro que no. Solo... solo quiero ponerla en la basura. Eso es todo.

—¿Ahora nos preocupamos por el planeta? Pero cuando quería deshacerme de esa barbacoa que encendimos en el bosque el otro

día, dijiste que se biodegradaba.

—¡Porque eso es lo que decía en la caja!

—Sí, sí.

Kasia no sabía qué estaba pasando, y a juzgar por las expresiones incómodas y en blanco en los rostros del resto de las chicas, nadie más lo sabía tampoco, pero sentía que se avecinaba una discusión. Una discusión sobre la maldita basura, ni más ni menos.

Tomek estaría orgulloso.

No por el consumo de alcohol de menores o por holgazanear en una playa hasta tarde por la noche, sino por la basura; siempre le recordaba que tirara su basura en el contenedor cuando terminaba con algo, de lo contrario amenazaba con multarla.

Por alguna razón, sin embargo, no creía que su elección de amigas conscientes de la sostenibilidad restaría importancia al hecho de que había bebido alcohol esta noche.

Pero con suerte él nunca lo descubriría.

—¿Puedo tenerla entonces? —preguntó la hija de Nick por segunda vez.

—Venga, toma. Si tanto insistes.

Lucy arrebató la botella a Fiona y se puso de pie con dificultad, pateando montones de arena al aire como un caballo retozando en la tierra sucia. Por un breve momento, Kasia la vio desaparecer hacia el contenedor en la explanada, pero rápidamente perdió la atención cuando escuchó hablar a Yasmin de nuevo.

—¿Alguna de vosotras vio...?

Antes de que pudiera terminar, un chillido ensordecedor perforó el silencio y partió el aire en dos. El sonido fue tan fuerte que hizo que Kasia saltara físicamente de miedo. Su cuerpo se enfrió y contuvo la respiración durante una fracción antes de finalmente girarse en dirección al sonido. Aunque el alcohol había distorsionado sus habilidades de ecolocalización, sabía que había sido Lucy gritando.

Todas sabían que era Lucy gritando.

El único problema era, ¿quién era lo suficientemente valiente para averiguar por qué?

Para su propia sorpresa, ya había dado unos pasos en su sprint a lo largo de la playa antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Exactamente eso. Corriendo. Hacia el peligro. Hacia la oscuridad. Pero también hacia su amiga que necesitaba ayuda.

El grito había sido un sonido singular, solitario, penetrante, seguido de un sordo *golpe*. Y luego silencio.

Kasia no sabía qué significaba eso. No se había preparado para lo que podría encontrar.

Al final de la playa, al pie de las escaleras, lo descubrió. Allí, derrumbada en la explanada de hormigón como una muñeca de trapo, estaba la hija de Nick, y de pie sobre ella había un hombre pequeño y corpulento con un abrigo gastado y rasgado. La sangre goteaba por el cemento, impedida en su viaje por la arena y las algas arrastradas por el mar.

Al principio, el hombre no la reconoció —el olor a alcohol le llegaba desde unos metros de distancia—, pero tan pronto como ella gritó el nombre de Lucy, él giró borracho en el sitio, con movimientos lentos y trabajosos. Y entonces ella saltó sobre él.

No sabía qué se había apoderado de ella —rabia, ira, estupidez— pero funcionó. Después de su primer intento, derribó al hombre al suelo, y cuando saltó sobre él, el resto de las chicas ya habían llegado. Los gritos estallaron en el aire ante la vista de la sangre y el cuerpo de Lucy tirado en el suelo.

—¡Ayudadme! —gritó Kasia—. ¡Saltad sobre él para que no pueda moverse!

No tardaron mucho las chicas en salir de su inercia y ayudarla. Poco después, las cinco estaban sobre el hombre, inmovilizándolo contra el suelo. Con el resto de sus amigas ocupadas, Kasia aprovechó la oportunidad para bajarse de él y apresurarse hacia la hija de Nick. La encontró derrumbada en el suelo, completamente inmóvil. Por un momento, Kasia temió lo peor, que hubiera sucumbido a un golpe fatal en la cabeza, que hubiera sido asesinada. Pero tan pronto como notó el suave subir y bajar del pecho de Lucy, entró en acción. Lo primero que pensó en hacer, antes que nada, fue llamar a su padre.

Él sabría qué hacer.

Y no solo porque fuera policía. Sino porque era valiente, inteligente y capaz de pensar de manera lógica y clara en momentos como estos. Él sería el héroe que ella necesitaba, que todas necesitaban, para salvarlas de esta pesadilla.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

Apenas minutos después de que Tomek llegara a la playa, toda la zona había sido asegurada. Manteniendo al atacante inmovilizado contra el suelo, y atado a una barrera metálica con unas bridas que Tomek guardaba en la parte trasera de su coche, él y Sean habían indicado a las chicas que protegieran la zona. Kasia y Sylvia, las únicas dos personas que conocía y en quienes por tanto confiaba, habían recibido instrucciones de permanecer junto a Lucy, junto con Sean, quien con gentileza la estaba colocando en posición de recuperación mientras intentaba mantener su cuerpo lo más recto posible. La sangre que goteaba de su cabeza, como de un grifo con una fuga, continuaba de manera inquietante, y un espeso río rojo bajaba gradualmente hasta el borde del paseo marítimo y sobre la arena, formando un denso charco debajo. Mientras tanto, dos de las amigas —cuyos nombres descubriría más tarde— estaban en lo alto del puente que bajaba hasta la playa. Las otras dos amigas —de nuevo, los nombres no eran importantes ahora mismo— habían corrido hacia el otro lado de Old Leigh, la única entrada accesible para los vehículos de emergencia por carretera.

Tomek había llamado a una ambulancia y pedido apoyo policial en segundos tras su llegada. Afortunadamente, habían aparecido dos minutos antes de lo previsto. Brillantes luces azules y blancas parpadeaban rítmicamente en los restaurantes y el malecón que los rodeaba, casi cegándolo en la oscuridad. Una ambulancia, dos paramédicos. Y tres agentes de policía.

Y entonces Tomek había llamado a Nick.

—¿De qué estás hablando? —había preguntado frenéticamente —. ¿Dónde está? ¿Dónde? ¿Dónde está ella? ¿Qué le ha pasado?

Tomek había luchado por responder cualquiera de sus preguntas por encima del volumen de la voz de Nick, pero en cuanto el inspector jefe se detuvo para tomar aliento, Tomek le explicó que necesitaba que viniera al Hospital del Sur. Que debía esperar allí a que llegara. Que parecía que el golpe en su cabeza era importante y que necesitaba cirugía inmediata para detener el flujo de sangre y prevenir que el cerebro se ahogara.

Una vez que la ambulancia se marchó en dirección al hospital, Tomek entonces dirigió su atención al hombre que estaba siendo arrojado a la parte trasera del coche de policía.

—Sean, ¿puedes ir con él?

—Sí, claro. ¿Pero por qué? —La niebla se formaba frente al aliento de Sean mientras respiraba rápidamente en la fresca noche.

—Porque alguien necesita ocuparse de este cabrón inmediatamente. Y yo necesito asegurarme de que las chicas lleguen a casa sanas y salvas.

Se volvió para mirarlas a todas. Sus rostros demacrados, conmocionados y asustados le devolvían la mirada en blanco, casi como si estuviera observando a un grupo de zombis. Ahora era el momento de averiguar sus nombres, y mientras esperaban a que sus respectivos padres vinieran a recogerlas, Tomek las guio por el pueblo hacia la estación de tren. Mientras caminaban a lo largo de la marina, un tren pasó rugiendo junto a ellos, uno de los últimos de la noche. El repetitivo *tra-ca tra-ca* de las ruedas sobre las vías pareció calmar a las chicas, como si las hubiera hipnotizado.

Durante su paseo hasta la estación, Tomek les pidió que compartieran un dato interesante sobre sí mismas. Necesitaban apartar la mente de lo que acababa de ocurrir, y esta era la única manera que se le ocurría.

Kathy podía tocar el violín a un nivel razonable.

Los abuelos de Vicky eran originalmente de Francia, pero ella no podía hablar nada del idioma.

Fiona era intolerante al gluten.

La película favorita de Yasmin era *Duro de matar*.

Sylvia no entendía por qué tanto alboroto con respecto a los vapeadores y cigarrillos.

Y Kasia admitió que había tomado unos sorbos de alcohol esa noche.

Tan pronto como las palabras salieron de sus labios, el grupo quedó en silencio, y él pudo sentir sus miradas taladrando a su hija por haberlas delatado a todas ante un oficial de policía.

—¿Dónde...? —comenzó, inseguro de cómo abordar el tema. Lidiar con un bebedor menor de edad era suficiente, pero cinco de ellos—. ¿De dónde sacasteis el alcohol?

—De Lucy —respondió Kathy en voz baja, como si no quisiera que la asociaran con decir esas palabras en voz alta—. Ella lo tomó prestado de su padre.

—¿Prestado? ¿Planeáis devolver algo? —Intentó sonar como una de ellas, amable, amistoso, alguien en quien pudieran confiar, suavizando la ira en su voz.

El comentario provocó una risa entre las chicas y las puso un poco más a gusto.

—No se lo dirás a nuestros padres, ¿verdad?

Esa era la pregunta del millón. Todas habían pasado por una experiencia desgarradora, sus nervios estaban destrozados, la adrenalina por las nubes, la ansiedad aún más alta, el miedo estratosférico. Lo último que necesitaban era una bronca de cada uno de sus padres tan pronto como llegaran a casa.

—Los médicos encontrarán el alcohol en su sangre y se lo dirán a la policía cuando vengan a buscar su informe. Una vez que tengan eso, probablemente se lo dirán a vuestros padres. Pero eso no será hasta la mañana. Así que estáis a salvo por ahora.

Les guiñó un ojo y les sonrió. Al menos él no sería el malo, y todas podrían relajarse un poco más ahora.

Casi veinte minutos después, todas las chicas se habían ido excepto Sylvia, recogidas por padres aterrorizados que interactuaron brevemente con él, le agradecieron por cuidar de sus hijas y luego se dirigieron a casa. Antes de que todos desaparecieran, Tomek les

recordó que los oficiales de policía pasarían por la mañana para tomar declaraciones de testigos.

—Recuérdame tu dirección, Sylvia —dijo Tomek mientras arrancaba el coche.

Sylvia se la dio y llegaron diez minutos después. Cuando Louise, la madre de Sylvia, abrió la puerta, el miedo inmediatamente cruzó su rostro.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ha ocurrido?

—Ella está bien —dijo Tomek—. Solo un poco alterada. ¿Te importa si entramos?

Kasia y Sylvia desaparecieron hacia la habitación de Sylvia mientras él y Louise se dirigían a la cocina. Este no era el tipo de evento para discutir en la sala de estar.

—¿Necesito estar de pie para esto?

—Sentarse podría ser preferible, pero tengo buenos reflejos, así que si decides desmayarte, debería poder atraparte.

—¿Debería?

Se encogió de hombros y le sonrió. —Dije "buenos", no "excelentes".

—Me estás llenando de confianza, Tomek. Ahora dime, ¿qué pasó?

Y así le explicó su comprensión de segunda mano de los acontecimientos. Que, mientras todas estaban sentadas en la playa, charlando y hablando (omitió mencionar lo de la bebida por ahora), habían escuchado un grito, seguido de ver una figura alzándose sobre Lucy Cleaves.

—Dios mío —respondió Louise, llevándose la mano a la boca—. Qué horrible. ¿Sabes la magnitud de sus heridas?

—No, pero no parecía bueno. Estaba sangrando por la cabeza.

—Pero las heridas en la cabeza, ¿no siempre parecen peores de lo que son? Me golpeé en la cabeza una vez con un pequeño corte, pero sangré durante días.

—¿Literalmente? —preguntó Tomek con sarcasmo.

—Literalmente durante días, sí. Gracias a Dios que sobreviví, ¿verdad?

—Buena cosa que lo hiciste, de lo contrario estaría hablando con los peligros de cortes pequeños.

—¿Quieres decir que has estado bebiendo, mi joven amigo?

Tomek miró hacia el suelo y se aclaró la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con instinto maternal inmediato, sospechando que algo andaba mal.

—Deberías saberlo, pero aparentemente, las chicas estuvieron bebiendo esta noche. Lucy robó algo de vodka del armario de su padre.

—¡¿Vodka?! —Las mejillas de Louise se enrojecieron de rabia—. ¡Joder, bebiendo vodka a los trece años!

—Lo sé.

—Pareces extrañamente calmado con todo este asunto —dijo ella.

Tomek se rio. —Créeme, no lo estoy. Pero he tratado con muchas cosas de este tipo en mi vida, así que supongo que ya estoy acostumbrado. No me gusta la idea de que Kasia esté bebiendo a ninguna edad y mucho menos a los trece, así que tendré unas palabras serias con ella sobre eso, de todos modos. Pero están alteradas, están asustadas por Lucy, así que gritarles no va a lograr nada. Si acaso, probablemente las hará querer hacerlo de nuevo.

—A menos que estén tan asustadas por lo de esta noche que nunca más vuelvan a probar una gota de alcohol.

Tomek cruzó los dedos en ambas manos y los levantó.

Cuando llegó el momento de marcharse, llamó a Kasia para que bajara y la esperó al pie de las escaleras.

—Gracias de nuevo por traerla a casa —dijo Louise, acercándose a su lado—. No recuerdo si lo dije antes.

—No lo hiciste. Pero está bien. No todos podemos llevar capas.

Ella puso una mano en su brazo y lo abrazó. Su cuerpo estaba cálido, y un buen respiro del frío que aún se aferraba a él desde el exterior. —Gracias —dijo de nuevo—. Fue algo bueno que estuvieras tan cerca como estabas.

Un momento se insertó entre ellos. Un momento donde todo pareció congelarse, y él parecía estar atrapado en una batalla con su mirada. Sin rendirse. Pulsos acelerados. Sangre fluyendo.

Louise era una mujer atractiva y soltera. Tenía una edad similar, unos pocos años menos, y era todo lo que él buscaba en una mujer. Resiliente, decidida, valiente, fuerte, carismática. Todo lo que él—

—¿Papá?

La voz de Kasia lo sacó de su ensoñación, y él apartó su cuello hacia ella a mitad de las escaleras. Detrás de ella estaba Sylvia.

—Ah. Aquí estás.

—¿Qué está pasando?

Tomek se apartó de Louise suavemente, sin querer causar ninguna ofensa, y se arregló la ropa. Atrapados en el acto. Como un par de adolescentes.

—¿Lista para irnos? —preguntó, asegurándose de evitar su pregunta tanto como fuera posible—. Solo estaba despidiéndome. ¿Todo bien?

Los rostros de Kasia y Sylvia se iluminaron de alegría, mientras que los de Tomek y Louise se sonrojaron de vergüenza.

—Puedes borrar esa sonrisa de tu cara, Sylvia —dijo Louise a su lado—. Tú y yo necesitamos tener una charla por la mañana. Pero por ahora, directa a la cama después de que te hayas despedido.

Y Tomek y Kasia tomaron eso como su señal para irse.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Víspera de la víspera de Navidad. El día antes del día antes. Y un ambiente solemne se había instalado en el piso. Cuando Tomek se despertó a la mañana siguiente, abriendo las cortinas a un cielo gris y lluvioso, el peso de lo que había sucedido la noche anterior finalmente pareció asentarse sobre *él*. La hija de Nick estaba en el hospital. La hija de Nick había sido atacada. El pensamiento de que podría haber sido cualquiera de las chicas, que podría haber sido su propia hija, comenzó a rondar por su mente.

Y cuando Kasia salió tambaleándose de su habitación, envuelta firmemente en su sudadera como si dependiera de ella para protegerse, era evidente que el mismo pensamiento también la había mantenido despierta toda la noche.

—¿Dormiste bien? —preguntó él mientras le preparaba una taza de té.

—No. No pude dormir.

—Yo tampoco. ¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué hay que hablar?

—Puedes decirme cómo te sientes.

—Asustada.

—Bien. ¿De qué en particular?

—Asustada por Lucy. ¿Has sabido algo?

Tomek revisó su teléfono y negó con la cabeza. No había recibido ninguna actualización de Nick o Sean. Lo mantenían en un apagón informativo.

—¿Puedo ir a verla? —preguntó Kasia.

Tomek se había preguntado lo mismo tan pronto como se despertó. Quería hacerles una visita. No solo por Lucy sino también por Nick y su esposa. No podía ni imaginar cómo se sentían, lo aterrorizados que estaban. La angustia y el sufrimiento que debían haber sentido mientras permanecían en el hospital, esperando una actualización de los médicos y enfermeras. Tomek lo había presenciado de primera mano con otras familias en casos en los que había trabajado. En esas ocasiones, siempre había sido un extraño, observando desde el perímetro. Pero ahora que era alguien que conocía, alguien por quien se preocupaba y respetaba quien pasaba por el mismo tormento de emociones, comenzaba a apreciar verdaderamente cómo era aquello. Incluso si aún estaba a un paso de distancia.

Desbloqueando nuevamente su teléfono móvil, Tomek se desplazó por su agenda hasta encontrar el número de Nick. Llamó a su jefe y esperó a que contestara.

—Hola.

—Hola, Nick. ¿Puedes hablar?

—Sí.

—¿Cómo está ella?

—No bien. Está en una situación crítica. Su cráneo está fracturado. Una abolladura enorme en su cabeza. Está en coma. Los médicos creen que podría ir en cualquier dirección. Posible daño cerebral permanente. Hemorragia cerebral. Puede que nunca despierte. Todo.

—Joder, amigo. Lo siento mucho.

Si pensaba que estaba teniendo una mala mañana, no era nada comparado con lo que Nick y su esposa estaban experimentando.

—¿Cómo lo está llevando Maggie?

—Peor. Daniela está bien, está dormida, no sabe lo que está pasando, pero Maggie está deshecha de preocupación.

—Solo puedo imaginarlo... —Tomek hizo una pausa, tragó saliva y se volvió hacia Kasia—. Cuando sea el momento adecuado, nos preguntábamos si podríamos ir. Quizás para distraeros un poco.

—Sí, eso sería agradable, amigo. Pero no será por un tiempo. Hablaré con los médicos y te lo haré saber.

Tomek nunca había oído a su jefe, su amigo, sonar tan abatido, tan derrotado, tan destrozado. Era como si le hubieran arrancado el alma (lo que quedaba de ella, de todos modos).

Le explicó a Kasia que Nick les avisaría.

—¿Me avisarás tan pronto como él lo haga? —preguntó Kasia, como si ella fuera la que estaba a cargo.

—Por supuesto que lo haré —dijo Tomek con una sonrisa. Miró su reloj - 8:48 de la mañana—. Tengo que ir a trabajar. Averiguar qué está pasando con el arresto. Intentaré conseguir a alguien que te haga compañía durante el día.

—No tengo cinco años.

—No, pero querrás tener a alguien con quien hablar, y será un buen cambio que sea otra persona por una vez. Además, es Navidad, pensé que se trataba de...

—Esta es la peor Navidad de todas —dijo Kasia mientras se cubría la cabeza con la capucha y se desplomaba en el sofá.

Nuestra Navidad no es nada comparada con lo que Nick y su familia están pasando ahora mismo, pensó Tomek mientras comenzaba a preparar el desayuno para ambos. Algo salado. Algo grasoso. Algo reconfortante. Cuando terminó, y todos los restos fueron arrojados a la basura, comenzó a llamar para ver quién podría venir a hacerle compañía a Kasia durante el día. Su primera opción fue Saskia Albright, su amiga más antigua, pero ella ya estaba en Escocia con sus padres para las vacaciones festivas. Después, había considerado llamar a Abigail pero sabía que eso solo añadiría combustible al fuego del insaciable deseo de Kasia de molestarle y entrometerse en su vida amorosa. Además, no quería darle a Abigail ninguna impresión equivocada. Luego intentó con Louise y Sylvia, pero iban a visitar a la familia en Colchester esa tarde. Lo cual dejaba a las únicas otras personas en las que podía pensar. El final de su lista.

Sus padres.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

Perry e Izabela Bowen habían estado más que felices de cuidar a Kasia por el tiempo que él necesitara. Un tiempo para fortalecer vínculos, le habían dicho. Algo que ya se debían. En privado, sin Tomek husmeando y censurando todo lo que hablaban. No estaba muy seguro de sentirse cómodo con la idea de que ambos la interrogaran sobre novios, escuela, sobre *él* y sobre la vida en general, todo mientras compartían un paquete de *paluski* y un café extra fuerte, pero no tenía elección. Quizás estaba siendo demasiado cauteloso, demasiado paranoico. Después de todo, eran los abuelos de Kasia. Y les había contado muy poco sobre ella y su vida, así que era razonable que sintieran curiosidad.

—Está en buenas manos —le había dicho Izabela Bowen con una sonrisa irónica antes de que se marchara.

Tomek no estaba convencido, pero había intentado relegar esos pensamientos al fondo de su mente mientras se dirigía a la comisaría. Y pronto descubrió que cuanto más se acercaba, más fácil se volvía, porque en lugar de pensar en Kasia, Perry e Izabela, sus pensamientos se vieron invadidos por imágenes de la hija de Nick sobre el hormigón, con la cabeza hundida, sangrando. Y luego las imágenes de ella acostada en la cama del hospital con sus padres a su lado.

Las imágenes finalmente comenzaron a disiparse tan pronto como vio a sus colegas. Y prácticamente desaparecieron cuando vio el rostro del hombre que había atacado a Lucy Cleaves en la pantalla

de televisión. Habían establecido un enlace en directo en la unidad dentro de la sala de incidentes, y el equipo lo estaba observando en medio de la entrevista. Frente al agresor estaban Sean y Chey, interrogándolo.

Ahora que podía ver su rostro claramente, Tomek reconoció al hombre de inmediato. Paddy Battersby. Un esquizofrénico paranoico conocido por la policía desde hacía años. Previamente arrestado por agresión, conducta desordenada, vandalismo y toda una lista de delitos menores. En su mayoría, había sido un hombre destrozado desesperado por conseguir una dosis; inofensivo, hasta anoche, por supuesto.

Los rostros que miraron a Tomek tenían los ojos hinchados y enrojecidos. Habían pasado la noche en vela, y las entrevistas se habían realizado durante toda la noche. Sin descanso. Legalmente, Paddy tenía derecho a ocho horas de descanso dentro de las primeras veinticuatro horas de detención, pero era evidente que el equipo iba a hacerlo esperar lo máximo posible. Era lo mínimo que merecía.

En la sala de incidentes había un equipo reducido de cuatro personas. Victoria, Martin y Oscar. Era Navidad, y gran parte del equipo estaba de vacaciones, celebrando las fiestas con sus seres queridos. Como resultado, se esperaba que el resto de ellos, incluido Tomek, trabajaran más horas.

Tan pronto como lo vio, la inspectora Orange lo llevó a su oficina para ponerlo al día.

—Lo hemos acusado de lesiones graves —dijo, manteniendo la voz baja—. Pero ahora estamos preguntando si sabe algo sobre Fern Clements y Lily Monteith.

—¿En serio?

—¿Qué?

Tomek señaló en dirección a la televisión en la sala de incidentes. —¿Él? ¿Paddy Battersby? ¿Paddy el Panda, el hombre que no podría hacerle daño ni a una mosca?

—Bueno, claramente puede hacer mucho más que eso.

Tomek metió las manos en los bolsillos y se echó ligeramente hacia atrás. —No lo conoce como nosotros. Está perturbado. Es

esquizofrénico.

—Eso no justifica que haya enviado a la hija de Nick al hospital.

—No estoy diciendo que lo haga. —Tomek inhaló profundamente para controlarse—. ¿Qué dice él que pasó?

—Su versión de los hechos es que quería preguntarle si tenía una lata de spam. Cuando ella lo vio, entró en pánico y arremetió contra él, lo que le hizo entrar en pánico a él también. Y mientras intentaba escapar, la empujó y la tiró al suelo, haciendo que se golpeara la cabeza contra un poste.

Debe haber sido mucha fuerza para hundirle el cráneo, consideró Tomek.

—¿Así que fue un accidente? —preguntó.

—Accidente o no, ella sigue en el hospital. Veremos cómo se sostiene su versión de los hechos frente a la de las chicas.

Tomek sabía que sería la palabra de Paddy contra la de ellas. Las seis. Y en ese caso, no importaría si fue un accidente o no. El destino de Paddy Battersby estaba sellado.

—¿Ya ha admitido haber matado a Lily Monteith y Fern Clements?

—No —dijo secamente—. Su abogado y el adulto responsable le están diciendo que se mantenga callado al respecto.

—Así que naturalmente sospechan más de él.

—Sí —dijo ella.

Pero Tomek no. Lo que le había ocurrido a Lucy Cleaves había sido un accidente extraño, una de esas historias de una en un millón, pero nada más. Aunque trágico, sí, Tomek no creía que fuera suficiente para desatar una caza de brujas y quemar a Paddy Battersby en la hoguera.

—¿A cuánto se enfrenta? —preguntó Tomek.

—¿Después de ser acusado de sus asesinatos?

—No. Porque todavía no tienen ninguna prueba contra él por esos casos. ¿A cuánto se enfrenta por lo de anoche? ¿Las lesiones graves?

—Cinco años —respondió Victoria, con expresión y voz inexpresivas.

—Vaya.

Pobre tipo. Pero aún más pobre Lucy. Tomek no podía sentir demasiada simpatía por él en ese aspecto, no cuando ella actualmente luchaba por su vida.

—Hay algo más que quería discutir contigo —comenzó Victoria.

Tomek colocó su mano en el respaldo de una silla. —¿Necesito sentarme para esto?

—Puedes sentarte si quieres. De esa manera me harás parecer y sentir más alta.

Tomek pensó que ella necesitaba mucho de eso ahora. Había cometido algunos descuidos recientemente, incluso en el doble asesinato de dos chicas que habían sido secuestradas y estranguladas en un columpio en un parque infantil en Canvey. Y como resultado, le resultaba difícil sentir lástima por ella.

—Es sobre tu papel en este equipo.

Contuvo la respiración.

—Nick va a estar de baja las próximas semanas, imagino, mientras cuida a su hija. Eso me pondrá temporalmente a cargo, y voy a necesitar un número dos.

—De acuerdo —dijo Tomek, mirándola fijamente—. ¿Necesitas que te diga dónde están los baños?

Para su sorpresa, Victoria no se esperaba esa. Afortunadamente, había visto el lado gracioso, y se llevó una mano delicada al pecho mientras reía, para demostrarlo.

—No paras nunca con el humor inmaduro, ¿verdad?

—¿Dónde está la gracia de crecer? He tenido que hacerlo bastante estos últimos dos meses, no quiero hacer más. Necesito *algunas* inmadurezas, al menos.

—Algunas, pero no todas. Aparte de eso, ¿no vas a decir nada?

—¿Sobre qué? —Tomek no se daba cuenta, pero la estaba mirando como un perro mira a su dueño: obediente y ansioso por saber qué pasaría a continuación.

—*Eres mi segundo al mando*. Mientras Nick está de baja.

—Vaya, vaya, cómo cambian las tornas.

Esto era bueno. Muy bueno. Porque ahora, como segundo al mando, tendría más voz sobre la dirección que tomara la

investigación. Más control sobre los aspectos que no podía controlar por sí mismo.

Esto era bueno. Muy bueno.

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

La primera tarea de su lista para el día había sido fácil: invitar a Kasia a la comisaría para tomar declaración como testigo. A lo largo del día, las chicas serían entrevistadas individualmente para conocer su versión sobre lo que le había ocurrido a la hija de Nick. Después se compararían sus historias para comprobar su veracidad y se contrastarían con la versión de Paddy Battersby. Tomek tenía la sospecha de que no diferirían mucho, si es que diferían en algo. Tenía claro que Paddy sería acusado por lo que le pasó a Lucy, el ataúd ya estaba encargado y el funeral pagado, pero Tomek estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para asegurarse de que no lo condenaran por los asesinatos en los que no había participado. Por fortuna, nunca había condenado injustamente a alguien por asesinato, violación o cualquier otro delito grave. Pero había oído las historias, visto los reportajes en los periódicos. Veinte años de condena cumplidos, solo para que los avances tecnológicos y científicos llegaran como un héroe en la noche para cambiar el resultado de un caso y exonerar al condenado. Veinte años de tu vida perdidos. Veinte años comprados y pagados por el gobierno a modo de indemnización. No había cantidad de dinero que pudiera compensar tantos años de vida, así que era un firme defensor de conseguir la condena adecuada en el momento adecuado. Y si eso significaba tardar más de lo necesario o agotar todas las opciones y el presupuesto, pues que así fuera.

Era la primera vez que Kasia visitaba su lugar de trabajo, y él se sentía increíblemente nervioso. Mezclado con una pequeña cantidad de emoción. Y con una pizca de solemnidad también. Tenía curiosidad por saber qué pensaría ella del lugar, qué diría de sus compañeros. Le habría gustado darle un recorrido y presentarle a todos adecuadamente (después de todo, ellos habían oído tanto sobre ella, y ella tan poco sobre ellos), pero no había sido posible. Era una lástima que las circunstancias de su visita hubieran sido para prestar declaración como testigo.

Una declaración que había sido tomada por Rachel, tan tranquila y educadamente como pudo, la mejor en su trabajo. Todo el proceso le había llevado más de una hora, y al final tenía los ojos rojos y el maquillaje corrido. Para animar a Kasia, Tomek se había ofrecido a llevarla rápidamente a las tiendas para comprar algunos de sus dulces favoritos.

—Podemos pedir otro préstamo de día de pago y comprar más Freddos si quieres.

—¿No tenéis chocolate aquí?

Tomek miró alrededor de la oficina insulsa y sombría. No tenía ni un atisbo de festividad y parecía que toda la alegría y emoción por la temporada navideña caía en un agujero negro tan pronto como entrabas.

—Nadia suele encargarse del chocolate —respondió—. Pero desde su embarazo, le ha cogido bastante manía.

—Oh.

—Sí. Aunque su nueva cosa favorita, si te interesa, es el biltong.

—¿Biltong?

—Es una especie de carne seca sudafricana. Raro. A nadie le gusta, lo que es bueno para ella porque, créeme, no querrás acercarte cuando está comiendo su biltong, lo protege mucho mejor de lo que los animales que matan para hacerlo protegen a sus crías. Además, nadie quiere acercarse porque apesta.

Kasia miró alrededor de la oficina. —¿Dónde está?

—En casa. Probablemente haciendo su propio biltong para cuando todas las tiendas cierren en Navidad.

Kasia soltó una risita. Fue pequeña, breve, una risita sofocada, pero era un paso en la dirección correcta. Justo ahora no necesitaba nada más que algo de risa y alivio, un descanso de lo que había sucedido. Pero justo cuando Tomek estaba a punto de llevarla a las tiendas, el alivio llegó a su fin abruptamente. Nick llamó para informarle que podían ir a visitarlos. Y sin perder tiempo, y tras consultarlo rápidamente con Victoria, se dirigieron al hospital.

Encontraron a Nick, su esposa Maggie y su hija menor, Daniela, esperándolos fuera de la habitación del hospital. Aunque solo habían pasado catorce horas desde el incidente, ambos padres parecían como si no hubieran dormido en catorce días. Destrozados, golpeados, abatidos. Mientras que Daniela no había asimilado por completo lo que le había ocurrido a su hermana mayor y parecía estar allí para apoyar a sus padres, en lugar de al revés.

—Me alegro de verte —dijo Nick, con el vigor robado de su voz—. Gracias por venir.

—Por supuesto. Lo que sea. ¿Cómo... cómo está?

Para responder a eso, Nick los condujo a ambos a la habitación sin prepararlos para lo que estaban a punto de ver: una figura pálida perdida en medio de las sábanas blancas que la protegían. Varios tubos estaban conectados a sus muñecas como algo sacado de una película de terror. Y en la cabecera de la cama estaba la cabeza de Lucy, encajada en un soporte metálico.

—El médico dijo que la abolladura en su cráneo es casi del tamaño de una pelota de golf —dijo Nick, de pie en la puerta mientras los demás se acercaban hacia la paciente, como si fuera incapaz de acercarse más—. La han puesto en coma inducido.

Kasia tiró del brazo de Tomek y le susurró al oído. —¿Qué es eso?

Tomek se lo explicó rápidamente antes de que Nick continuara.

—Todavía no saben cuándo despertará, o si lo hará.

—Nick —respondió su esposa—. Los médicos también nos dijeron que nos mantuviéramos positivos.

—No, no lo hicieron. Dijeron que mantuviéramos el ánimo alto, lo que es tanto como decir que deberíamos rezar por lo mejor.

—Ella puede oírte, ¿sabes? —añadió Maggie con desdén, lanzándole una mirada acorde.

—¿Puede? —preguntó Kasia.

—Sí, cariño —dijo Maggie. Rodeó el otro lado de la cama y puso una mano en su hombro—. Los médicos han dicho que puede oír cada palabra que decimos. ¿Te gustaría hablar con ella?

Inmediatamente la tensión en la habitación se disipó.

Cuidadosa, tentativamente, Kasia se acercó al lado de su amiga, puso una mano en su hombro de la misma manera que lo había hecho su madre, y le susurró al oído.

—Hola, soy Kasia, yo... realmente no sé qué... Todos están preocupados por ti. Hemos estado hablando en el chat grupal y todos quieren saber cómo estás... Yo... les diré que estás bien... Y que saldrás de aquí en un momento, ¿vale? Porque todos te echamos de menos y queremos verte de nuevo en la escuela. Haces que las horas del almuerzo sean soportables, ¿de acuerdo? Así que tienes que mejorarte.

Kasia terminó su monólogo en una habitación de silencio atónito. Tomek miró alrededor y vio ojos llenos de lágrimas, tanto los suyos como los de la familia de Nick. Todos hechos un mar de lágrimas, incapaces de controlarse. Tomek estaba conmovido. Que un pequeño discurso de una niña de trece años pudiera haber tenido tal efecto en ellos.

Después de cinco minutos, las lágrimas cesaron, y Nick sacó a Tomek de la habitación para hablar en la privacidad del pasillo.

—¿Has hablado ya con Victoria? —preguntó, con el vigor y el tono de trabajo volviendo a su voz.

—Sí.

En lugar de responder, Nick apretó los labios para evitar que temblaran, pero tuvo poco efecto. Mientras las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos, colocó una mano firme sobre el hombro de Tomek y dijo: —Manténla firme por mí, ¿quieres?

—Por supuesto —respondió Tomek mientras colocaba una mano igualmente reconfortante en la espalda de Nick.

Posiblemente era la segunda vez que Tomek había visto alguna forma de emoción de su jefe, de su *amigo*, en todos los trece años

que lo conocía. La última vez había sido cuando su hijo, Robbie, había huido de la familia para unirse al ejército.

—Están acusando al tipo que hizo esto de lesiones graves —dijo Tomek—. Era Paddy Battersby.

—¿Paddy? ¿En serio? —Nick suspiró y puso los ojos en blanco—. El muy imbécil.

—La inspectora Orange también cree que tiene algo que ver con nuestro asesino de las alergias.

—Entonces es más tonta de lo que pensaba —respondió Nick.

—He intentado convencerla de lo contrario, pero no cede.

—Bueno, voy a tener que dejarte que te ocupes de eso. Con todo respeto, es lo último de lo que quiero preocuparme ahora mismo.

—Entendido, capitán —dijo Tomek, fingiendo un saludo.

Mientras los dos hombres regresaban a la habitación del hospital, el teléfono de Tomek comenzó a vibrar en su bolsillo. Levantó un dedo hacia Nick, indicando que entraría en un minuto, y luego contestó la llamada.

—¿Es importante? —preguntó al micrófono.

—Eso no es muy amable.

—Solo responde la pregunta.

—No, es solo sobre mi artículo.

Tomek suspiró y miró la puerta que conducía a la habitación del hospital.

—Vale.

—Me preguntaba si tenías algo más para mí.

Tomek golpeó el suelo con los pies. Luchaba con la decisión.

—No —respondió—. No tengo nada.

—Vamos, Tomek. Debes tener *algo*. Me lo debes, recuerda.

—No te debo nada. Ahora déjalo. Y creo que deberías dejar a Nick en paz por un tiempo. Y no publiques ese artículo. Ahora mismo solo hará más daño que bien.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. Has cambiado de opinión.

—Sí, bueno, algunas cosas son más importantes que alcanzar tu número de palabras, Abigail.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

No se quedaron más de una hora, para no abusar de la hospitalidad más de lo que Tomek ya pensaba que habían hecho. La familia necesitaba tiempo para estar junta, para llorar, para procesar, y ciertamente no necesitaban a Tomek y Kasia allí, rondando a sus espaldas, escuchando atentamente cada vez que los médicos o enfermeras interrumpían para darles alguna actualización.

En cambio, Tomek cambió una familia por otra. La suya propia.

Para cuando Kasia y Tomek llegaron a casa esa noche, después de pasar por un McDonald's en el camino (para mejorar un poco el ánimo de Kasia), las luces del piso seguían encendidas y había dos sombras bailando en las ventanas. Tomek estacionó frente al edificio y se inclinó hacia adelante.

—¿Tu abuela y tu abuelo te mencionaron algo sobre quedarse esta noche? —preguntó.

—Puede que haya dicho algo sobre la cena —respondió Kasia lentamente, mirando la comida en su regazo.

—¿Y me lo dices ahora?

Ella se encogió de hombros. —No iba a decir que no a un McDonald's.

Por supuesto que no. Parecía que su generación vivía de esa comida. Y con el acceso tan fácil, a veces con solo un par de clics, no era sorprendente. Cada vez que pasaba por el McDonald's cerca de la calle principal camino a comprar su combo de Sainsbury's o, si se estaba dando un gusto, un Subway, el lugar solía estar lleno de

adolescentes de su edad con sus zapatillas de moda, chándales de Adidas y Nike y riñoneras. No podía pensar en algo más desagradable. Excepto quizás la idea de la cantidad de procesamiento por la que pasaba la comida. Eso era suficiente para desanimar a algunas personas de por vida.

—Entonces tú serás quien la decepcione —dijo Tomek mientras se dirigían a la puerta principal. Luego le entregó a Kasia la bolsa vacía de McDonald's.

—Porque a *ti* no puede gritarte. —Tomek insertó la llave en la puerta—. Y ya verás, te apuesto lo que quieras a que encontrará la manera de echarme la culpa de esto a mí.

—¿Lo que quiera? —Un destello de emoción brilló en la voz de Kasia; tal vez esa era la manera de hacerla sentir mejor, llenarla de dinero.

—No —respondió Tomek con firmeza—. Es una manera de hablar. No todo el mundo al que le hables te va a dar dinero porque se lo pidas, Kash.

—Un sugar daddy lo haría —susurró por lo bajo, pero Tomek escuchó cada sílaba.

Se detuvo en las escaleras que conducían al piso y la miró con el ceño fruncido. —¿Qué acabas de decir? ¿Cómo sabes de esas cosas?

—Por la tele. Hubo un programa en Channel 4 el otro día. No te enfades conmigo.

No. No podía, ¿verdad? No cuando era casi imposible. Con todo tan fácilmente disponible en las aplicaciones de streaming en móviles y ordenadores, vigilar el tipo de cosas que ella veía era cada vez más difícil de controlar. Pero, consideró, en el esquema general de las cosas, aprender sobre sugar daddies en un documental era bastante leve comparado con otro tipo de cosas que podría estar viendo. Mientras no estuviera viendo decapitaciones o personas prendiéndose fuego, todo estaba bien.

—¡Estáis en casa! —fueron las palabras que los recibieron en cuanto entraron por la puerta al final de los escalones. Seguidas rápidamente por—: Y ya habéis comido.

Izabela se detuvo en seco y bajó los brazos que había levantado para abrazarlos a ambos.

—¿Qué haces con eso? —preguntó señalando la bolsa de McDonald's en la mano de Kasia—. Os hemos preparado la cena. Pensé que podríamos tener una agradable comida juntos.

—Ella lo quería —dijo Tomek, pasando la culpa.

Su madre corrió hacia él y le dio un fuerte golpecito en el pecho. —Sí, pero *tú* eres quien se lo compró.

Tomek captó una mirada presuntuosa de Kasia que decía: "Voy a por ese dinero te guste o no".

—¿Qué habéis preparado? —preguntó Tomek, ansioso por alejar la conversación de su mala decisión como padre.

Olió el aire y encontró la respuesta por sí mismo. *Pierogi*. Empanadillas. Un básico polaco. La cena de la que él y sus hermanos vivían casi todos los días cuando recién se mudaron al país.

—Tu favorito —dijo su padre.

Tomek asomó la cabeza por la puerta de la cocina y vio a su viejo de pie sobre dos grandes ollas, removiendo lentamente el contenido.

—Al menos es una comida fácil de cocinar para ti —respondió Tomek.

—¿Estás diciendo que no puse amor o alma en esa comida? Te cociné esa cena durante semanas cuando eras más joven.

—Pensé que era solo porque éramos pobres.

—No, es porque tú y tus hermanos la amaban. Y siempre tenía que asegurarme de darles a los tres la misma cantidad de empanadillas. Cualquiera más o cualquiera menos para alguno de vosotros, y corría el riesgo de que me acusaran de favoritismo.

Si ese hubiera sido el caso, Tomek sabía dónde habría estado en la escala de favoritos: Michał primero, Dawid segundo, seguido por él mismo cómodamente instalado en el fondo.

—Para ser justa, de vez en cuando le daba una extra a Michał después de que tú y Dawid hubierais dejado la mesa —continuó Izabela.

Y si alguna vez hubo alguna duda en la mente de Tomek sobre su lugar en la escalera, fue desmantelada con ese comentario final.

Después de acomodarse y deshacerse rápidamente de la evidencia del McDonald's, se sentaron a la mesa y comieron lo que

pudieron de los *pierogi*. Tomek fue capaz de aguantar cinco de las empanadillas rellenas de carne, mientras que Kasia solo pudo manejar dos. La conversación alrededor de la mesa evitó en lo posible el tema de la hija de Nick y el incidente. Era Navidad, dijeron. No era momento de hablar de tales asuntos.

—Hablando de eso —dijo Izabela con una radiante sonrisa en su rostro—, Dawid y los chicos vendrán a pasar la Navidad mañana. ¿Estáis seguros de que no queréis venir? Todavía hay mucho espacio alrededor de la mesa.

—Y habrá mucha comida —añadió Perry Bowen.

—¿Te refieres a las empanadillas sobrantes de esta noche? —murmuró Tomek, luego miró a Kaisa, que estaba en medio de empujar la comida alrededor de su plato—. Creo que estamos bien aquí, gracias. Solo nosotros dos. Es nuestra primera Navidad juntos y quiero que se quede así. Tal vez el año que viene. Pero espero que lo pasen bien, y mándenle nuestro cariño a Dawid y a los chicos.

Todo el asunto había sido un desastre, y una completa pérdida de tiempo, exactamente como Tomek sentía que era cada Navidad. La alegría y la emoción de lo que se suponía que era la época más maravillosa del año habían sido absorbidas por los eventos de esa noche. Kasia pasó los siguientes dos días con la cabeza gacha, durmiendo, acostada en la cama, acurrucada debajo del edredón, ya sea jugando con su teléfono o enviando mensajes a Sylvia. Las decoraciones en las que había pasado horas colocando a principios de mes, las que habían brillado y resplandecido durante las últimas tres semanas, habían perdido su lustre y su brillo, e incluso había apagado las luces de hadas en su habitación. El árbol de Navidad parecía estéril ya que Kasia consumió todos los chocolates de él en el espacio de una tarde. El oropel fue derribado y dejado colgando suelto y en el suelo; sin mencionar que los regalos debajo del árbol eran escasos.

Al final, Tomek había optado por un puñado de productos de maquillaje y cuidado personal que había encontrado en los estantes de Boots y Superdrug, junto con la promesa de ir de compras en un futuro cercano.

—Tendrás cien libras para gastar —le había dicho.

—Está bien —dijo ella con desánimo mientras colocaba una caja de polvos en el sofá—. No tienes que hacerlo.

—Sé que no tengo que hacerlo, pero quiero.

Y luego habían tenido la comida. Un festín británico tradicional: pavo, patatas asadas, pudines de Yorkshire y un puñado de verduras, ahogadas en una cantidad poco saludable de salsa. En verdad, la comida había sido lo único destacable del día, y hasta eso había sido un desastre. Como era la primera vez que cocinaba una comida tan grande para una ocasión tan importante, tenía poca o ninguna idea de lo que estaba haciendo, y pasó varias horas en la cocina como un elefante en una cacharrería. Tirando cosas del mostrador, dejando caer comida al suelo, rompiendo algunos vasos en el fregadero. Al final, el pavo salió quemado, las patatas estaban casi crudas, y las verduras parecían más puré de patatas que cualquier otra cosa; un montón muy colorido y nutritivo de puré de patatas.

—Tenía grandes expectativas para esta cena —admitió mientras ponía una buena cantidad de zanahorias en su plato—. Pero no puedo evitar pensar que un Happy Meal de McDonald's podría ser más apetitoso.

—Sí —dijo Kasia—. Probablemente tengas razón.

Durante el resto de la tarde, y hasta la noche, la solemnidad y el desánimo de Kasia continuaron. A pesar de sus recelos originales sobre la Navidad, se encontró tratando de animarla con juegos de mesa y juegos de cartas. Para su sorpresa, había encontrado una versión antigua del Monopoly de Essex en el fondo de su armario; de alguna manera no se había perdido en la mudanza unas semanas atrás.

—Este era mi juego favorito cuando era niño —dijo mientras lo desempaquetaba y comenzaba a colocar las fichas en el tablero—. Aunque no teníamos una versión de Essex cuando éramos pequeños.

—Guay.

—¿Has jugado alguna vez?

Kasia lentamente apartó los ojos de su teléfono y miró la caja, como si necesitara que le recordaran qué era. —No. No creo.

—¿Quéééé? —dijo, poniendo su mejor voz americana—. ¿Nunca has jugado al Monopoly?

—No pensé que la gente todavía jugara juegos de mesa.

—Pfft. En los viejos tiempos, lo hacíamos. Antes de todos estos teléfonos móviles y tablets.

—Mamá y yo no teníamos ninguna de las dos cosas. Creo que lo único que teníamos era una baraja de cartas.

Tomek levantó una ceja. —Pensé que dijiste que jugaban un montón de juegos de cartas y de mesa en casa de tu mamá en Navidad.

Ella bajó la cabeza un poco. —Mentí —dijo—. No hacíamos todas esas cosas. No teníamos el dinero para hacerlo. Y mamá usualmente estaba fuera tratando de conseguir droga. No teníamos decoraciones, buena comida, un árbol... nada de eso. Por eso estaba tan emocionada por esta, iba a ser mi primera Navidad real y apropiada.

—Oh, Kash.

Tomek se sintió horrible. No tenía idea. Y ahora se sentía increíblemente culpable por haber montado un espectáculo tan mediocre.

—¡Bueno, vamos a disfrutar lo que queda!

—¿Jugando al Monopoly?

—Oh, sí. Solo espera. Vas a engancharte.

Y así, después de explicarle las reglas varias veces, comenzaron en el tablero, comprando atracciones turísticas locales y ubicaciones, y construyendo casas y hoteles en ellas. A lo largo del juego, notó que el estado de ánimo de Kasia iba mejorando. Y más aún cuando la dejó ganar al final.

—¡Ja! ¡Toma esa! —gritó, agitando su dinero frente a su cara con la primera sonrisa que había usado en todo el día.

Tomek puso los ojos en blanco y comenzó a recoger las piezas de juego. —Suerte de principiante —le dijo.

Cuando finalmente llegó el día de San Esteban, Tomek se vio obligado a cambiar el juego de mesa por el juego que su pequeño asesino en serie estaba jugando con ellos. A estas alturas, ya habían pasado semanas desde la muerte de Lily Monteith y años, si incluías

a Diana Greenock en la lista (lo cual él, por supuesto, hacía) y todavía no estaban más cerca de encontrar al asesino. Tomek debía tener el día libre pero había decidido que necesitaba ir a trabajar. En su mente, el período navideño había terminado (el Boxing Day solo era una excusa para ir de compras y contribuir al consumismo y capitalismo inspirados por su juego de mesa de la noche anterior), y solo podía pasar tanto tiempo sentado mientras le daba vueltas a los pensamientos en su mente, y mientras Kasia se sentaba en el sofá haciendo lo mismo, ambos pensando cosas similares e igualmente deprimentes. Y así ambos necesitaban animarse. Tomek sabía cómo hacerlo para sí mismo —trabajar— pero cuando se trataba de Kasia, las cosas se volvían un poco complicadas. Jugó con la idea de obligarla a pasar el Boxing Day con sus padres, pero si él no estaba dispuesto a hacer lo mismo, entonces no sería justo para ella. Y luego había pensado en dejarla ir al hospital para ver a Lucy Cleaves, pero rápidamente se dio cuenta de que era igualmente, si no más, deprimente. Al final, se decidió por la única cosa que sabía que la hacía feliz.

Sylvia.

Sylvia y su madre, Louise.

Tomek se detuvo frente a su casa semiadosada de dos habitaciones en Daws Heath y siguió a Kasia hasta la entrada. La joven caminaba con un notable resorte en su paso y rebotaba sobre la punta de sus pies mientras esperaba a que su amiga abriera la puerta. Tan pronto como Sylvia los saludó, Kasia le dijo adiós con la mano y luego subió corriendo las escaleras, dejándolo parado en la entrada. Viéndose y sintiéndose como un pasmarote.

Finalmente, varios largos momentos después, apareció Louise, vestida con el mismo conjunto de pijama navideño que su hija, árboles de Navidad verdes contra un fondo rojo en la parte inferior, y una camiseta de bastón de caramelo en la parte superior. Tan pronto como lo reconoció, entró en pánico y alcanzó un jersey más grueso y soso del pasamanos cercano.

—Lo siento por eso —comenzó, incapaz de mirarlo a los ojos—. Fue idea de Sylvia. Yo-

—No tienes que disculparte. Aunque si Kasia llega a casa con la brillante sugerencia de que necesitamos usar conjuntos de pijamas a juego para Año Nuevo, entonces sé a quién culpar.

—Oh, puedo ver que te quedaría bastante bien.

Tomek miró sus pantalones. —Siempre he pensado que el verde era mi color.

—Realmente resalta tu barba.

Tomek se rió. La otra noche fue la primera vez que notó su coqueteo. Al principio, había pensado que nacía de la emoción y el estrés de lo que había sucedido. Ahora no estaba tan seguro, pero después de haberse asustado ya de coquetear con la profesora de Kasia por razones obvias, no estaba seguro si las mismas reglas se aplicaban a la madre de la amiga de la escuela. Quizás tendría que averiguarlo.

—¿Cómo estuvo tu Navidad? —preguntó ella mientras se abrazaba contra el frío.

—Diferente —respondió él—. Difícil. Una primera vez para ambos.

Louise no era ajena a su situación. De hecho, era una de las pocas que lo sabían. Y por eso sentía que podía ser abierto y honesto con ella sobre su relación con Kasia. No conocía los detalles de su divorcio, pero cada vez que habían hablado, había tenido la impresión de que ella entendía. Que entendía más sobre su situación que él mismo, y él era el que estaba en ella. Suponía que una parte de eso era alimentada por la cadena alimenticia de Kasia a Sylvia, y de Sylvia a Louise, para que cada pepita de consejo y sabiduría viniera de Kasia por poder. Que sus pensamientos y sentimientos reales se distribuían a través de un juego de teléfono descompuesto.

—¿Cómo fue la tuya? —preguntó Tomek, sintiéndose obligado a hacer la misma pregunta.

—Oh, ya sabes. Seis horas cocinando, veinte minutos comiendo, seguido de otras seis horas sintiéndote como si no pudieras moverte. Rematado por un par de horas más lavando platos.

Tomek asintió cortésmente. —La nuestra fue algo así. Al final, cambiamos el lavado de platos por una partida de Monopoly.

—¿Quién ganó?

—Kasia. Obviamente.

—¿Porque ella es mejor que tú o porque la dejaste?

—¿No es obvio?

—Claro. Porque ella era mejor. Eso es difícil de aceptar, pero llega un momento en que pronto se vuelven mejores que tú en todo. Tu ego recibe un golpe real...

—Dice la que lleva un conjunto de pijama a juego.

Louise se llevó la mano a la boca, fingiendo ofensa. —Esto fue en realidad un regalo de Navidad de mi hija, para que lo sepas. No estoy segura de cómo lo compró, pero usó el dinero de otra persona para pagarlo.

A Tomek le recordó la vez que Kasia había robado cincuenta libras de una reserva de emergencia que había escondido dentro de un libro de bolsillo. Se preguntó si Kasia le habría comprado un regalo de Navidad con más dinero que le había robado. Y si fue así, le gustaría verlo pronto.

Dio un paso más cerca y bajó la voz. Mientras hablaba, miró hacia la escalera y levantó las cejas. —¿Cómo lo ha estado llevando después de todo?

—Difícil. Está tratando de procesarlo, pero creo que le ha resultado complicado. Son muy jóvenes, y para ellas haber visto algo así, es mucho para que lo asimilen. Y volver a remover todo en la comisaría no ayudó.

—Lo sé, pero todo es parte de-

—No, no, no. No estaba atacando. No quiero que pienses que estaba haciendo alguna indirecta. —Puso una mano en su hombro y la dejó allí—. Solo les tomará tiempo superarlo.

¿Era este uno de los mensajes del teléfono descompuesto de Kasia que había bajado por el árbol? ¿O era esta sabiduría que venía de la propia Louise? De cualquier manera, si había algo que había aprendido de tener una hija de la que no sabía nada, era que muchas cosas llevaban tiempo.

Tiempo para que ella se acostumbrara a su nueva escuela.

Tiempo para que se acostumbrara a estar cerca de él y tener que escucharlo.

Tiempo para que se acostumbrara a la vida en una nueva área, con nuevos amigos, una nueva *familia*.

Y ahora esto. Tiempo para que se acostumbrara a las imágenes y pesadillas de lo que le había sucedido a Lucy.

De la misma manera que Tomek se había visto obligado a acostumbrarse a las pesadillas que lo atormentaron después de la muerte de su hermano.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Lo primero que Tomek notó cuando entró en la Sala de Incidentes Mayores fue el sonido. Música, retumbando desde la radio. Conversaciones, filtrándose a través de los pasillos y desde las salas de reuniones. Lo segundo que Tomek observó sobre la SIM fue su luminosidad. Como si alguien o algo hubiera subido la intensidad de las luces unos cuantos niveles, pintado todo con un color más luminoso y próspero, y cambiado el filtro que había caído sobre el edificio en los últimos días.

Todo el lugar era completamente diferente al estado en que lo había dejado.

Y entonces descubrió por qué.

La agente Nadia Chakrabarti. El alma de la oficina. Sin duda una de las personas más alegres y burbujeantes que jamás había tenido la fortuna de conocer. Siempre llevaba una sonrisa en la cara, incluso cuando tenía un mal día, y siempre estaba allí para animar al equipo cuando lo necesitaban. Y nunca había habido mayor necesidad que ahora.

El equipo aún reflejaba el miedo y la fatiga del asesino de las alergias. Y todos mostraban en sus expresiones la angustia por el incidente de Lucy Cleaves. Entra Nadia. Alegre, jovial. Exactamente lo que el equipo necesitaba. Y cuando Tomek entró en la sala, ella lo acosó con una taza de té que le puso en la cara.

—Bienvenido de vuelta, sargento —dijo, sonriendo exuberantemente—. Te vi llegar así que preparé esto por si acaso.

Parece que te vendría bien uno.

—Claro. Gracias. —Tomek tomó la taza y dio un sorbo. Perfecto. Preparado a medida—. No estoy seguro si debería sentirme ofendido o halagado.

—Ambos.

—Gracias, Nadia —respondió Tomek—. Eres un sol.

—Hago lo que puedo.

Tomek estaba seguro de que así era. En casi todos los aspectos de su trabajo, ella se aplicaba a fondo. Como la agente encargada de organizar los puntos de acción a través de HOLMES 2, era responsable de hacer cumplir las órdenes y asegurar que se siguieran todos los criterios necesarios. Como resultado, ella y Tomek trabajaban bastante estrechamente en ocasiones. Excepto durante las últimas semanas, cuando él había descuidado darle el tiempo que necesitaba y merecía.

Mientras Tomek se dirigía a su escritorio, observó los rostros del resto del equipo. Sería mentira pensar que todos estaban bien descansados, eso era una falsa economía en este trabajo, pero lucían un poco menos tensos, un poco más relajados. De fondo, la radio emitía una canción de rap ofensiva y de mal gusto que lo molestaba. Por dos razones. Una, porque la melodía había sido tomada de una clásica canción pop de los noventa. Y dos, porque la letra era basura. Ya no había buenas canciones en la radio. Nada era original. Nada tenía buen gusto. Nada era agradable.

Recordó una época más simple cuando Blue y Five estaban en la cima de sus carreras y él se sentaba en el muelle de Southend escuchándolos en su Walkman, o poniendo a todo volumen a Take That y NSYNC desde el altavoz en el piso de su amigo. Tiempos más simples y felices. Con muchas menos preocupaciones.

—¿Es *tu* elección de música, Chey? —preguntó Tomek a través de la oficina.

—Parecería que sí, pero no. A mí me van más los noventa —respondió el joven agente—. Mamá y papá me metieron en eso. Oasis, Blur. Todos los clásicos. Aunque creo que probablemente sea porque estaban colocados en raves y conciertos en esa época.

—Sí, en esa época todo iba de fiesta en fiesta. —Cuando nadie se rió de su broma, Tomek intentó otra—. He oído que las drogas están volviendo a ponerse de moda. ¿O debería decir a *bajarse* de moda?

Silencio absoluto.

Tomek casi podía ver plantas rodadoras cruzando la alfombra y escuchar el sonido de los grillos. Incluso la música se había detenido en protesta contra sus chistes de mierda. Pero cuando giró sobre sí mismo, descubrió por qué. Victoria, de pie en la entrada de la SIM.

—¿Interrumpo algo?

—Creo que necesitas llamar a un médico —respondió Tomek—. Todos han perdido el sentido del humor.

—O quizás solo eres tú. Te estás volviendo un poco aburrido con la edad.

Tomek sintió una palmada en la espalda, seguida de la visión de la persona que lo había hecho. Sean, con su enorme complexión, pasó junto a él con una sonrisa gigantesca y se dirigió a la SIM. Todos los demás le siguieron poco después y tomaron asiento alrededor de la pizarra en la cabecera de la sala. Antes de entrar, Victoria llevó a Tomek a un lado y le informó que él sería quien dirigiría mientras ella se ocupaba de la burocracia.

Tomek sintió un ligero hormigueo descender por su columna al escuchar esas palabras. El momento por el que había estado luchando desde que le quitaron la responsabilidad y se la pasaron a Victoria.

¡Había vuelto, nena!

Pero en cuestión de minutos después de ponerse al frente de la sala, deseó no haberlo hecho.

Más bien, deseó que lo hubieran dejado a cargo de la investigación desde el principio.

—Quiero una actualización —dijo—. Quiero saber tanto como ustedes sobre todo. Durante los próximos minutos voy a ser una esponja, voy a absorber todo lo que me digan.

—Parece que has estado entrenando toda tu vida para esto —comentó Rachel sarcásticamente desde la primera fila.

—Absolutamente. Toda mi vida adulta, concentrada en este momento.

Y en todos los demás que condujeron a él.

En las pizarras y tablones alrededor del perímetro de la sala estaban los nombres y rostros de las víctimas, con la información vital detallada debajo de cada uno. Tomek se acercó al nombre de Fern Clements y pidió una actualización sobre la muerte de la joven, ya que era la más reciente. Como Rachel había estado a cargo de eso, bajo su tentativa supervisión, ella conocería los detalles, el día a día.

—Bueno, la buena noticia —comenzó ella—, es que sigue muerta...

—¿Qué?

—Yo... Eh... Solo estaba intentando hacer una broma. Ya sabes, bromear. Como acabas de intentar hacer tú. Parecía el tipo de cosa que tú dirías.

Tomek se llevó una mano al pecho.

—Yo *nunca* me alegraría de que alguien esté muerto.

Aunque podía pensar en algunos nombres donde ese no sería el caso.

—No —comenzó ella—. No tú. Solo en general. *Alguien*.

Estaba nerviosa, vergonzosamente, y Tomek decidió sacarla del hoyo que acababa de cavar para sí misma y ponerla en terreno sólido.

—Continúa. Rápido, por favor.

—Claro. Sí, sargento. Fern Clements. Como sabes, murió por picaduras de abeja. Criminalística ha peinado el campo donde fue asesinada pero no ha encontrado ADN ni evidencia de rastro en los alrededores. Sin embargo, han encontrado fibras negras en su ropa interior inconsistentes con las suyas. Ahora, dado que estaba en la casa de su amiga, necesito tomar muestras de todos con quienes tuvo contacto esa noche.

Tomek asintió pensativamente.

—¿Y qué hay de Timothy Warren, nuestro apicultor?

—Limpio.

—Yo pensé que se veía bastante sucio cuando lo vimos, pero lo que te guste...

Rachel puso los ojos en blanco y le lanzó una mirada que decía: Imbécil, ese era el tipo de broma que yo intentaba hacer.

—Lo he investigado y está limpio. No hay nada ahí. No sabe nada sobre Fern. Y tiene coartadas sólidas, trabaja a todas horas del día así que no es una sorpresa.

—¿Qué hay de nuestra lista de la Asociación de Apicultores?

—Todavía estoy avanzando, sargento.

—¿Y?

—Unas veinte personas hasta ahora. Quedan otras ciento veinte por revisar.

—Una semana ocupada para ti entonces. Y no te olvides de preguntar si alguno de ellos ha estado en Sudamérica recientemente.

Rachel confirmó que lo haría.

—Y, por último, ¿qué hay de su novio-no-novio, Darren?

Rachel consultó sus notas.

—Hablé con él en Nochebuena. Arruiné todo su año y el de sus padres, creo, por cómo se comportaron. Pero nunca se reunió con Fern. Después de la fiesta, habían acordado encontrarse afuera, pero ella no estaba cuando él llegó, y trató de llamarla docenas de veces. Me mostró los mensajes y el historial de llamadas para probarlo. También revisé los datos de telemetría de ambos, y el teléfono de ella estaba apagado antes de que él se acercara a la casa de la fiesta. Ella se había ido antes de que él llegara. Posiblemente muerta también antes de eso.

Tomek absorbió lo que había escuchado y asintió, ocultando la decepción que sintió después de recibir el primer golpe en su teoría del fútbol. Luego dirigió la conversación a Lily Monteith, y a Anna y Oscar que habían estado investigando su muerte.

—Nada nuevo, sargento —comenzó Martin, ajustándose el moño en la cabeza—. Tuve la genial idea de llamar a todas las tiendas de comestibles y farmacias para ver si alguien había entrado a comprar condones o guantes desechables cerca de la hora de la muerte de

Lily. Pero luego me di cuenta de que no era tan genial después de todo. Y que en el gran esquema de las cosas era bastante estúpido.

—No del todo —respondió Tomek—. Creo que hay algo ahí. ¿Tenemos algo sobre una posible conexión médica, médicos de cabecera, enfermeras, doctores? ¿Comparten el mismo, por ejemplo?

—No estoy seguro —respondió Martin—. Pero definitivamente podemos investigarlo.

—Bien. Avísame lo que encuentres.

—Por supuesto. —Se aclaró la garganta, haciéndole saber a Tomek que había más por venir—. También revisamos los datos de telemetría de Lily Monteith la noche que murió y su teléfono se apagó justo a las afueras del parque.

—¿Así que las secuestra y lo primero que hace es apagar sus teléfonos? —preguntó Tomek, más para su propio beneficio que para el de los demás.

—Debe ser así. No es sorprendente, considerando que las chicas probablemente están pegadas a ellos y es lo primero que desbloquean al entrar en su coche.

Tomek asintió y marcó mentalmente una casilla junto al nombre de Lily antes de pasar a Mandy Butler.

—He hablado con un contacto en la taquilla del Cliffs Pavilion —dijo el agente Chey Carter—. Y he solicitado toda la información de los asistentes para los eventos que hemos estado investigando.

—¿Sabes cuándo podrías obtenerlos?

—Ya los tengo. —El joven sonrió con suficiencia. Tomek quería borrársela a golpes. Desde que Chey se había unido al equipo, Tomek había sido intencionadamente duro con él. No porque quisiera ser un cabrón (que ya lo era, pero no un cabrón malintencionado), sino porque veía destellos de sí mismo en Chey. El tipo descarado, lleno de bravuconería y confianza, que creía que podía salirse con la suya en todo. Cuando tenía esa edad, Tomek había tenido a Nick para guiarlo y supervisarlo. Ahora era su turno.

—Revisé las listas de todos los eventos relacionados con las víctimas encontradas en el informe de Abigail Winters. Cinco en

total. Y en todas esas listas, encontré cuatro nombres que habían comprado entradas para los cinco eventos.

A Tomek se le aguzaron los oídos. Cuatro nombres. Cuatro individuos. Esperaba que estuvieran conectados de alguna manera con los chicos del club de fútbol.

—¿Ya has hablado con ellos? —preguntó Tomek.

Chey negó con la cabeza.

—Está en mi lista de cosas por hacer. Pero, tengo que ser honesto, señor, no tengo muchas esperanzas. He ido al Cliffs muchas veces, y cada vez hay siempre algunos idiotas parados afuera intentando vender entradas de último minuto a fans desesperados a precios exorbitantes. Es estúpido y un completo fraude.

—Solo es estúpido si no funciona —respondió Tomek—. Sé de lo que estás hablando, sin embargo, y te sorprendería lo exitosos que son. Pero no me preocupa cuánto dinero hayan ganado con eso. Quiero saber si alguno de ellos tiene conexión con Mandy Butler y el resto de las víctimas. Es muy posible que le vendieran las entradas a nuestro asesino, ya sea a sabiendas o sin saberlo, y necesitamos averiguarlo. Y si uno de esos revendedores de entradas vendió cinco boletos al mismo tipo, a veces para el *mismo* espectáculo, entonces seguro que lo recordarán. Las alarmas deben haber sonado.

—A menos que fueran simplemente un *gran* fan.

—Yo soy un gran fan de la pizza, pero no me ves comiendo un Domino's cinco días seguidos.

—Lo harías si pudieras, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—De comer pizza durante cinco días seguidos.

—Quiero decir, *podría*. Cualquiera *podría*. No significa que vaya a hacerlo.

—No, pero lo que quiero decir es si fueran saludables, si no fueran tan malas como todos dicen.

—Entonces no las querría. En fin, nos estamos desviando del tema. —Tomek aplaudió para volver a encauzar la discusión—. Quiero hablar de Diana Greenock. ¿Dónde estamos con ella?

Silencio. Nadie respondió. Y todos apartaron la mirada de él mientras eludían la responsabilidad.

—Eso no ha sido parte de nuestro enfoque, colega —dijo Sean, el único que podía salirse con la suya al decirlo por ser el aliado y amigo más cercano de Tomek.

—Lo sé. Pero esperaba *algo*. ¿Tenemos al menos la lista de los compañeros de piso de Diana? ¿Una lista de personas con las que podamos hablar? Parece que somos tan buenos haciendo listas de personas para todas nuestras otras víctimas, ¿pero no para esta?

Más silencio. A estas alturas todos habían girado tanto la cabeza que parecía que estaban haciendo su mejor imitación de *El Exorcista*.

—Bien. Si ese es el caso, entonces quiero que alguien me consiga una puta lista. No me importa quién. Solo quiero que jodidamente...

Tomek se contuvo en cuanto se dio cuenta de que sonaba como Nick. La agresividad, las palabrotas.

—Lo siento —dijo, más calmado esta vez—. No sé de dónde salió eso. La lista de sus compañeros de piso, sus colegas de trabajo. Si alguien pudiera conseguírmela.

—Ya la tengo —respondió Nadia, tecleando en su teclado. Luego añadió—: Señor.

—Gracias —respondió Tomek avergonzado. Se aclaró la garganta y se sacudió, incapaz de quitarse la sensación de un padre que acababa de gritar innecesariamente a sus hijos y ahora todos lo estaban mirando, asustados.

Y todo iba tan bien.

Pasaron unos segundos más de incomodidad hasta que reunió el valor para hablar.

—Yo... —comenzó—. Me preguntaba si podría plantearles algo a todos. Tengo una hipótesis que me ha estado molestando.

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

Dagenham & Redbridge FC llevaba estancado en la National League, la quinta división del fútbol, durante lo que ya era su séptima temporada. Lo más alto que habían alcanzado en la pirámide futbolística fue la League One. Era una historia no muy diferente a la de sus vecinos al otro lado de la frontera entre Essex y Londres, el Southend FC. El equipo de fútbol de Essex mejor clasificado era el Colchester United, que ocupaba un lugar semipermanente en la League Two durante aproximadamente ocho años.

Para un condado tan aficionado al fútbol, los seguidores tenían muy poco por lo que emocionarse a nivel local. No había habido un desfile de trofeos en Essex desde los años setenta, y la única fuente de contribución de élite al deporte era el West Ham, el "grande" local, el que tenía el éxito más reciente, especialmente notable por la participación del equipo en la Europa Conference League donde levantaron el trofeo. Por eso era el equipo local de Tomek. Aunque había crecido y vivido más cerca de Roots Hall, hogar de los Mighty Shrimpers, él seguía considerando Upton Park (y más tarde el London Stadium) como su segundo hogar. Era algo generacional. Su padre antes que él, y su padre antes que él, todos habían apoyado a los Hammers. Hasta 1965, el equipo y toda la zona se habían considerado parte de Essex, así que Tomek había escuchado historias de su abuelo asistiendo a partidos a mediados de los sesenta con sus padres y amigos, viendo al inimitable Geoff Hurst y

Bobby Moore batallar en el campo con la camiseta granate y azul. Generaciones de fervientes aficionados al fútbol habían acudido en masa al London Stadium cada semana solo para ver sus corazones rotos. Era un deporte muy curioso.

Pero no había nada divertido en su hipótesis sobre el Dagenham & Redbridge FC.

Le habían dicho a Tomek que esperara en el área de recepción durante lo que pareció media hora. En ese tiempo, le habían dejado con un pequeño vaso de papel y una fuente de agua medio funcional que parecía como si el agua hubiera comenzado a desarrollar bacterias y nuevas formas de vida. Había dado un sorbo, probado el sabor metálico del grifo y lo había dejado. Afortunadamente, cuando Tomek estaba tirando el vaso a la basura, Lance Hull, el presidente y propietario del club, lo hizo pasar a su oficina.

—Disculpe la espera.

No, no lo sientes.

—No se preocupe —respondió Tomek—. Entiendo que es usted un hombre ocupado.

—Especialmente después del Boxing Day.

—¿Qué tal les fue?

—Empatamos dos a dos.

Tomek sonrió educadamente y se sentó frente al hombre. Lance Hull era todo lo que había llegado a esperar de un propietario de club de fútbol: un traje bien planchado, el pelo casi inmaculadamente colocado, de no ser por el pequeño mechón que se mantenía erguido en la parte superior de su cabeza, y el estómago bien cuidado que sugería que le gustaba comer en la parte más refinada de la mesa, pero que se lo recordaban en cada momento en el gimnasio con su entrenador personal. Según la estimación de Tomek, estaba en el lado equivocado de los cincuenta, pero hacía todo lo posible para mantener ese número lo más bajo posible.

—No quiero sonar grosero —comenzó Lance—, pero tengo otra reunión en veinte minutos, así que si pudiéramos terminar esto lo antes posible, sería genial.

Eran comentarios como ese los que realmente irritaban a Tomek. Ahora no quería avanzar tan rápido. En cambio, quería perder tanto tiempo del hombre como fuera posible, hacerle lamentar la decisión de apresurarlo.

—Después de escuchar lo que tengo que decir —respondió Tomek—, tal vez quiera cancelar su reunión.

La nuez de Adán de Lance se convulsionó de arriba abajo mientras tragaba profundamente. Luego se movió incómodamente en su asiento. Aquí había un hombre que no temía a las conversaciones difíciles, eran casi una ocurrencia diaria en el fútbol, teniendo que despedir a jugadores, suspenderlos y retirar sus contratos, pero tener a un oficial de policía sentado frente a él diciéndole que algo andaba mal era claramente una conversación más difícil de lo que había previsto para el día después del Boxing Day.

—Estoy seguro de que ha oído las noticias recientes sobre las muertes de las dos adolescentes en Hadleigh y Leigh-on-Sea. Pues bien, durante nuestras investigaciones, han aparecido los nombres de dos de los chicos de su academia.

—¿Aparecido cómo?

—No puedo decírselo.

—Pues necesita hacerlo. Necesito saber de qué se acusa a mis jugadores.

—No se les acusa de nada. Sus nombres simplemente han surgido en la conversación. ¿Con qué frecuencia entrenan los chicos aquí?

—Primero necesita decirme sus nombres.

Tomek era reacio a revelar esa información. Como solo estaba allí por una corazonada, una *sensación*, dudaba en mencionar a los dos individuos en caso de que no resultara nada y él fuera responsable de arrastrar a dos chicos por el fango. Pero luego pensó en las víctimas, Lily Monteith y Fern Clements, y cómo habían sido dejadas en el fango *real*.

—El primer chico se llama Harrison Rossiter y el segundo se llama Darren Edgerton, miembro de su equipo sub-17. También tienen a Billy Turpin que juega para su equipo sub-14.

Lance asintió pensativamente mientras anotaba los nombres de los chicos. Luego dirigió su atención a la pantalla de su ordenador e introdujo sus nombres en el sistema.

—Sí. Los tengo. ¿Qué necesita saber?

—¿Con qué frecuencia entrenan juntos los chicos?

—Bueno, no lo hacen.

—¿Qué quiere decir?

—Harrison Rossiter fue reclutado recientemente en verano por un equipo de la Ligue 1 francesa, el Toulouse FC, y ahora juega para su academia.

—¿En Francia?

—Ahí es donde juegan al fútbol, sí. Su familia se mudó de país para apoyarlo. Todos estaban muy entusiasmados con la oportunidad. Incluso le ayudamos a establecerse con la escuela, el idioma, los amigos, el equipo. Probablemente era uno de nuestros mejores jugadores, pero la perspectiva de jugar en la liga francesa era mejor que jugar con nosotros. ¿Quiénes éramos nosotros para decirle que no?

Muy noble, pensó Tomek.

—¿Y antes de irse? —preguntó Tomek mientras trataba de mantener el hilo de los pensamientos que se agitaban en su cerebro. No había esperado esto. Si Harrison Rossiter vivía en Francia, entrevistarlo resultaría más difícil. Pero también planteaba la pregunta: ¿había otra razón, aparte de las perspectivas futbolísticas, por la que había elegido mudarse de país?

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Lance.

—¿Entrenaban juntos?

—Es posible que Darren y Harrison hayan entrenado juntos los fines de semana. Lo mismo con Billy Turpin. Desde nuestros sub-11 hasta los sub-17. No en el mismo campo, ya que no habría espacio para ellos. Pero, sí. Los fines de semana habrían entrenado juntos.

—¿Y qué hay del primer equipo?

Tomek recordó las palabras de Avena: Este tipo era unos años mayor al menos, así que creo que debe haber jugado en algunos equipos superiores, o tal vez en el primer equipo.

—Normalmente no. El equipo masculino entrena durante la semana y juega la mayoría de sus partidos los fines de semana.

—Pero habrían entrado en contacto unos con otros, ¿no?

—Dependiendo de lo sociables que sean, sí. No se quedan todos ahí sentados en silencio. Ha visto un equipo de fútbol antes, ¿verdad? —Tomek asintió—. Entonces sabrá que todos son amigables, que hay un compañerismo entre ellos. Es igual aquí. Tratamos de crear un espíritu de inclusión. No queremos que nadie se quede atrás. —Lance colocó las manos en su regazo y comenzó a entrelazar los pulgares. Su actitud había cambiado. Ahora se había vuelto rígido, más severo. Menos dispuesto a dar a Tomek las respuestas que buscaba—. ¿Va a decirme qué tienen que ver estos chicos con las muertes de esas dos chicas?

—No —respondió Tomek secamente, y luego cruzó una pierna sobre la otra—. ¿Sería posible obtener una lista con los nombres de los jugadores desde el primer equipo hasta los sub-11? También me gustaría un nombre para los entrenadores, el personal de apoyo y todos los demás entre bastidores que hayan empleado en este lugar en los últimos dos años.

—Yo... Parte de esa información podría ser difícil de conseguir.

—¿Por qué?

—Porque podría serlo. Es una violación de nuestra protección de datos.

—No cuando la policía está involucrada.

Ahora Lance estaba tratando de ser deliberadamente difícil. Tomek miró la hora y vio que de alguna manera habían pasado quince minutos. Lo que dejaba cinco por delante.

—No me gustaría volver aquí con una orden de registro y cerrar el lugar mientras obtenemos la información que necesitamos. No se ve muy bien desde una perspectiva de marca. Y eso es lo último que necesitaría. ¿Cuánto factura el club? No demasiado, estoy seguro. Al menos, no en comparación con algunos de los otros equipos en las ligas superiores. Así que odiaría que se detuviera la financiación, que los aficionados dejaran de venir.

Aunque, si la teoría de Tomek era correcta, la detención de dos de sus jugadores, posiblemente tres, tendría de todos modos un

efecto perjudicial sobre los activos del club.

Lance Hull pensó mucho tiempo sobre la decisión, aunque su expresión no revelaba nada. En cambio, simplemente se quedó ahí, mirando a Tomek, y Tomek le devolvió la mirada.

—Puedo conseguirle la información que necesita. ¿Cuándo la quiere?

—Ahora. —Luego recordó añadir—: Por favor.

—Estupendo. Le pasaré con Alicia en RR.HH. Ella podrá encargarse de todo eso.

Mientras Lance se levantaba de su silla, abrochándose ya la chaqueta para indicar el final de la reunión y decir sutilmente "Lárgate de mi oficina", alguien llamó a la puerta. Ahí de pie, asomando la cabeza por el hueco, había un hombre con el pelo canoso vestido con un chándal.

—Detective —comenzó Lance—, este es Alexandre Lefebvre, nuestro entrenador del primer equipo.

Tomek extendió su mano. —Encantado de conocerle.

—Alex aquí nos va a ayudar a llegar a la League One, ¿verdad, Alex?

—*Oui*. Sí, señor. Haré todo lo posible —respondió Alex alegremente, con un acento marcado. Aunque por la expresión tensa en su rostro, sabía que no sería tan fácil como Lance esperaba.

Tomek observó escrupulosamente al francés antes de seguir a Lance por el edificio hasta el departamento de RR.HH., que consistía en un equipo de dos personas. Ambas mujeres estaban en sus cincuenta años, sentadas una junto a la otra en una pequeña sección del edificio.

—Alicia —comenzó Lance—. Tengo aquí a un caballero que necesita acceso a nuestros registros.

—¿Por qué?

—Está con la policía. Así que sea lo que sea que pida, asegúrate de que lo consiga.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

—Absolutamente ni de coña —fue la respuesta que esperaba de Victoria después de haberle explicado que necesitaba viajar a Francia.

—¿Por qué no, señora?

—Por razones obvias —respondió Victoria.

Tomek frunció los labios y se encogió de hombros—. Quizás tenga que explicármelas.

—El presupuesto, para empezar. Con todas las pruebas de ADN que estamos analizando y reanalizando, y con todas las entrevistas y horas extras que he tenido que aprobar, queda muy poco para que usted se tome unas vacaciones en el sur de Francia.

—Nadie ha dicho nada sobre el sur de Francia, señora. Creo que la región se llama... —Tomek consultó las notas que había tomado en el departamento de Recursos Humanos—. Toulouse. Mierda.

—¿Ve?

—Bueno, sí, *está* en el sur de Francia, pero no es *el* sur de Francia que usted está pensando. No estoy planeando una estancia de fin de semana en la Costa Azul.

—Hmm. —Victoria cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en su asiento.

—Sabe, usted no es tan divertida ahora que es *la jefa*.

—¿Acaba de llamarme puta elefanta?

—¡No, no, no! —Tomek agitó las manos, desesperadamente buscando una superficie para sacarse del hoyo que acababa de

cavar inadvertidamente—. ¡Es español! Significa "boss" en español.

—Mire qué bien, el pequeño lingüista.

—El término correcto es políglota, señora. Pero eso no es importante ahora. Lo importante es que hable con Harrison Rossiter y averigüe sus conexiones con Darren Edgerton y Billy Turpin, y con los asesinatos de Mandy Butler, Diana Greenock, Lily Monteith y Fern Clements.

Victoria se rascó la parte inferior de la barbilla.

—¿Así que está diciendo que un futbolista de diecisiete años anda por ahí matando a chicas jóvenes?

—No.

—Entonces explíquemelo. Dígame *exactamente* lo que le dijo al equipo porque todos parecen estar apoyándole. —Al decirlo, su mirada impenetrable se clavó en él, y Tomek sintió que estaba canalizando su *jefa* interior.

Tomek tragó profundamente antes de responder. No sabía por qué, pero de repente sintió la presión de tener que convencer. Como si necesitara sacar lo mejor de sí mismo para convencer a Victoria de la veracidad de su hipótesis, algo que nunca había sentido cuando trabajaba bajo las órdenes de Nick.

—Desde mi punto de vista —comenzó Tomek, dándose cuenta inmediatamente de que había empezado fatal—, estos dos chicos, Darren Edgerton y Harrison Rossiter, han estado trabajando juntos, con la ayuda de Billy Turpin, para planear los asesinatos de estas chicas.

—Vale.

—Se me ocurrió por primera vez cuando Kasia fue ingresada en el hospital. Su novio, no, no novio, su amigo... *chico*, la llevó al hospital por su alergia a los frutos secos. Después, revisé sus redes sociales, ya sabe, como hacen los padres paranoicos y protectores, y descubrí que jugaba para el Dagenham & Redbridge sub-catorce. Más tarde, cuando hablé con Avena Kumar, una de las chicas que fueron drogadas en el concierto de Catfish and the Bottlemen en el Cliffs Pavilion, dijo que uno de los chicos con los que estaba conocía al tipo que les vendió las drogas, Harrison Rossiter, el que ahora se ha mudado al sur de Francia. Dijo que era un adulto que trabajaba

en el club, ya sea como miembro del cuerpo técnico, personal de apoyo o en uno de los equipos masculinos. Vendiendo drogas para complementar sus ingresos. Estos equipos de ligas menores no cobran las cantidades exorbitantes que se pagan en la Premier. En fin, eso fue hace dos años. Y, casualmente, Billy Turpin se unió al equipo sub-once a la misma edad. Así que durante los últimos dos años o dieciocho meses, ambos chicos se han conocido. Además, Darren Edgerton, que juega en el sub-quince, es el novio de Fern Clements.

—Pero pensé que Rachel habló con él y tenía una coartada sólida.

—Sí, lo hizo. Y sí, la tenía. Pero sigo pensando que hay algo ahí.

—¿Que son una camarilla de futbolistas adolescentes que están matando a chicas jóvenes aprovechándose de sus alergias?

—Sí. Pero no ellos.

—¿No ellos?

—El traficante de drogas que Harrison conocía del concierto.

—¿Y usted cree que todo esto tiene perfecto sentido?

—Bueno, para mí tiene perfecto sentido. Y el resto del equipo parece estar de acuerdo también.

—Entonces, ¿cuáles son los siguientes pasos, aparte de ir al sur de Francia?

Tomek sacó la impresión que Alicia de Recursos Humanos le había entregado.

—Esta es una lista de todos los que han sido empleados por el Dagenham & Redbridge FC en cualquier capacidad en los últimos dos años. —La sostuvo en el aire y la golpeó bruscamente con el dedo, casi haciendo un agujero en ella—. Creo que el nombre de nuestro asesino está en algún lugar de esta lista.

—¿Cuántos nombres hay?

—Más de cien.

—Una tarde ocupada.

—O podría compararla con los nombres en todas las otras jodidas listas que parecemos tener.

Victoria negó con la cabeza.

—No creo. Si lo que sugiere es cierto, entonces esto solo explica la muerte de Mandy Butler. Lo que le sucedió a su hija es irrelevante, perdone que lo diga, pero no veo cómo guarda alguna similitud. Todavía no explica lo que le pasó a Fern Clements o a Lily Monteith.

O a Diana Greenock, pensó Tomek, pero decidió no abrir esa herida de nuevo.

—Haré que Rachel investigue a Darren Edgerton nuevamente, pero aún es posible que todos estén trabajando juntos —respondió Tomek.

—¿Así que está sugiriendo que *sí* es una camarilla de futbolistas adolescentes, con la ayuda de un adulto, que andan por ahí matando a estas chicas?

Por extraño que sonara, y cuando se lo planteaban así sí sonaba extraño, sí, eso era exactamente lo que pensaba. No sabía por qué, pero no había podido quitarse la idea de la cabeza desde que la semilla se plantó por primera vez mientras desplazaba el Instagram de Billy el Luchador de Vacas.

—Creo que está ladrando al árbol equivocado, sinceramente, Tomek —añadió Victoria.

Con toda sinceridad, él pensaba lo mismo de ella. Que su mala gestión de este caso los había llevado a la posición en la que se encontraban actualmente; que llevaban varias semanas de investigación sin ninguna pista concreta, solo unos cientos de nombres en una hoja y dos cadáveres más.

—Déjeme hablar con Tracy, déjeme plantearle la idea y ver qué dice ella —continuó Victoria—. Puede que no coincida con su perfil forense.

—Preferiría hacerlo yo mismo, señora. Considerando que fui yo quien trajo a la NCA a esto en primer lugar. Además, como es *mi* hipótesis, podré explicarla mejor.

—Eso es lo que me preocupa. Temo que la convenza para que nos haga perseguir nuestras colas y meternos más adentro en la madriguera del conejo.

Tomek se rascó el costado de la cabeza.

—Perdóneme, señora. Pero está dando la impresión de que no quiere que atrapemos a este asesino, o asesinos.

Victoria chasqueó la lengua.

—Claro que quiero, joder. Qué estupidez insinuar eso. Pero sin Nick aquí para ayudar a supervisar las cosas, me siento bastante agobiada tal como están las cosas. Así que necesito que estemos alineados en esto. De lo contrario, no llegaremos a ninguna parte.

—¿Y para que eso suceda necesita que yo siga *su* hipótesis?

—Sí. Soy la SIO.

Como si eso zanjara la discusión. Como si eso zanjara todas las discusiones ahora y por la eternidad.

—¿Así es como funcionaba en Colchester? ¿Dictando lo que otros deben pensar o hacer, reprimiéndolos si tienen algún pensamiento original propio?

En respuesta, Victoria se molestó por su tono, luego dirigió su atención a la carpeta abierta en su escritorio. Manteniendo la cabeza agachada, ignorando su presencia, dijo:

—Un placer hablar con usted, Tomek. He organizado que asista a una rueda de prensa en poco más de una hora. Si pudiera hablar con Anna para preparar lo que va a decir, se lo agradecería mucho. Y puede cerrar la puerta al salir.

CAPÍTULO
CUARENTA

Había comenzado una llovizna ligera, lo suficientemente suave para que Tomek usara los limpiaparabrisas en la primera velocidad, pero no tan intensa como para necesitar la segunda. La calefacción estaba encendida dentro del coche, pero apenas hacía diferencia. En el corto tiempo que había estado estacionado, mientras discutía el caso con Victoria y llevaba a cabo la rueda de prensa, el frío del final del invierno había envuelto el vehículo con sus dedos, entumeciendo todo en su interior. Hacía tanto frío que una nube de vapor aparecía frente a su rostro cada vez que respiraba. Más aún cuando salió del coche y se dirigió a la puerta principal de Billy el Luchador de Vacas. Eran poco después de las 4 p.m., y Tomek esperaba que el chico estuviera en casa.

Golpeó con el puño en la puerta, el sonido retumbando arriba y abajo por la calle en Chalkwell. El niño abrió unos segundos después.

—Joder, tío... —comenzó, pero se contuvo cuando sus ojos se encontraron con los de Tomek.

—¿No te estoy molestando, verdad? —preguntó Tomek.

De inmediato, la cara de Billy se puso roja. Y no era por el frío que inundaba la casa.

—Yo... ¿Qué está...? Si esto es por lo del otro día, ¡lo siento, vale!

—No se trata de eso, aunque me gustaría discutirlo.

—No va a entrar.

—¿Por qué no?

—Porque mi madre y mi padre me han dicho que no debo hablar con extraños.

—No soy un extraño. Soy la policía.

—Sí. Y mi padre dice que ustedes son tan malos como los extraños. A veces peores.

Padres. Los padres y sus malditas opiniones. Siempre las tenían.

—Está lloviendo —dijo Tomek en voz baja, esperando que la suave súplica funcionara con el joven.

No funcionó.

—No es mi culpa que no haya traído un abrigo.

Tomek se tomó un momento para examinar el atuendo de Billy. Estaba vestido con su chándal completo del Dagenham & Redbridge, con pantalones rojos y azules y un impermeable negro que tenía el escudo del equipo grabado en el pecho.

—Me gusta eso —comenzó Tomek, señalándolo—. ¿Lo conseguiste en el puesto de mercancía del estadio?

Billy sopló aire entre los labios fruncidos. —Una mierda. Juego para ellos. Sub-14. Llevo jugando para ellos unos dos años.

—Vaya. Impresionante.

—Sí. —La cara de Billy se infló de presunción.

—¿En qué posición juegas?

—Delantero.

—¿Entonces eres rápido?

La presunción continuó hasta que su cara se hinchó.

—Uno de los más rápidos.

—¿Has ganado algún trofeo?

—Nah. Pero una vez estuvimos cerca. Tengo una medalla de subcampeón en mi pared.

—¿Puedo verla?

Billy se detuvo un momento mientras consideraba. Y lentamente el ego continuó creciendo hasta un tamaño exorbitante.

—No veo por qué no —dijo Billy, olvidando completamente quién era Tomek y para qué estaba allí.

Unos segundos después, Tomek estaba a salvo dentro de la casa, sin zapatos, siendo conducido por el pasillo. Tan pronto como Billy comenzó a subir las escaleras, Tomek se detuvo.

—Tienes que subirlas para verla —comentó Billy.

—No, estoy bien así, gracias. He cambiado de opinión. Lo que *realmente* me gustaría es que habláramos de tu relación con Harrison Rossiter y Darren Edgerton.

Al mencionar los nombres de los otros jugadores de la academia, el ego y la presunción que habían estado brillando a través de cada poro en la cara del joven se drenaron en un instante.

—¿Harrison Rossiter?

—Sí.

—¿Darren Edgerton?

—Eso es lo que dije. Sé que los conoces, así que no te hagas el tonto.

—¿Qué quieres...? —Billy bajó un escalón tentativamente, observando a Tomek con cada movimiento—. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué no llevamos esto a la sala o a la cocina? —respondió Tomek.

Así que lo hicieron. Entraron en la cocina de Billy Turpin. Era una de las cocinas más brillantes que había visto jamás. Con impecables encimeras de mármol, baldosas blancas en el suelo y brillantes luces plateadas colgando del techo sobre la isla central, bañando toda la habitación en un tipo diferente de dinero. Podía imaginarse a sí mismo y a Kasia cocinando allí, organizando reuniones o fiestas, tal vez incluso invitando a Louise y Sylvia a cenar y tomar algo una noche. Lástima que todos tendrían que conformarse con su pequeño apartamento mientras tanto.

—¿Cuánto contacto has tenido con Harrison o Darren? —preguntó Tomek mientras se acercaba a un taburete en el centro de la habitación.

—No mucho.

—¿Alguna vez hablaste con ellos, intercambiaste números?

—Tal vez. Tengo un montón de números de la escuela, así que podría ser difícil comprobarlo.

Por supuesto que lo sería. El pequeño egocéntrico probablemente pensaba que era el tipo más popular del edificio.

—¿Alguna vez hablaron de una chica llamada Mandy Butler?

Billy hizo una pausa mientras repasaba el nombre en su cabeza. —No puedo decir que haya oído ese nombre antes. No me suena.

—¿Estás seguro? Piénsalo de nuevo.

Billy lo pensó de nuevo. Pero esta vez por mucho menos tiempo, una fracción de segundo.

—No. No lo recuerdo. Lo siento.

La última palabra hizo que Tomek se estremeciera. Escribirla en un mensaje de texto o en una publicación en redes sociales era bastante malo, pero verbalizarla, eso era criminal.

—¿Y Fern Clements?

Billy frunció los labios y sacudió la cabeza. Se mantuvo erguido, con la espalda recta, como si fuera diez años mayor.

—¿Y qué hay de las drogas?

Pero eso pareció devolverlo a su tamaño.

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Alguna vez has visto alguna? ¿Te han ofrecido alguna?

—La única vez que he visto drogas fue el otro día en el hospital con...

Billy acababa de llevar inadvertidamente la conversación por un callejón del que no había retorno. Y Tomek se alegró de notar que no había sido parte de su propia estrategia.

—Cuéntame lo que pasó —dijo Tomek.

—Pero pensé que estábamos hablando de drogas. Quiero volver a hablar de drogas.

—Kasia. Háblame de Kasia. Ahora. ¿Qué pasó?

Y entonces Billy se lo contó. Sobre cómo habían hablado de que él iría mientras estaban en el patio de recreo ese mismo día. Sobre cómo había llegado después de jugar un partido de fútbol en el parque con sus amigos en la oscuridad. Sobre cómo ella le había dicho que fuera tarde porque Tomek había estado en el trabajo y ella tenía que terminar una lección de polaco. Y entonces Billy le había contado que había llevado pizza (financiada con su dinero de bolsillo), y tan pronto como la puerta se había cerrado y habían compartido un beso, Kasia había comenzado a tener una reacción alérgica al paquete de M&M con cacahuetes que él había comido con sus amigos en el parque.

Al final, la historia de Billy coincidía con la versión de los acontecimientos de su hija y de Phillip Balham.

Todo había sido un accidente terrible y casi trágico. Y al final, Tomek comenzó a preguntarse si no se habría equivocado. Que su deseo de retribución y represalia contra un niño de trece años era exagerado, incontestable y erróneo. Que había fabricado una caza de brujas contra un grupo de adolescentes que no tenían nada que ver con ninguna de las muertes de las chicas y que su conexión con las chicas, en particular la de Harrison Rossiter, no era más que una coincidencia.

Pero, por otra parte, llevaba suficiente tiempo en el trabajo como para saber que las coincidencias no existían. Que las cosas sucedían por una razón. Siempre por una razón. Demonios, si no hubiera establecido la conexión entre las muertes de Mandy Butler y Lily Monteith, si se hubieran calificado como "coincidencias", entonces no estaría aquí ahora, no estaría actualmente persiguiendo a otro asesino en serie.

—¿Qué sabes sobre el personal del Dagenham? —preguntó Tomek, decidiendo que valía la pena continuar con el motivo de su visita. Billy no se iba a salir con la suya tan fácilmente.

—Solo hablo realmente con mi entrenador y los otros miembros del cuerpo técnico. No veo mucho a nadie más. Siempre me preguntan cómo estoy, pero no me quedo a charlar.

Por supuesto que no. El pequeño egocéntrico probablemente pensaba que era más grande que todos ellos cuando la realidad era lo contrario, era pequeño y flaco, más Wayne Rooney que Peter Crouch.

—¿Y nadie ha intentado nunca ofrecerte drogas, o nunca has visto que se intercambien por los terrenos?

—¿Qué? Tío, ni siquiera sé cómo son las drogas. Ni siquiera sé cuáles hay.

Tomek no estaba tan seguro de que eso fuera cierto. Estaba bastante seguro de que, a la edad de trece años, ya sabía todo sobre las diferentes clases y cómo se veían. Especialmente la marihuana. Los niños la estaban fumando y vendiéndola en sus clases a esa edad. Quizás esa había sido una época diferente,

cuando las reglas eran mucho más relajadas, o los niños eran más inteligentes al respecto.

—Déjame preguntarte de nuevo —dijo, hablando lentamente, pronunciando cada palabra—. ¿Has visto alguna vez intercambios de drogas en el campo de fútbol o en los vestuarios entre cualquiera de los adultos, ya sea en el primer equipo o en el personal de apoyo, desde que eres miembro de la academia?

Billy percibió la severidad en la voz de Tomek y esta vez pensó más detenidamente sobre la pregunta. Pero antes de que pudiera responder, se abrió la puerta principal.

La mujer que entró era, supuso Tomek, la madre de Billy. Una mujer vestida con un abrigo de Prada y un bolso de Prada colgando de su brazo, y docenas de pulseras colgando de su muñeca. Gritaba riqueza y dinero, pero como ocurría con demasiada frecuencia, eso no significaba necesariamente que tuviera ni lo uno ni lo otro. Que todo fuera para aparentar.

—¿Quién eres tú? —preguntó con un fuerte acento de Essex.

—Detective Sargento Tomek Bowen. —Mostró su placa frente a ella—. Usted debe ser la madre de Billy.

—Sí, lo soy. ¿Qué ha hecho? ¿Es por ese incidente con la chica el otro día? ¿Cómo se llama?

Miró a Billy buscando la respuesta, pero Tomek se le adelantó.

—Kasia... Mi hija...

—Oh. Así que *es* por eso entonces. ¿Se le permite siquiera estar aquí por asuntos personales?

—Nunca dije que yo...

—¿Te está acosando? —interrumpió.

Por un momento, Tomek pensó que la pregunta estaba dirigida a él. Luego se dio cuenta de que la mujer se había dirigido a su hijo.

—¿Sabe que fue un accidente, verdad? —continuó, ahora centrando su atención en él—. Él no ha hecho nada malo al respecto. Me alegro de que su hija esté bien y todo eso, pero no hay mucho más que él tenga que hacer. Ya se ha disculpado, así que pensé que estaba todo terminado. Pensé que estábamos siguiendo adelante.

¿Se había disculpado el pequeño Billy el Luchador de Vacas? Era la primera vez que oía hablar de ello. A menos que se lo hubiera dicho a Kasia por mensaje de texto o Snapchat o alguna otra plataforma en la que normalmente se comunicaban.

—Como he dicho, señora Turpin. Esto no se trata de la hospitalización de mi hija como resultado de la ineptitud de su hijo. Se trata de...

—¿Cómo lo ha llamado?

Tomek suspiró. Esto iba tan bien como un alpinista ascendiendo una montaña con chanclas.

—Mi hijo no es inepto.

—No.

—¿Entonces por qué lo ha dicho?

—Yo...

—Discúlpese con él. Discúlpese con él como él se disculpó con su hija.

—No estoy tan seguro de haber recibido yo mismo la disculpa, señora Turpin.

Estaban en un punto muerto, ninguno dispuesto a ceder.

Al final, la madre de Billy se quedó sin paciencia y continuó con la conversación.

—¿Por qué está aquí entonces?

—Me está preguntando sobre drogas en el fútbol —dijo Billy, el pequeño santurrón.

—Eso no es estrictamente...

—¿Drogas? —siseó ella, luego se apresuró hacia Billy y colocó un brazo alrededor de los hombros de su hijo—. ¿Drogas? ¡Tiene trece años! ¿Qué sabe él de drogas?

Tomek estaba perdiendo rápidamente el control de la conversación (si es que no lo había perdido ya) y también estaba perdiendo el control de su cordura. Si se quedaba allí mucho más tiempo, podría empezar a pensar que podía luchar contra una vaca.

—Escuche —dijo, levantando las manos en un intento fútil por salvar la discusión—. Su hijo, y otros dos miembros de su equipo de fútbol, han surgido en nuestras investigaciones sobre varios asesinatos recientemente. Creemos que alguien dentro del club, a

qué nivel no lo sabemos todavía, ha estado vendiendo drogas fuera del club. Queremos hablar con esta persona en relación con la investigación.

Tomek se había dado cuenta rápidamente de que la única manera de hacerla callar y que entendiera era contarle más de lo que probablemente debería.

Pareció funcionar, ya que se volvió hacia su hijo. —¿Es Mitchell?

—¿Qué?

—Siempre pensé que había algo raro en él. ¿Fue Mitchell? ¿Necesito hablar con sus padres? ¿O fue Lawrence?

—Mamá, ¿de qué estás hablando? No fue nadie.

—Lo sabía. Sabía que no deberíamos haber rechazado al Ipswich Town. Lo sabía.

—Mamá, no sabes de qué estás hablando. No tiene nada que ver con nadie de mi equipo. ¿Verdad? —le preguntó a Tomek.

Tomek negó con la cabeza, agradecido de no tener que decir nada. Y mientras estaba allí, observando cómo se desarrollaba el incipiente drama doméstico, Tomek se preguntó si la pregunta original de Billy sobre luchar contra vacas era, de hecho, un eufemismo para golpear a su madre.

Supuso que la palabra operativa "vaca" tenía sentido.

—¿Esa es tu respuesta final? —preguntó Tomek, preparándose para irse—. ¿No sabes nada sobre quién podría estar vendiendo drogas o quién podría haber vendido algunas en un concierto?

—No. Lo siento —dijo Billy con un toque de desesperación en su voz. Desesperación por querer ser salvado de su madre. Curioso, en el espacio de unos minutos, Billy había pasado de ser un arrogante, beligerante y risueño imbécil a un pequeño y desesperado niño.

Curioso cómo las cosas cambiaban rápidamente a esa edad.

Un minuto eres el rey del cotarro, al siguiente estás tirado en el hormigón. Además, si Tomek estaba equivocado sobre el grupo de futbolistas adolescentes, y sus investigaciones no ponían en peligro la carrera deportiva de Billy, entonces parecía que esta discusión lo haría.

Y su madre lo iba a hacer por él.

De cualquier manera, Tomek tendría la última risa.

Se haría justicia por poner a su hija en el hospital.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

La información que llegaba a la sala de investigación se había estancado mientras el equipo estaba fuera de la oficina continuando con sus pesquisas. Oscar, con la ayuda de Martin y Chey, entrevistaba a los individuos que revendían entradas. Mientras tanto, Rachel, Anna y Sean eran las almas valientes que se abrían camino a través de la lista de los ciento veinte apicultores restantes en la zona de Southend.

Así que mientras el equipo estaba fuera haciendo todo el trabajo duro, Tomek experimentó el estilo de vida de inspector. Y consistía en una cosa y solo una cosa: papeleo, papeleo y más papeleo. Con un poco más de papeleo añadido.

Revisar los informes que el equipo le enviaba. Aprobar sus horas extras. Calcular presupuestos. Procesar toda la información de los múltiples casos en los que trabajaban simultáneamente. Aunque algunos requerían más tiempo que otros, lamentablemente la atención del equipo estaba dividida. Era en momentos como este, cuando tenían poco personal y les faltaba su figura líder en Nick, cuando agradecía el apoyo de los agentes de policía y otros oficiales uniformados, así como del personal civil de apoyo que ayudaba a mantener el barco a flote. Sin ellos, y sin todos los demás involucrados en asegurarse de que Tomek y el equipo pudieran hacer su trabajo correctamente, no estaba tan seguro de que recordaría siquiera respirar.

O exhalar.

Tampoco estaba muy seguro de que la vida de inspector fuera lo que quería. No si los últimos días eran un indicio. Un bautismo de fuego, por así decirlo, con poca orientación o dirección por parte de Victoria, quien estaba recibiendo su propio bautismo de fuego como sustituta de Nick. Quizás era la burocracia lo que no le gustaba, o la monotonía de tener que quedarse en la comisaría mientras el resto del equipo hacía el trabajo de campo. Porque era el trabajo de campo lo que le gustaba, y a muchos de sus colegas también les gustaba. Mirar a los ojos de un asesino, evaluarlo. Era lo que había vivido y respirado durante los últimos diez años como sargento. Todo lo que había conocido.

Pero, por otro lado, ahora existía la consideración adicional de Kasia. Una vida más sedentaria detrás de un escritorio podría ser lo mejor. Si algo le sucediera mientras estaba en el campo, ella no tendría a nadie más que a sus abuelos. Y nadie merecía eso.

Quizás ese era el principal impulsor de su deseo de convertirse en inspector: para que, si algo le ocurriera —si muriera, quedara en estado vegetativo o incluso perdiera el uso de una de sus piernas— no pudiera soportar hacer pasar a Kasia por cinco años viviendo con sus padres, contando los días hasta que cumpliera dieciocho años y pudiera legalmente hacer lo que quisiera. (Aunque, con su reciente compra del piso, a menos que Tomek tuviera cien mil libras que desconocía para darle, ella viviría en casa durante mucho tiempo).

Después del almuerzo, un BLT de Subway, un pequeño capricho, Tomek convocó una reunión improvisada con Anna y Rachel mientras Sean todavía estaba en el campo, hablando con otro entusiasta de las abejas. Informal, solo los tres. Relajada. A su manera. Algo que esperaba se estuviera transmitiendo al resto del equipo. No le gustaba liderar con mano de hierro como algunas de las otras personas con las que había trabajado. Tampoco quería ser demasiado relajado. En cambio, quería encontrar un punto intermedio.

Quería ser el Ricitos de Oro del management. Justo en el punto perfecto. Sin el flagrante allanamiento de morada, el robo y otras actividades delictivas.

—Qué casualidad veros por aquí —dijo Tomek mientras sacaba una silla del escritorio de Chey y la deslizaba hacia el espacio entre las dos mujeres.

—Hemos estado aquí todo el día. ¿Dónde has estado *tú*? —preguntó Rachel.

—Escondido en mi oficina. Ya no me pillaréis con los de vuestra clase.

—¿Mujeres, quieres decir? —respondió Rachel—. Probablemente nos estés haciendo un favor a todas.

Tomek notó el indicio de coqueteo pero decidió no actuar. No con Anna mirándolo con desprecio. Como oficial de enlace con los medios y las familias del equipo, y la única otra persona polaca en el equipo, también era la más severa, la más rígida, y no le gustaba que la conversación se desviara demasiado de su tema original. Rachel, por otro lado, era lo opuesto. Transferida desde la Policía Metropolitana, estaba acostumbrada a las bromas en la oficina (aunque le había llevado tiempo), y también era buena en su trabajo, increíblemente buena. Tanto que, si alguna vez el puesto estuviera disponible, Tomek la propondría para ascender a sargento. Pero esa era una conversación para otro momento. Ahora mismo, necesitaban concentrarse en encontrar a un asesino en serie.

—¿Qué tenéis para mí? —preguntó Tomek después de un momento de silencio.

—No mucho —respondió Anna bruscamente—. Desde ayer, hemos hablado con otros treinta miembros de la Asociación de Apicultores. Ninguno reconoció la Abeja Melífera Africanizada, ni parece que las tengan. Una de las personas con las que hablé incluso las está criando en un piso, lo cual es la cosa más estúpida que he oído en mi vida, pero cada quien a lo suyo...

—Cada uno a lo suyo —corrigió Rachel.

—Cierto. Lo siento. *Cada uno a lo suyo* —dijo, con un ligero tono de disgusto en su voz—. Creo que debemos tener en cuenta que no somos expertos. Estas personas nos están mostrando sus abejas, y no tenemos idea de lo que estamos buscando. Sí, tengo las imágenes de Google, pero solo pueden servir hasta cierto punto. La cantidad de veces que me han picado estos últimos días.

Agradece que no eres alérgica a ellas.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que empecemos a llevar a Timothy Warren con nosotros. O a alguien de la Asociación de Apicultores Profesionales, o incluso de la oficina central de la Asociación de Apicultores. Un experto que va a saber lo que estamos buscando.

A Tomek le gustaba esa idea. Le gustaba mucho. El único problema era que llevaría más tiempo, y una semana adicional para que volvieran a visitar a los aficionados con los que ya habían hablado. Pero era una parte necesaria de la investigación.

—De acuerdo. Hazlo. Comunícate con Timothy Warren y los jefes de esas organizaciones. Uno de ellos puede sustituir al otro si no pueden asistir. Eso debería ayudar a agilizar el proceso.

—Por supuesto, sargento. Gracias.

La sonrisa en el rostro de Anna lo reconfortó. Que estuviera contenta y emocionada de ser escuchada, de que la escucharan.

Liderando al equipo de la manera correcta.

—¿Alguna de las personas con las que ya habéis hablado tiene algún vínculo con Sudamérica o Brasil? —preguntó.

Ambas mujeres se miraron, como determinando silenciosamente quién debería ser la que respondiera. Al final, fue Rachel quien tomó las riendas.

—Nada. Todos quieren ir a Brasil de vacaciones, y un par de ellos han estado allí, pero hace *años*, pero aparte de eso, nada que parezca sospechoso.

Así que eso estaba resultando ser un callejón sin salida.

A decir verdad, no había esperado que saliera mucho de ahí; poseer una Abeja Melífera Africanizada era bastante singular, y no algo que un aficionado o entusiasta de las abejas normalmente habría asumido a la ligera, así que era una posibilidad remota. Pero aun así, eso no lo hacía menos desmoralizante.

Contratiempo tras contratiempo tras contratiempo.

Y Tomek esperaba más de lo mismo para la siguiente parte de su mañana: hablar con Martin y Oscar sobre los revendedores de entradas del Cliffs Pavilion.

—Déjame adivinar —dijo Tomek antes de que cualquiera de los dos hombres tuviera la oportunidad de responder—. ¿Otro callejón sin salida?

—En realidad, Tomek, puede que tenga una sorpresa para ti —dijo Oscar, con la emoción elevando las comisuras de su cara.

—¿Un nombre?

—Dije una sorpresa, no un regalo.

—¿No son lo mismo? —comenzó Tomek, pero luego cerró esa vía de conversación de inmediato. La semántica no era importante ahora; lo importante eran las palabras que estaban a punto de salir de la boca de Oscar.

—Ahora, había cuatro de estos tipos en total, ¿verdad? —habló Oscar lentamente, como si Tomek fuera estúpido. Debería haberse molestado, pero eso era parte de la personalidad del capitán, la creencia equivocada de que era más inteligente que todos los demás y lo sabía, que Tomek había aprendido a aceptar lenta y dolorosamente.

—Tendrías que haber visto sus caras en cuanto les dijimos para qué estábamos allí. Creo que todos pensaron que estaban a punto de ser arrestados. Es una lástima que no pudiéramos, de lo contrario habría sido una experiencia bastante agradable, me parece. La mayoría de ellos rondaban los cincuenta y tantos, principios de los sesenta. Se podía ver que se aprovechaban de los desesperados. Aparentemente, siempre vendían todas sus entradas en las noches importantes. No todas las noches eran tan exitosas, pero cuando los artistas famosos estaban en la ciudad, es cuando vendían todas las entradas que habían comprado a su nombre.

—¿Y qué hay de nuestro asesino?

—Uno de ellos, Randy McGinn, había comprado entradas para todos y cada uno de los conciertos y actuaciones a los que asistieron esas cinco chicas. Y le vendió una entrada al mismo hombre en cada una de esas noches.

—¿Quieres decir que este tipo vendió cinco entradas al mismo hombre?

—Sí.

—¿Y no pensó que eso era extraño?

—Sí. Por supuesto que sí. Pero no iba a cuestionarlo. El asesino estaba pagando casi el doble del precio minorista de las entradas solo para entrar esa noche. No va a rechazar una ganancia.

Tomek sintió que la emoción burbujeaba en sus pies. En pocos minutos, esperaba que llegara hasta su estómago.

—¿Recuerda cómo era el hombre? —preguntó Tomek con optimismo.

Y entonces se desvaneció con un movimiento de cabeza.

—No puede recordar al hombre "ni por todo el oro del mundo", desafortunadamente —respondió Oscar—. Fue hace tanto tiempo y ha visto a miles de personas desde entonces. Le encantaría ayudarnos.

—Quiero traerlo para que vea a nuestro dibujante de todos modos. Algo podría refrescar su memoria.

Durante las vacaciones de Navidad, las dos chicas que habían visto al asesino fueron llevadas a hablar con los dibujantes, y juntos habían elaborado los retratos robot de su asesino. Ambos eran representaciones salvajemente diferentes del mismo hombre, y ninguno tenía mayor utilidad.

—Hablaré con él —dijo Martin, agradecido de poder intervenir junto a Oscar—. Intentaré convencerlo de que se pase por aquí.

—Excelente. ¿Algo más que necesitéis decirme?

Oscar negó con la cabeza. Y antes de que Martin pudiera hacer lo mismo, la puerta de la sala de incidencias se abrió de golpe.

De pie en la entrada, sonriendo como el Gato de Cheshire, estaba Chey.

—Vamos a ser mejores amigos después de esto —le dijo a Tomek mientras entraba, blandiendo un trozo de papel.

—Me temo que ya he llenado todos los puestos disponibles, colega.

—Entonces tendrás que abrir uno nuevo. O echar a alguien. Anna, deshazte de ella. Nunca me cayó bien de todos modos.

—¡He oído eso! —gritó Anna desde el otro lado de la oficina.

Pero Tomek no podía concentrarse en las bromas. En cambio, estaba preocupado por la gota de sudor que se formaba en la

barbilla de Chey. La gota de sudor que parecía tan fuera de lugar como un petrolero en una convención de Greenpeace.

—¿Acabas de correr aquí desde tu casa?

—No. Mejor. Desde el almacén de abajo.

—Vale.

—Y he imprimido esto.

Chey puso el documento frente a la cara de Tomek.

Le llevó un tiempo registrar lo que estaba viendo, pero cuando finalmente lo entendió, miró fijamente al joven agente. Quizás este no iba a ser un mal día después de todo.

—¿Es esto lo que creo que es? —preguntó.

—Sí. —Las comisuras de la boca de Chey se elevaron—. ¿Significa eso que se ha abierto un puesto?

—No. Seguirás siendo mi colega y amigo. Pero no mejor amigo. Sin embargo, por ahora, ¡podría darte un puto beso!

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

El pequeño punto diminuto en el papel que Chey le había entregado señalaba un edificio pequeño al este de Southend. El punto, cerca de Great Wakering, estaba situado a las puertas de MOD Shoeburyness, una propiedad que se había utilizado durante los últimos ciento setenta años para probar, mantener y evaluar las armas militares usadas por las Fuerzas Armadas. Ocupaba un espacio de más de nueve mil acres, cifra que se extendía a más de cuarenta mil cuando bajaba la marea, y albergaba más de doscientas residencias privadas, siete granjas en funcionamiento, y poco más de siete mil acres. El acceso estaba estrictamente prohibido y controlado, con varias de las playas circundantes vedadas al acceso civil. Y si la idea de ser arrestado y procesado no era suficiente elemento disuasorio, entonces las carreteras estrechas y sinuosas para llegar allí ciertamente lo serían.

Cuando Chey frenó bruscamente y detuvo el coche frente al pequeño edificio, Tomek se sentía enfermo. Como si el contenido de su desayuno y almuerzo pudiera subir a saludarlo. Durante el trayecto, el joven agente había lanzado el coche a izquierda y derecha a través de las curvas pronunciadas y los giros estrechos, como si hubiera robado el maldito vehículo.

—Este lugar está desierto —le había informado a Tomek, como si el comentario debiera tranquilizarlo y hacer que soltara las manos del cinturón de seguridad—. No hay nadie conduciendo por aquí. A

menos que los militares anden cerca. No te preocupes. No nos vamos a estrellar.

No lo habían hecho. Pero eso no significaba que Chey no lo hubiera intentado; había una curva, justo cuando dejaban el bullicio de Shoeburyness y se dirigían a las llanuras de Great Wakering, donde Chey se había encontrado cara a cara con un pequeño pato y su familia de patitos. Al ver el vehículo de cuatro toneladas lanzándose hacia ellos, la madre pato se detuvo en la cuneta y retrocedió a una distancia más segura. Desafortunadamente, Chey había hecho lo mismo en la cuneta opuesta, y casi hizo girar el coche en el proceso, perdiendo un juego del gallina contra una familia de patos.

Cuando Tomek salió del coche, colocó una mano sobre su pecho y sintió su corazón latiendo bajo su caja torácica, la adrenalina del viaje que casi lo había matado aún corría por sus venas.

—¿Recuerdas ese puesto en mi lista de amigos que estabas buscando?

—Sí.

—Bueno, ahora puedes olvidarte de ello. Los amigos no intentan matar a sus otros amigos mientras conducen. Especialmente no los mejores amigos.

La radiante sonrisa de Chey desapareció, pero Tomek le prestó poca atención mientras esperaba la llegada del resto del séquito: Rachel, Sean, Anna y Martin llegaban en dos coches separados, junto con una ambulancia, un vehículo policial rotulado y una furgoneta forense. Los cinco vehículos restantes llegaron uno tras otro en varios momentos, ya que también habían tenido dificultades para atravesar las estrechas carreteras, en particular, la ambulancia.

Una vez que todos estuvieron allí, equipados con sus trajes forenses blancos, dirigieron su atención al punto en el mapa.

El punto no era más que un pequeño edificio de ladrillo que parecía no haber sido habitado en cincuenta años. El musgo, los líquenes y la hiedra habían reclamado las paredes como propias, mientras que las malas hierbas y los pastos crecidos se habían apoderado del pequeño sendero sin asfaltar que conducía a él.

Excepto por dos marcas de neumáticos.

Tomek estimó que el pequeño edificio, situado al lado de la carretera y con tierras de cultivo detrás, habría sido utilizado en la guerra en algún momento. Probablemente algún tipo de torre de vigilancia, un puesto de observación para advertencias anticipadas de ataques aéreos e intrusiones quizás. Sin embargo, no era el lugar para torturar y asesinar a adolescentes.

Mientras permanecía en la entrada del sendero que conducía al edificio, Tomek percibió un aura. De maldad, de malevolencia, de pecado. A medida que se acercaban, la temperatura del aire parecía descender unos cuantos grados, y el aliento que escapaba de su mascarilla se emañaba frente a su rostro. Con cada paso tentativo, Tomek tensaba su cuerpo cada vez más. No había forma de saber qué había al otro lado de esa puerta.

El asesino.

Su última víctima.

Ambos...

Aunque se preparó para ver *algo*.

Gradualmente, redujeron la distancia hacia el edificio.

Diez metros.

Cinco.

Y entonces apareció a la vista.

La razón del punto negro en primer lugar.

El Volvo X70 que había sido utilizado para secuestrar y matar a Fern Clements y Lily Monteith. Como parte de sus investigaciones iniciales sobre los asesinatos de las chicas, Chey y el equipo habían revisado numerosas grabaciones de vigilancia doméstica y cámaras de seguridad alrededor de los parques John Burrows y Belfairs. La calidad de las imágenes había sido pobre, por lo que era difícil distinguir la marca y el modelo del coche. Pero después de revisar las grabaciones de una posible ruta que el conductor podría haber tomado la noche de la muerte de Fern Clements, Chey había descubierto lo que sospechaban que era el vehículo del asesino.

Su ubicación exacta había sido descubierta por los datos de telemetría del teléfono de Fern Clements. Chey había malinterpretado los datos originales y había pasado por alto una pequeña ventana donde el teléfono de Fern había sido encendido

nuevamente, poco después de que fuera secuestrada. Solo había durado unos momentos antes de ser apagado de nuevo, pero había sido suficiente.

Tomek fue el primero en llegar a la puerta del edificio. Colocó una mano firme alrededor de la manija y, dando una última mirada al equipo antes de hacerlo, abrió la puerta.

La ráfaga de viento que sopló hacia el edificio perturbó e inquietó el polvo a sus pies. Soltó la manija y la puerta se abrió rápidamente para revelar un pequeño espacio vacío. La nada. No había nada allí, ni nadie tampoco. Sin riesgo de que alguien saltara sobre ellos, Tomek entró en el edificio. Las paredes habían sido construidas de ladrillo, y el suelo hecho de hormigón. La temperatura dentro era mucho más fría que afuera, casi cero grados.

En la esquina de la habitación, a la inmediata izquierda de Tomek, había un pequeño parche de tierra y polvo removidos. *El lugar donde Fern Clements había sido secuestrada y encarcelada*. Sin embargo, no había señales de lucha, ni signos de sangre en el suelo. Y nada que sugiriera que hubiera estado atada.

Tomek intentó imaginar cómo había sido para ella.

Entrar en el coche, ya sea consciente o inconsciente, a sabiendas o sin saberlo, ser transportada al fin del mundo en un lugar donde nadie pensaría buscar, para luego despertar en medio de una caja oscura y helada. Tal vez ni siquiera despertó. Pero si lo hubiera hecho, ¿qué habría visto? ¿Qué habría sentido? ¿Cuándo habrían sacado las abejas para matarla? ¿Cuánto tiempo habría sufrido, encogiéndose en una bola en el sólido suelo de hormigón en un vano intento de protegerse, gritando, suplicando ayuda, mientras sus palabras y esfuerzo caían en oídos sordos? Hasta que finalmente el veneno de las picaduras tuvo el efecto deseado y perdió toda conciencia, quedando a merced de las abejas.

¿Y entonces qué había sucedido?

¿El asesino se había quedado de pie sobre ella, observando, esperando? ¿O había observado desde lejos? O, más sórdidamente, ¿había esperado fuera, escuchando los sonidos de los gritos de Fern Clements con deleite, contando los segundos hasta que se detuvieron y era seguro volver?

El pensamiento le dio escalofríos a Tomek, mientras su mente divagaba y reemplazaba las imágenes de Fern Clements con Kasia.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó una voz.

Tomek no se había dado cuenta; había estado parado en medio de la habitación, en silencio, durante los últimos momentos, pero ahora el resto del equipo, incluidos los oficiales de la escena del crimen, se habían unido a él y actualmente estaban inspeccionando el área.

La pregunta había venido de Chey, que estaba agachado en la esquina donde habían mantenido a Fern Clements. Hizo un gesto con la mano en el aire y pidió que uno de los investigadores se apresurara con una linterna.

La pequeña área de hormigón fue rápidamente iluminada, casi cegándolos a todos.

Allí, presionado contra una grieta en la pared de ladrillo, había un pequeño objeto amarillo y negro.

—A menos que sea un caramelo de limón sucio —dijo Tomek—, creo que es *exactamente* lo que piensas que es. Y creo que es *exactamente* lo que parece.

—¿Un caramelo de limón sucio? —preguntó Rachel juguetonamente.

—No recomendaría morder ninguno de los dos. ¿Podemos guardar eso en una bolsa y sellarlo como evidencia? —preguntó Tomek, y la investigadora más cercana se apresuró y levantó al pequeño insecto peludo con unas pinzas antes de ponerlo en una bolsa de evidencia.

—Con suerte, esto será igual que la que se encontró en la pierna de Fern Clements —dijo Rachel.

—Sí, pero ¿dónde están las demás? —murmuró para sí mismo.

Tomek miró alrededor de la habitación como si cien abejas fueran a manifestarse mágicamente. Cuando no lo hicieron, volvió su atención al espacio en la esquina de la habitación. Aparecieron imágenes de Fern Clements, acurrucada en una bola, con las rodillas pegadas al pecho, ojos bien abiertos mientras su cerebro registraba la vista y el sonido de las abejas siendo liberadas sobre ella. Sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir.

—Ha limpiado esta área y ha quitado todas las abejas del suelo —comenzó, continuando su monólogo. Luego giró sobre las puntas de sus pies y miró una marca en el polvo. Era una línea larga y gruesa, que giraba a la izquierda en un ángulo recto. Tomek siguió la línea con su dedo hasta que apareció la imagen más completa. Era el contorno de una caja de abejas, similar a las que había visto en la granja de abejas de Timothy Warren.

Tomek se tomó un momento para considerar lo que esto significaba para la investigación en general. Si el asesino poseía una colonia entera de Abejas Africanizadas, debía haberlas conseguido en algún lado. En línea, tal vez. La Dark Web. El mercado negro de la venta de abejas. O si no las había comprado en línea, entonces debía haber encontrado otro método para adquirirlas, para importarlas al país.

Respiró un suspiro largo y profundo mientras miraba la habitación a su alrededor.

Su teoría de que un grupo de futbolistas adolescentes tenía algo que ver con los asesinatos de las chicas se desmoronaba rápidamente ante sus ojos, goteando como un panal de miel. Era casi imposible que Billy el Luchador de Vacas supiera sobre este lugar, y menos probable aún que lo hubiera encontrado por sí mismo. Lo mismo se aplicaba a Harrison Rossiter en Francia. Pero eso no exoneraba al hombre del club que había vendido las drogas adulteradas a Mandy Butler y a todas las otras víctimas; él seguía estando al frente de sus investigaciones. La única otra opción era Darren Edgerton, el novio de Fern. Con diecisiete años y edad suficiente para conducir. Pero ¿podría haber conseguido las abejas asesinas? ¿Habría sabido cómo?

—El coche —dijo Tomek cuando de repente se le ocurrió la idea —. Quiero que lo hisopen y se realice un profundo análisis forense. El ADN de nuestro asesino estará por todo él. Es posible que no lo encontremos aquí, especialmente si llevaba un traje de apicultor para protegerse de las abejas, pero el coche es clave. El coche es la respuesta a todo esto. Buen trabajo, Chey.

Detrás de la mascarilla del joven, Tomek reconoció el gesto de una sonrisa.

—Ahora solo necesitamos averiguar quién es el dueño —dijo Rachel.

—Y descubrir por qué lo han dejado aquí.

Ese punto dio a todos motivo para detenerse.

Si el coche había sido dejado allí porque el asesino había terminado con sus asesinatos.

O si lo estaba guardando para más tarde, solo para volver a por su próxima víctima.

Pero antes de que alguien pudiera responder, un grito llegó desde fuera del edificio. Tomek y el equipo corrieron afuera para encontrar a un investigador de la escena del crimen agarrado al maletero del Volvo.

—Está desbloqueado, Sargento.

—¿Ya lo has abierto? —preguntó Tomek, acercándose al hombre con los brazos levantados, sintiéndose como si estuviera en un país devastado por la guerra tratando de desactivar una bomba.

—Todavía no —respondió el investigador.

—Entonces te sugiero que lo hagas con cuidado, y, todos, retrocedan.

El sonido de pies arrastrándose por la tierra resonó por encima del viento.

Y por encima del sonido que venía desde dentro del coche.

Tan pronto como lo escuchó, Tomek supo exactamente lo que era. Pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera decir algo, el investigador levantó el maletero, e inmediatamente una docena de Abejas Africanizadas saltaron del maletero y comenzaron a arremolinarse alrededor del investigador, zumbando vehementemente.

Al verlas, todos gritaron, incluido Tomek, y todos corrieron de vuelta a sus respectivos vehículos, buscando refugio en los confines de sus coches.

Pero fue un esfuerzo inútil. Para cuando Tomek había saltado al coche que él y Chey habían conducido, una de las malditas lo había seguido al vehículo y estaba zumbando agresivamente frente a su cara, un diminuto insecto de rayas negras y amarillas decidido a buscar venganza.

Tomek gritó en el asiento del conductor, mientras agitaba salvajemente sus brazos, golpeando accidentalmente con los nudillos la ventana y la columna de dirección. Estaba agradecido de estar solo para que sus colegas no pudieran escuchar sus gemidos y gritos. Pero cuando abrió la puerta del coche para escapar, notó que el resto del equipo había sido sorprendido tanto como él: varios cuerpos vestidos con trajes forenses blancos corrían por el campo, perseguidos por los insectos enloquecidos, mientras Chey, que en su asalto al pequeño insecto había desplazado su capucha y máscara facial, agitaba sus brazos, pareciendo un boxeador tratando de luchar contra el aire con los ojos cerrados.

La vista dibujó una delgada sonrisa en el rostro de Tomek, pero desapareció tan pronto como la abeja que lo había seleccionado como su víctima regresó y aterrizó en su frente.

Antes de que pudiera reaccionar, y antes de que el grito pudiera salir de sus labios por cuarta vez, sintió una bofetada masiva en la frente. Tan fuerte que lo desequilibró y lo hizo caer dentro del coche.

—¡Te tengo, pequeña cabrona! —gritó Sean, parado allí con los brazos flexionados, sonriendo ferozmente como un animal rabioso.

A Tomek no le importaba el creciente dolor en su cabeza, siempre que el pequeño *gówniaki* estuviera muerto.

—¿La atrapaste?

—¡Maldita sea que sí! Tengo los reflejos de un gato —gritó Sean triunfante.

Tanto que mató con sus propias manos a las abejas restantes (las que no habían muerto ya picando a sus colegas) con sus puños y sus pesados pies talla cuarenta y cuatro. Una vez que el área fue declarada libre de abejas, Tomek se dirigió cautelosamente hacia el Volvo.

Por lo que podía ver, todos estaban bien. Excepto por uno de los investigadores y paramédicos que habían sido picados. Pero afortunadamente, nadie era alérgico. Así que al menos todos vivirían.

Mientras los hombres heridos eran llevados al paramédico donde recibieron primeros auxilios, Tomek se acercó al Volvo. Sentada allí en el maletero del vehículo estaba la caja que había sido colocada

dentro del edificio, y junto a ella había un montón de abejas muertas, las que habían sido liberadas sobre Fern Clements.

—Son unas pequeñas cabronas viciosas, ¿verdad? —preguntó Chey.

—Sí —comentó Tomek, mirando el cementerio de abejas—. Y ahora sé que, si alguna vez llegara el caso, preferiría cien por cien pelear contra una vaca que contra una de ellas de nuevo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Aquella noche, cuando Tomek llegó a casa, su vecina le dio un susto de muerte y casi lo hizo tropezar.

Mientras cerraba el coche y se apresuraba hacia la puerta que conducía a su piso en el primer piso, vio su rostro pálido pegado a la ventana, mirándolo como si fuera algún tipo de espíritu siniestro de una película de terror.

—*Kurwa mać!* —siseó Tomek por lo bajo mientras casi sufría un infarto.

En el poco tiempo que Tomek y Kasia llevaban viviendo en su nuevo lugar, Tomek solo había visto a su vecina de la planta baja un puñado de veces. De hecho, menos que eso. Una o dos veces, quizás. Y si esta era la forma en que ella quería saludarlo de ahora en adelante, intentaría mantener ese número lo más bajo posible.

Para cuando llegó al hueco de la escalera que separaba sus pisos, ella estaba parada fuera del suyo, esperándolo.

Durante su primera interacción, Edith le había contado que estaba jubilada, que había sido matrona jefe en el Hospital Southend toda su vida y que ahora vivía con una pensión que apenas le alcanzaba para subsistir. Tan pronto como Tomek le explicó su papel en la policía, ella sintió una afinidad con él, una especie de conexión. Un vínculo tácito e invisible entre ellos. Ambos habían visto cosas en su vida, y solo era algo con lo que personas como ellos podían relacionarse.

—Buenas tardes, Edith —dijo Tomek, tratando de ocultar el miedo y la alarma en su voz—. ¿Está todo bien?

—Perdona por asustarte, Tomek —dijo ella mientras daba un paso más cerca—. Estaba observando afuera.

—¿Está todo bien?

Tomek hizo un medio giro.

—Eso creo. Pero escuché algunos ruidos.

—¿Qué tipo de ruidos?

—Golpes.

—¿Cerca, como justo afuera del edificio? ¿O afuera, como en la calle?

—Ambos.

—Bien. —Tomek tragó e inhaló profundamente—. ¿Quiere que revise la zona?

Ella colocó una mano delicada en su antebrazo.

—Oh, no, está bien, querido. Probablemente no sea nada. Probablemente sea esta tonta anciana volviéndose paranoica por las cosas.

Otra vez. No era la primera vez que acudía a él por ruidos y disturbios. Segunda vez en dos semanas. Ruidos fuera de la casa, seguidos por la sensación de que alguien estaba parado afuera o entrando en su jardín. Tomek no podía culparla por no querer salir de casa para averiguar qué era. Y, como estaba en la planta baja, era más vulnerable a los robos, especialmente si los delincuentes sabían que era mayor y menos propensa a defenderse como lo haría Tomek.

El problema era que le resultaba difícil hacer algo al respecto. No tenía tiempo para sentarse y montar guardia fuera del edificio o revisar las ventanas las veinticuatro horas del día. Pero sí tenía los fondos para instalar una cámara de timbre comunitaria. Eso podría ayudar a disuadir a cualquier intruso o visitante no deseado. Aunque quizás tendría que apagar los sonidos de notificación; no había nada peor que estar sentado en la oficina o deambulando por la calle principal y escuchar la misma melodía irritante alertando al propietario de que alguien estaba en la puerta.

En la oficina, Nadia era la peor para esto. Las compras en línea llegaban a todas horas del día de varias empresas, casi todos los días de la semana. Comprando cosas para el bebé, decía ella, porque ni ella ni su esposo tenían tiempo para salir y hacer las compras como la gente normal. Pero Tomek todavía tenía la sospecha de que podría tener una adicción a las compras.

—Haré que nos instalen algunas cámaras —explicó Tomek.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. No es problema. Lo encargaré en línea y lo instalaré cuando tenga la oportunidad.

Canalizando a su Nadia interior.

Tomek le deseó buenas noches y luego subió las escaleras hacia su piso. Mientras lo hacía, recordó lo que había ocurrido hace unos momentos. Si había notado a alguien o algo fuera de lo común. Si había visto a alguien merodeando por el edificio recientemente.

Antes de que se mudaran a su nuevo piso, había ocurrido un incidente con un individuo que había sido enviado por un contacto en prisión. El contacto, Charlotte Hanton, una ex amante de Tomek convertida en asesina en serie, había enviado al individuo para intimidarlo. Y como resultado, se había mudado de piso. No había visto al hombre en un tiempo, pero eso no significaba que no estuviera ahí esta noche o que no hubiera estado en las últimas semanas.

Aunque cómo había descubierto su nueva dirección, si era él, planteaba algunas preocupaciones obvias. Si Charlotte los estaba vigilando en su intento de monitorear y mantener un control sobre Tomek por alguna definición confusa y distorsionada del amor, entonces tendría que hacer algo al respecto.

—Has llegado a casa —dijo una voz suave cuando entró a la sala de estar—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? Parece que hubieras visto un fantasma.

Tomek pensó en la expresión de Edith, y cómo la comparación sería un poco dura aunque no del todo inexacta.

—No exactamente —respondió—. Solo hay muchas cosas pasando en el viejo sistema informático.

Tomek se dio unos golpecitos en el lado de la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Mi cerebro. Mi computadora.

—Vale.

—Hablando de eso, ¿puedes pedir un sistema de cámaras de seguridad para casa, por favor? Y que lo entreguen abajo.

—¿Por qué?

—Porque te lo he pedido yo y mi trabajo es hacer las preguntas, no el tuyo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

El Volvo X70 encontrado en la escena del crimen del asesinato de Fern Clements estaba registrado a nombre de Ray Elliott, un hombre de ochenta y tres años que actualmente residía en una residencia de ancianos en Grays, Gran Londres.

—Yo diría que más bien... *existe*, a estas alturas. Respira, eso es prácticamente lo mínimo que conseguimos de él. El Alzheimer está bastante avanzado. Los médicos no creen que le quede mucho más en el tanque.

El único pariente vivo de Ray era su nieto, James, el hombre que estaba sentado frente a Tomek y Sean. Antes de salir de la oficina para hablar con él, Chey había buscado el nombre del hombre de treinta y ocho años en el PNC, pero no había aparecido nada. Sin detenciones ni condenas previas.

Por lo que Tomek y la policía sabían, James era buena persona.

—Lamento lo de tu abuelo —dijo Sean con suavidad.

—Gracias —respondió James—. Lo agradezco.

Los tres se encontraban dentro de la casa de dos dormitorios de James. La casa era moderna, con paneles en el exterior y un elegante acabado blanco. El interior era extravagante y opulento. Muebles ornamentados, superficies de mármol, grandes espejos colgando de las paredes, decoraciones llamativas que no desentonarían en la casa de un futbolista. De hecho, mientras Tomek examinaba los accesorios y mobiliario, recordó la casa de Billy el Luchador de Vacas, como si hubieran tenido el mismo decorador

de interiores. Pero dentro de la sala de estar de James estaba la pieza central, el punto focal de toda la habitación: un televisor de pantalla plana de sesenta pulgadas montado en la pared, ubicado sobre una chimenea eléctrica.

—Apuesto a que los partidos se ven bien ahí —comentó Tomek.

—No te lo puedes ni imaginar. Especialmente el Championship y la Premier, con toda esa magistral alta definición. Pero nada supera la experiencia real, estar al borde del campo y experimentar la atmósfera de primera mano.

Tomek y Sean perdieron a James en un momento de reflexión.

—¿Al borde del campo? —repitió Tomek, para aclarar.

James asintió con la cabeza. —Trabajo para el Dagenham & Redbridge FC —dijo—. Así que tenemos asientos de primera fila para el mejor equipo del condado. No es lo mismo que ir al Emirates o al Etihad, claro, y tenemos aproximadamente un sexto de su capacidad, pero sigue siendo un buen ambiente, y sigue siendo mejor que verlo en una pantalla de treinta pulgadas.

—O en una de sesenta, como parece ser el caso de algunos —observó Sean, girándose a medias hacia el gigantesco espejo negro que colgaba de la pared de James.

—Exactamente. Sí.

Pero Tomek no estaba escuchando. En cambio, estaba repitiendo las pocas palabras que habían hecho sonar las alarmas dentro de su cabeza.

Trabajo para el Dagenham and Redbridge FC.

Sonaban cada vez más fuerte con cada repetición, como si estuvieran atrapadas en un vaso de plástico.

—¿Trabajas en el Dagenham and Redbridge? —preguntó Tomek lentamente.

—Soy el encargado del equipamiento.

—¿Para el primer equipo?

—Sí.

—¿Y eso paga esta casa?

—Bueno. —James se movió incómodamente en su asiento—. Tengo una esposa cariñosa que trabaja todas las horas del día y

luego vuelve a casa para cuidar de nuestros dos hijos. Todo mientras yo estoy afuera viendo fútbol. Ella es la verdadera heroína.

Tomek sonrió con sarcasmo. —¿Alguien ha usado esa palabra para describirte a ti?

La espalda de James se tensó y inclinó la cabeza hacia un lado, con los sentidos arácnidos en alerta. Se tomó un momento para responder.

—Disculpen, caballeros —dijo finalmente—. No creo que me hayan contado el propósito de su visita.

—Es porque no lo hemos hecho —respondió Tomek, luego se volvió hacia Sean. Le dio un asentimiento a su colega, y entonces el sargento explicó.

Mientras esperaba, Tomek observó la reacción del hombre, buscando algún indicio de reconocimiento o sorpresa o, más preocupante aún, miedo. No hubo ninguno.

—¿Por qué se ha encontrado el coche de mi abuelo tan lejos? —preguntó James.

—Nos preguntábamos si podías decirnos tú —dijo Sean—. Hemos comprobado en la DVLA y todos los registros relevantes, y todos dicen que el coche está registrado a su nombre. Pero si él sólo puede, como tú dices, *existir* en este momento, entonces queremos saber quién lo tiene y por qué no se ha cambiado la titularidad.

Más movimientos incómodos. Luego James miró a la alfombra y se agachó para rascarse una picazón en los pies.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? —preguntó.

—¿Vamos a necesitarlo? ¿Propones que estaremos aquí un buen rato? —preguntó Tomek.

James no respondió a la pregunta. En cambio, salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Mientras lo veían irse, Tomek y Sean se miraron, e inmediatamente Sean se puso de pie, siguiendo al hombre fuera de la habitación. Durante el tiempo que estuvieron en la cocina, Tomek aprovechó la oportunidad para mirar alrededor de la sala de estar. Para qué, no lo sabía. Pero una señal, una pista. Cualquier cosa que pudiera indicar que tenía algo que ver con los asesinatos.

Un guante. Un condón. Un pequeño frasco de miel por ahí tirado.

Pero no encontró nada. Y para cuando los dos hombres regresaron, estaba de vuelta en su posición original, como si no se hubiera movido en absoluto.

—Tengo que decir —dijo James mientras le entregaba la bebida a Tomek—. Todo esto es bastante desconcertante. Les puedo prometer que mi abuelo no ha hecho nada malo aquí.

—Eso no quiere decir que tú no lo hayas hecho —señaló Tomek.

Una vez que Sean regresó a su asiento, Tomek sacó su destornillador y comenzó a girar el tornillo. Y con lo que estaba sintiendo, tenía ganas de apretarlo tan fuerte que astillara la madera a su alrededor.

—¿Quién tiene el control sobre los bienes de tu abuelo? —preguntó Tomek.

—Yo.

—¿Así que tú habrías tenido control sobre lo que pasaba con su coche?

—Yo... supongo.

—La respuesta es sí, James. Tú *habrías* tenido control completo sobre él, y lo sabes. Y ahora nosotros también lo sabemos. Así que sabes exactamente qué pasó con ese coche y por qué podría estar ahí.

—No, no lo sé. ¡No sé qué está pasando con él! No tengo ni idea. En serio.

Tomek sonrió con sarcasmo. —Cuando la gente dice "en serio" después de hacer una declaración de verdad, típicamente hemos encontrado que resultan ser bastante poco sinceros. ¿No dirías lo mismo, Sean?

—Absolutamente, Tom.

—Así que quizás deberías empezar por ser honesto con nosotros. Te llevará lejos.

—¿Cómo?

Tomek dudó. Nadie había respondido nunca a eso. Siempre había pensado que el significado era obvio e implícito. O James era increíblemente tonto, o estaba ganando tiempo para inventarse una coartada.

Tomek sospechaba lo segundo. Así que optó por no responder, y siguió adelante.

—¿Qué hiciste con el coche de tu abuelo una vez que lo ingresaste en la residencia?

—Yo... yo... se lo vendí a un colega.

—¿Quién?

—No puedo recordarlo.

—Mentira —dijo Tomek.

—No habrá sido un buen colega entonces —añadió Sean.

Le dieron a James tiempo para que reflexionara sobre sus palabras, para considerar la mejor manera de salir del agujero que estaba a punto de cavar para sí mismo. Y Tomek vio cómo todo se desarrollaba en la cara del hombre. La desesperación silenciosa, el rebote de los ojos de izquierda a derecha, la falta de contacto visual. Todo estaba allí en el hermoso tapiz de la expresión de James.

—¿A quién le vendiste el coche, James? —preguntó Tomek.

Torciendo, girando.

—No era un colega. Era, era solo un desconocido.

—¿Qué significa eso? ¿Alguien se te acercó en medio de la calle y te ofreció dinero por el coche, y lo aceptaste?

James dejó caer la cabeza en su regazo y se presionó los lados de la nariz con los pulgares. Tomek sintió que las lágrimas no estaban lejos. —No lo entienden. Era un momento realmente difícil. Tenía muchas cosas pasando con el trabajo, con la casa, con otras cosas, y para colmo tenía que lidiar con él.

Lidiar con él, pensó Tomek, como si el abuelo de James se hubiera convertido en una carga. La elección de palabras le repugnó.

—¿Qué tenías pasando en el trabajo? —preguntó Sean, adelantándose a Tomek.

—Despidos. Hubo muchos hace unos dieciocho meses, dos años. No entraba dinero al club de fútbol. El dueño tuvo que hacer recortes. Fue un momento realmente estresante para todos. Tuve que luchar por mi trabajo y demostrar mi valía.

—¿Y finalmente entraron en razón y se dieron cuenta de que no se podía confiar en que los jugadores limpiaran su propio equipamiento? —preguntó Tomek.

Mientras apretaba el tornillo, estaba contento de lanzar un par de ganchos de derecha e izquierda de vez en cuando, solo para despertar un poco a James.

—Mi trabajo es tan importante como el de todos los demás en el equipo. Todo el personal de apoyo, todos los fisios, todos los que están detrás de los escritorios, todos los que ayudan a que el club funcione. Como un castillo de naipes. Si uno de ellos cae, el resto de nosotros también.

Tomek asintió sarcásticamente y se volvió hacia Sean, dándole en silencio permiso para continuar con su línea de preguntas.

—¿La amenaza de despidos tuvo un efecto dominó en tu matrimonio y vida familiar?

—Por supuesto que sí —respondió James—. Eso es como preguntar si el agua está mojada.

O si crees que podrías pelear contra una vaca.

Y entonces llegaron las lágrimas. Casi como si fuera una señal. El cuerpo de James se estremeció mientras lloraba y luego se secaba las lágrimas. Ni Tomek ni Sean ofrecieron una mano o una declaración de consuelo. No estaban allí para eso.

—Nuestro matrimonio casi se desintegra, y casi pierdo la custodia de las niñas —continuó James.

—¿Y qué hay de las otras cosas que estaban pasando en ese momento?

Una mirada de confusión secó las lágrimas de la cara de James. —¿Qué otras cosas?

Tomek miró su reloj. —Hace unos dos minutos dijiste que tenías mucho entre manos cuando tu abuelo estaba siendo ingresado en una residencia. Trabajo, casa, tu abuelo. Y también dijiste otras cosas. ¿Te importaría elaborar un poco sobre eso para nosotros?

James hizo una pausa mientras calculaba una respuesta. Tomek decidió ignorarla, fuera lo que fuese. El hombre les estaba ocultando algo, se veía claramente. Y Tomek se había dado cuenta rápidamente de que no había cantidad de vueltas y giros, pinchazos y sondeos que pudieran desenterrarlo. No en el ambiente seguro de su propia casa. Pon al hombre en una sala de interrogatorios con la

posibilidad de enfrentarse a una vida de prisión, y Tomek estaba casi seguro de que obtendrían una respuesta entonces.

—No había otras cosas —respondió James secamente—. Fue solo una manera de hablar.

—Claramente querías decir *algo* con eso —replicó Sean.

James se encogió de hombros lentamente. —Ya sabes cómo es. Cuando las cosas están jodidas y todo parece venir a la vez. Como si algún cabrón allá arriba —señaló hacia el cielo— estuviera mirándote y diciendo: "Esto lleva mucho tiempo pendiente, pedazo de mierda. Esto es todo lo que te mereces". Quiero decir, claro, también teníamos algunos problemas de dinero en ese momento, pero ¿quién no?

—¿Problemas de dinero cómo?

—Juego —respondió con franqueza—. Me metí en el mundo del casino hace unos años. Pasé muchas noches allí. Casi perdí todo lo que teníamos.

—¿Y el club lo descubrió?

—No —dijo, bajando la cabeza—. Mi esposa y yo tuvimos algunas discusiones y ella me ayudó a entrar en razón, me ayudó a dejar el hábito.

Tomek notó el juego de palabras, luego cambió el tema de la conversación hacia Billy Turpin, Darren Edgerton y Harrison Rossiter.

—¿Te suenan esos nombres?

—Claro que sí. Juegan en nuestra academia, bueno, excepto Harrison, por supuesto. Conozco a todos los chicos. A veces vienen a mí y me preguntan si pueden tener una de las camisetas del primer equipo, pero les digo que vayan a preguntarle al jugador directamente. Muchas veces los jugadores están felices de hacerlo, pero es bueno que vengan a mí primero.

—¿Qué tan bien conoces a los tres chicos?

—No muy bien, para ser honesto. Solo hablo con ellos un poco al pasar. Y cuando Harrison estaba aquí, era muy tímido. No estoy seguro de cómo le va en Francia.

—*Très bien*, por lo que he oído —dijo Tomek, aunque no había oído nada por el estilo. Luego metió la mano en su bolsillo y sacó una impresión de la lista de nombres que le había dado Recursos

Humanos del club—. ¿Cuánto tiempo llevas en el club, James? —preguntó.

—Quince años. La misma edad que mis niñas.

—Y, en esos quince años, ¿has conocido alguna vez, o has oído rumores, de alguien vendiendo drogas en el club?

—¿Drogas?

—Sí, vienen en todo tipo de formas y tamaños —comentó Sean.

—Y, no hay que olvidar, con diferentes niveles de letalidad —añadió Tomek.

Los dos detectives le dieron a James un momento para recordar a través de los años. A estas alturas las lágrimas se habían detenido por completo, y la única evidencia duradera de ellas eran sus mejillas ligeramente enrojecidas.

—No que yo recuerde —dijo, para decepción de Tomek.

—¿Nada sobre drogas mezcladas con otras drogas, o vender algo a alguno de los jugadores?

James negó con la cabeza. —Lo siento —dijo, y luego añadió—, pero ¿qué tiene todo eso que ver con el coche de mi abuelo?

Tomek ignoró la pregunta y continuó. —¿Te suenan los nombres de Mandy Butler, Avena Kumar, Klaudia Golec, Chanelle Pendrey y Sonia Riggle? ¿Qué tal Lily Monteith y Fern Clements?

La expresión en la cara de James, tan pronto como escuchó los nombres de las víctimas de asesinato y de aquellas que habían sido drogadas en el Cliffs Pavilion, era tan plana como las llanuras de sal de Bolivia. —He oído hablar de ellas, pero solo por las noticias. Vi el caso el otro día. ¿Es de eso de lo que se trata? ¿Es por eso que están aquí por el coche de mi abuelo?

Tomek se quedó en silencio por un momento mientras pensaba en una forma de eludir la pregunta. Luego se dio cuenta de que lo mejor era ser honesto.

—Voy a ser honesto contigo, James, y te agradecería si pudieras hacer lo mismo. —Tomek hizo una pausa, se lamió el labio, inhaló—. Ayer, el coche de tu abuelo fue descubierto, como dijo mi colega, junto a un edificio abandonado en Shoeburyness. Tenemos razones para creer que el mismo vehículo fue usado en los secuestros y asesinatos de Fern Clements y Lily Monteith. Ahora, dado que tú

fuiste la última persona en tener legalmente la propiedad del coche, nos encantaría que nos ayudaras. Odiaría que esto tuviera el mismo impacto que la amenaza de despido tuvo en tu familia. Ahora, voy a preguntar otra vez. —Tomek dejó salir todo el aire de sus pulmones —. ¿A quién le vendiste el coche? ¿Quién ha estado matando a estas chicas?

James reflexionó durante lo que pareció una eternidad, y después de un momento aún más largo, miró a Tomek directamente a los ojos y dijo: —No recuerdo a quién le vendí el coche. Y no sé quién está matando a esas chicas.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

James Elliott les estaba mintiendo, eso era obvio. Lo que lo ponía justo a la cabeza de la lista de sospechosos de Tomek.

Una lista que por ahora consistía en un solo nombre.

El encargado del equipamiento sabía algo, algo que no les estaba contando. Encerrado en su cabeza estaba el nombre del individuo a quien había vendido el Volvo. El nombre del individuo que había estado matando a las chicas. James lo estaba ocultando por alguna razón, y Tomek tenía la intención de averiguar cuál era esa razón. Así que había instruido al equipo para que realizara una investigación sobre el hombre y efectuara una inmersión profunda en su vida: sus registros financieros, sus relaciones, su historial laboral, todos sus antecedentes. Y si había alguna anomalía e inconsistencia, cualquier nombre que coincidiera con los de la enorme lista que ya habían recopilado, entonces los perseguirían. Pero hasta entonces, Tomek se dirigió al paseo marítimo de Southend. Después de volver a la comisaría, había recibido un mensaje de Nick diciendo que quería reunirse en la arena.

Tomek encontró al inspector jefe sentado en un banco con vista al estuario con Kent al fondo. Un viento abrasador soplaba desde la costa y hacía volar las solapas del abrigo de Tomek. El olor a sal y algas marinas en descomposición, combinado con el omnipresente olor a drogas, flotaba en el aire. Y el sonido de gritos y emoción proveniente de Adventure Island, el principal punto de encuentro de

Southend para los buscadores de emociones fuertes y familias, resonaba en la distancia.

—Nunca te hubiera considerado un amante del mar —dijo Tomek mientras levantaba la cola de su abrigo antes de unirse a Nick en el banco.

Nick se burló. —Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Bueno, ahora es el momento de quitarte de encima todas tus confesiones más oscuras. No te arrestaré todavía. Lo prometo.

El inicio de una sonrisa apareció en el rostro de Nick y luego desapareció inmediatamente.

En los pocos días desde que Tomek lo había visto por última vez, Nick había perdido una cantidad preocupante de peso. Sus ojos y la piel de su rostro estaban pesados, y parecía cansado, roto, abatido. Incluso su cabeza calva parecía haber perdido parte de su brillo y vigor, el mismo brillo y vigor que hacía que se burlaran implacablemente de él en la oficina cuando se referían a él como una bola de billar.

—Odio verte así —dijo Tomek abiertamente—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—La noche antes del incidente. Adecuadamente, al menos. El resto ha sido simplemente un largo... agonizante... doloroso... día.

Incluso su voz había perdido toda su esencia. Antes, había un vigor y un brillo en ella (aunque esta recibía poco o ningún tipo de burla) y era responsable de mantener cautivada a una sala de quince personas durante sus reuniones. Ahora era plana, monótona, como hablar con Andy Murray. Excepto sin el acento.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Nick, para sorpresa de Tomek.

—No necesitamos hablar de trabajo si no quieres.

—Quiero hacerlo. Es lo único que mantiene mi mente activa. Me distrae de pensar constantemente en Lucy. Pobre Maggie, ella no tiene nada como esto, y su trabajo no requiere que piense en otra cosa durante su turno, así que está ahí sentada, rumiando, pensando, sobrepensan do. —Nick giró su dedo en el aire como un molinillo—. Victoria me ha mantenido al día, por cierto.

Esto era una novedad para él.

—Se lo pedí yo. No pienses que ha estado actuando a tus espaldas.

—¿Qué ha compartido contigo?

—Todo. Mi cerebro lo necesita. —Nick hizo una pausa y levantó la mirada hacia el agua—. Así que este asunto del fútbol...

Tomek de repente se sintió avergonzado. —Sí.

—Cuéntame sobre eso.

—No. Quiero oír primero lo que piensas. Si has escuchado todo lo que hay que saber, entonces quiero saber qué opinas. ¿Estoy completamente loco o crees que tengo algo?

Nick miró a Tomek como si hubiera estado esperando la pregunta, pero el resto de su expresión no revelaba nada.

—No creo que estés completamente loco —dijo Nick—. De hecho, creo que podrías estar en algo. Pero no creo que un grupo de chicos de diecisiete años esté detrás de esto. Creo que tu asesino es alguien del club. Ya sea del primer equipo o alguien más del personal. O posiblemente incluso alguien que solía trabajar allí.

—¿Por qué? —preguntó Tomek, genuinamente intrigado.

—La declaración del testigo en los conciertos. Si uno de los jugadores de la academia vio al asesino, lo *conocía*, más bien, entonces eso es clave.

—Pedí hablar con el jugador, pero está en Francia. Victoria bloqueó la solicitud.

—Lo sé. Déjamelo a mí.

Tal vez Nick realmente sabía todo lo que estaba sucediendo.

—Eres como Dios, ¿verdad? Omnipresente.

—Creo que quieres decir omnisciente —corrigió Nick—. Pero sí. Sé todo sobre todo. Es lo que me hizo ser tan buen padre. Cada vez que Lucy se acercaba a hacerme una pregunta, yo conocía la respuesta. Y aun cuando no la supiera, me la inventaba y hacía que pareciera que sí. Ella nunca notó la diferencia.

Tomek puso una mano en la espalda del hombre, sintiendo que las lágrimas estaban a punto de llegar.

—Nadie ha dicho que hayas dejado de ser un buen padre —añadió.

—Gracias. —Y entonces vinieron las lágrimas. Solo unas pocas, pero estaban ahí, a pesar de que Nick hacía todo lo posible por ocultarlas—. Lo siento —dijo—. Es el viento.

—Y que lo digas —respondió Tomek—. A mí también me afecta el viento.

—¿Por qué has estado llorando tú?

—Oh no, no llorando. *Tirándome pedos*. Por alguna razón, Kasia nos ha estado haciendo comer alubias para el desayuno.

Nick puso los ojos en blanco, luego dijo: *—Alubias, alubias, la fruta musical...*

—Cuantas más comes...

Pero Nick eligió no terminar la rima.

Un momento de silencio, de escuchar el viento y las olas y los gritos en la distancia, pasó entre ellos. Mientras escuchaba, Tomek cerró los ojos y se concentró en su respiración. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Una de las muchas razones por las que amaba vivir junto al mar era su capacidad para calmarlo y relajarlo instantáneamente. Como si fuera una pequeña burbuja donde todo se reiniciaba. Donde había un momento de calma, tranquilidad, paz. Y a veces no había nada que el grito ensordecedor de una madre adolescente gritando a su hijo pudiera perturbar.

—¿Te enteraste lo del coche? —preguntó Tomek. Luego se dio cuenta—. Por supuesto que sí. Bueno, hablamos con el propietario. Encargado del equipamiento del Dagenham and Redbridge.

—Más combustible para el fuego —comentó Nick—. ¿Es tu hombre?

Tomek gruñó. —No estoy seguro. No me cae bien el tipo, pero afirma que le vendió el coche a un colega, cuyo nombre convenientemente no puede recordar. Pero está bien, ya tengo al equipo haciendo una investigación profunda, así que si surge algo, sabemos dónde encontrarlo.

—Buen trabajo. Parece que tienes todo bajo control.

Tomek sonrió mientras su ego se inflaba un poco. Luego lo contuvo. El caso aún no había terminado, y todavía quedaba un largo camino por recorrer. Incluso más largo si se consideraba el juicio y la solicitud al Servicio de Fiscalía de la Corona. Necesitaban

asegurarse de que absolutamente todo fuera hermético, razón por la cual, por ahora, James Elliott tendría que permanecer fuera de una sala de interrogatorios. Hasta que pudieran conectarlo con los crímenes, era un hombre inocente.

Inocente hasta que se demuestre su culpabilidad. La columna vertebral de todo el sistema judicial. Y el hombre les estaba dando una bofetada en la cara a todos.

—Quizás no necesitemos que vuelvas después de todo —dijo Tomek en broma.

—Puedes apostar tu jodido trasero a que lo haré. Y caeré sobre el tuyo con fuerza como si nada hubiera cambiado.

—Como si nada hubiera cambiado —repitió Tomek, sonriendo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

El mayor problema al que se enfrentaba la investigación era la espera.

Esperar, esperar, esperar. Era la pesadilla de toda investigación. En los últimos dos días, Oscar y un equipo de oficiales de la escena del crimen habían visitado la casa de James Elliott para recoger algunas muestras de ADN. Las habían recolectado, pero ahora pasaría una semana, si no más, hasta que averiguaran si el ADN de James Elliott coincidía con el obtenido del edificio de ladrillo y del Volvo X70. Una combinación del ajetreado periodo navideño, vacaciones anuales y el retraso que estaba demorando el avance de muchas otras investigaciones se interponía en el camino de esta. Hasta que tuvieran la prueba de que James Elliott estaba involucrado en el asesinato, tendrían que esperar. Y encontrar algo más en que ocupar su tiempo.

Oscar, o Capitán Realmente como lo llamaban en el equipo, había propuesto la idea de revisar el registro catastral para averiguar quién era el propietario de la pequeña parcela donde estaba situado el edificio. La pequeña chispa de emoción y esperanza que había inspirado la idea había durado apenas unas horas hasta que una rápida comprobación confirmó que el terreno pertenecía al Ministerio de Defensa y que no había propietarios privados cercanos que pudieran haber utilizado el edificio. El equipo había hablado con varios de los vecinos, y no habían encontrado nada que sugiriera alguna preocupación.

La única pequeña perspectiva de emoción había llegado en forma de un segundo conjunto de marcas de neumáticos descubiertas en la escena, desenterradas por un SOCO. Pero la emoción había durado tanto como la idea del registro catastral porque pronto se dieron cuenta de que sería difícil rastrear el segundo vehículo que el asesino había utilizado basándose únicamente en las huellas de los neumáticos. Era genial si tenían el vehículo para poder comparar las dos marcas, pero como ni siquiera sabían qué estaban buscando, era imposible saberlo.

Tomek odiaba esperar. Le enfurecía, le molestaba. Y en un mundo donde casi todo era instantáneo, se encontraba cada vez más frustrado con ello. Para combatir su impaciencia, se preparó un café.

Estaba en medio de hervir el agua cuando su teléfono vibró en su bolsillo.

—¿Sí? —contestó sin revisar el identificador de llamadas.

—He abandonado el artículo sobre Nick.

Abigail.

—Por fin. Gracias. Te lo agradezco.

—¿Cuánto?

—¿Disculpa?

Ya intuía hacia dónde iba esto, y mientras revolvía el café instantáneo en su taza, suspiró internamente.

—¿Cuánto lo agradeces? —preguntó Abigail.

—No tengo tiempo para juegos, Abs. ¿Qué quieres a cambio?

—Tengo algo que podría interesarte.

—¿Como qué?

—Como una mujer alemana que...

—No estoy buscando meterme en nada raro, gracias —dijo él, pero ella no vio el lado gracioso.

—Cállate. Déjame explicarte. Después de tu rueda de prensa del otro día, algo que dijo la mujer de la BBC me hizo pensar.

Tomek sabía exactamente a qué se refería: durante su rueda de prensa, uno de los periodistas sin rostro escondidos tras el resplandor de los focos había planteado la posibilidad de si el

asesino habría matado alguna vez en el extranjero. En ese momento, Tomek lo había ignorado. Pero claramente, Abigail no.

—Esos de la BBC están haciendo tu trabajo por ti —dijo.

—Me sorprende. Normalmente están demasiado ocupados saliendo de algún tipo de escándalo —dijo Abigail, con resentimiento y desdén impregnando su voz. Luego añadió—: Pero me dio una idea. Pensé en consultar con algunos de mis contactos de publicaciones extranjeras para ver si habían oído hablar de alguien que hubiera muerto o casi muerto por una reacción alérgica.

—Imagino que se rieron de ti.

—Sí, pero después de que les explicara lo que estaba pasando aquí, de repente se callaron y escucharon.

—¿Y?

—Y creo que he encontrado a una mujer en Alemania que casi murió por una reacción alérgica en circunstancias sospechosas.

Tomek dejó caer la cuchara sobre la encimera de la cocina, ajeno a cómo esta se deslizaba por la superficie y caía al suelo.

—¿Qué circunstancias sospechosas?

—Exactamente las mismas que Diana Greenock.

Tomek contuvo la respiración.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Apartamento en planta baja. Gato desaparecido entrando por la ventana. Y también es gravemente asmática.

Tomek asintió mientras miraba fijamente el armario de la cocina, su mente vacía de pensamientos.

—Estaba practicando —susurró para sí mismo.

—¿Qué?

—¿Qué la distingue de Diana Greenock? ¿Por qué *ella* sobrevivió y Diana no?

—Porque esta mujer tenía a alguien que se quedó a dormir la noche que entró el gato. Tenía a alguien que llamó a los servicios de emergencia y la salvó.

—¿Quién es ella?

—Martha Buhl.

—¿Has contactado con ella?

—Aún no. Quería consultarlo contigo primero.

Tomek asintió, su mente acelerada.

—Vale. Bien. Bueno. Genial. Deberías hacer el primer contacto, luego explicarle lo que está pasando aquí, y después introducirme en el panorama.

—¿Entonces crees que ella podría saber quién es el asesino?

Tomek no quería adelantarse a los acontecimientos. Hasta ahora todo lo que sabía era que una mujer casi había muerto en circunstancias muy similares, casi idénticas, a las de Diana Greenock. Eso era todo. Nada más, nada menos. Sería irracional y casi temerario por su parte asumir que había algo más que una coincidencia en ello. No hasta que tuvieran pruebas sólidas y concretas.

Los crímenes estaban separados por cientos de kilómetros.

Pero también lo estaban los de Diana Greenock y Mandy Butler.

—¿Cuándo ocurrió todo esto? —preguntó Tomek.

—Hace aproximadamente diez años —dijo ella.

Tomek se quedó helado.

Eso encajaba con el marco temporal.

Cinco años de diferencia entre el incidente alemán y el asesinato de Diana Greenock.

Tres años entre ella y Mandy Butler.

Dos años más entre Mandy y Lily.

Y ahora un intervalo de dos semanas entre las muertes de Lily y Fern.

Un asesino perfeccionando lentamente el arte de matar.

Una ola de asesinatos que llevaba años gestándose.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Cada año el equipo, con la anfitriona que no era otra que su residente Señorita Organizadora de Fiestas, Nadia, celebraba un evento para la Nochevieja. Solía ser una auténtica sopa de alcohol, música y un surtido de aperitivos y tentempiés, con el catering proporcionado por el Tesco Express local de la calle principal, con algunos dulces añadidos del Poundsaver cercano. La velada era una oportunidad para soltarse y mirar hacia atrás en el año y felicitarse por haber llegado hasta el final.

En años anteriores, Tomek había asistido al evento y se había encontrado al final de varias botellas de cerveza, y en alguna ocasión quedándose dormido en su escritorio. Pero eso había sido durante los días más despreocupados de sus veintitantos y principios de los treinta. Este año, sin embargo, se vio obligado a perdérselo. En su lugar, había cambiado una noche de bebida, conversación, música y diversión, por exactamente lo mismo. La única diferencia era el lugar. Y la compañía con la que lo haría.

—¿Así que vas a dar el paso esta noche?

—¿Qué paso? —preguntó Tomek.

—El que ves en todas las películas.

—Tristemente, la vida no es así.

—¿Pero vas a hacerlo?

Tomek no estaba muy seguro de cuándo había comenzado la fascinación de Kasia por su vida amorosa, pero se había intensificado en las últimas semanas. Hasta el punto en que estaba considerando

involucrarla en cada conversación que tuviera con un miembro del sexo opuesto. Siempre. Quizás era como un perro detector de drogas y podía oler la soledad y la desesperación en él, y estaba desesperada por ayudar.

—No voy a *hacer* nada. Solo vamos para celebrar Nochevieja —le dijo Tomek—. No hay necesidad de buscarle más interpretaciones.

—Demasiado tarde —dijo ella con una sonrisa que iluminó su rostro.

Tras unos minutos más en el coche, llegaron frente a la casa de Louise y Sylvia. Como ellos, también habían quitado las decoraciones navideñas de la ventana, y Tomek agradeció tener ahora un aliado en el asunto. Convencer a Kasia de que incluso tenerlas después del Día de Año Nuevo estaba mal había resultado ser un argumento difícil de ganar para él, pero finalmente ella había cedido. Y para hacerla sentir mejor con la decisión, Tomek había sugerido que fueran a casa de Louise y Sylvia para una noche de diversión, bebida, música, conversación y tal vez incluso algunos juegos de mesa.

—Buenas noches, ustedes dos —dijo Louise encantada mientras les abría la puerta—. Justo a tiempo. Acabamos de terminar de prepararlo todo.

—Genial —respondió Tomek, luego dio un codazo a Kasia en el hombro—. ¡Al menos eso nos ha ahorrado trabajo!

—¿Sin pijamas a juego esta noche? —preguntó Louise.

Tomek se miró a sí mismo y a Kasia. —Lamentablemente no. Aunque tú tampoco te has esforzado, así que no me siento tan mal.

Para la velada, Tomek había comprado una botella de vino blanco —11 libras del Sainsbury's— para él y Louise, y un paquete pequeño de cuatro sidras sin alcohol para las niñas. Cuando entraron en la cocina, Louise tomó la botella de Tomek y la observó.

—Oyster Bay. Mi favorito. ¿Cómo lo supiste?

—Soy policía. Tengo mis fuentes y pequeños informantes por ahí —señaló a Sylvia, que acababa de salir del salón, y a Kasia, que estaba de pie lo más cerca posible de ella—. Es decir, estas dos.

—Bueno, eso es muy amable de tu parte —dijo Louise, luego dirigió su atención a las sidras—. ¿Y estas para quién son?

—Para las informantes.

Con eso, la sonrisa brillante y efervescente en el rostro de Louise se disipó y cambió a un tono más oscuro, como si una sombra acabara de asentarse sobre ella.

Tomek sintió la necesidad de saltar en su propia defensa.

—Son sin alcohol. Después de la última vez, pensé que esto es una buena muestra para ellas. Acostumbrarse a los sabores desde una edad temprana y en un entorno controlado con personas que van a cuidar de ellas. No tienen que hacerlo si no quieren. Y si no las quieres aquí en absoluto, podemos tirarlas a la basura.

Louise recogió el paquete y las examinó concienzudamente. —Supongo que tienes razón. No tiene sentido evitar lo inevitable, solo retrasarlo.

Con eso resuelto, Tomek y Louise sirvieron las bebidas mientras las niñas se dirigían al salón, donde inmediatamente se perdieron en las maravillas de la televisión y sus smartphones.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Louise.

—Duro. Largo. Pero me dieron un semi-ascenso, así que eso es bastante agradable.

—¿Cómo funciona un semi-ascenso?

—Es de esos donde te hacen hacer todo el trabajo extra mientras alguien está de baja por enfermedad o de permiso durante unas semanas.

—¿Así que eres un sustituto temporal?

—Exactamente.

—Bueno, felicidades. Un poco de experiencia en un nivel superior nunca es malo.

No lo era y Tomek era plenamente consciente de ello. No lo hacía menos amargado por tener que lidiar con Victoria.

—Gracias, por cierto —comenzó, mientras se dirigían al salón, bebidas en mano.

—¿Por qué?

—Por quitar todas tus decoraciones navideñas. Tuvimos algunas discusiones al respecto hoy.

Louise puso los ojos en blanco y exhaló profundamente. —Ni me lo digas. Sylvia era igual. Pero le dije que si fuera por mí, las quitaría

el día después de Navidad.

—O ni siquiera las pondría.

Ella se volvió para mirarlo y sonrió. —Ahí es donde marco la línea. Soy una gran fan de la Navidad, no me malinterpretes, pero una vez que termina, termina.

Su conversación llegó a su fin al entrar en el salón. Descansando sobre un puf en el centro de la alfombra había una gran bandeja de delicias, con otra bandeja colocada en una mesa de café. Una deliciosa selección de aperitivos ligeros y golosinas: sabrosos quesos, patatas fritas de chile dulce tailandés, palitos de pan, chocolates Lindt, una caja de Celebrations, queso, galletas saladas y un pequeño recipiente de uvas. Pero lo más destacado, lo que atrajo y sorprendió más a Tomek, fue el pequeño vaso de *paluski*. Los palitos estrechos cubiertos de sal sobresalían del extremo del vaso como un mini bosque. Eran un elemento básico de la dieta polaca y debían disfrutarse en casi todas las ocasiones. Incluso entonces, probablemente no se necesitaba una ocasión. Eran salados, sabrosos y diabólicamente adictivos.

—¡*Paluski*! —gritó Tomek emocionado—. ¿De dónde los sacaste?

—Yo también tengo mis fuentes y también mis informantes —dijo Louise con una sonrisa.

Mientras se agachaba para tomar un palito de *paluski*, la vio guiñando un ojo a las niñas.

—Al menos sabemos el camino al corazón del otro.

Las palabras habían escapado de su boca sin darse cuenta. Y ahora las tres lo miraban fijamente.

Rápido. Rápido. Piensa en algo.

—Y supongo que el camino a *vuestros* corazones es la Navidad.

—¡Navidad! —gritaron las niñas, luego se miraron y comenzaron a charlar sobre sus decoraciones y lo tristes que estaban por quitarlas.

Buen rescate, pensó Tomek.

Pasaron las siguientes horas sentados frente al televisor, pero sin ver realmente la porquería que habían programado. En su lugar, habían hablado, reído y luego Tomek tuvo la brillante idea de jugar a juegos de mesa. Afortunadamente, tenía justo lo necesario.

—¿Monopoly de Essex? Ni siquiera sabía que existía un Monopoly de Essex.

—Créelo, nena —dijo mientras abría el paquete—. Ahora, ¿todos sabéis cómo jugar?

Todos confirmaron que sí.

—Estupendo. Siguiente pregunta. ¿Tenéis todos tres días laborables para que juguemos?

Todos confirmaron que sí.

—Bien. Pues yo no, ¡así que tendré que ganaros a todos en unas pocas horas!

Y le tomó exactamente eso. Tres horas de tirar, comprar, cobrar, poseer, construir y llevarse estratégicamente al primer lugar. Una vez que todos los demás jugadores estaban oficialmente en bancarrota, Tomek contó sus ganancias frente a ellos.

—Venga, dinos —dijo Louise, mientras sostenía su tercera copa de vino en la mano—. ¿Por cuánto ganaste?

—Perdí la cuenta —respondió Tomek, cuando la verdad era que el margen por el que había ganado era demasiado grande, y para ahorrarles la vergüenza, se guardó la información para sí mismo.

Animado por su abrumadora victoria, Tomek sugirió el siguiente juego. Singstar en la PlayStation. Un juego que requería dos micrófonos y dos entusiastas del karaoke dispuestos. El objetivo del juego era simple: cantar una canción popular lo más afinado posible. Al comenzar el juego, Tomek no se hacía ilusiones sobre dónde quedaría en la clasificación. Pero al final de la primera canción, se dio cuenta de que podía salirse con la suya tarareando afinado en lugar de cantar las palabras reales y había terminado en primer lugar, para disgusto de sus oponentes. Durante el resto de la sesión, se vio obligado a jugar "correctamente" avergonzándose con sus horribles talentos para el canto. Al final, sin embargo, terminó en un respetable tercer lugar, superando por poco a Louise, con Kasia en la cima.

—¿Eso hace que sea dos-cero para la familia Bowen? —preguntó Tomek, con aire de suficiencia.

—Sois nuestros invitados —respondió Louise—. Tenemos que dejaros ganar.

—O simplemente fuimos mejores esta noche. Mala perdedora —Tomek le guiñó un ojo y luego se sirvió su última copa de vino. Solo había tomado una, y cualquier otra lo pondría por encima del límite. Sin mencionar que daría un terrible ejemplo a su hija.

Poco después, los cuatro dieron la bienvenida al nuevo año con un abrazo, petardos de fiesta y el sonido de copas entrechocando. Mucho más tranquilo y calmado que el alboroto de treinta personas gritando en la cara del otro con su aliento alcoholizado, abriéndose paso arduamente por la habitación para asegurarse de desear a todos un feliz año nuevo.

—Feliz Año Nuevo, chicas —dijo Louise—. ¿Qué desearon?

Sylvia y Kasia se miraron antes de responder.

—Deseamos que Lucy se mejore.

El orgullo creció dentro de Tomek. De todas las cosas que podría haber pedido —el Apple Watch que no le había comprado para Navidad o la ropa y pares de zapatos que le pedía casi semanalmente— había elegido algo más profundo, algo más significativo y sano.

—Bueno, la buena noticia es que está mejorando —explicó Tomek—. Vi a Nick el otro día y dijo que todavía está en coma, pero está mejorando.

—Esas *son* buenas noticias —afirmó Louise.

—¿Ya habéis encontrado quién lo hizo? —preguntó Sylvia.

La pregunta dejó perplejo a Tomek. Hasta donde él sabía, ella había dado una declaración de testigo el día después del incidente.

—¿A qué te refieres, cariño? —preguntó Louise.

—El... el otro... —tragó profundamente y evitó sus miradas.

Cuando no continuó, Tomek se encargó de presionarla, suavemente.

—¿Hay algo que necesites decirnos, Sylvia? Puedes decirlo aquí. Este es un entorno seguro.

Ella hizo una pausa, esperó. Se controló.

—Esa noche —comenzó suavemente, mirando fijamente la alfombra—. Esa noche, vi otra figura... un hombre. Al menos *creo* que lo vi. Ha estado dando vueltas en mi cabeza todo este tiempo.

Estaba simplemente... de pie allí, en la oscuridad, junto a la tienda de fish and chips, observándonos.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

"El asesino estaba allí la noche del incidente de Lucy."

—¿Cómo puedes estar seguro de que era el asesino? —preguntó Victoria.

—Intuición.

—No quiero que nos precipitemos, Tomek —dijo ella suavemente.

Los dos estaban encerrados en su oficina, discutiendo la información vital que Sylvia les había proporcionado. La noticia de la figura anónima se había extendido por el resto del equipo y actualmente estaban investigándolo.

—Podría no ser nada —dijo él—. Pero, por otro lado, podría ser *algo*. Y si lo es, quiero asegurarme de que usemos todas las armas disponibles en nuestro arsenal para averiguar quién es.

—¿Te has preguntado por qué el asesino podría estar allí? —preguntó Victoria.

Ese pensamiento no se le había ocurrido. Aunque tampoco era necesario.

—¿Te has preguntado por qué coño el asesino está matando gente? —preguntó en respuesta—. ¿Por qué está haciendo todo esto?

Ante eso, Victoria no tuvo respuesta. Sentada en su asiento, cruzó las rodillas y apoyó las manos sobre ellas. Luego bostezó, profundamente, abriendo mucho la boca y mostrando los dientes. Se frotó los ojos mientras luchaba contra un segundo bostezo.

—¿Noche intensa la de ayer? —El desdén en la voz de Tomek era evidente.

—Un poco —respondió—. Muchos de nosotros estamos lidiando con algunos gremlins del dolor de cabeza esta mañana.

Hubo un tiempo en que Tomek habría lamentado perderse las celebraciones anuales de Nochevieja —un clásico caso de FOMO, el miedo a perderse algo—, pero ahora le importaba un carajo cómo se sintiera cualquiera de ellos. Sí, en años anteriores se habría sentido igual, cansado, con dolor de cabeza, náuseas y con una desesperada necesidad de algo grasiento y ácido para combatir el veneno en su sistema, pero siempre se las arreglaba para hacer su trabajo. Siempre conseguía terminarlo. Y ahora mismo tenía la impresión de que Victoria quería que la figura anónima esperara otro día, que Tomek lo pospusiera mientras ella secretamente dormitaba en su oficina con las persianas cerradas y un par de gafas de sol sobre los ojos.

Pues no lo iba a permitir.

Nick nunca lo había hecho, ¿por qué debería hacerlo él?

Mientras Tomek observaba a Victoria abrir una botella de agua como si tuviera Parkinson, la puerta se abrió y Chey asomó la cabeza. Su rostro, gracias a la brillantez de la juventud, era capaz de ocultar la resaca que claramente estaba sufriendo. Lamentablemente, rastros de ella persistían en su voz, áspera y quebrada. Por no mencionar el olor a alcohol que permanecía en su aliento donde no había logrado cepillarse bien los dientes.

—Lo siento... siento molestarles, sargento, *señora*.

—Está bien —espetó Tomek—. ¿Qué tienes?

—Imágenes de las cámaras de seguridad de la tienda de fish and chips y de un par de restaurantes a lo largo del paseo marítimo de Old Leigh.

Tomek se impulsó fuera de su silla y siguió a Chey hasta su escritorio, donde encontró a Martin, Nadia y Rachel ya esperando. Todos ansiosos por las noticias.

Al acercarse, notó que el aire a su alrededor estaba cargado de perfume y loción de afeitar, un olor que se le pegaba en la garganta.

Si sus intentos por ocultar el alcohol que actualmente emanaba de sus poros pretendían ser discretos, eran todo lo contrario.

—¡Hola a todos! —gritó Tomek, golpeando repetidamente las palmas sobre la mesa.

Después del primer golpe, todos se llevaron las manos a la cabeza, cubriéndose los oídos. Todos excepto Nadia quien, gracias al bebé que crecía en su vientre, había permanecido sobria toda la noche y estaba disfrutando ver a sus colegas revolcarse en la autocompasión.

—¿Qué coño haces, imbécil? —espetó Martin, quien era el más afectado por la resaca.

Tomek le dio una palmada en la espalda y dijo:

—Solo me aseguro de que estén todos vivos y frescos esta mañana.

—Tienes suerte de que nadie haya vomitado —dijo Nadia—. Fue... *desastroso*.

Tomek tomó el asiento delantero que le habían dejado. Momentos después, el miembro más lúcido del equipo (aparte de Tomek y Nadia) había cargado las imágenes de video y presionó reproducir.

En la pantalla del ordenador del agente había oscuridad, apenas se distinguían las formas tenues. En el centro de las imágenes estaba la playa; a la izquierda, Lucy Cleaves y Paddy Battersby; y abajo, casi fuera de vista, estaba la figura anónima, una silueta negra, sus rasgos indiscernibles.

A medida que avanzaban las imágenes, y mientras todas las chicas reaccionaban al incidente y se abalanzaban sobre Paddy, la figura se movió. Al principio, sus movimientos eran lentos, tentativos, pero luego, al ganar confianza de que no sería visto —las chicas estaban demasiado concentradas en detener a Paddy y atender a su amiga— pasó directamente junto a ellas. Al final del paseo marítimo, saltó a la playa y desapareció en la distancia, manteniendo una amplia separación hasta llegar al extremo de la playa donde volvió a subir al paseo marítimo y continuó en la oscuridad, en dirección a Southend-on-Sea.

—¿Adónde va después? —preguntó Tomek.

—Bueno, no hay imágenes por esa zona. Es solo un estrecho...

—¿Qué pasa cuando sale a Chalkwell?

—No me dejaste terminar —espetó Chey. Luego hizo clic en algunos botones más y apareció una segunda pantalla de oscuridad —. Estas son imágenes más adelante del paseo marítimo entre Chalkwell Beach y Southend. —Señaló una sombra en movimiento en la playa—. Según mis cálculos, este es el mismo tipo. Misma altura, misma constitución, misma vestimenta.

—¿Adónde va?

Y entonces encontró la respuesta en otro fragmento de imágenes de seguridad. La figura, enmascarada por un gran abrigo y su proximidad a las cámaras, se dirigía hacia el Casino Grosvenor.

—Vuelve a la primera toma, en Bell Wharf.

Chey hizo lo que se le ordenó, y Tomek se inclinó para una vista más cercana, sus ojos a centímetros de la pantalla.

—¿Qué está mirando, sargento? —preguntó Chey.

—Estoy tratando de averiguar quién es —dijo. Y luego añadió—: Creo que es James Elliott.

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

La investigación previa del equipo sobre los registros financieros de James Elliott había revelado lo insana que había sido su relación pasada con el casino del paseo marítimo y las diversas plataformas en línea. Una relación insana que casi lo había llevado al divorcio y a quedarse sin trabajo. Durante dos años, había perdido casi treinta mil libras y casi había estado en riesgo de perder su casa por ello.

Tomek había experimentado algo similar en su vida. Dos de sus amigos del colegio se habían encontrado al borde de la bancarrota por sus adicciones. Habían mentido a sus parejas, se habían mentido a sí mismos y, al final, acabaron muertos tras meterse demasiado con un prestamista al que no pudieron pagar.

En cuanto a James Elliott, Tomek no creía que estuviera sucediendo lo mismo. Más bien, pensaba lo contrario. Que James Elliott era el asesino.

—¿Dónde está su marido, señora Elliott?

Amber Elliott, una mujer que parecía tan cansada como se sentía Rachel sentada a su lado, se secó el abundante delineador de ojos con un pañuelo. Había estado llorando desde que llegaron, su mente ya empezaba a temer lo peor. Era el día de Año Nuevo, uno de los días más ajetreados del calendario futbolístico de la Liga Nacional, y su marido no aparecía por ninguna parte. No se había presentado a trabajar por la mañana para el partido de las tres en punto entre el Dagenham & Redbridge FC y el Eastleigh. Tampoco había regresado a casa de un viaje nocturno.

—No sé dónde está —respondió, sorbiéndose la nariz.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó Rachel.

Tomek le había pedido que lo acompañara, junto con Anna, quien actualmente mantenía entretenidas a las dos hijas de los Elliott en la cocina.

—Salió anoche —respondió ella, con la voz quebrándose a mitad de frase.

—¿Sabe adónde fue? —continuó Rachel.

Tomek estaba contento de quedarse en segundo plano y dejar que su colega llevara la conversación.

—Dijo que iba a un evento de fútbol. Suelen tener una fiesta de Nochevieja para los jugadores y el personal. Algo tranquilo. Nada demasiado salvaje porque tienen partido al día siguiente. Las familias están invitadas, pero Lara no se sentía muy bien anoche, así que no fuimos.

—¿Se siente mejor ahora? —preguntó Rachel mientras se desplazaba hacia el otro lado de la sala de estar y se sentaba junto a Amber.

—Sí, ahora está bien. Gracias. —Amber se secó los ojos de nuevo, doblando el pañuelo varias veces mientras lo hacía.

—¿Cuándo notó que algo iba mal? —continuó Rachel.

—Cuando desperté esta mañana. No estaba. Intenté llamarlo al móvil, pero no contestaba. Una parte de mí pensó que se había quedado en el club y que iría directamente al partido desde allí, ya que está a un par de horas en coche. Pero cuando recibí una llamada de uno de sus amigos del club diciendo que tampoco podía contactarlo, fue cuando supe que algo iba mal. Que le podría haber pasado algo.

O que él podría haberle hecho algo a alguien más.

—¿Su marido ha hecho algo así antes? ¿Desaparecer por una noche y no volver a casa?

Amber Elliott fue incapaz de encontrarse con los ojos de Tomek mientras asentía, lenta y solemnemente. —Cuando... cuando las cosas estaban realmente mal... con el dinero y las apuestas —comenzó, y luego tosió mientras se atragantaba con las lágrimas que se acumulaban en su garganta—. Cuando las cosas iban mal entre

nosotros, hubo momentos en los que salía a apostar y no regresaba hasta la mañana siguiente, habiendo perdido todo nuestro dinero.

Las preocupaciones en la cabeza de Tomek seguían creciendo. Si James Elliott desaparecía por noches enteras, no había forma de saber qué más podría haber estado haciendo. ¿Apostar? Sí. ¿Asistir a conciertos y matar a chicas inocentes mientras tanto? Posiblemente.

Desde la cocina, gritos juguetones y risas resonaban a través de la puerta. Amber levantó la cabeza y se volvió hacia la cocina.

—Señora Elliott —dijo Tomek, atrayendo su atención hacia él—. Sus hijas están bien. Están en buena compañía. Voy a mostrarle algunas fotos y voy a hacerle algunas preguntas difíciles ahora, ¿de acuerdo? Y necesito que piense muy detenidamente. ¿De acuerdo?

En ese momento, Amber se volvió hacia Rachel en busca de apoyo emocional. La agente se lo demostró colocando un brazo sobre su hombro y acariciando suavemente su espalda. Por su reacción, Tomek tuvo la impresión de que ella sabía de qué se trataba.

—¿Dónde estaba su marido la noche del diecinueve de diciembre?

La noche de la muerte de Fern Clements.

Luchando contra las lágrimas, Amber sacó su teléfono del bolsillo de sus vaqueros y miró su calendario. —Estaba en un partido fuera. Jugaban contra el Tranmere Rovers.

—¿Y tres noches antes?

La noche en que murió Lily Monteith.

—Él... no puedo recordar. Creo que estaba en casa.

—¿Pero no puede estar segura?

—No. Lo siento.

Mientras Tomek abría la boca, estaba a punto de preguntarle dónde estaba su marido hace dos años, la noche de la muerte de Mandy Butler, pero luego se dio cuenta de que era injusto esperar que ella supiera tal cosa.

—¿Su marido asistió alguna vez a conciertos, señora Elliott? —preguntó Tomek.

—Yo... ¿Por qué? ¿Qué tiene eso que ver con algo?

—Solo responda a la pregunta, por favor —replicó firmemente.

—Bueno, es posible que lo haya hecho. Nunca hemos ido a ninguno. No desde hace mucho tiempo, de todos modos. Solo cuando empezamos a salir. Todo cambió cuando consiguió su trabajo. Siempre está fuera, yendo a lugares, viajando por todo el país.

—¿Y las abejas? ¿Tiene su marido interés en ellas o alguna vez ha mencionado abejas en alguna conversación?

—Yo... yo... no creo.

Tomek asintió. —¿Con qué frecuencia ve a su marido, señora Elliott?

—No mucho.

—¿Cuánto?

Ella golpeó agresivamente con la mano sobre su rodilla. —¿Quiere que le ponga un número? ¿Quiere que le dé un porcentaje?

—Por favor —dijo Tomek con una ligera inclinación de cabeza.

Suspirando, Amber respondió: —Veinticinco por ciento del tiempo. Tal vez más. Casi nunca está en casa. Y yo también estoy siempre ocupada en el trabajo, así que las niñas tienen que arreglárselas solas la mayor parte de la semana. Afortunadamente, tienen una edad en la que pueden hacerlo, pero no siempre fue tan fácil.

Tomek esperó un momento antes de pasar a la siguiente pregunta. En la cocina, el sonido de la emoción y la risa juguetona continuaba, tranquilizando un poco a Amber.

—Entiendo que ustedes dos pasaron por un momento difícil hace dos años.

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—Fue cuando descubrí lo de las apuestas por primera vez. Lo negó, como era de esperar, pero yo tenía pruebas. Vi su cuenta bancaria y todos los correos electrónicos que recibía de las casas de apuestas con ofertas y apuestas gratuitas. Así que perdí la cabeza. Casi nos separamos. Los dos meses que estuvimos separados realmente nos ayudaron a reparar nuestra relación. No estaríamos juntos si no fuera por eso.

Las orejas de Tomek se alzaron. La fecha de la muerte de Mandy Butler apareció en su mente.

—¿Estaban separados? —preguntó Tomek para aclararlo.

—Sí.

—¿Le importaría decirme cuándo?

Ella enderezó la espalda ante la pregunta. —Bueno, ya ha preguntado sobre todo lo demás, no veo por qué tendría un problema con *esa* pregunta.

Tomek no respondió, y cuando ella se dio cuenta de que no lo haría, continuó: —Fue entre marzo y julio. Hace dos años. Lo recuerdo porque volvimos a estar juntos justo antes de las vacaciones escolares y nos invitó a unas vacaciones a Florida. Compradas y pagadas con sus ganancias.

Tomek se tomó un momento para asimilar la información. La separación de James y Amber había ocurrido al mismo tiempo que la muerte de Mandy Butler. Lo que lo situaba claramente en el marco de su asesinato.

Quedaba una: Diana Greenock.

¿Era posible que también la hubiera matado? Tomek quería creerlo, pero no encontraba manera de que encajara. Y entonces lo comprendió: Dagenham & Redbridge FC. La Liga Nacional tenía dos equipos del área de Manchester: Rochdale y Oldham Athletic. Quizás James la había conocido en algún momento, posiblemente en uno de los partidos. Tal vez habían intercambiado números y coqueteado por mensaje de texto durante semanas o meses después, contando los días hasta su próxima visita. Y quizás esa noche, había entrado en su casa para matarla.

No era del todo imposible. Pero sin duda requeriría más investigación.

—¿Los nombres Diana Greenock, Mandy Butler, Lily Monteith o Fern Clements significan algo para usted, Amber? —preguntó Tomek, entregándole una impresión que Chey había producido. En ella había fotos recientes de las cuatro víctimas, con sus nombres sobre sus cabezas—. Por favor, tómese su tiempo.

Y así lo hizo. Dos minutos, de hecho. Durante ese tiempo, Tomek sacó su teléfono y revisó sus correos electrónicos, mientras Rachel

desapareció para preparar una taza de té para ella y para Amber, y un vaso de agua para él.

Para cuando regresó, Amber había terminado de analizar el documento.

Tomek no lo había notado al principio, pero cuando ella levantó la mirada hacia él, vio las lágrimas formándose en sus ojos, y las dos que ya había perdido el control ahora descendían por sus mejillas.

—¿Esto significa lo que creo? —preguntó, con voz temblorosa.

—No sabemos nada con certeza, señora Elliott.

—¿Cree que mi marido hizo esto?

—Actualmente estamos explorando todas las líneas de investigación —respondió Tomek—. ¿Alguno de esos nombres significa algo para usted?

Lentamente, con cautela, Amber Elliott señaló un nombre en la hoja.

—Lily Monteith. Va a la misma escuela que las niñas.

La noche en que Amber no podía dar cuenta del paradero de su marido.

CAPÍTULO
CINCUENTA

—Necesitamos algo más concreto —dijo Victoria, dejando caer un Alka-Seltzer en un vaso de agua.

Las burbujas sisearon y chisporrotearon como la frustración de Tomek.

—¿Cuánto más necesitamos? —preguntó él—. ¿Quiere que estemos observándolo mientras secuestra a una chica y la mata por el método que haya elegido esta vez, solo para estar completamente seguros?

Victoria le lanzó una mirada de desdén.

—No hay necesidad de ser sarcástico, Tomek.

—A veces creo que sí la hay. Hasta ahora, James Elliott es el único sospechoso del que podemos decir con cierto grado de certeza, por grande que sea, que es nuestro asesino —Tomek metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su libreta, luego hojeó las páginas cercanas al principio—. El perfil forense de Tracy Pickard sugería que se trataba de alguien en una posición de poder y autoridad, alguien generalmente atractivo, capaz de desmantelar las barreras de sus víctimas. Y creo que Elliott encaja en el perfil. Aunque solo sea un encargado del equipamiento, pertenece a un club de fútbol. Cierto tipo de chicas parecen adorar eso, especialmente si sale con su chándal. Cuando hablé con él se mostró seguro de sí mismo y ligeramente manipulador. Y, aunque no soy un experto, diría que es bastante guapo. Sin mencionar que conoce a Lily Monteith, posiblemente de rondar por las inmediaciones de su

escuela, y su esposa no puede dar cuenta de su paradero la noche de su muerte. Viaja por todo el país, así que es posible que haya entrado en contacto con Diana Greenock y Mandy Butler en algún momento de sus vidas. Es parte del club de fútbol y tiene conexiones con Darren Edgerton y Harrison Rossiter, y sus rasgos son distinguibles en cada una de las ilustraciones de retratos robot que han hecho nuestros testigos.

—¿Está bromeando, verdad? —preguntó Victoria mientras daba un largo trago al agua con gas. Al terminar, hizo una mueca y dejó el vaso sobre la mesa, sacudiendo las burbujas de su cabeza—. Todas esas ilustraciones muestran a un hombre blanco con pelo castaño y nariz puntiaguda. Eso se parece a casi la mitad de los hombres de esta ciudad. Uno de ellos incluso se parece un poco a *usted*.

Tomek estuvo silenciosamente de acuerdo. Uno de ellos sí se parecía a él y, aunque generalmente no se debía confiar tanto en los retratos robot, tenían su utilidad, y convencer a su inspectora jefe en funciones de la validez de sus afirmaciones era una de ellas.

—Respóndame a esto —comenzó Victoria—. ¿Qué tiene que ver su ludopatía con todo esto?

Esta era la parte que también había dejado perplejo a Tomek. No le parecía tan obvio como todo lo demás, pero estaba seguro de que había una conexión en alguna parte. Y a veces la única manera de encontrarla era empezar a hablar.

—Estaba pensando en eso —comenzó—, y creo que tiene algo que ver con el coche, que es otra cosa que tenemos contra él, ¿verdad? El coche está registrado a nombre de su familia, y no quiso decirnos a quién se lo vendió. No creo que se lo vendiera a nadie.

—La ludopatía, Tomek —dijo Victoria con severidad, viendo a través de su fachada a pesar de sus tiempos de reacción disminuidos —. ¿Cuál es la conexión con la adicción al juego? ¿Qué motivo le da eso para estar matando a estas chicas?

—No está relacionado en absoluto —dijo él—. La adicción al juego era solo otro de sus vicios. La noche que Lucy fue atacada en la playa, él estaba allí por otra razón. Quizás iba de camino al casino de todas formas. Simplemente se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Su esposa nos explicó que a veces

desaparece por la noche y que siempre está fuera con el fútbol. Tal vez estaba alimentando su adicción de esa manera y quería caminar por el paseo marítimo en la oscuridad para ocultar su identidad.

Victoria se frotó los ojos y reflexionó un momento. Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta de su oficina. Victoria le dio permiso para entrar.

Era Oscar, con sus cinco pies y cuatro pulgadas de estatura.

—¿En qué podemos ayudarle, Capitán? —preguntó Tomek.

—Es sobre James Elliott.

—¿Alguien lo ha encontrado metido en una bolsa de equipamiento?

—No, pero los uniformados están patrullando los campos de la zona en busca de más víctimas como usted pidió, y hemos emitido alertas sobre personas desaparecidas que coincidan con las descripciones de nuestras víctimas de asesinato.

Tomek asintió.

—Buen trabajo. ¿De qué se trata?

—En realidad, es sobre lo que acaba de decir, sargento.

—¿Lo han encontrado en una bolsa de equipamiento?

—Sí. Y no. Acabo de hablar con el jefe de recursos humanos, y me informaron que despidieron a James Elliott hace unos dos meses. Lo echaron porque descubrieron su problema con el juego. No pueden permitirse tener a alguien haciendo ese tipo de cosas en el club. Es motivo de despido inmediato. No ha trabajado allí durante unas ocho semanas.

Tomek se volvió hacia Victoria, luego de nuevo hacia Oscar.

—¿Entonces qué demonios ha estado haciendo en todo este tiempo?

Después miró la hoja impresa que contenía los nombres y rostros de las víctimas.

—Así que ha sido un ludópata desempleado durante las últimas semanas que ha estado mintiendo a su familia —dijo Victoria, actuando como la infernal voz de la razón—. Eso sigue sin explicar su conexión con todas las chicas. ¿Ha comprobado las listas?

Las listas. Las malditas listas de todos los hombres que alguna vez habían pasado por la vida de las víctimas. Más de cuatrocientos

nombres en cuatro hojas de cálculo diferentes.

Tomek asintió.

—Hice una simple búsqueda en cada una, sí.

—¿Y?

—Nada.

—Ahí lo tiene entonces.

—Pero las listas no deben tomarse al pie de la letra —se defendió —. Diría que son tan útiles como los retratos robot.

—¿Cuál fue el punto de reunirlas entonces?

Sintiendo que esta era una discusión fuera de su liga, Oscar comenzó a retirarse lentamente de la habitación. Tomek lo notó por el rabillo del ojo y, justo cuando estaba a punto de dirigirse al hombre, Sean apareció en la entrada, llenándola por completo con sus enormes hombros.

—¿Qué es esto? ¿Una fiesta en mi oficina a la que todos están invitados?

—No, señora. Es mejor que una fiesta, no es que usted no pudiera organizar una buena fiesta, estoy seguro de que podría, es solo que... —Sean eventualmente se detuvo, mirando profundamente a los ojos de Victoria. Por un breve momento, Tomek pensó que parecía un colegial perdido, esperando instrucciones.

—¿Qué tiene que decirnos, Sean? —preguntó Victoria con suavidad.

—Alguien acaba de reportar la desaparición de una adolescente de catorce años. Vista por última vez anoche.

Tomek lanzó una rápida mirada a la inspectora.

—James Elliott y una adolescente desaparecen la misma noche. ¿Coincidencia?

Ella no podía refutar eso.

La chica se llamaba Remi Sane, lo que estaba a una letra de donde sus padres querían que estuviera: safe (a salvo).

—Salió anoche a casa de una amiga y debía volver a casa, pero nunca lo hizo —explicó Roger Sane, el padre de Remi—. Hemos intentado llamar una y otra vez, pero no contesta. Hemos visto todo lo que ha estado pasando en las noticias con los asesinatos y las

otras chicas que han muerto, y estamos muy preocupados de que algo le haya ocurrido.

—¿Cuál es su alergia? —preguntó Tomek bruscamente, sin darse cuenta de la ofensa que podría haber causado.

—¿Alergia? Ella... no tiene ninguna.

—Ya veo.

Así de simple, sus esperanzas de que la chica desaparecida estuviera conectada con Lily Monteith y las otras víctimas salieron volando por la ventana.

—¿Qué diferencia hace eso? —preguntó Phoebe Sane desde el lado de su marido—. Sigue desaparecida, tenga o no una alergia.

Solo significa que es mucho más probable que esté viva, pensó Tomek. Luego decidió que sería en interés de todos si no decía nada más.

—Absolutamente —intervino Anna—. Solo queríamos descartar a su hija de nuestras investigaciones sobre los asesinatos que mencionaron. El asesino tiene un tipo particular de víctima, y según la descripción de su hija, no coincide con ese perfil. Así que no tienen nada de qué preocuparse en ese aspecto.

—Entonces, lo que está diciendo es que podría estar desaparecida, pero no cree que esté muerta.

Y todo había ido tan bien. Tomek pensó que Anna lo había manejado profesional y diplomáticamente, pero claramente no lo suficientemente bien para el gusto de los padres de Remi.

—Es importante para nosotros saber con quién estaba su hija anoche —continuó ella, evitando la acusación.

—Con sus amigas.

—Sí. ¿Da la casualidad de que saben sus nombres?

Por mucho que odiara admitirlo, tan pronto como descubrió que Remi no tenía alergia, Tomek comenzó a distraerse. Si no estaba relacionada con los asesinatos, entonces estaba perdiendo el tiempo cuando podría haberlo empleado mejor buscando a James Elliott.

La mente de Tomek se había llenado de pensamientos sobre el hombre que les había estado mintiendo a todos. Mintiendo sobre su trabajo, mintiendo sobre su adicción, mintiendo sobre el coche que había sido encontrado fuera del edificio en Shoeburyness. El hombre

tenía un gran objetivo sobre su cabeza, y Tomek no podía esperar para ponerlo en el centro de su mira.

Pasaron unos minutos de escuchar a medias, asintiendo cuando pensaba que se había dicho algo importante o delicado, y sonriendo cuando creía haber oído algo alentador. Mientras tanto, su cabeza iba a toda velocidad. A más de cien kilómetros por hora.

Diana Greenock. Mandy Butler. Lily Monteith. Fern Clements. El Volvo. El edificio. Dagenham & Redbridge FC. Billy el jodido Luchador de Vacas.

Pero antes de que pudiera pensar más en ellos, un sonido vino de la puerta principal. Fuerte, abrupto. Un golpe. No era uno de angustia, pero la desesperación detrás de él era obvia.

—¡Remi! —exclamó Phoebe mientras saltaba del sofá y dejaba atrás a su marido.

Roger la siguió poco después fuera de la sala de estar, con Tomek y Anna detrás. Para cuando los tres llegaron al pasillo, Phoebe tenía sus brazos alrededor de su hija, abrazándola fuertemente, apretándola contra su pecho, acunando la parte posterior de su cabeza y besando su frente.

Manteniéndola cerca.

Remi Sane ahora estaba exactamente como sus padres querían que estuviera.

A salvo.

—Parece que ya no nos necesitan —dijo Anna, mientras los dos se dirigían hacia la salida.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

Tomek llevaba horas sentado en su escritorio, volviéndose lentamente loco, induciéndose un estado similar a la resaca, experimentando todos los mismos síntomas. Dolor de cabeza, cansancio, depresión, sensación de autodesprecio, pérdida de dignidad y arrepentimiento.

Una resaca propia.

Había estado mirando la misma información durante horas, tratando de encajar las piezas en el rompecabezas, de encontrar una manera de que todo tuviera sentido. Pero al final, se había vuelto miope y todo se había convertido en una mancha borrosa.

No fue hasta que sintió una mano firme en sus hombros cuando parpadeó. O al menos pensó que había parpadeado. No podía recordar exactamente la última vez que lo había hecho.

—Parece que te vendría bien dormir un poco —dijo Sean mientras se sentaba a su lado.

—O una copa.

—¿Una pinta descarada de Año Nuevo más tarde en el Last Post?

Tomek se encogió de hombros.

—Me gustaría. Pero Kasia. Ha estado todo el día en casa. No quiero...

—Lo entiendo. La nueva normalidad.

—La nueva normalidad.

Ambos hombres se sonrieron y compartieron una mirada que tranquilizó a Tomek.

—Vamos a tener que apuntar algo en la agenda —dijo—. Como hacen las mujeres.

—Podríamos aprender una cosa o dos de Nads. Creo que ya ha enviado las invitaciones de Halloween del próximo año.

Tomek puso los ojos en blanco y se rió para sí mismo.

—Creo que me apuntaré como "quizás" para esa. No después del desastre de este año.

Su ex novia se había colado en el evento y había roto con él en el acto, para luego ir a matar a un pedófilo. Sin duda, había pasado noches más agradables con el equipo.

—El West Ham juega en casa a finales de mes, ¿te apetece ir?

—Me encantaría. Estoy seguro de que la pequeña estará contenta con eso, puede ir a casa de una amiga o algo así.

—Y su madre puede cuidar de las dos.

—Hablando de intereses amorosos —comenzó Tomek.

—¿Intereses amorosos? —Los ojos de Sean se abrieron de par en par—. No estábamos hablando de...

—Te estoy preguntando a ti —respondió Tomek frenéticamente. Ansioso por volver a centrar la conversación en Sean—. *Tus* intereses amorosos. Quiero saber qué pasa contigo.

—¿Yo? —Sean examinó la habitación y bajó la cabeza—. No tengo ningún interés amoroso.

—¿Entonces qué fue ese balbuceo de antes? ¿En la oficina de Victoria?

—Oh, ¿con Vicky? Eso fue...

—¿Vicky? —Ahora le tocaba a los ojos de Tomek abrirse de par en par—. ¿Ahora la llamas por un apodo cariñoso, eh?

Sean le mostró el dedo medio y le dijo que se fuera a la mierda. Lo cual Tomek no tenía ninguna intención de hacer.

—Tú fuiste quien vino aquí —añadió—. Ahora cuéntamelo todo.

Por segunda vez desde que Tomek lo conocía, Sean parecía avergonzado, adoptando la misma mirada nerviosa de colegial que había llevado antes en la oficina de la inspectora.

—Solo salimos a tomar unas copas una noche. El resto de ustedes ya se había ido a casa, creo, así que pensamos que a la

mierda y fuimos al pub. Después simplemente nos pusimos a hablar. Ya sabes cómo va esto.

—El eterno soltero —comentó Tomek—. ¿Y las cosas... progresan en la dirección correcta?

Sean asintió, sus mejillas sonrojándose a un tono más oscuro.

—Vaya, vaya. No puedo esperar a que le expliques eso a Nick cuando regrese.

—Ni de coña. Eso se lo dejo a ella.

Tomek se rió.

—¿Quién dijo que la caballerosidad había muerto? Eso debe ser lo que ella ve en ti, esa necesidad imperiosa de anteponer a los demás. En este caso, es exactamente lo que estarás haciendo: lanzándola primero a las fauces del lobo.

—Ni siquiera sé qué ve en mí.

—¡Al menos no tenemos que preocuparnos de que te infravalores!

Tomek no pudo contener la carcajada que explotó de sus labios. El sonido resonó por toda la oficina, molestando a los más cercanos. Cuando abrió los ojos, vio a Sean sujetándose el estómago, también riéndose del chiste.

Eran momentos como ese los que recordaban a Tomek que había algo de luz en la oscuridad. Su trabajo solía ser tan deprimente y devastador que necesitaban algo de brillo, por pequeño que fuera, para mantener el ánimo.

—Ahora tienes que contarme sobre *tu* interés amoroso —le dijo Sean a Tomek, deteniendo repentinamente su risa—. ¿O debería decir *intereses*?

—¿Yo? ¿Interés amoroso? No. No tengo ni idea de qué estás hablando.

Antes de que Sean pudiera responder, el teléfono de Tomek comenzó a vibrar ruidosamente sobre la mesa.

—Salvado por la campana.

Hasta que vio quién llamaba.

Edith, su vecina.

La cuarta vez en menos de dos días. Informándole si había visto algo extraño o sospechoso en la calle. Preguntándole cuándo iba a

instalar el sistema de seguridad que había comprado para el edificio (respuesta: cuando se acordara y cuando tuviera tiempo, lo cual rara vez ocurría en el mismo momento).

—Hola, Edith —dijo, poniendo los ojos en blanco hacia Sean.

—Hola, Tomek. ¿Cómo está usted hoy?

—Bien, gracias. ¿Está todo bien?

—Solo quería informarle que lo he vuelto a ver.

—¿A quién?

—Al hombre.

—Ah, claro.

—Sí. Lleva ahí unos veinte minutos, diría yo. ¿No recibió la notificación en su teléfono?

—¿Qué notif...? Ah, *eso*. Bueno, todavía no he tenido la oportunidad de instalar la cámara de seguridad, me temo.

—Oh. Ya veo.

—Lo siento. El trabajo ha estado realmente ocupado últimamente. Le diría que Kasia podría hacerlo, pero creo que sería peor que inútil.

—No pasa nada. En otro momento.

—¿Quiere ir a verla? —preguntó Tomek—. Podría valer la pena comprobar si ella también vio al hombre. Hace una buena taza de té si le apetece.

El sonido de un crujido resonó a través del teléfono.

—Iré a llamar a la puerta ahora. A ver si ha visto algo.

Tomek esperó en la línea mientras ella lo hacía. El ruido de pasos lentos y firmes subiendo las escaleras —las mismas tablas del suelo que él trataba de evitar cada vez que llegaba tarde a casa pero fracasaba miserablemente— sonó en su oído.

Hasta que... —La puerta está abierta —dijo ella—. ¿Debería estar abierta la puerta?

—No. —La voz de Tomek comenzó a quebrarse.

Edith se acercó a la puerta. Casi podía verla poniendo la mano en el picaporte y empujándolo suavemente.

—¿Kasia? —se oyó la suave llamada a través del teléfono móvil.

—¿Kasia?

Nada.

Para entonces, Tomek había dejado de respirar, su cuerpo se había tensado y su mente había flaqueado.

—¿Kasia?

Seguía sin haber respuesta.

Entonces... —¿Está seguro de que se supone que ella debería estar en casa, Tomek? Porque no está aquí.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

Tomek nunca había conducido tan rápido a casa en toda su vida.

De hecho, nunca había conducido tan rápido a ningún sitio en toda su vida.

Peligrosamente rápido. Zigzagueando entre el tráfico, pasándose los semáforos sin levantar el pie del acelerador. Todos los otros coches que le habían seguido apenas podían mantener el ritmo. Y cuando frenó frente a su casa, Sean le gritó: —¡Maldito idiota! ¡No le sirves de nada a Kasia si estás muerto!

Quizás fuera verdad, pero en ese momento no le importaba. Lo más importante para él era encontrar a Kasia viva, y no muerta en algún campo.

—Quiero todas las unidades disponibles registrando los campos de la zona —ordenó sin dirigirse a nadie en particular—. Hadleigh. John Burrows. Los quiero a todos en alerta máxima buscando a James Elliott.

No había más de quince personas en su diminuto piso de dos habitaciones. Todo el equipo, excepto Nadia, quien había sido obligada a quedarse supervisando las líneas telefónicas por si entraba alguna llamada. Una unidad de cuatro agentes uniformados y un equipo de dos personas de la unidad de escenas del crimen se habían desplazado hasta allí.

Ese era todo su ejército. Quince miembros altamente especializados y entrenados del cuerpo de policía contra un solo hombre.

Hasta ahora habían registrado el piso entero, con Tomek haciendo la mayor parte del trabajo, y sin embargo no había ni rastro de ella.

Ninguna señal de entrada forzada. Ninguna señal de lucha.

Mientras permanecía de pie en medio del dormitorio de ella, se obligó a imaginar cómo debió haber sucedido. Cómo debió de sonar el timbre, cómo ella debió de abrir la puerta, esperando que fuera él, y cómo debió ser sometida. Forzada a rendirse, golpeada en la cabeza, maniatada, atada y luego llevada al coche del asesino.

Entonces sus ojos se posaron en el pequeño paquete de Amazon que estaba en el suelo junto al armario de Kasia.

El puñetero sistema de vigilancia doméstica.

Burlándose de él, riéndose en su cara, diciéndole *te lo dije*.

Si tan solo lo hubiera instalado antes. Si tan solo hubiera hecho lo que le habían pedido innumerables veces, al menos habría visto quién la había secuestrado. Al menos habría visto al asesino en todo su esplendor traicionero.

La furia creció dentro de él, burbujeando como el Alka-Seltzer de Victoria. Hasta que finalmente hirvió y se desbordó. Tomek tensó todo su cuerpo, agarró la caja de la alfombra y comenzó a destrozarla sobre la cama. El cartón, el plástico y los componentes del dispositivo volaron por el aire como si intentaran escapar de su furioso agarre.

No paró hasta que Sean le agarró del hombro.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le gritó en la cara.

—Necesito instalarlo. Alguien tiene que instalarlo.

—No van a poder si tus manazas lo han roto todo.

Tomek se detuvo, observando el caos que había provocado.

—Que alguien lo haga —ordenó—. Hay que hacerlo. Ahora.

—¿Tienes un taladro? ¿Un destornillador?

Tomek lo miró, desconcertado.

—Voy a necesitar esas cosas para atornillarlo.

Su cerebro no funcionaba correctamente. Tanto que no pudo responder a la pregunta de Sean y salió de la habitación, dejándolo a cargo. Al entrar en la sala de estar, señaló a Chey y dijo: —Ayuda

a Sean a encontrar un destornillador o algo. No sabía que hacían falta dos personas para instalar una maldita cámara de seguridad.

Chey asintió, inseguro de sí mismo, y después corrió hacia el dormitorio.

Mientras Tomek se movía por su piso, era ajeno a todo y a todos los que le rodeaban. Se habían difuminado en el fondo, convirtiéndose en un espejismo de formas y colores. Sin embargo, la parte lúcida de su cerebro se dio cuenta de que seguían siendo objetos y había que evitarlos.

Se movió de un lugar a otro, caminando de un lado a otro, sin pensar siquiera.

Su mente trabajaba sin descanso mientras el pánico se apoderaba de él. Ahora, finalmente, comenzaba a apreciar y entender por completo el tormento por el que habían pasado todas las familias afectadas por el asesino. Cómo debieron haberse vuelto locos de miedo. Aunque solo estaba en la primera etapa, el pánico inmediato, sabía lo que venía después.

Paranoia. Desesperación. Terror.

Cada uno con sus propios sentimientos y comportamientos matizados.

Arremeter contra amigos y familiares, los que se preocupaban por él.

Volverse loco con los pensamientos que se arremolinaban en su mente como el Gran Colisionador de Hadrones.

Solo rezaba para que su situación no terminara como todas las demás. Con una adolescente muerta tendida en un campo.

Un nudo se le formó en la garganta ante ese pensamiento.

Se desvaneció tan pronto como vio quién acababa de entrar por la puerta.

—He hablado con tu vecina. Ha dado una declaración como testigo a los uniformados. Tenemos su número si necesitamos algo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tomek.

—¿Tú qué crees? He vuelto.

—¿Para ayudar?

Nick le puso una mano firme, aunque reconfortante —la mano de un padre— en el hombro. —Lucy no va a irse a ninguna parte, y

puedo sentir cómo me voy quedando más delgado solo por estar sentado sin hacer nada. Además, me vendrá bien la distracción.

Un leve atisbo de sonrisa apareció en los labios de Tomek. Nick, el caballero de brillante armadura. Llegando en el último minuto para rescatarlo y salvar el día.

Justo cuando Tomek estaba a punto de dirigir su atención al siguiente asunto, Chey y Sean salieron del dormitorio, con la cámara de seguridad en la mano, llevándola con cuidado como si el destino del mundo dependiera de ella.

—Me alegro de que haya vuelto, jefe —dijo Sean primero.

Luego Chey. —Un placer volver a verlo, señor.

—Caballeros.

—¿Tenéis todo lo que necesitáis? —preguntó Tomek a los dos manitas.

—Encontramos un destornillador y un taladro en tu habitación. Un lugar extraño para guardarlos, pero no voy a entrometerme. Aunque ahora solo nos faltan un par de baterías.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

Tuvieron que pedir prestadas las pilas a un vecino. Pocas de las personas en las cuatro casas con las que habían hablado tenían algunas. Y los que las tenían, no contaban con ninguna que funcionara.

Después de varios intentos frustrados, de taladrar incorrectamente en la pared o dejar caer el aparato al suelo cada vez que lo intentaban, Chey y Sean finalmente habían instalado la cámara del timbre y ahora estaba completamente funcional, con notificaciones llegando repetidamente a su teléfono.

Dos agentes uniformados, junto con Martin, se habían quedado en su casa por el momento, y mientras entraban y salían, ya fuera para descansos para fumar, llamadas telefónicas o simplemente para comprobar el estado de la calle, el teléfono de Tomek sonaba constantemente. Las primeras notificaciones habían sido tolerables, manejables, pero poco después, había tomado la decisión de desactivarlas. El sonido lo estaba volviendo loco y ya no podía obligarse a escucharlo. Además, si hubiera una emergencia o una actualización, lo llamarían.

Eran casi las dos de la madrugada, y él era uno de los pocos miembros del equipo que quedaban en la oficina. Sean, Rachel y Nick se habían quedado, mientras que el resto del equipo se había ido a casa, listos para comenzar temprano por la mañana.

—Creo que deberías hacer lo mismo, colega —le dijo Nick.

Negando con la cabeza, Tomek respondió:

—Con todo respeto, jefe, no. Mi casa es el último lugar donde quiero estar. Soy una de las pocas personas que realmente puede hacer algo sobre lo que le ha pasado a Kasia. El resto de estas familias que pasan por esto se ven obligadas a quedarse ahí pensando lo peor. Son inútiles, no pueden hacer nada para encontrar a su ser querido. Mientras que yo sí puedo. Estoy en la posición privilegiada de poder hacerlo. No voy a desperdiciar eso.

Nick se mordió el labio inferior.

—Admirable, lo entiendo. Pero necesitas dormir en algún momento.

—Hay un sofá cómodo en una de las salas de entrevistas. O simplemente pasaré la noche en una de las celdas de detención.

—¿Para torturarte aún más? —preguntó Sean desde unos metros de distancia—. Joder, tío, nunca te había considerado un masoquista.

Tomek le hizo un gesto obsceno con el dedo y luego volvió su atención a lo que estaba haciendo.

Era la mitad de la noche, y hasta ahora ninguno de los equipos de agentes uniformados que estaban apostados en los numerosos campos y parques de Hadleigh y Leigh habían reportado avistamientos. Desafortunadamente, como el distrito de Castle Point era tan grande, con docenas de ubicaciones potenciales y no suficiente personal para cubrirlas todas, los equipos se veían obligados a conducir constantemente, visitando cada lugar de forma esporádica. No era la manera ideal de hacer las cosas, pero Tomek había llegado rápidamente a la conclusión de que si Kasia hubiera sido vista en cualquiera de los campos de la zona, entonces estaría muerta. Una dura verdad que se había visto obligado a afrontar en los baños, mientras se miraba al espejo, limpiándose las lágrimas de los ojos.

El único lugar donde tenían alguna sospecha razonable de que el asesino podría haberla llevado era el edificio en Shoeburyness. Pero Tomek no estaba demasiado preocupado por eso, ya que un vehículo policial sin identificación había estado estacionado afuera desde que lo habían encontrado, en caso de que el asesino decidiera regresar.

Mientras tanto, Tomek se vio obligado a volver a sus raíces, a las tareas que solía manejar como detective agente.

Se habían solicitado los datos de telemetría del teléfono de Kasia, pero resultó que su teléfono había sido apagado, igual que el de todas las otras víctimas.

Se habían realizado investigaciones casa por casa a lo largo de su calle, aunque nadie había visto nada en particular, y aquellos que sí habían visto algo, no habían visto nada importante o que mereciera la pena seguir. En cambio, se había quedado revisando varias grabaciones de CCTV de los propietarios, buscando al asesino en las imágenes más pequeñas.

Después de veinte minutos mirando sin pensar la pantalla, vio un coche detenerse frente al apartamento. Pero debido al tráfico en la calle concurrida y al ángulo de la cámara, no pudo determinar su marca, modelo o matrícula. Todo lo que tenía para guiarse era la parte superior del vehículo, blanco y estrecho, una pequeña sección del panel lateral y un par de faros. Nada más. Incluso las imágenes de la figura saliendo del coche eran granuladas y completamente inútiles.

—Pérdida de tiempo —siseó Tomek mientras empujaba el teclado con frustración.

—Sé que tú lo eres —comenzó Sean—, pero qué s...

Antes de que pudiera terminar la frase, el teléfono sonó en la oficina, rompiendo el silencio. El sonido fue tan fuerte que hizo saltar a Tomek.

—¡Me cago en la puta! —gritó—. ¿Quién coño está llamando a...

Y entonces se dio cuenta. Kasia. Alguien llamando con información.

De inmediato, Tomek se levantó de un salto de su silla y corrió por la oficina hasta el escritorio más cercano con un teléfono. Arrancó el aparato del soporte y presionó el botón que lo ponía en altavoz.

—Sargento Detective Bowen, CID de Southend al habla —dijo.

—¿Todo bien, sargento? —llegó la voz de un joven que sonaba como si acabara de dejar atrás la pubertad—. Solo una consulta

rápida. Un coche acaba de pasar por el edificio que hemos estado vigilando.

El edificio donde Fern Clements había sido picada hasta la muerte.

—Vale.

—Creemos que lo vimos también la noche anterior.

—¿Cuándo anoche?

—Sobre la medianoche. Tal vez a la misma hora.

Tomek miró el reloj: 02:16. No podía imaginar que hubiera muchos coches en la carretera a esa hora de la noche a menos que estuvieran allí por una cosa: matar, o planear matar.

—¿Qué quiere que hagamos, sargento?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomek, confundido.

—¿Quiere que lo sigamos?

—¿Tú qué crees? Claro que quiero que lo sigáis, joder. Id tras él y no llaméis hasta que lo encontréis.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Suavidad.

Una suavidad que se sentía como si la estuviera protegiendo.

Eso fue lo primero que sintió. La suavidad del colchón. Más allá de eso, todo lo demás estaba entumecido. Sus piernas, sus caderas. Incluso sus manos y pies, gracias a las ataduras que los mantenían sujetos. La única parte de su cuerpo que podía *sentir* era la parte superior de su espalda.

Luego abrió los ojos y vio lo que parecía un dormitorio. El único indicador de que era tal habitación era el colchón sobre el que estaba acostada y el armario de madera en la esquina. Aparte de eso, no había nada más. Las paredes estaban desnudas, salvo por los agujeros donde habían colgado marcos de fotos u otros indicadores de efectos personales. En la parte superior de las paredes, cerca del techo, el papel pintado pastoso comenzaba a desprenderse y desintegrarse.

El siguiente de sus sentidos en regresar fue el olfato.

El olor a humedad y moho y todas las cosas que había olido cuando vivía con su madre. Olores que la transportaban a aquel horrible tiempo, a aquel horrible hogar.

Pero este no era ese hogar. Este no era ese horrible tiempo.

Esto era mucho peor.

Sabía lo que era esto. Había leído todas las notas del caso de su padre cuando él no estaba mirando, lo había escuchado discutir

cosas en sus llamadas telefónicas y lo había oído aludir a ellas en sus conversaciones entre ellos.

Este era el asesino en serie que había estado secuestrando a chicas de su edad y matándolas con sus alergias.

Bueno, si ese era el caso y ella estaba en la guarida secreta del asesino o en su casa, entonces estaba jodida.

Incluso la idea de acercarse a una bolsa de frutos secos era suficiente para hacerla entrar en shock anafiláctico.

No tenía idea de cómo había llegado allí. Todo lo que recordaba era abrir la puerta a un hombre con máscara, usando guantes; los mismos guantes de los que su padre tenía miles de pares.

Guantes forenses. El tipo que impedía que su ADN apareciera en cualquier evidencia.

¿Qué iba a hacer con ella? ¿Iba a matarla allí mismo? ¿O iba a hacerla esperar?

Pasó mucho tiempo antes de que encontrara una respuesta a esas preguntas.

Todavía estaba oscuro afuera cuando escuchó un ruido desde abajo. La mitad de la noche. Qué hora exactamente, no lo sabía. Pero había estado entrando y saliendo del sueño, metiendo y sacando los dedos de los pies de las aguas de la inconsciencia, durante la última hora más o menos. Sacándose del agua cada vez que escuchaba el crujido de una tabla del suelo o el movimiento de un cristal de ventana.

Pero esta vez escuchó el sonido de verdad. El sonido de pasos acercándose. Más cerca, más cerca...

Una pausa, mientras el asesino esperaba al otro lado de la puerta. El ruido de su respiración era audible desde detrás de la madera.

Kasia contuvo la respiración para no perturbar el silencio.

La contuvo hasta que sus pulmones estaban a punto de estallar.

Y entonces la figura se dio la vuelta y regresó abajo nuevamente. El sonido de los pasos retrocedió suavemente, hasta que toda la casa finalmente quedó en silencio.

Fue en ese momento, una vez que determinó que estaba tan segura como podría llegar a estar, que Kasia metió los dedos de los

pies en el agua de la inconsciencia nuevamente. Y en cuestión de segundos, se sumergió por completo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

El agente adolescente nunca devolvió la llamada, lo que, como Tomek estaba a punto de descubrir, significaba que nunca habían dado alcance al coche.

Una vez que finalmente había amanecido en el horizonte, Tomek había decidido visitar el pequeño edificio. No tenía mucho sentido aventurarse allí en medio de la noche, donde sus habilidades y experiencia habrían sido completamente inútiles en la oscuridad. Ahora, sin embargo, con los rayos del sol penetrando a través de la espesa neblina gris de arriba, esperaba que eso cambiara.

Una ligera lluvia, impregnada con el frío del aire, había estado cayendo desde la mañana temprano, haciendo que el viaje al edificio en Shoeburyness fuera arduo y más peligroso de lo necesario. Las carreteras ya eran bastante estrechas de por sí, y la situación empeoraba por el barro que cubría el asfalto y su impaciencia implacable por llegar lo antes posible.

Esperándolo afuera del edificio estaban los dos agentes que habían estado vigilando el lugar durante la noche. Ambos eran tan jóvenes como Chey, si no más. Principios de los veinte. Muy principios de los veinte. Y parecían como si acabaran de graduarse de la universidad. Eran casi idénticos en todos los aspectos, altura, constitución, peinado y color de pelo. Incluso tenían la misma piel bronceada, excepto por sus narices. Cody, el agente que había hecho la llamada, era el orgulloso propietario de una nariz fina y

estrecha, mientras que Flint, el otro agente, tenía una más grande y torcida que parecía colgar de su rostro.

—Buenos días, sargento —dijo Cody, extendiendo su mano.

Tomek la estrechó y luego extendió el gesto a Flint. Ambos jóvenes tenían un apretón firme para su edad. No necesitaba preguntarse por qué.

—Díganme todo lo que saben —dijo Tomek.

Antes de que Cody pudiera empezar, llegó el convoy. Nick, Rachel, Sean y el equipo de escena del crimen. Tomek se había adelantado, infringiendo algunas leyes de velocidad en el camino. Una vez que todos bajaron de sus respectivos coches y completaron las presentaciones, Cody comenzó a hablar.

Tenía toda la atención, los siete mirándolo, escuchando atentamente. Y era evidente que los nervios de la situación lo estaban afectando. Antes de comenzar, sus ojos se ensancharon y empezó a rascarse la parte posterior de la cabeza.

—Bueno, lo vimos por primera vez la otra noche, ¿verdad? —le preguntó a Flint—. No anoche. Sino la otra noche. La noche anterior.

—Dos noches seguidas —comentó Tomek impacientemente—. Sí, lo entendemos. Continúa.

—Claro. Bueno, la primera vez no pensamos nada, ¿sabe? Simplemente creímos que era algún residente que vive por aquí al otro lado de las granjas, pero cuando lo vimos de nuevo anoche, más bien en las primeras horas de hoy, realmente, pensamos que algo podría estar pasando. No es muy común que el mismo coche esté circulando por aquí dos noches seguidas a las tres de la mañana. ¿Me entiende?

Tomek suspiró internamente. Aunque se daba cuenta de que el agente aún era joven, y le daba el beneficio de la inexperiencia e ingenuidad, todavía le resultaba irritante escucharlo.

—¿Cómo saben que era el mismo coche?

—Porque lo reconocí —respondió Cody—. Bueno, en realidad fue Flint quien lo cuestionó.

—Bien —dijo Tomek mientras se giraba hacia el otro agente—. Flint, pareces ser el despierto. ¿Qué viste?

—Bueno, era blanco.

—Buen comienzo.

—Y eso era prácticamente todo.

Tomek suspiró profundamente, esta vez de manera externa. Pero mientras lo hacía, una ráfaga de viento sopló a través del campo, impidiendo que los demás lo escucharan.

—¿Así que vieron un coche blanco y pensaron en llamarnos?

—Sí, sargento.

—¿Había alguna característica distintiva en el coche? —preguntó Rachel, interviniendo—. ¿Pudieron ver la matrícula? ¿La marca? ¿El modelo?

Flint lo pensó un momento. —Quiero decir... estaba completamente oscuro, y los faros estaban apagados. Pero creo... creo que era un Cactus o algo así.

—¿Un qué? —preguntó Tomek—. No estamos en el desierto, chico.

—*Tomek* —aseveró Nick con firmeza, y luego dio un paso adelante—. ¿Te refieres al Citroën Cactus?

Flint asintió. —El que tiene ese enorme panel en medio del lateral que parece que un niño acaba de dibujar un buzón en él.

Tomek no sabía a qué coche se referían, pero a juzgar por las expresiones de sus colegas, ellos sabían exactamente cuál debían buscar. Un Citroën Cactus blanco.

Un Citroën Cactus blanco que tenía a su hija encerrada dentro. Tomek trató de pensar en los coches de James Elliott; en los coches registrados a su nombre, o los que tenía en la entrada. Pero dado que ni siquiera sabía cómo era el coche en primer lugar, se dio cuenta de que el esfuerzo era inútil, y que la tarea era más adecuada para alguien en la oficina.

—¿Han mirado dentro del edificio? —preguntó Nick.

Ambos agentes negaron con la cabeza.

—Lo hemos estado monitoreando toda la noche. Hasta donde sabemos, nadie ha entrado.

—Excepto cuando siguieron al coche.

Las mejillas de Cody se sonrojaron. —Bueno, sí. Excepto entonces.

—Entonces no fue toda la noche, ¿verdad? —dijo Tomek bruscamente.

—No. Supongo que no.

—Entonces no digas cosas que no son ciertas...

—¡Sargento! —La voz de Nick cortó el viento como una guadaña e inmediatamente silenció a Tomek y el susurro de las hojas y los árboles alrededor—. Es suficiente, gracias. Ahora, caballeros, ¿podrían por favor mostrarme el edificio?

La visita fue inútil. Era exactamente como Tomek lo había visto la última vez. Nada había cambiado, nada estaba fuera de lugar. Y más importante aún, no había encontrado a Kasia allí. Lo que significaba que ella seguía en algún lugar ahí fuera, retenida en un lugar secreto del que no sabían nada.

¿Dónde? se preguntó Tomek. Pero no se le ocurría nada. Durante toda su investigación, este era el único edificio que habían descubierto. El único lugar que tenía un aire de villanía y maldad. Y no había nada que sugiriera que James Elliott hubiera mantenido a alguna de sus víctimas en su casa, o que tuviera otra propiedad donde las estuviera reteniendo.

Poco después de ver el interior del edificio, Nick aconsejó que regresaran a la comisaría. Incapaces de dar la vuelta en la carretera y volver por donde habían venido, se vieron obligados a tomar el camino largo. Tomek lideraba el grupo, con el convoy de coches en su espejo retrovisor. Para entonces la lluvia había amainado y las nubes habían empezado a despejarse. En la radio, la última canción pop sonaba fuerte a través de los altavoces. A Kasia le gustaba escucharla a todo volumen, probablemente porque sus tímpanos ya estaban tan destruidos por el volumen de sus auriculares, y él no tenía el corazón para bajarla.

Mientras Tomek recorría las estrechas y sinuosas carreteras, evitando los árboles de ramas bajas y el asfalto resbaladizo, algo llamó su atención. Pájaros. Específicamente, cuervos. Grandes y feroces cuervos, dando vueltas sobre un punto particular en un campo a su derecha. Justo encima del lugar había una pequeña y delgada nube negra.

Tomek se detuvo abruptamente y puso el freno de mano. El sonido de neumáticos chirriando al detenerse sonó detrás de él, pero prestó poca atención mientras salía del coche. No sabía por qué, pero algo lo atraía hacia los pájaros, hacia ese punto. Un magnetismo, su intuición.

—¿Qué coño estás haciendo, Tomek? —preguntó Nick mientras salía furioso de su coche—. ¿A dónde vas?

Tomek los ignoró y continuó. Saltando sobre montículos de tierra húmeda, chapoteando en charcos, abriéndose paso entre las hileras de verduras que crecían allí. La bandada de cuervos no estaba a más de unos pocos metros, pero Tomek había notado el cuerpo mucho antes, gracias al olor, rancio y pútrido, recogido por el viento y llevado hasta sus fosas nasales.

—¡Por aquí! —gritó, con la voz quebrada—. ¡Rápido! ¡Hay un cuerpo!

Tomek se acercó con cautela, examinando el suelo en busca de huellas o hendiduras donde el cuerpo hubiera sido arrastrado por la superficie. Su estómago se tensó y su cuerpo se enfrió de miedo.

Apenas unos metros lo separaban de potencialmente mirar a los ojos de su hija muerta.

—¡Quédense ahí! —gritó Tomek. Si era Kasia quien yacía boca abajo en el suelo, no quería que nadie más estuviera allí. Quería un momento con ella antes de que el equipo llegara e hiciera el resto. Antes de que la manipularan.

Se acercó al cuerpo lentamente, con las piernas temblorosas.

Gradualmente, fue entrando en su campo visual.

Y entonces respiró aliviado.

Los zapatos eran diferentes: de hombre. Al igual que los vaqueros y el abrigo. Y el pelo también era diferente.

De un hombre. Definitivamente de un hombre.

Mientras Tomek se agachaba al lado del hombre, se dio cuenta de quién era.

Mirando al suelo, con la mitad de su rostro sumergido en la tierra, estaba James Elliott.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

Tomek sintió una confusa mezcla de alivio y desesperación.

Alivio porque Kasia no estaba muerta, porque su cuerpo no había sido abandonado en medio de un campo en algún lugar.

Y desesperación porque seguía desaparecida, porque todavía existía la posibilidad de que su cuerpo fuera abandonado en medio de un campo en cualquier momento.

La única pregunta que quedaba era dónde... y cuándo.

Pero intentó no pensar en ello. Intentó pensar de forma positiva, optimista. Ver el vaso medio lleno y todo eso.

Habían pasado unas horas desde el descubrimiento del cuerpo de James Elliott. En ese tiempo, se había erigido una tienda forense sobre él, y un gran equipo de técnicos de la Escena del Crimen estaba recogiendo pruebas del lugar. Pasaría mucho tiempo antes de que terminaran y los enviaran a casa. La causa de la muerte había sido estrangulamiento, y la hipótesis con la que trabajaban era que lo habían matado en otro lugar, luego transportado a la granja, donde su asesino se había detenido al borde de la carretera, había llevado su cuerpo hasta el sitio y lo había dejado allí. Hasta ahora, el equipo no había encontrado huellas de zapatos en el barro, lo que sugería que su cuerpo había sido abandonado cuando el suelo estaba seco. Sin embargo, habían logrado encontrar unas marcas de neumáticos al borde de la carretera que coincidían con las descubiertas en el edificio de ladrillos al principio de la investigación. Todavía no confirmaba la marca o modelo que buscaban, pero al

menos aumentaba la probabilidad de que el coche que buscaban fuera, efectivamente, un Citroën Cactus.

Basándose en el estado de descomposición de James Elliott, Lorna Dean había estimado que el encargado del equipamiento llevaba allí al menos treinta y seis horas, quizás cuarenta y ocho.

La primera noche en que Flint y Cody habían visto el Citroën Cactus.

Nochevieja.

La noche en que los dos agentes no habían seguido el coche.

La noche en que James Elliott había desaparecido.

Lo que significaba que alguien lo había secuestrado y matado.

Lo había silenciado.

Por una razón particular. Y Tomek tenía la intención de averiguar cuál era. Pero mientras tanto, había algo que necesitaba hacer, alguien con quien necesitaba hablar.

Tomek llamó a la puerta y esperó. La lluvia había empezado de nuevo, esta vez más fuerte, llevando consigo una venganza, un oscuro presagio de lo que estaba por venir.

La puerta se abrió unos momentos después. Frente a él estaba la Sra. Turpin, la madre de Billy, con una bata blanca, pareciendo como si acabara de despertarse.

—¿Qué está haciendo aquí? No quiero que se acerque a mi hijo. Tiene que irse o llamaré a la policía.

Tomek se rio para sí mismo ante ese último comentario. Siempre le hacía gracia. —Yo soy la policía —replicó.

—¡Esto es acoso! —La Sra. Turpin metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó su teléfono.

Tomek levantó las manos en señal de rendición y bajó el tono. —Por favor —dijo—. No lo entiende. Necesito hablar con su hijo.

—¡No!

—Es sobre mi hija. Está... ha desaparecido.

Eso pareció detenerla en seco. Lentamente, bajó el teléfono a un lado y aflojó su agarre en la puerta. —Oh, Dios mío, ¿está bien? Quiero decir, ¿sabe si está bien? ¿Si la han herido? ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

—Desde anoche. Fue secuestrada de nuestra casa.

La madre de Billy dudó un momento y luego inclinó la cabeza hacia un lado. —Lo siento mucho —dijo. Y añadió—: Pero ¿qué tiene que ver esto con Billy?

—Quiero hablar con él, ver si sabe algo.

—Por supuesto que no. ¿Por qué sabría algo sobre la desaparición de su hija?

—Por el club de fútbol —admitió Tomek—. Alguien de su club de fútbol es responsable de esto y necesito saber si alguien se ha puesto en contacto con él, si le ha enviado mensajes sobre Kasia, o le ha hecho preguntas personales sobre ella.

La madre de Billy dudó, sopesando la decisión de dejarlo entrar.

Finalmente, cedió y se apartó. Tomek le ofreció un asentimiento agradecido al entrar.

Billy estaba en la sala de estar, jugando con una Nintendo Switch, con las piernas cruzadas en un sofá tan grande que lo tragaba entero.

—Billy, el padre de Kasia está aquí para verte.

—¿Qué? ¿Por qué?

Su madre le puso una mano en el hombro. —Dejaré que él te lo explique.

Entonces le cedió la palabra a Tomek, quien bajó la mirada y se encontró con la de Billy. Los ojos del joven estaban salvajes de miedo y aprensión. Como si supiera que había hecho algo malo y estuviera esperando a descubrir lo que Tomek sabía.

—Anoche, Kasia fue secuestrada de nuestra casa. Quiero saber si sabes algo al respecto.

—Yo... No... —Billy dejó la consola en el sofá y acercó las rodillas a su pecho—. ¿Está bien?

—No lo sé.

—¿Cómo ocurrió?

—Esperaba que tú pudieras decírmelo —dijo Tomek—. ¿Alguien del club de fútbol ha estado haciendo preguntas sobre Kasia? ¿Alguien ha querido saber sus movimientos?

Billy no necesitó pensar mucho; negó con la cabeza profusamente casi de inmediato.

—No tengo ni idea. Nadie del fútbol me ha mandado mensajes ni nada. No sé por qué alguien querría hacerle esto.

Tomek sí. Tomek había sabido instantáneamente por qué se la habían llevado. Su alergia a los frutos secos. La que Billy había olvidado y la había mandado al hospital.

Ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que la figura negra había estado en la playa por otra razón. Había estado allí por Kasia, observándola. Esperando. Si no hubiera sido por su proactividad aquella noche defendiendo a su amiga y llamando a la policía, Tomek se preguntaba si se la habrían llevado antes. Si ya estaría muerta.

Era mejor no pensar en eso.

Sin embargo, permanecía en primer plano de su mente, atormentándolo, apareciendo ante sus ojos de vez en cuando. Torturándolo.

—¿Entonces no sabes nada sobre lo que le pasó?

Billy negó con la cabeza. —Lo siento. No, no sé nada.

Tomek miró hacia la alfombra, dejó caer los hombros. —Si recuerdas algo, o si alguien se pone en contacto contigo, por favor llámame.

Metió la mano en su bolsillo y sacó una tarjeta de presentación. La madre de Billy la tomó con suavidad y la examinó.

—Por supuesto. Nos pondremos en contacto si oímos algo. Espero que la encuentre. Y espero que esté a salvo.

Tomek también lo esperaba. Pero si la historia reciente servía de indicación, la ventana de oportunidad para encontrarla con vida se estaba cerrando.

Y rápido.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Tomek apenas llevaba treinta segundos de vuelta en la comisaría cuando Nick asomó la cabeza por la puerta de su despacho y lo llamó.

Sin tiempo para hablar con nadie. Sin tiempo para actualizaciones. Sin tiempo para nada.

Y algo en la manera en que Nick lo había llamado sugería que el inspector jefe tampoco estaba a punto de contarle nada importante.

—Siéntate —ordenó Nick con firmeza.

Tomek hizo lo que le ordenaron, como había hecho tantas veces en el pasado.

—Han llegado a mi atención un par de cosas —comenzó Nick—, pero primero quiero preguntarte cómo estás.

¿Cómo crees que estoy, joder? Tomek quería decir, pero se contuvo. Recordó su conversación con Nick sobre Lucy y cómo Nick había respondido a la misma pregunta: con calma, controlado y respetuoso, aunque muy probablemente se había sentido exactamente igual que Tomek ahora.

Al final, Tomek respondió:

—Solo quiero encontrarla. Solo quiero saber que está a salvo y que no le ha pasado nada.

—Lo entiendo. De verdad. Pero he visto cómo te diriges a la gente, cómo les das órdenes. No puedes tratar a la gente como mierda, Tomek. La forma en que le hablaste a Cody y a Flint antes, eso fue inaceptable, colega.

Tomek se mordió el labio. Descargó su frustración en sus encías.

—Y la manera en que has estado dando órdenes a los miembros del equipo. Todos queremos encontrar a Kasia. Honestamente, todos lo queremos. Pero comportarse así no va a ayudar, y no va a hacer que trabajemos más eficazmente. Estás bajo *mucha* presión, lo entiendo, *nosotros* lo entendemos, pero hay límites, colega. Cristo sabe por lo que debes estar pasando. Esto no es nada parecido a lo que le ocurrió a Lucy, pero creo que de todos, probablemente yo soy el que más se acerca a entenderlo. Y no tuve nada que ver con el arresto de Paddy Battersby, y creo que fue algo bueno. Creo que necesitaba mantenerme distanciado de eso. De lo contrario... joder, habría entrado en esa sala de interrogatorios y le habría dado una paliza. —Nick pasó la mano por su cabeza calva como si la estuviera puliendo con su sudor—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Por supuesto que entendía lo que Nick estaba diciendo. ¿Cómo no iba a entenderlo? Era tan obvio y cegador como el reflejo en la cabeza de Nick.

—¿Quieres que me mantenga al margen de la investigación del secuestro de mi propia hija?

—Yo...

—Estás bromeando, ¿verdad? No. De ninguna manera. No voy a quedarme sentado con los pies arriba como un imbécil.

—Nadie te está pidiendo eso. Todavía puedes tener un papel activo en la búsqueda de tu hija. Solo...

—¿Qué?

—...deja que nosotros hagamos todo el trabajo verbal.

Tomek ya había tenido suficiente de rechinar los dientes y en cambio se mordió la lengua con tanta fuerza que rápidamente comenzó a saborear metal en su boca.

—¿Eso es todo? —preguntó secamente—. Mi hija está desaparecida y solo has venido a regañarme y decirme que estoy exagerando y comportándome mal.

—Como si nada hubiera cambiado... ¿recuerdas?

Tomek recordó su conversación en el paseo marítimo.

—Como si nada hubiera cambiado —dijo, expulsando aire por las fosas nasales y apartando la mirada del inspector jefe.

—¿Vas a calmarte antes de volver allá fuera? —preguntó Nick.

—Tal vez. ¿Por qué?

—Porque lo necesito. Tengo una sorpresa para ti.

—A menos que hayas encontrado a mi hija, yo no usaría esa palabra cerca de mí si fuera tú.

Nick se movió incómodamente en su silla.

—Cierto. Sí. Disculpas.

—Bueno... Adelante entonces, ¿qué es?

—*Déjalo en mis manos*, le había dicho Nick en el paseo marítimo.

Y así lo había hecho. Pero no porque confiara en que Nick cumpliría su promesa (eso ya estaba garantizado), sino porque lo había olvidado por completo. Harrison Rossiter había sido relegado al fondo de su mente mientras intentar encontrar a James Elliott y a su hija pasaba a primer plano.

Pero ahora el joven estaba aquí. Llegando a la comisaría en menos de diez minutos. Traído por Nick en un vuelo de última hora.

—¿Cómo conseguiste que viniera? —había preguntado Tomek.

—Bueno, le dije que era parte de una investigación policial, y que si no venía, enviaríamos a algunos policías franceses a su casa. Eso le metió el miedo de Dios en el cuerpo, y ahora aquí está.

Diez minutos después, Harrison Rossiter, el jugador de la academia de la Ligue 1, entró por las puertas de la comisaría y fue recibido por Anna y un oficial de apoyo civil. Luego lo condujeron a una de las salas de interrogatorios y se lo notificaron a Tomek.

Mientras se dirigía a la sala, Tomek comenzó a sudar, y un olor emanaba de sus axilas. Estaba nervioso. Más que nervioso. Cagado de miedo.

El joven, con su metro ochenta y siete, potencialmente conocía la identidad del asesino.

Conocía la identidad del secuestrador de su hija.

La respuesta a dónde estaba Kasia retenida, y quién la mantenía bajo su control.

Tomek se preparó mientras ponía la mano en el pomo.

Abrió la puerta.

Encontró a Harrison Rossiter sentado a la mesa, con la espalda recta, las manos entrelazadas, descansando tranquilamente sobre la

superficie. Completamente lo opuesto a Billy el Peleador de Vacas. Se imaginó que el chico de diecisiete años estaría desparramado en la silla, con las piernas bien abiertas, tal vez incluso con uno de sus pies apoyado en el borde de la mesa. Pero no Harrison. El joven adulto tenía un aire de decoro, respetabilidad y buenos modales. Como si los franceses le hubieran inculcado esos atributos no solo en el campo de fútbol sino también en el mundo real.

Porque, como Tomek leía con tanta frecuencia, las posibilidades de que alguna vez llegara a ser profesional eran astronómicamente pequeñas, por lo que tenían que preparar a sus jugadores de academia para el mundo más amplio de la vida.

Tomek solo esperaba que fuera tan honesto como respetuoso.

Extendió su mano.

—Un placer conocerte, Harrison. Gracias por venir con tan poca antelación.

—Está... bien.

—¿Sabes por qué te han traído a la comisaría hoy?

Tan pronto como comenzaron las preguntas, Harrison empezó a jugar con sus dedos.

—El oficial con el que hablamos, el Inspector Jefe Cleaves, dijo que era sobre un concierto de hace unos años.

—Sí. Eso es correcto. En particular, el concierto al que asististe hace dos años en el Cliffs Pavilion. ¿Lo recuerdas?

Harrison no pensó mucho tiempo.

—Tocaban Catfish.

—Ese mismo. ¿Qué puedes contarme sobre esa noche?

Tomek luchó contra cada impulso en su cuerpo que le pedía preguntarle directamente al chico a quién le había comprado las drogas, pero lo reprimió. Contra su mejor juicio. Era más inteligente tranquilizar al chico, relajarlo, acostumbrarlo a las preguntas y a los tipos de preguntas, y luego iría a matar.

—Fue idea de Avena ir. Yo no era muy fan, pero siempre estoy dispuesto a hacer cosas con mis amigos, a crear recuerdos y eso. Así que dejé toda la organización a ellos y simplemente pagué lo que debía y me presenté. Por lo que recuerdo, llegamos bastante temprano para poder estar cerca del escenario, pero durante la

noche todos nos separamos ya que invariablemente alguien terminaba necesitando ir al baño, así que alguien más iba con ellos, y luego alguien más se daba cuenta de que también necesitaba ir. Así que, quiero decir, antes del accidente, solo estábamos yo, Avena y Priti.

—¿Qué tan lejos estaban del escenario?

Harrison se rio suavemente.

—Típicamente, debido a que todos nos seguíamos separando, flotamos cada vez más lejos del escenario hacia el medio. No había nadie que asegurara nuestras posiciones y, ya sabes cómo es, todo el mundo intenta empujar tanto como puede.

—¿Y en qué momento alguien te ofreció drogas?

Entonces la conversación se detuvo. El cuerpo de Harrison perdió toda postura, dejó de jugar con sus dedos, y el ritmo constante de subida y bajada de su pecho se aceleró.

Mientras su rostro se contorsionaba, sumido en sus pensamientos, sus pupilas comenzaron a dilatarse.

—No estás en problemas por eso —dijo Tomek—. Y nadie necesita decírselo a tus padres si eso es lo que te preocupa. Los chicos toman drogas todo el tiempo. Obviamente, no nos gusta nada. Pero con lo que realmente tenemos un problema, y con lo que *yo* realmente tengo un problema, es cuando la gente mezcla esas drogas con químicos y venenos. Eso es lo que le pasó a tu amiga Avena, ¿verdad?

Harrison bajó la mirada hacia su regazo y asintió, incapaz de mirar a Tomek a los ojos.

—Afortunadamente, tu amiga tuvo suerte. Tuvo suerte de ser lo suficientemente sensata como para tomar solo media pastilla, y tuvo suerte de que todos reaccionaran tan rápido como lo hicieron. Pero algunas otras personas no han tenido tanta suerte. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Otro asentimiento, esta vez levantando la cabeza un poco más.

—La persona que os suministró drogas a ti y a tus amigos ha hecho cosas mucho peores desde esa noche —continuó Tomek—. Y ahora necesitamos averiguar quién es y dónde está.

Más asentimientos, más elevación.

—Y cuando hablé con Avena, me informó que parecías conocer a la persona que te vendió las drogas. Dijo que le diste un abrazo. Dijo que lo conocías del fútbol. ¿Es eso cierto?

—*Oui* —dijo Harrison, luego se corrigió—. Sí.

—Genial. Ahora, solo quiero que sepas que al decirme su nombre, no te va a pasar nada. No vamos a arrestarte, y mantendremos tu nombre fuera de la investigación tanto como sea posible, pero espero que, como yo, quieras poner a este tipo donde pertenece. Tras las rejas, ¿verdad?

—Cierto.

—Excelente. Ahora, a tu ritmo, quiero que me digas quién te vendió esas drogas del club de fútbol.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

En cuestión de segundos, el nombre que había salido de la boca de Harrison Rossiter estaba escrito en la parte superior de la pizarra blanca en la sala de incidentes.

En cuestión de minutos, era de conocimiento común, y todos en el equipo, incluidas las unidades de respuesta de emergencia que habían sido enviadas a su última dirección conocida, fueron informados.

Como parte de su discusión anterior, Nick había solicitado que Tomek se quedara atrás, mientras el resto del equipo iba a la caza. De esa manera, si Tomek se encontraba con él, no estaría tentado a golpear al hombre hasta dejarlo al borde de la muerte.

No es que lo fuera a hacer, por supuesto, porque durante los últimos treinta minutos, había sido incapaz de procesar nada en absoluto. Ni siquiera podía pensar en su propio nombre, así que golpear a alguien hasta dejarle al borde de la muerte estaba más allá de sus posibilidades.

Aunque no estaba de acuerdo con la decisión de quedarse atrás, se dio cuenta de que podía usar ese tiempo para intentar comprender mejor el papel del asesino en cada asesinato. Para recopilar las pruebas de cada asesinato, de modo que cuando el caso fuera a juicio, el Servicio de Fiscalía de la Corona tuviera todo lo que necesitaban.

Fue una decisión bastante lógica y bien pensada que sorprendió incluso a él mismo.

Al principio, comenzó con el caso más reciente. Fern Clements. La chica de quince años de Hadleigh. Revisó todas las pruebas que el equipo había recopilado durante semanas: la lista de personas en su escuela, sus profesores, los amigos de su familia, cualquiera con quien hubiera hablado en línea, y encontró el nombre del asesino entre todo ello.

Luego pasó a la muerte de Lily Monteith. Examinó las pruebas que se habían recopilado en su asesinato, evidencias similares a las reunidas para Fern Clements. También encontró el nombre del asesino allí.

Y luego, después de una hora de investigación, llegó al caso de Mandy Butler. Y a todas las otras víctimas que habían sido atacadas con picos. Tomek encontró el nombre del asesino entre todos ellos. Vinculados por una cosa: su escuela. En cada caso, las cinco víctimas habían ido a la misma escuela, pero más tarde se encontraron en diferentes instituciones por una razón u otra.

Y luego llegó a Diana Greenock. Y la lista de inquilinos que habían estado viviendo en el mismo edificio que ella. La lista que había estado sobre su escritorio durante la semana pasada. El nombre que había estado en la quinta fila de esa lista.

El nombre del asesino.

Por último, Tomek revisó la lista que le había dado la administradora de Recursos Humanos en Dagenham & Redbridge FC. En esta lista en particular, no pudo encontrar el nombre del asesino. Pero después de una rápida llamada telefónica, hablando con la misma mujer que originalmente le había dado la lista, Tomek recibió la confirmación que necesitaba para demostrar que el asesino había trabajado en el club por un tiempo limitado y solo por un breve período.

Levantó la mirada para ver el nombre del asesino en la pizarra.

Sintió que su sangre comenzaba a hervir.

Y entonces su teléfono vibró.

Una notificación de su cámara de seguridad en casa, esta vez sin ningún sonido.

Alguien estaba en su puerta.

Había llegado dos minutos antes.

Tomek presionó la notificación y esperó a que la biometría facial desbloqueara el dispositivo.

Y entonces lo vio. El asesino, el secuestrador de Kasia, sosteniendo a su hija en sus brazos, llevándola a su casa.

Usando su llave.

Luego cerrando la puerta tras ellos.

Tomek casi dejó caer el teléfono sobre su escritorio.

El asesino estaba allí. El asesino estaba en su casa.

Pero lo más importante, Kasia estaba viva.

Por ahora.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

Suavidad.

Una suavidad que parecía protegerla.

Y esta vez así era.

Familiar. Amigo, no enemigo.

La suavidad de un colchón que le pertenecía. El olor de su detergente Persil y el sudor de su cuerpo impregnados en las fibras. La hendidura en el centro de su almohada, los surcos que su cuerpo había dejado al dormir en posición fetal.

Estaba en su propia cama, en su propio dormitorio. A menos que fuera una réplica inquietantemente exacta.

Entonces las luces se encendieron y lo confirmó.

Su dormitorio, su piso.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué aquí?

¿Había cambiado de opinión y quería devolverla? ¿O iba a matarla aquí para hacerlo más simbólico?

Las últimas horas habían sido confusas. Había permanecido perfectamente inmóvil durante la mayor parte del tiempo, mirando la luz del sol a través de las cortinas, escuchando, esperando. Ignorando el sonido de su estómago gruñendo. No recordaba la última vez que había comido, ni la última vez que había bebido agua. Y se sentía débil, su cuerpo desprovisto de toda energía. Si él entraba ahora y la atacaba, no creía que pudiera defenderse. No creía que pudiera hacer nada.

Y entonces la puerta se abrió. Y vio a su atacante por primera vez. En todas sus interacciones anteriores él había llevado una máscara y guantes de goma. Y ahora no era diferente. Excepto que no llevaba máscara facial, y en sus brazos, sostenía varias bolsas gigantes de frutos secos, de diferentes tipos. Cacahuetes. Anacardos. Macadamias. Nueces de Brasil. Pistachos.

Todos los tipos de frutos secos que podrían matarla si no buscaba atención médica urgente.

El arma homicida más extraña y ridícula jamás vista.

—Buenas noches, Kasia —dijo él, con voz moderada, fría—. O debería decir, *dzien dobry*?

CAPÍTULO
SESENTA

Tomek frenó en seco en medio de la carretera. Antes de que el motor se hubiera apagado por completo, ya estaba fuera del coche y corriendo hacia el vehículo del asesino.

El Citroën Cactus del asesino.

El coche que había visto varias veces pero nunca había notado.

Antes de salir de la oficina, Tomek había agarrado unas tijeras, más como arma de defensa que de ataque, y mientras saltaba a la acera junto al Citroën, clavó las hojas en los neumáticos, perforando cada uno a medida que rodeaba el coche. Así no habría escapatoria rápida ni fácil.

Con el aire silbando al escapar de la goma detrás de él, se apresuró hacia su casa. La puerta principal estaba cerrada con llave.

Cabrón.

Si entraba con todas las armas, que era lo que quería hacer; quería derribar la puerta de una patada y placar al asesino contra el suelo, pero entonces perdería el elemento sorpresa y podría poner en mayor peligro la vida de Kasia. Más de lo que ya estaba.

En cambio, ahora se veía obligado a hacerlo lentamente.

El tiempo pasaba mientras sacaba silenciosamente la llave de casa de su bolsillo y la insertaba en la cerradura.

Tic. Tac.

Imágenes de Kasia tirada en el piso en alguna parte —*muerta*— destellaron en su mente.

Tic. Tac.

Y entonces la puerta se abrió. Estaba dentro.

Al pie de las escaleras, se detuvo, esperó, contuvo la respiración, escuchó.

Los sonidos de una lucha, de incomodidad, resonaban por todo el piso. Pero no sonidos de angustia o gritos.

¿Habría empezado ya? ¿O estaría ella en sus últimos paroxismos, luchando contra las últimas convulsiones de la muerte mientras sufría en el suelo o en la cama?

Tomek decidió no esperar más. A la mierda con el elemento sorpresa.

A la mierda todo.

Subió las escaleras de dos en dos, sus pesados pies haciendo temblar el edificio. Desde lo alto de las escaleras, vio que la luz de la habitación de Kasia estaba encendida y se dirigió hacia allí. No esperó en la puerta —un objeto inamovible se encontró con una fuerza imparable— y entró de golpe.

La imagen le dieron ganas de llorar.

Allí, en el centro de la cama, con las manos atadas a la espalda, estaba Kasia. Su hija, su adorada hija. A su alrededor había una montaña de frutos secos y cacahuetes, cubriendo cada centímetro de su piel expuesta y su edredón de colores pastel. Estaba acurrucada en posición fetal, jadeando y respirando con dificultad mientras su cuerpo luchaba por encontrar fuerzas para sobrevivir.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero sabía que necesitaba atención médica inmediata.

Y entonces vio al asesino. El hombre que había estado acechando a tantas chicas, acabando con sus sueños y sin duda viviendo en las pesadillas de otras chicas como ellas.

El hombre que había entrado en su casa varias veces.

El hombre que había presenciado las alergias de Kasia de primera mano. Por accidente, sí, pero aun así las había presenciado.

Phillip Balham.

De pie sobre ella al otro lado de la cama, esparciendo cacahuetes sobre el cuerpo casi sin vida de su hija.

—*Część*, Tomek —dijo Phillip, con el indicio de una sonrisa asomando entre sus dientes.

—¡Que te jodan! —escupió Tomek y se abalanzó hacia la mesita de noche de Kasia, donde agarró uno de sus EpiPens. Luego, arrastrándose de rodillas, corrió de vuelta a su lado, quitó un montón de frutos secos de la pierna de Kasia y le bajó los pantalones de chándal, exponiendo la parte superior de su muslo. Sin pensar, rasgó el envoltorio y clavó la pluma en su pierna, inyectando lentamente el antídoto en su torrente sanguíneo.

—¡Kasia! —gritó, abofeteándole suavemente la cara—. ¡Kasia, ¿puedes oírme?!

Pero no podía. Sus ojos se revolvían en el fondo de su cabeza.

La abofeteó de nuevo, con más fuerza esta vez. Sacudiéndola. Deseando que volviera en sí, que su mente regresara al presente, a la habitación, a él.

—¡Kasia! No, no, no. Vamos, quédate conmigo. No te atrevas a hacerme algo así. No puedo perderte.

Más bofetadas, más sacudidas.

Hasta que, finalmente, sus ojos se volvieron más lúcidos, como si ahora tuviera pleno control sobre ellos. Y entonces parpadeó. Repetidamente.

—¿Papá?

No era mucho, pero era suficiente para hacerle saber que iba a estar bien. Que iba a vivir.

Que él la había salvado.

—Estoy aquí, cariño —le dijo—. Vas a estar bien. Me aseguraré de ello. Pero primero, hay algo más que necesito hacer.

Tomek alcanzó una de sus varias almohadas y bajó su cabeza con cuidado sobre ella. Luego dirigió su atención hacia donde Phillip Balham había estado de pie.

Pero el hombre ya no estaba allí.

Phillip Balham, tal como lo había hecho durante toda la investigación, se había escabullido de las garras de Tomek.

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

A Tomek no le gustaba la idea de dejar a Kasia sola. Pero le gustaba aún menos la idea de permitir que Phillip Balham escapara.

Así que tomó la decisión de dejar a Kasia en la habitación. Sola. Pero mientras salía del edificio, se detuvo en el piso de abajo, golpeando con los puños en la puerta.

—¡Edith! ¡Edith! Soy Tomek. ¿Estás en casa? Necesito tu ayuda. ¿Puedes...?

La puerta se abrió, y frente a él apareció una Edith cansada y asustada, protegiéndose detrás de la puerta.

—Estás en casa —dijo Tomek, jadeando—. Necesito tu ayuda. Necesito que llames a una ambulancia. Es una emergencia. Kasia está sufriendo un shock anafiláctico. Diles que ya se le ha administrado una inyección de EpiPen. Diles quién soy y pídeles que envíen a la policía. Necesito que te quedes con ella mientras esperáis.

—¿Es seguro subir allí? —preguntó débilmente.

—Sí. El hombre que hizo esto se ha marchado.

—¿Adónde?

Esa era la cuestión.

—No lo sé —dijo, girándose hacia la calle—. Pero pienso averiguarlo.

Se marchó antes de que ella pudiera responder. Al final del camino de entrada, se detuvo. El Citroën Cactus seguía allí,

presumiblemente abandonado después de que Phillip notara los neumáticos. Lo que significaba que el hombre estaba escapando a pie.

¿Pero hacia dónde? ¿Qué dirección? ¿Izquierda o derecha?

Tomek recordó una situación similar en la que había estado el mes anterior, cuando Kasia había huido. Mientras él se despedía de su profesora, ella se había escabullido por la ventana del dormitorio y había desaparecido hacia la playa de Old Leigh. En aquel entonces, Tomek le había pedido a Sean que rastreara su número de móvil. Pero ahora tendría poco tiempo para hacer eso. No con lo que tenía planeado para Phillip cuando finalmente le pusiera las manos encima.

Piensa, Tomek, piensa.

Si él fuera Phillip Balham, ¿dónde estaría? ¿Qué camino habría tomado?

Repasó mentalmente la información que conocía sobre el hiperpolíglota: el hombre vivía en algún lugar de Southend, no en Leigh, lo que sugería que podría no conocer muy bien la zona. Pero había un área particular de Leigh-on-Sea que Tomek sabía con certeza que Phillip conocía bien.

Y era el mismo lugar al que Kasia había ido cuando intentó escaparse.

Bell Wharf Beach, Old Leigh.

El mismo lugar donde Lucy Cleaves había sido atacada. Donde, ahora se daba cuenta, Phillip, y no James Elliott, había estado esperando, observando en las sombras, y luego había escapado a lo largo del paseo marítimo hasta el Casino Grosvenor: su lugar de trabajo.

El trayecto hasta el paseo marítimo era de poco menos de ochocientos metros. Unos diez minutos a pie en un buen día. Y Phillip ya le llevaba ventaja. A pie. Corriendo.

Tomek no sabía mucho sobre la capacidad atlética del hombre, pero sabía que él mismo estaba en bastante buena forma. Las carreras diarias durante los últimos veinte años lo habían mantenido en el mejor estado físico posible. Sin embargo, en las últimas semanas, desde que Kasia había entrado en su vida, había

descubierto que el pozo que antes contenía el tiempo para correr, y su fuerza de voluntad para hacerlo, se había secado repentinamente. Y cuando llegó al final de la calle, a unos doscientos metros de la casa, empezó a sentirlo seriamente. Jadeando pesadamente, completamente exhausto.

Era como si sus pulmones ahora tuvieran la capacidad de un hombre de sesenta años, y estuviera a solo unos pasos más de desplomarse.

Pero también lo estaba Phillip Balham.

Tomek divisó al asesino unos cien metros delante de él, tambaleándose, su ritmo disminuyendo.

Y entonces el hombre miró hacia atrás. En cuanto vio a Tomek persiguiéndolo, aumentó su ritmo y agrandó la distancia entre ellos.

Unos minutos después, ambos jadeando en busca de aire, ambos deseando no haber corrido nunca, llegaron a las empinadas escaleras que conducían a Old Leigh. Eran los escalones metafóricos entre los centros de las ciudades nueva y antigua, y Tomek los había subido cientos de veces —solo, durante sus carreras, con amigos—, pero ninguna de esas veces fue más difícil que esta. Cuando llegó a ellos, sus piernas parecían de gelatina, y con cada paso, sentía como si su cuerpo fuera a ceder. Afortunadamente, había una barandilla de la que podía sujetarse y apoyar su peso. Usándola, se guió escaleras abajo, feliz de sacrificar su dignidad por una noche.

En la parte inferior de las escaleras, cojeó tras Phillip, que todavía iba unos pasos por delante, corriendo hacia un pequeño puente que cruzaba la línea de tren desde Fenchurch Street de Londres hasta Shoeburyness. Esta vez se vio obligado a subir la escalera, y gruñó con cada paso, mientras sus pulmones y su cuerpo le gritaban.

La distancia entre ellos disminuyó gradualmente.

Tres metros.

Dos metros y medio.

Tomek podía oler la desesperación del hombre por escapar.

Y podía oler su propio deseo de detenerlo a toda costa.

Cuando la distancia entre ellos era de solo unos pocos pies, Tomek se lanzó contra Phillip, placándolo al suelo en el punto más

alto del puente. El cuerpo del hombre se sintió blando mientras colocaba todo su peso sobre él. Años de entrenamiento de rugby, tanto social como jugando para el equipo de la policía, le habían enseñado cómo atacar correctamente, de manera segura y sin causar lesiones. También le habían enseñado cómo derribar a alguien de la peor manera posible, usando su peso corporal contra el suyo para aplastarlo e infligir el mayor dolor posible.

Para Phillip Balham, Tomek había utilizado la segunda técnica.

—¡Quítate de encima!

—¡Vete a la mierda! ¡Tienes suerte de que no te tire de este jodido puente!

Usando su antebrazo izquierdo, Tomek inmovilizó la cara de Phillip contra el puente de hormigón, presionando su otro brazo contra la parte baja de la espalda del hombre.

Luchó contra todos los impulsos de su cuerpo de bajar su antebrazo hasta el cuello del hombre y mantenerlo allí.

—Vas a pagar por lo que has hecho —dijo.

—Creo que llegaste demasiado tarde —respondió Phillip, provocándolo—. Demasiado tarde para salvar a tu propia hija. ¿Qué clase de padre eres?

—Uno que está muy cerca de tomarse la justicia por su mano.

Los ojos de Phillip pasaron del suelo a Tomek por un momento.

—Hazlo —dijo, mientras masticaba tierra y la escupía de nuevo—. Hazlo. No la traerá de vuelta. No traerá a ninguna de ellas de vuelta.

—Lo sé. Pero te impedirá tomar más víctimas.

—Kasia siempre iba a ser la última —dijo Phillip—. La guardé para el final.

—¿Por qué?

—Porque era el gran final. Muerte por contacto. Muerte por cacahuetes. ¿Cómo algo tan pequeño e insignificante puede tener ese efecto en un ser humano? Le estaba haciendo un favor a todo el mundo. Estaba librando al mundo de sus debilidades.

—¿Así que mataste a chicas adolescentes usando sus alergias? ¿Te hiciste su amigo hasta que confiaron en ti? ¿Lo suficiente, al menos, como para subirse a tu coche?

—Esas chicas no confiaban en mí —Phillip jadeó entre respiraciones mientras Tomek aumentaba la presión que ejercía sobre su cara—. Solo me veían un par de veces a la semana en la escuela o cuando iba a enseñarles idiomas. Eran estúpidas y tontas y vieron que tenía un coche. Yo era el amable profesor de polaco, francés, alemán y español; ¿quién pensaría en cuestionarme?

Tomek no lo había hecho. El hombre no le había dado motivos. Phillip había parecido normal en todos los aspectos. Solo un tipo corriente que intentaba abrirse paso en el mundo y sobrevivir con el dinero que ganaba dando clases particulares, enseñando en escuelas y trabajando en el casino.

—¿Mataste también a James Elliott? —preguntó Tomek tan pronto como el pensamiento apareció en su cabeza.

Phillip no respondió. En cambio, comenzó a reírse maníacamente en la suciedad.

—James era un cabo suelto que necesitaba atar —respondió—. Quería reunirse en Nochevieja, así que accedí. Estaba preocupado por las preguntas que estabas haciendo sobre el coche, así que me ocupé de él. No podía permitir que abriera la boca y soltara mi nombre.

Tomek luchó por reprimir la rabia que hervía dentro de él. Aumentaba cada vez que Phillip hablaba, cada vez que el hombre le mostraba esa sonrisa petulante. Como si estuviera orgulloso de sus logros, orgulloso de todo lo que había conseguido: librar al mundo de cinco individuos que poseían una debilidad única. Tomek sintió una ola de frustración inundándolo y añadió más fuerza sobre la cara del hombre.

Siguió presionando y presionando.

Presionando y presionando.

Pensando en Kasia... Y la cama... Y los cacahuetes... Y la intrusión en su hogar.

Hasta que...

—¡Tomek! ¡Tomek!

La voz, profunda y ronca, fue seguida por el pesado sonido de pisadas golpeando el hormigón. Un momento después, Nick apareció en la parte superior del puente, jadeando, resoplando, con su

estómago y sus pechos masculinos alcanzando al resto de su cuerpo una fracción de segundo después.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tomek, todavía presionando su peso sobre Phillip.

—Te seguí —dijo—. Solo me llevó un tiempo alcanzarte. —Nick se detuvo bruscamente a unos metros de Tomek y puso sus manos sobre sus rodillas, doblado por la mitad, jadeando—. No hagas nada estúpido, Tomek. No vale la pena.

Nick dio un paso tentativo hacia adelante, levantando las manos lentamente.

—Suéltalo, Tomek. Déjame encargarme de esto.

Pero Tomek no podía oírlo. No podía oír nada. Para entonces, la agresión y la furia dentro de su cabeza habían silenciado todos los demás sonidos, y la única señal de que seguía aplastando la cara de Phillip contra el hormigón era el propio hombre retorciéndose.

En cuanto Nick se acercó, puso una mano en el hombro de Tomek, haciéndolo reaccionar.

—Suéltalo, amigo —dijo Nick suavemente—. Se acabó. Todo ha terminado. Lo atrapaste.

Pero Tomek no lo escuchó. Todo en lo que podía pensar era en que había terminado. Que Phillip Balham ya no podría hacerle daño a nadie.

Que Kasia estaría a salvo.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

Tomek se despertó en cuanto sintió el suave roce de sus dedos sobre sus manos. Abrió los ojos con pesadez, adormilado, y levantó la mirada para ver a Kasia al pie de la cama del hospital, conectada a las máquinas, con su cabello castaño recogido sobre la cabeza.

En ese momento, se parecía tanto a su madre. Hermosa, elegante, poderosa, aunque todo en la situación y su entorno sugería lo contrario.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó ella.

—Nunca me fui —respondió él mientras se incorporaba. Luego le apretó la mano, sintiendo cómo los pequeños huesos y cartílagos se flexionaban bajo su presión—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera atropellado un autobús.

—¿De dos pisos o uno solo?

Kasia puso los ojos en blanco. —Un minibús, *en realidad* —dijo, con un "en realidad" del que el Capitán estaría orgulloso.

Entonces comenzó a reírse. Pero tan pronto como empezó, estalló en un ataque de tos. En cuestión de segundos, el contenido de sus pulmones estaba en sus manos, y se los limpió en la cama.

—El médico dijo que ese podría ser uno de los efectos secundarios —comentó Tomek.

—¿La tos?

—No. Tener un sentido del humor tan seco.

—Creo que eso es solo un síntoma de ser tu hija.

Ese pensamiento le hizo sonreír.

Tu hija.

La hija de *él*.

Mi hija. Incluso la idea le seguía pareciendo extraña. Habían pasado tantas cosas desde que ella había entrado en su vida, una revolución completa, pero no habría cambiado nada.

Bueno, no exactamente nada.

—Esa es la última vez que tomas una clase de polaco. Si quieres aprender el idioma, puedes ver programas de televisión polacos y aprenderlo así. O puedes ir a casa de tu abuela y aprenderlo en la comodidad de su sala de estar con ella. Tú eliges.

Por un momento, Kasia no respondió. Su rostro se contrajo y parecía estar sumida en sus pensamientos.

—No literalmente, por cierto. No tienes que elegir ahora mismo.

—Lo sé, solo... —Bajó la cabeza—. Me preguntaba... ¿Qué le ha pasado? ¿Lo... lo encontraste?

—Sí —dijo Tomek tajantemente, yendo al grano. Quería ser transparente y honesto con ella y esperaba que algún día en el futuro ella fuera transparente y honesta con él—. No tendrás que ver a Phillip Balham nunca más.

—¿Por qué no?

—Porque lo llevamos a la comisaría y está siendo acusado por lo que te hizo.

—Como Paddy —repitió Kasia—. ¿Igual que lo que le pasó a Lucy?

—Sí, así.

—¿Le has dicho a mamá que estoy aquí? —preguntó Kasia.

No solo le sorprendió su voz y lo sacó de sus pensamientos, sino que el contenido de su pregunta lo desconcertó. Kasia no había hablado de su madre en semanas, casi hasta el punto en que Tomek había olvidado que existía, y estaba convencido de que ella también la había olvidado.

Pero ahora había decidido mencionarla. Justo en este momento.

Suspiró y se mordió el labio inferior.

—No, no lo he hecho. Todavía no. ¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí.

Y entonces se le ocurrió una idea.

—¿Qué tal si se lo decimos en persona, juntos?

Un destello de agradecimiento cruzó por su rostro.

—Sí, por favor. Pero que sea en un día de clase. Quiero una excusa para no ir —dijo, y luego bajó la cabeza a la almohada nuevamente.

Ese era un argumento al que Tomek no podía negarse.

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

Ahora todo aquello le resultaba familiar. El sonido de los gritos, las charlas y las risas sobre el ruido de la comida friéndose. El olor a tocino y huevo y toda clase de delicias flotando en el aire y asentándose cómodamente en sus fosas nasales. La visión de la clientela habitual de la cafetería.

E incluso la compañía en la que se encontraba se le había vuelto familiar.

Abigail Winters había, como siempre, organizado la reunión a última hora, esperando que dejara todo lo que estuviera haciendo en su vida por ella. Y, en esta ocasión, afortunadamente para ella, no tenía nada que lo mantuviera ocupado: Nick le había obligado a mantenerse al margen mientras procesaba lo que le había sucedido a Kasia. Mientras tanto, Kasia había regresado a la escuela. Así que el piso estaba vacío, y no tenía nada que hacer.

La mujer sentada junto a Abigail, sin embargo, no le resultaba familiar.

Abigail se la había presentado como Martha Buhl, potencialmente la primera víctima de Phillip Balham.

—Sabes, realmente deberías estar haciendo esto con Sean o alguien más del equipo —le dijo a Abigail justo cuando la camarera llegaba con sus porciones de doble huevo, doble tocino y doble tostada. Tomek le dio las gracias y luego la observó alejarse. Y mientras se iba, notó que ella miraba hacia atrás, cruzando su mirada.

—No *quiero* hablar con nadie más del equipo —respondió Abigail, devolviéndolo a la conversación—. Quiero que Martha te lo cuente a *ti*.

—Bien. Entonces cuéntame. —Se volvió hacia Martha, que había apartado su comida a un lado—. ¿Qué te hizo Phillip Balham en Alemania?

Y entonces lo descubrió.

Hace varios años, diez, para ser exactos, Martha Buhl vivía en un bloque de pisos en una zona tranquila y apartada de Frankfurt. Se había encontrado con Phillip justo después de que él se mudara al edificio, y ambos se habían hecho amigos. Ella había admirado su valentía al mudarse a un país durante un año solo para aprender el idioma. En ese momento, Martha trabajaba en un hospital, vivía en el piso de la planta baja, trabajaba a todas horas del día y la noche, y se encontraba durmiendo en distintos momentos del día. Hasta que, una noche, mientras su novio de aquel entonces se quedaba a dormir, un gato entró por la ventana y le provocó una grave reacción alérgica. Si no hubiera sido por su novio, de quien Phillip no sabía nada, que la rescató con su EpiPen y una rápida llamada a los servicios de emergencia, sus alergias —aquellas de las que Phillip sabía *todo*— habrían acabado matándola. Las primeras sospechas de Martha comenzaron tan pronto como Phillip empezó a mostrar un gran interés en sus alergias y su aversión a los gatos. Él, según ella, había adoptado uno durante su estancia en el edificio, tratándolo y alimentándolo como si fuera suyo. El mismo gato que se había colado por su ventana durante la noche, enviado para matarla, colocado allí por el vengativo asesino, Phillip Balham.

Tan pronto como le dieron el alta del hospital, Martha llevó el caso a la policía, solo para que se rieran de ella y la despacharan. Y para cuando había regresado al bloque de pisos, Phillip se había mudado del edificio y había ido a otra parte del país. Durante un breve periodo, ella había gritado y armado escándalo en Internet, pero al final se había quedado sin fuerzas y decidió que él nunca volvería para hacerle daño.

Hasta que oyó hablar de las historias en el Reino Unido.

La de Manchester, que presentaba las mismas características, y la que había sido prácticamente confirmada gracias a que el nombre de Phillip Balham aparecía en la lista de inquilinos al mismo tiempo que Diana Greenock había muerto.

—Abigail me contó que Phillip ha matado a otras cuatro mujeres —concluyó Martha.

—Sí. Las conoció trabajando en sus escuelas en un rol pastoral, integrándose profundamente en la vida de aquellas con alergias de esa manera, o enseñándoles idiomas extranjeros, ya sea en la escuela o... desde la comodidad de sus propios hogares. Las seleccionaba según sus edades y sus alergias. Eran más débiles, vulnerables, más susceptibles a él.

—Es despreciable —siseó ella.

—Lo es —dijo Tomek—. Lo es.

—¿Cómo lo hizo?

—Bueno, su primera víctima en el Reino Unido fue Diana Greenock de Manchester. Una enfermera, alérgica a los gatos, que vivía en un piso en la planta baja, justo como tú. Creemos que la conoció durante su tiempo en los partidos de fútbol. Un encuentro fortuito que se convirtió en un asesinato. Y basándome en lo que me has contado, diría que lo que te hizo a ti fue el modelo para lo que le hizo a ella. En ese momento, él enseñaba en la zona, donde conoció a Mandy Butler, su segunda víctima. Allí, le enseñó español en su escuela secundaria para sus GCSE. Y después de enterarse de que ella se mudaba a Essex, la siguió. Solo para tropezar con una gran cantidad de oportunidades en nuestras escuelas. Pasó un tiempo antes de que volviera a matar, pero durante ese período las estaba seleccionando, introduciéndose en la vida de sus víctimas de una manera u otra. Enseñándoles, ayudándoles, ganándose su confianza. —Tomek terminó lo último de su desayuno—. Pero ahora ya no podrá hacer daño a nadie más. Excepto a sí mismo.

—Esa sería la salida de un cobarde para él —respondió Martha.

—Tristemente, creo que ese es precisamente el tipo de persona que es.

Cuando la reunión finalmente llegó a su fin, Tomek pagó la cuenta y luego acompañó a las dos mujeres al coche de Abigail.

Martha se deslizó en el asiento del copiloto mientras Abigail rodeaba la parte delantera del vehículo y se detuvo justo frente a él.

—Te dije que podía conseguirte una reunión con ella —dijo triunfalmente, mirándolo de arriba abajo.

—Estoy impresionado.

Ella le puso una mano en el brazo y apretó. —Lo sé. No olvides —dijo mientras abría la puerta del conductor.

—¿Qué no olvide qué?

—Me debes una.

—No, no te debo nada —respondió él.

—Una cita, Tomek Bowen. Eso es todo lo que te pido. No es como si te estuviera pidiendo que te cases conmigo.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen…

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

